

Wolfgang Harich  
**¿COMUNISMO SIN CRECIMIENTO?**  
Babeuf y el Club de Roma  
*Presentación de Manuel Sacristán*

Editorial Materiales  
Barcelona

La edición original alemana fue publicada por Rowohlt Verlag Gmb H, de Reinbek bei Hamburg, con el título:

*Kommunismus ohne Wachstum?*

© Rowohlt Verlag, 1975.

Cubierta de Alberto Corazón

Traducción de Gustau Muñoz

Traducción de *Europa, el comunismo español*

*actual y la revolución ecológica-social y*

*La mujer en el Apocalipsis* de Antoni Domènech

© de la edición castellana: Materiales, S. A. de Estudios y Publicaciones.

Todos los derechos reservados

Impreso en: Gráficas ALOGRAN - Murcia, 26-28 - Barcelona

ISBN: 84-85341-08-2

Dep. Legal: B-42791/78

## INDICE

En la edición castellana del libro de Wolfgang Harich «¿Comunismo sin crecimiento?», por Manuel Sacristán..	9
Materialismo dialéctico y Ecología . . . . .	29
¿Marx + Malthus? . . . . .	41
Los Comunistas ante el Club de Roma . . . . .	69
Sobre el caracter de clase del Club de Roma . . . . .	107
Crisis ecológica y lucha de clases . . . . .	136
El Comunismo como solución . . . . .	163
La crítica de las necesidades y el Comunismo de Babeuf. Cartas a Freimut Duve . . . . .	203

## APENDICES:

Al Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania . . . . .	243
“...plena responsabilidad hacia las generaciones futuras” . . . . .	247
Final sin cambio . . . . .	259
¿Límites del crecimiento de la miseria? . . . . .	265
Sobre el debate en torno a las Centrales Nucleares . . . . .	274
Tres cartas a «Die Weltbühne» . . . . .	285
Mensaje de salutación a la Conferencia sobre “¿Una política socialista de protección al medio ambiente?” . . . . .	295
Europa, el Comunismo Español actual y la revolución ecológico-social . . . . .	306
La mujer en el Apocalipsis. Nota sobre Feminismo y Ecología . . . . .	341

## EN LA EDICION CASTELLANA DEL LIBRO DE WOLFGANG HARICH ¿COMUNISMO SIN CRECIMIENTO?\*

Esta es la tercera traducción de W.H. al castellano. Las anteriores, aunque informan acerca del principal motivo del pensamiento del autor durante estos últimos años, son escritos cortos de poco desarrollo; "Europa, el comunismo español actual y la revolución ecológico-social", entrevista por Rolf Uesseler para *Materiales*, apareció en el n.º 6 de esta revista (nov.-dic. 1977); "La mujer en el Apocalipsis. Nota sobre feminismo y ecología" en el n.º 8 de *Materiales* (marzo-abril 1978). Ambos escritos, junto con otros, se dan en Apéndice al volumen *¿Comunismo sin crecimiento?*, el cual contiene, pues, todo el Harich castellanizado hasta ahora. Lo primero que habría que traducir ahora de él, después de este urgente *¿Comunismo sin crecimiento?* —que, por lo demás, ha tardado lo suyo en salir— es su último trabajo grande de crítica literaria, *Jean-Pauls Revolutionsdichtung. Versuch einer neuen Deutung seiner heroischen Romane (La obra de Jean-Paul sobre la revolución. Ensayo de interpretación nueva de sus novelas heroicas)*, Berlín (RDA) y Rein-

\* Reseña aparecida en el n.º 12 de *Materiales*.

beck bei Hamburg (RFA), 1974. Este libro erudito y elegante es un fruto maduro de la germanística de influencia lukácsiana; sin ningún ánimo impertinente hay que decir que el estudio de Harich tiene toda la solidez cultural de Lukács con una acribia filológica particular y sin las simplificaciones filosóficas y las rudezas de método que el ambiente impuso o inspiró al maestro húngaro.

La dedicación a J.P.F. Richter —que es herencia de familia, pues el padre de W.H. fue un apreciado biógrafo de Jean Paul— había producido ya antes un texto de menos importancia filológica, pero también interesante desde los puntos de vista crítico y filosófico: *Jean Pauls Kritik des philosophischen Egoismus (La crítica del egoísmo filosófico por Jean Paul)*, Frankfurt am Main, 1968.

De las publicaciones aparecidas entre los dos trabajos mencionados sobre Jean Paul tiene particular interés para el lector del presente volumen *Zur Kritik der revolutionären Ungeduld*, libro del que hay traducción italiana: *Crítica dell'impazienza rivoluzionaria*, Milano, 1972. Leer en paralelismo ese texto y el presente *¿Comunismo sin crecimiento?* es un ejercicio esclarecedor de las presentes dificultades del marxismo (de las dificultades reales, no de las quisicosas de los literatos y filósofos, de acuerdo con la oportuna distinción de Parramio y Reverte en el n.º 24 de *El Viejo Topo*). En la *Crítica de la impaciencia revolucionaria* W.H. entiende por comunismo, al modo tradicional marxista, un libertarismo de la abundancia; en *¿Comunismo sin crecimiento?* construye el comunismo como un igualitarismo de la escasez, luego de abandonar, por consideraciones ecológicas, aquella noción clásica. Pero de esto en su lugar.

El Harich mínimo o imprescindible se podría completar con las siguientes menciones: en 1955 nuestro autor publicó en *Sinn und Form*, la principal revista literaria de la República Democrática Alemana, el ensayo "Über die Empfindung des Schönen" (Sobre el sentimiento de lo hermoso) que tiene, entre otros, el interés de documentar ya en esa fecha la libertad de economicismo o sociologismo de Harich. Por último, como a menudo ocurre, la tesis doctoral de nuestro autor contiene en gérmen más de lo que se tiende a esperar

de un objeto burocrático. Apareció en Berlín (RDA) en 1952 y versa sobre *Ein Kantmotiv im philosophischen Denken Herders (Un motivo kantiano en el pensamiento filosófico de Herder)*.

Wolfgang Harich nació en Königsberg en 1923. (No viene a cuento, pero todo filósofo debe protestar, cada vez que se acuerda de ello, de que hoy la ciudad de Kant se llame Kaliningrado y no sea alemana. Cumplo con esa obligación). En 1940 era estudiante de filosofía y germanística en Berlín, donde oyó a Nicolai Hartmann y Eduard Spranger. Harich ha contado que él fue quién sugirió a Lukács la lectura de Hartmann que es visible en la *Estética*. El indiscreto, pero informado, Fritz Raddatz, que en otro tiempo compartió intereses y empeños con Harich, antes de convertirse en Elsa Maxwell de la emigración alemana oriental, ha negado que Harich tuviera nada que ver con la resistencia alemana al nazismo. Pero, por otra parte, el mismo Raddatz alude a los intentos de desertión de Harich durante la guerra mundial (los cuales implicaban un considerable riesgo de fusilamiento) y la circunstancia de que el nombre de nuestro autor figuraba en la lista de antifascistas que llevaba, al entrar en Berlín con el Ejército Rojo, la dirección del Partido Comunista de Alemania. En cualquier caso, Harich era muy activo en las Juventudes Comunistas y en el Partido ya el mismo año en que acabó la guerra, 1945. Entre esa fecha y el final de sus estudios en 1948 publicó críticas teatrales y literarias. El 48 es docente en la Universidad Humboldt de Berlín. Sus primeros artículos filosóficos son de 1950, y su doctorado de 1951.

Los trabajos filosóficos de Harich aparecieron en la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, cuyo jefe de redacción era desde 1950. La revista tenía una redacción pequeña, pero memorable: los filósofos Ernst Bloch (discípulo del cual se consideraba a Harich) y Arthur Baumgarten, Karl Schröter, uno de los lógicos alemanes más dotados del siglo (es el Schröter autor de *Ein allgemeiner Kalkülbegriff*) y Harich. Este fue cobrando una influencia político-cultural creciente y desproporcionada con su poder administrativo. Durante mucho tiempo, como es sabido (aunque a menudo se olvide), el

gobierno soviético intentó evitar que la división de Alemania se hiciera definitiva, pero fracasó ante la energía voluntaria norteamericana de asegurarse una frontera muy beneficiosa económica, militar, política y propagandísticamente para el bando capitalista en la guerra fría incipiente o en desarrollo. La percepción del fracaso determinó en la potencia ocupante —con la influencia, también, de las grandes dificultades de la reconstrucción en el Este— un endurecimiento que repercutió directamente en el modo de gobierno de la Alemania oriental. En el ambiente opresivo y empobrecedor de la vida intelectual alemana, los escritos filosóficos y literarios de Harich, su actividad docente, su estilo intelectual de filósofo prusiano bien puesto en su tradición —enriquecida con los injertos de Bloch y Lukács—, incluso sus salidas e impertinencias mundanas (Raddatz cotillea que el filósofo se declaró a la actriz Hannelore Schrott con la notable fórmula “Vivo sólo para Stalin y para tí”) y, sobre todo, el coraje de su crítica política y social, mucho más natural para él —al fin y al cabo joven y militante comunista— que para sus maduros amigos y colegas, alguno de ellos —Schröter— siempre sin partido, fueron haciendo de Harich un punto de referencia de la oposición al creciente autoritarismo del régimen. Eso puede sorprender al lector español que sólo conozca los textos de Harich publicados hasta ahora en castellano, con su enérgico rechazo del “eurocomunismo” y su profesión de fe en la URSS, considerada Nueva Arca que ha de salvarnos del diluvio industrial destructor de la naturaleza. Pero así fue. Uno de los ecos más serios y valerosos que tuvo el levantamiento del 17 de junio de 1953 en Berlín-Este fue el artículo crítico que publicó Harich, menos de un mes después, el 14 de julio, en la *Berliner Zeitung*.

La situación se prolonga y complica hasta el XX Congreso del PCUS y la insurrección húngara de aquel año. Y entonces hace crisis. El intento de renovación del estado y del partido, indeciso entre la autocritica y el paternalismo y tan oportunista como el mismo estalinismo —no fue menos fallido en la RDA que en la URSS, sino acaso más. Por entonces empezó en Berlín una escaramuza filosófica detrás de la cual se percibía bien la batalla política. La cosa empezó con

una ofensiva de los profesores de filosofía más próximos al gobierno contra la tendencia, característica de Bloch y Lukács, a alimentar el pensamiento marxista con una permanente reasimilación de filosofía clásica, en particular de Hegel. El último Stalin —esto es, la política cultural zdanovista— había roto con la muy hegeliana tradición del Lenin maduro —el de los *Cuadernos filosóficos*—, pronunciando una condena explícita de Hegel e insistiendo en la vaciedad —heredada del peor Lenin filosofante, el de *Materialismo y empirio-criticismo*— de que la historia de la filosofía se reduce a la “lucha entre el materialismo y el idealismo”.

Harich interviene en defensa de la línea histórico-filosófica de Bloch y Lukács en el célebre n.º 5 de la DZPh, número secuestrado por el gobierno. El arranque de su intervención es la posición de política cultural comunista que probablemente era lo único que los tres hombres tenían sin reparos en común: “(...) en la actualidad nos esforzamos por volver a dar un semblante a la figura de Hegel, partiendo de Marx y de Lenin, y por limpiarla de los falsos juicios sectarios de la era estalinista.” El sentido de ese esfuerzo está heredado del Bloch de *Subjekt-Objekt* y del Lukács de toda la vida. “Sólo nosotros”, escribe Harich, “los marxistas, podemos arrancar la gran tradición del pueblo alemán a la ideología de la burguesía imperialista.” El contexto inicial de la discusión, situada entre la historia de las ideas y la pugna política, parece empujar a Harich a proclamar su propio “legado”: “Nuestra formación ideológica ha sido particularmente influida por el camarada György Lukács. Bertolt Brecht ha estado hasta su muerte próximo a nuestro grupo, en el cual veía las fuerzas sanas del partido.”

G. Zecchi (*E. Bloch, utopía y esperanza en el comunismo*, trad. cast. de J.M. Ivars en prensa para Eds. Península) cree poder afirmar que la intervención de Harich en el n.º 5 de la DZPh rechaza la interpretación de la historia de la filosofía como lucha entre idealismo y materialismo. Por lo menos, eso está verosíblemente implicado en el artículo. En cualquier caso, éste rebasa el marco de la polémica filosófica y se sitúa en el “gran proceso de clarificación que

tiene lugar en la Unión Soviética después de la muerte de Stalin y que se acrecienta con el XX Congreso en un nuevo período de florecimiento de la vida cultural soviética."

Harich usa entonces léxico toglíattiano, hasta el punto de proponer una "vía alemana al socialismo" hecha de una lista de reformas del régimen: reforma de la producción para corregir el pesadismo, reducción del abanico salarial (con una enérgica crítica de los privilegios de los intelectuales y los funcionarios), introducción de incentivos materiales y de consejos de fábrica, reconocimiento de la subsistente necesidad de un sector privado en la producción, instauración de las libertades civiles (en particular la de pensamiento), abandono de la hostilidad a las iglesias, cambio del sistema de gobierno en un sentido democratizador; y el punctum saltans: autonomía internacional, aunque sin abandonar la alianza socialista. "La URSS", se lee en el documento, "es el primer estado socialista del mundo, a pesar del estalinismo. Pero el socialismo soviético no puede pretender ser el modelo de todos los demás países, cuando es ya discutible en la misma Unión Soviética. En el estadio actual obstaculiza el ulterior desarrollo socialista de la URSS".

El 29 de noviembre de 1956 la Policía Estatal de Seguridad detiene a Wolfgang Harich. Se le juzga bajo la acusación de "formación de un grupo conspirativo enemigo del estado", se le condena a diez años de presidio y se le expulsa del partido (entonces ya SED, Partido Socialista Unificado de Alemania). A los ocho años de encarcelamiento sale en libertad por indulto (1964). Desde 1965 Harich trabaja para la editorial de la Academia de las Ciencias. No ha vuelto a la Universidad. Padece una seria enfermedad cardíaca, que es la principal causa de la accidentada forma de entrevista que tiene este *¿Comunismo sin crecimiento?*

\* \* \*

En el repaso de las obras de Harich salta a la vista el apasionado forcejeo del autor con las contradicciones que la evolución de su pensamiento le obliga a trabajar. La más llamativa de las cuales (aunque quizá no la más profunda) se

refiere a su actitud respecto del "socialismo real" de los países de la Europa central y oriental. Entre el documento de 1956, que le valió la cárcel, y la actual posición de Harich hay un abismo que él se dedica, además, a realzar provocativamente. Es verdad que también intenta rellenarlo con argumentación. El lector de *¿Comunismo sin crecimiento?* podría creer que Harich ha cambiado de opinión sobre los países de la Europa del Este a causa de la descubierta urgencia del punto de vista ecológico-social, pues el autor le dice: "(...) características de la República Democrática Alemana, como del campo socialista en general, en las que estábamos acostumbrados a ver desventajas, resultan ser excelencias en cuanto que las medimos con los criterios de la crisis ecológica (...)". Desde *¿Comunismo sin crecimiento?* repite Harich esa argumentación. Así, por ejemplo, en una de sus publicaciones en *Materiales*: "(...) mi creencia en la superioridad del modelo soviético de socialismo se ha hecho inquebrantable desde que he aprendido a no considerarlo ya desde el punto de vista de la —por otra parte absoluta— competencia económica entre el Este y el Oeste, sino a juzgarlo, ante todo, según las posibilidades que ofrece su estructura para sobreponerse a la crisis ecológica, para el mantenimiento de la vida en nuestro planeta, para salvación de la humanidad."

Pero esas palabras pueden resultar más racionalización que razonamiento. Para que fueran convincentes habría que estar seguros de que la reserva ecológica soviética —la "nueva Arca de Noé" en que piensa Harich— es efecto de una estructura social, y no consecuencia imprevista y transitoria de su mal funcionamiento (malo desde el punto de vista de un designio no diverso en esto del capitalista). No se ve por qué los "Volksfiatovich" fabricados en Togliattigrado han de contaminar menos o ser más comunistas que los Fiat hechos en Turín o los Volkswagen de Wolfsburg. Mientras eso no se demuestre, hay derecho a seguir pensando que el Asno del Apocalipsis es igual de siniestro si se llama "Seat" que si se llama "Trabant", y que el quinto jinete que lo cabalga es un pobre hombre tan alienado en un caso como en otro.

No es sólo que falte la imprescindible prueba aludida. Ocurre, además, que Harich había cambiado de opinión *antes* de llegar a su presente pensamiento ecológico-social. En la *Crítica de la impaciencia revolucionaria* había escrito esta reflexión, impresionante en la pluma del presidiario de 1956: “¿No nos preguntaremos (...) qué dirección habrían tomado las ‘instituciones transitorias’ húngaras de 1956, luego de haber aprobado, como lo hicieron, el terrorismo blanco, de no intervenir el Ejército Rojo? ¿Qué fuerzas de clase se habrían impuesto en semejante parlamento húngaro? Hay que ser fanáticos irrealistas para hacerse ilusiones a ese respecto.”

No es posible explicarse esa actitud de Harich (en el supuesto de que no satisfaga la que él mismo da) apelando a una caída en el dogmatismo. Harich no me parece nada dogmático, ni ahora ni antes, pese a la contraria opinión de Radatz. El gusto de Harich por la provocación, hasta por la mera *boutade*, puede confundir al que se tome en serio tal o cual retórica proclamación de los rimbombantes filosofemas de la escolástica materialista-dialéctica. Pero su modo de razonar, lógicamente pulcro y sensatamente empírico, está libre no sólo de dogmatismo, sino también de la especulación metafísica más o menos imaginativa que es la hemofilia roja, la enfermedad hereditaria de las mejores familias marxistas. El estilo discursivo de Harich revela un claro buen sentido científico. Un elegante ejemplo de esa cualidad es su refutación de los poblacionistas marxistas, que se creen obligados —por herederos del ataque de Marx a Malthus— a seguir tolerando la llegada anual del ángel exterminador sobre los niños de muchos países neocolonizados. “Si digo que la limitación social” (de la población en una sociedad), observa Harich, “no es la limitación natural —y eso es lo que, en cuanto al sentido, han dicho Marx y Engels contra Malthus—, no puedo esperar lógicamente que con la abolición de la limitación social” (por el socialismo) “caiga también eo ipso la limitación natural. Si lo espero así, es que yo también identifico ambas limitaciones.”

Más vale, pues, no buscar la explicación de la afirmación por Harich de la superioridad del modelo soviético en un dogmatismo que en realidad no profesa. En algunas oca-

siones da la impresión de que no haya tal convicción, sino que fingirla sea para Harich una especie de argucia “esópica” tendente a influir en su gobierno y en el soviético. A veces, en efecto, parece estar siguiendo la conducta de los astutos padres que elogian en cualquier caso a sus hijos, con razón o sin ella, para reforzar en ellos conductas afines con ideales paternos. “Mi hijo estudia mucho, es muy sensato, no transnocha, etc.” Un padre así parece Harich cuando intenta convencernos —¿a nosotros?— de que el Partido Socialista Unificado de Alemania no desea una competición productivista con el capitalismo. “¿Cómo, si no, se habría impuesto a sí mismo y, por lo tanto, a todos los órganos directores de nuestra economía, la obligación —tal como figura en el nuevo programa aprobado en 1976 en el IX Congreso, lo que constituye un elemento pionero en la historia de la totalidad de los programas de partido que hasta ahora se ha dado el movimiento proletario revolucionario internacional— de utilizar los recursos naturales sólo desde la plena conciencia de la responsabilidad respecto de las generaciones futuras?” No es malicia suponer que esas palabras se dirigen más a la dirección de la SED que a los jóvenes socialistas que eran formalmente sus destinatarios en 1977.

Otras veces entra la sospecha de que, más que admiración por el modelo ruso, Harich sienta desprecio por la laxitud intelectual de autores y políticos que propugnan una utopía reformista inconfesada o inconsciente, o por la nebulosa ideológica de los creyentes en perspectivas insurreccionales ochocentistas en Europa. En la *Crítica de la impaciencia revolucionaria*, por ejemplo, Harich expone (págs. 70 y ss. de la edición italiana) una crítica del carácter ilusorio de lo que allí llama “el anarquismo prematuro”. La crítica es objetiva, pero al final Harich le añade un poco de ironía despectiva: “La aceptación de la violencia revolucionaria, predominante en el movimiento anarquista, demuestra que sus seguidores no son, en realidad, tan nobles como para renunciar a medios innobles en la lucha por fines nobles. Lo que pasa es que son tan impacientes y, además, tan románticos que sólo les gusta la violencia de la aventura fugaz, del atentado, de

los dos o tres días de batalla en las barricadas, con fotogénicos vendajes en las cabezas abolladas. Pero puestos ante la prosáica tarea de construir al servicio de la revolución un mecanismo preciso de represión sistemática y la de mantenerlo en funcionamiento, mientras la correlación de fuerzas entre las clases haga de la actitud de los adversarios internos un peligro real, su entusiasmo se apaga como ho- guera de pajas. Eso es todo."

El intento de condicionar a su propio gobierno y el desprecio aristocrático del democratismo plebeyo o populista de bastantes antiestalinismos (motivaciones ambas tal vez demasiado ingenuas) son explicaciones parciales del optimismo de Harich respecto de la situación y las perspectivas de los poderes de la Europa central y oriental. Por otra parte, nuestro autor se quita de vez en cuando la careta provocadora, renuncia a salidas agresivas y resulta más cauto y convincente cuando habla de las disputas entre los partidos procedentes de la III.<sup>a</sup> Internacional. En la entrevista con Uessler, Harich ha dejado caer la siguiente franqueza (cursiva mía): "Está bien, no quiero andarme con rodeos en ninguna de sus preguntas (...) la crítica de Carrillo a la URSS pasa completamente por alto las más urgentes tareas de su propio partido y los presentes problemas de la clase obrera española. *Por otra parte, también desearía, como es natural, que los comunistas soviéticos comprendieran que estarían en condiciones de responder a esas críticas con menor irritación, mayor serenidad y más segura salvaguarda de su destino y de su crédito si no se callaran pudorosamente determinadas circunstancias —por lo demás sobradamente conocidas— y se decidieran a aplicar la metodología marxista al análisis crítico de su propia historia de partido.*"

\* \* \*

Desde hace unos cinco años son muy visibles corrientes de pensamiento comunista marxista que coinciden en una revisión del modo o la medida en que los clásicos del marxismo toman como simples datos ciertas características de la civilización capitalista, en particular el crecimiento ilimitado de las

fuerzas productivas materiales, la ricardiana "producción por la producción" en la que Marx vio en algún momento la dinámica básica de la libertad. Esas corrientes, que difieren bastante entre ellas en cuanto a sus métodos y estilos intelectuales y se cruzan con nuevas reflexiones económicas, incluyen, por ejemplo, un trabajo de crítica detallada, particular, protagonizada por científicos y técnicos, que estudia los efectos de determinados procesos de producción (o incluso de investigación aplicada o pura) en el marco de un análisis de clase y de una lucha propagandística explícita contra el imperialismo; a este patrón responden, por ejemplo, los escritores de la parte marxista de la revista norteamericana *Science for the People*, aunque no todos. Pero también hay que contar aquí con la "escuela de Budapest", la cual trabaja filosóficamente en la definición de un sistema de valores comunitarios, en la identificación de un sistema de "necesidades radicales" (Ágnes Heller) que se contraponen al sistema de necesidades propio del capitalismo y difundido por los persuasores ocultos al servicio de la valorización; esta corriente, de *forma mentis* más especulativa, supone en última instancia una humanidad esencial, una "esencia humana" contrapuesta a la impropia existencia capitalista. De ahí que el audaz trabajo de Gyorgy Markus que, agarrando el toro por los cuernos, se proponía definir dicha "esencia humana", sea el texto fundamental de esa corriente.

Y también Harich cuenta entre esas corrientes. Él se caracteriza por poner en el centro de una revisión marxista revolucionaria el problema ecológico, el problema de la relación hombre-naturaleza: " (...) nada hay más conforme a la época", dice Harich en su entrevista al *Extra-Dients* (1977), "que este lema de Rousseau: ¡Vuelta a la naturaleza! Aunque hay que puntualizar que Rousseau no fue un romántico pasadista, sino un eminente pensador revolucionario, por lo que, en realidad, ese lema suyo debería transformarse, para permanecer fiel a su sentido, así: ¡Adelante a la naturaleza!" Harich piensa que las fuerzas productivas materiales han alcanzado un estadio de desarrollo que ya no se puede rebasar sin consecuencias destructivas irreparables, de modo que "a partir de ahora el proceso de acumulación de capital cho-

ca con el límite último, absoluto, detrás del cual están ya al acecho los demonios de la aniquilación de la vida, de la autoaniquilación de toda vida humana."

En este punto interviene el análisis marxista para evitar una caída en el error en el que lamentablemente está incurriendo, empujada por el ambiente filosófico-literario de "crisis del marxismo" y, sobre todo, por la evidente sumisión de los estados y partidos sedicentemente socialistas o comunistas a la lógica de la "producción por la producción", una parte del movimiento ecologista. Todavía en el último número de *Mazingira* (n.º 5, 1978) Paul Thibaud presenta la problemática ecológica francesa como cosa independiente de la opción entre capitalismo y socialismo. Y, entre nosotros, Juan Capdevila, cuya interpelación al poder (Carta abierta al presidente del gobierno, ministros, diputados..., Barcelona, La Gaya Ciencia, 1977) es tan encomiable cuanto oportuna, digna del apoyo de toda persona que no sea ciega para con la situación de la relación de la sociedad española con la naturaleza, opina simplísticamente que "para el hombre esclavizado por el ritmo de la máquina poco importa que la plusvalía de su trabajo vaya íntegramente al Estado o parte al Estado y parte al bolsillo del capitalista", y cree que se puede salir de nuestro infierno megalopolitano "fomentando las pequeñas empresas familiares", como si no fuera precisamente la dinámica del mundo de las pequeñas empresas privadas lo que llevó de modo clásico al gran capital, a la producción irreparablemente depredadora.

Harich no pasa eso por alto, naturalmente, y advierte que sin destrucción del capitalismo no tiene sentido ni siquiera la austeridad más estricta, ya que "la limitación del consumo en condiciones capitalistas favorecería la expansión de la producción, y eso es precisamente lo que se trata de impedir." La tesis de Harich según la cual la revolución comunista (no ya socialista) está a la orden del día en los países industrializados se basa en dos argumentos complementarios: uno económico, que es el recién apuntado e implica el análisis marxista de la reproducción ampliada y de las crisis cíclicas; y otro ecológico, que es la consideración de que no

existe ninguna posibilidad ecológicamente admisible de expansionar el producto en los países adelantados, porque "la nueva tecnología no basta", por causa del consumo energético que supone en cualquier caso, en particular si se recurre a un reciclaje a gran escala. Puesto que ni la nueva tecnología conservadora basta, "hay que complementarla con otras soluciones: la limitación del consumo y la limitación de la población, cosas ambas (...) que, como el mismo reciclaje, se pueden realizar del modo más fácil y más humano en una sociedad socialista, más propiamente comunista, que es la única que permite combinar las medidas necesarias" —por ejemplo, el racionamiento— "con el principio de igualdad (...)".

Pero esos argumentos no bastarían para construir de un modo coherente la tesis de Harich si éste no diera un paso imprescindible: la redefinición de la noción de comunismo, a la que nuestro autor procede sin vacilar. El siguiente paso de *¿Comunismo sin crecimiento?* presenta una síntesis de la reflexión de Harich: "Considero posible el paso inmediato al comunismo en el estadio ya alcanzado del desarrollo de las fuerzas productivas; y, a la vista de la crisis ecológica, el paso al comunismo me parece urgentemente necesario. Pero ya no creo que vaya a existir nunca una sociedad comunista que viva en sobreabundancia, una sociedad comunista que viva de una plenitud material como era aquella a la que los marxistas hemos aspirado hasta ahora. En este punto nos tenemos que corregir."

La corrección del comunismo de la abundancia por un comunismo sin crecimiento, homeostático (en equilibrio), acarrea una rectificación de gran transcendencia: obliga a cambiar la nota esencial del concepto, desplazando el acento del libertarismo al igualitarismo. En el mismo lugar en que por primera vez invoca a Babeuf, el comunismo ascético autoritario, Harich dice: "Comunismo significa distribución justa, realizada consecuentemente, radicalmente." Y aplica el concepto con su acostumbrada coherencia radical: en un momento de la entrevista Harich dice que "el automóvil de propiedad privada es (...) un medio de consumo antisocial y, en cualquier caso, anticomunista". Duve, que es un señor

del partido socialdemócrata —el de las leyes de emergencia, el decreto contra los radicales y el negocio nuclear— se da entonces el gustazo de representar la ortodoxia marxista: “¿Consumo anticomunista?” Harich no se deja desviar por la pequeña provocación y prosigue la construcción de su concepto de comunismo utilizando una especie de “imperativo categórico” ecológico-igualitario, interesante desde el punto de vista metodológico: “Llamo anticomunista a un valor de uso que en ninguna circunstancia social, cualquiera que ésta fuera, podría ser consumido por todos los miembros de la sociedad sin excepción”. Nuestro autor no evita siquiera la formulación más áspera de sus conclusiones. En el mensaje de 1977 a los jóvenes socialistas de la RFA escribe: “la igualdad comunista para todos sólo se podrá conseguir mediante una *igualación por abajo*.”

El lector de la entrevista a Rolf Uessler para *Materiales* se entera, quizá con alguna sorpresa, de que los españoles estamos particularmente maduros para el comunismo, de que estamos más cerca que otros de la “revolución ecológico-social”. Harich, que escribe eso conociendo datos sobre contaminación de las grandes ciudades españolas que los españoles ignoran a menudo, y recordando los muertos de Eran-dio, piensa que “en España coinciden los sufrimientos y los horrores —apenas superados todavía— de casi cuarenta años de opresión fascista con los efectos de un proceso de industrialización a toda máquina desarrollado de un modo extraordinariamente rápido en la última década, un proceso de consecuencias sociales y ecológicas mucho más catastróficas que en cualquiera otra parte de Europa. A la luz de todo ello creo que puede afirmarse no sólo que España está sobradamente madura para la realización inmediata del comunismo, sino también que, sobre la base de sus condiciones internas, está precisamente llamada a convertirse en detonante de esa revolución en toda Europa Occidental.” No deben de ser muchos los españoles dispuestos a creerse eso. Pero, aparte de agradecer a Harich su incitante versión del “Spain is different”, podemos recoger del contexto español de nuestro autor algunas precisiones o insistencias útiles para perfilar su concepto de comunismo: “para el comu-

nismo en el que *yo* pienso no faltan en absoluto los presupuestos materiales en España. No estoy pensando en un comunismo de la abundancia, sino en uno que excluya el ulterior crecimiento demográfico y económico, un comunismo de racionamiento de los bienes de uso que, con una radical nivelación de las diferencias de renta existentes, garantice la igualitaria satisfacción de las necesidades elementales de todos los miembros de la sociedad y sintonice armónicamente con el mantenimiento y el robustecimiento de nuestra base natural actualmente amenazada de muerte: la biosfera.”

No es posible dejar de reseñar otros dos elementos muy importantes de la reflexión y el programa de nuestro autor: la ausencia en su pensamiento de metafísica especulativa tradicional (pese a ocasionales truenos retóricos hegelianos) y su autoritarismo. El primero se puede ejemplificar comparando el tratamiento del concepto de necesidad por Ágnes Heller con el que le da Harich. Por un lado, una apasionante búsqueda de lo humanamente radical, con la esencia humana como horizonte. Por el lado de Harich, una positiva clasificación de las necesidades en necesidades satisfactibles y necesidades que hay que yugular (sin pretender saber si son más o menos esenciales que otras) por sus consecuencias empíricamente registrables: Harich subdivide el segundo grupo en cinco subgrupos: a) necesidades cuya satisfacción es hostil a la naturaleza; b) necesidades cuya satisfacción es hostil a la vida social; c) necesidades cuya satisfacción es antisocialista; d) necesidades cuya satisfacción es anticomunista; e) combinaciones y transiciones de y entre a)-d). En el “examen diferenciado” que Harich propone de todas las necesidades “se tratará de distinguir selectivamente entre necesidades que hay que mantener, que cultivar como herencia cultural o hasta que habrá que despertar o intensificar, y otras necesidades de las que habrá que desacostumbrar a los hombres, a ser posible mediante reeducación y persuasión ilustradora, pero también, en caso necesario, mediante medidas represivas rigurosas, como, por ejemplo, la paralización de ramas enteras de la producción, acompañada por tratamientos en masa de desintoxicación ejecutados según la ley.” En este punto, el realismo de Harich desemboca en el otro

rasgo destacado de su programa ecológico-comunista: el autoritarismo.

El paso al autoritarismo en la noción de comunismo fue, naturalmente, una dificultad central para el mismo Harich. Este punto de su rectificación del concepto de comunismo muestra la contradicción más llamativa en que se encuentra Harich con su obra anterior. Sin embargo, a veces el autoritarismo de Harich se presenta tan provocativamente que incita a pensar que sus raíces se hundan en una vieja tierra que no es el nuevo terreno de los problemas ecológicos. Cuando, por ejemplo, dice "A mí el pluralismo, la reivindicación de más libertad, etc. etc., no me dice, evidentemente, nada, al contrario", Harich me recuerda inevitablemente el mundo cultural del que viene la insania zarista, la ferocidad reaccionaria antiliberal de las últimas revelaciones del profeta Solchenizín, que han movido a protestar incluso a escritores yanquis moderados, como Schlesinger. Pero hay que sobreponerse a esa tentación de celtíbero libertario, porque el problema material (no sólo el moral) no es un invento, está planteado realmente y no se puede reducir a disposiciones culturales de Harich. Cualesquiera que éstas sean, está fuera de duda que todo comunista que vea en el problema ecológico el dato hoy básico del problema de la revolución (como es el caso de Harich) se ve obligado a revisar la noción de comunismo. Y una de las revisiones que se ofrecían más inmediatamente consiste, desde luego, en prescindir del elemento libertario y compensar la pérdida acentuando el igualitario. Esta es la solución adoptada por Harich, las estaciones de cuya reflexión se pueden describir resumidamente como sigue.

Todavía en la *Crítica de la impaciencia revolucionaria*, cuatro años antes de *¿Comunismo sin crecimiento?* Harich trabaja, como queda dicho, con la noción de comunismo tradicional entre los marxistas. El capítulo segundo de aquel ensayo se titula, precisamente "La abolición del poder, objeto final también del marxismo" (se sobreentiende, no sólo del anarquismo). Harich hace allí un poco de filología marxiana y concluye escribiendo que desde 1847", esto es, desde *Misère de la Philosophie*, "la doctrina marxista del estado ha

considerado todo poder político, toda autoridad, como producto de las diferencias de clase y deduce de ello que en la sociedad sin clases del futuro, en la sociedad comunista, el estado resultará ser una institución superflua y se "extinguirá". Luego, además, Harich subraya que Lenin ha substituido la idea histórico-social de extinción del estado por la idea política de su abolición. Comprueba, finalmente, que la literatura política estalinista no llegó a modificar ese punto y concluye así: "Ni siquiera, pues, el fenómeno histórico del estalinismo, con su terror, cambia el hecho de que los revolucionarios marxistas, como los anarquistas, quieren la desaparición del dominio y la sumisión, quieren la anarquía; que unos y otros tienen ese objeto. Y ni los unos ni los otros se convierten por ello en propagadores del caos."

Esa noción tradicional marxista de comunismo con la que opera Harich en la *Crítica* es la de un comunismo de la abundancia. Así, por ejemplo, censura a Bakunin porque "la visión de una sociedad en la que cada cual toma lo que necesita superaba su capacidad de comprensión". Consiguientemente, Harich prefería, de entre los autores anarquistas, otros dotados de esa comprensión. Así elogiaba "el anarco-comunismo representado por Elisée Réclus, Piotr Kropotkin, Enrico Malatesta, Jean Grave, Johann Most y otros. Este ha comprendido el vínculo insuprimible entre la ausencia de autoridad y la satisfacción de las necesidades humanas." Pues bien: si el vínculo entre la ausencia de autoridad y la satisfacción de las necesidades humanas es insuprimible —lo que quiere decir que mientras la producción y la distribución del producto sean problemáticas tiene que haber estado—, lo primero que se le ocurre a uno, visto que, por el imperativo ecológico, las necesidades se tienen que clasificar de nuevo para satisfacer unas y yugular otras, es que lo que se va a extinguir es la perspectiva de extinción del poder político. Harich lo entiende así y desde 1975 construye un comunismo autoritario, su "comunismo homeostático" de la escasez, que implica una ruptura definitiva con el anarquismo (al menos con el tradicional).

No se puede negar peso a las razones de Harich. Pero, antes de terminar recomendando calurosamente la lectura de

todos sus escritos, vale la pena oponerle algunas otras —nada resolutorias, por lo demás —que también pesan algo.

Por de pronto, es difícil evitar la impresión de que Harich procede con alguna prisa, con una prisa que no vacila en pasar por alto observaciones críticas tan viejas y elementales como las de Rusell o el anarquismo a propósito de la realidad soviética. En el mensaje de 1977 a los jóvenes socialistas, por ejemplo, luego del valiente paso, ya recordado, en el que declara que no hay más remedio que propugnar el igualitarismo comunista “por abajo”, aboliendo, por ejemplo, el automóvil privado, Harich escribe la siguiente utopía inverosímil, acrítica en el plano psicológico y curiosamente ciega respecto de la dialéctica entre el poder político y el poder económico: “Y como resultado secundario de ese proceso, se solucionarán por sí mismos los problemas de la deformación burocrática y el carrerismo, de la misma manera que el grano se separa de la paja. Pues un aparato comunista en el que desde el punto de vista material no valga ya la pena ascender quedará reservado a quienes estén consagrados exclusivamente al servicio altruista, desinteresado y pleno a la buena causa, a la comunidad, a la patria, a la clase obrera internacional.” ¿Ejerce aquí Harich una ironía infernal, huésped de abismos que jamás barruntara Jean Paul, o de verdad no sabe que el siervo de los siervos de Dios es un amo de Padre y muy Señor mío? El lector podría enfadarse si Harich dijera a menudo cosas como ésta, también de *¿Comunismo sin crecimiento?*: “un día, con objeto de conseguir una dispersión más homogénea de la población —cosa que sería muy recomendable ecológicamente—, un gobierno comunista mundial tendrá de todos modos que ejecutar acciones de traslado a escala global.” Muchos pensamos que eso es así, efectivamente. Pero esperamos que no sea un *gobierno* el que realice esas redistribuciones, y que no las *ejecute*, para no recordar demasiado, a los que entonces vivan, las odiseas de los indios americanos, los convoyes a Treblinka o las desventuras de los tártaros de Crimea. (Sin discusión se concede a Harich que añada: o las migraciones de los campesinos europeos bajo el capitalismo.

Pero, precisamente: eso no sería réplica, sino añadido). Luego, también, habría que notar un punto todavía obscuro en la reconstrucción del concepto de comunismo por nuestro autor. En la concepción de los clásicos la relación entre la producción y distribución del producto y, en particular, del excedente (con la laxa manera de decir “producción y distribución” se evita una discusión antropológica que aquí sería engorrosa e innecesaria), por un lado, y el poder político, por otro, está mediada por la constitución de las clases sociales. Estas parecen condición necesaria de la instauración del poder político, del estado. Entonces, el comunismo homeostático y con estado de Harich, ¿es clasista? Para contestar que no, Harich tendría probablemente que restringir mucho el concepto de clase social, encerrándolo en el marco de las relaciones jurídicas de propiedad. Esa salida tiene sus precedentes, incluso en el “marxismo ortodoxo”, pero parece poco afin a la acertada actitud de Harich respecto a la empiria.

¿Por qué parece tan seguro Harich de que no se puede buscar nuevas perspectivas por el lado de un democratismo directo radical, tal vez con represión democrático-despótica (pero no jacobina ni bolchevique, sino rousseauiana, o babuvista, por hablar con Harich) en áreas definidas desde abajo por las pequeñas comunidades (demografía, parasitismo, medio ambiente, violencia, opresión interpersonal)? Partiendo de supuestos filosóficos muy diferentes, pero en substancia de los mismos problemas y de motivaciones comunistas parecidas, Ágnes Heller, por ejemplo, intenta algo así con su concepción de una articulación democrática en un programa de contracultura, comunidades interpersonales nuevas y democracia de productores (autogestión), sin abandono de las instancias representativas, o indirectas. ¿Por qué no se interesa Harich en absoluto por esa búsqueda que obsesiona a tantos comunistas marxistas? Es de temer que por un pesimismo profundo acerca de la posibilidad de que la evolución de la política internacional —lo que en los buenos tiempos se llamaba “lucha de clases a escala mundial”— permita a esas investigaciones arraigar en la realidad social. Tal vez al hablar de Nueva Arca de Noé a propósito de la

URSS Harich no esté pensando sólo en el oxígeno. Pero, pues nuestro autor no ha sido explícito al respecto, será forzoso no seguir tejiendo una red de sospechas acaso inconsistente.

Manuel Sacristán Luzón  
Septiembre de 1978

## I. MATERIALISMO DIALECTICO Y ECOLOGIA

*DUVE:* Hace medio año, a principios de abril de 1974, quiso usted mantener una controversia pública con Arnold Gehlen y Rudolf Augstein. El tema: "Riesgos y posibilidades del futuro; la crisis ecológica como viraje histórico". La conversación no se llevó a efecto. La impidió seguramente la precipitación de la Radiodifusión alemana-occidental y la hipersensibilidad de la República Democrática Alemana. ¿Cómo es que un historiador marxista de la literatura se dedica a cuestiones de la crisis del crecimiento? Y ¿cuál es su punto de vista acerca de la exigencia de un freno global y diferenciado del proceso de "despliegue de las fuerzas productivas"?

*HARICH:* Mi interés por la ecología se remonta a 1948. Yo era entonces un estudiante de filosofía, rama germanística, y me ganaba al mismo tiempo la vida haciendo trabajo periodístico, como crítico. Entonces, el SED<sup>1</sup>, del que era yo militante, decidió incluir en los planes de estudios universitarios de la SBZ<sup>2</sup>, la posterior República Democrática Alemana, ciclos de conferencias sobre filosofía marxista. Algunos camaradas versados en filosofía, entre los que contaba, fuimos preparados para esta tarea en un curso de habilitación para la docencia en la Escuela Superior del partido. Seguidamente pasamos a ser encargados de curso; yo mismo, en la Facultad de Pedagogía de la Universidad Hum-

(1) *Sozialistische Einheitspartei Deutschland* (Partido Socialista Unificado de Alemania). (T.)

(2) *Sowjetische Besatzungszone* (Zona de ocupación soviética). (T.)

boldt. Y ello casi tres años antes de mi doctorado. Como guía básica de la materia que impartíamos utilizábamos el tratado de Stalin *Sobre materialismo dialéctico y materialismo histórico*, de 1936. Ilustrábamos las lapidarias tesis de Stalin con ejemplos de los más diversos campos del saber y nos esforzábamos, siguiendo las intenciones del partido, por sacar a colación también las ciencias de la naturaleza, de acuerdo con el "más reciente estado del conocimiento", por supuesto. Para un hombre dado a las cuestiones estéticas como yo, para un crítico teatral, la cosa era un tanto pesada, dado —sobre todo— que no aspiraba a identificar precisamente el "más reciente estado del conocimiento" con lo que venía en el *Anti-Dühring* y en la *Dialéctica de la naturaleza* de Friedrich Engels. De la época de mi evolución hacia el marxismo contaba, ciertamente, gracias a la ontología de mi maestro Nicolai Hartmann, con una preparación básica para abordar, en el marco de la sistemática filosófica, entre otros, los problemas de la fundamentación de las ciencias de la naturaleza. Pero aquello no me interesaba demasiado, por lo que no dudo de que mis lecciones fueran, casi seguro, un tanto diletantes, al menos en ciertas ocasiones. Ahora bien, independientemente de lo que pudiera aportar a mis oyentes de entonces, lo cierto es que mi propio desarrollo se benefició notablemente, ya que a los 24 años tuve que refrescar mis conocimientos matemáticos y científico-naturales de la adolescencia, que de otro modo habrían caído en el más completo olvido. En determinados campos, en particular en física, astronomía y biología, aprendí además cosas nuevas.

**DUVE:** ¿Conocimientos ecológicos en la biología?

**HARICH:** No sólo. Para la clarificación de la idea del desarrollo resultaba más fructífera la teoría de la evolución. Pero no tenía que buscar también en la naturaleza orgánica ejemplos que parecieran adecuados para corroborar el "primer fundamento de la dialéctica materialista" de Stalin y por esta vía me encontré con la ecología, de la que jamás había oído hablar hasta entonces. Resultaba necesario, como es sabido, fundamentar con todo detalle la tesis de que "la naturaleza es un todo unitario interrelacionado" un todo en el que "las cosas y los fenómenos están orgánicamente vincu-

lados, dependen unos de otros y se condicionan mutuamente". En el plano físico esto podía demostrarse en base a las estructuras dinámicas tanto en el plano cósmico como en el atómico. La confirmación biológica, sin embargo, la hallé en la *Sociología de las plantas* de Du Rietz, en la *Silvicultura* de Wohlfahrt, en los *Principios de Zoozonología* de Balogh y en un ensayo de Thienemann, *El mar como unidad de vida*. Por mucho que estas obras me fascinaran, es evidente que no las leía desde el punto de vista que hoy puede considerarse como "actual". Extraer de ellas argumentos en favor de la necesidad de medidas de defensa del medio ambiente o incluso derivar de ellas prognosis históricas apocalípticas, es cosa que no se me hubiera ocurrido ni en sueños. De la ecología me interesaba, pues, en un primer momento, otra cosa...

**DUVE:** ¿Se proponía Vd., en consecuencia, demostrar precisamente que Stalin tenía razón?

**HARICH:** Eso es lo de menos. No; en tanto que historiador de la filosofía principiante, lo que me interesaba es esa marcha de tortuga que hizo que la investigación empírica natural sólo en el siglo XX se planteará abordar interrelaciones que, en principio, eran ya cosa sabida por Hegel, gracias a la fuerza de su pensamiento especulativo. Me refiero al tratamiento de la causalidad y de la interacción que se encuentra en la *Ciencia de la Lógica*; en concreto a la crítica hegeliana de lo que hoy denominamos "causalidad lineal" y "pensamiento monocausal" y su constante empeño en conceptualizar la totalidad concreta. El "primer fundamento" de Stalin no es, claro está, sino una simplificación popular y una vulgarización de esta categoría de totalidad. Quien tenga ésta *in mente* e intente, además, comprenderla en un sentido materialista descubrirá, en cuanto empiece a estudiar ecología, que todos los sistemas ecológicos —los biotopos, las biozonosis, los holocoos— son "totalidades concretas" en sentido hegeliano y que, por consiguiente, de ellos puede predicarse *mutatis mutandis* lo mismo que de las totalidades sociales sobre las que se basa el materialismo histórico. Digo *mutatis mutandis* porque evidentemente, no puede perderse de vista la diferencia cualitativa entre la na-

turalidad orgánica y el ser social. Pero en este punto hay que tener asimismo en cuenta el englobamiento de la sociedad en su conjunto por la totalidad de la naturaleza...

*DUVE:* Esto eran conocimientos del año 1948. ¿Cuándo empezó usted a preocuparse por la dimensión futurológica de la ecología? ¿Y en base a qué?

*HARICH:* Justo diez años después gracias a dos tomitos de la *Rowohlts deutscher Enzyklopädie* que mi madre pudo enviarme cuando cumplía condena: *Vida y medio ambiente* de August Friedrich Thienemann, ya conocido por mí, y *El hombre y los microbios* de Hugh Nicol. El gran limnólogo Thienemann me acercó por primera vez a ideas que anteriormente yo no había visto, o que al menos no me habían llamado la atención, en los escritos de ecología, incluidos los suyos propios. Eran ideas que consideraban al hombre como un "factor supraorgánico" que no sólo es llevado por su base natural, sino que también reacciona sobre ésta y, en determinadas circunstancias, en un sentido destructivo. A mí esto me pareció, en general, una brillante confirmación de las afirmaciones del materialismo dialéctico acerca de las interrelaciones existentes entre la naturaleza y la sociedad, esas interrelaciones que N. Hartmann simplifica tan notablemente en su teoría de los estratos. Pude tomar al mismo tiempo nota concreta —por vez primera en mi evolución intelectual— del hecho de que en nuestro planeta la naturaleza orgánica estaba *à la longue* amenazada por la civilización industrial y su agricultura. La lectura del tomito de Nicol me puso, además, frente al problema de nuestra dependencia respecto de las materias primas y combustibles no regenerables, cuyas existencias habrán de agotarse un día.

*DUVE:* Los dos libritos estaban ya publicados en 1956. ¿Pudo deducir usted de ellos ya la proximidad de los peligros que hoy nos amenazan?

*HARICH:* No, de esto sólo me hice consciente después: con el *Doomsdaybook* (1970) de Gordon Rattray Taylor, con el *Blueprint for Survival* (1972) inglés y, de modo máximamente persuasivo, con los llamamientos de Casandra del Club de Roma (el estudio del MIT *Los límites del crecimiento* de Dennis Meadows y otros, 1972; *La humanidad en la encrucijada*

*jada* de Mihailo Mesarović y Eaduard Pestel, 1974). Desde que tomé conocimiento del libro de Taylor apenas leo otra cosa que literatura sobre estas cuestiones.

*DUVE:* ¿No ha sido todo ello causa, a pesar de haber tenido a Stalin como punto de partida de sus estudios, de que entre tanto se le hayan revelado como problemáticos algunos de los aspectos del marxismo? A mí, en cualquier caso, eso es lo que me ha ocurrido. Pienso que "Marx sólo sirve muy limitadamente de ayuda tan pronto como queda clara la existencia de límites definitivos para el desarrollo de las fuerzas productivas" (véase el editorial de *Technologie und Politik*, I). ¿Qué dice usted a ello?

*HARICH:* Su pregunta requiere una respuesta a diferentes niveles. Si nos centramos primero en los aspectos filosóficos del marxismo, le diré que no son puestos en cuestión, en punto alguno, por los resultados de la ecología; son por el contrario, confirmados y concretados por ellos en toda la línea. Esto es algo que he experimentado una y otra vez en el curso de mi formación como filósofo marxista.

*DUVE:* De todos modos, no puede negar la posibilidad de que haya ido formándose en Vd. una visión particular de la cosa que le haya alejado de su propio punto de partida bastante más de lo que usted mismo supone. ¿Está seguro de que sus concepciones coinciden con la ortodoxia marxista-leninista del Partido Comunista?

*HARICH:* Las *conclusiones* que saco de los resultados de la investigación ecológica pueden ser muy bien rebatidas, sin duda, en base al estado en que en cada caso se encuentre la correspondiente discusión. En lo que a la ecología afecta, sin embargo, *mi posición de principio* es de todo punto ortodoxa. Permítame recurrir a un par de citas. "La ecología", escribe el comunista francés Guy Biolat, "se ha convertido, a través del estudio de las interrelaciones entre los seres vivos y los demás elementos de la naturaleza, en una *auténtica ciencia* de la economía de los sistemas naturales. La ecología procura así un método de trabajo con el que se hace posible investigar cómo puede orientar el hombre la organización de los sistemas naturales en beneficio suyo. Cabe, por tanto, afirmar fundamentadamente que el desarrollo de

la ecología se corresponde con un acercamiento nuevo, *profundamente dialéctico*, al estudio de la naturaleza". Esto figura en el libro *Marxisme et environnement* (París 1973) que aparecerá pronto en alemán en Dietz, la editorial del partido del SED. Entre las más recientes publicaciones soviéticas sobre el tema mencionaré la obra, que mantiene en todos los puntos la misma concepción de base, *La interrelación entre la naturaleza y la sociedad*, de E.K. Feodorov (Leningrado 1972, en alemán: Berlín 1974). El autor es el director de la administración central del Servicio de Hidrometeorología adjunto al consejo de ministros de la URSS. Puedo además llamarle la atención acerca de la conferencia basada en varias mesas redondas sobre el tema "Hombre y medio ambiente" organizada en Moscú en noviembre de 1972 por la redacción de la revista *Voprossy filosofii*, a la que, pese a que en ella tomaron parte destacadas eminencias de la ciencia soviética, apenas se ha prestado atención, desgraciadamente, en Occidente. En este "Club de Moscú" salieron a la luz concepciones divergentes. Pero todos los oradores partieron de la premisa obvia de que el materialismo dialéctico implica una aceptación sin reservas de la ecología. Voy a aducir otras dos citas de Engels que proceden de una época en la que todavía no existía la ecología. "Nos damos cuenta a cada paso", dice Engels en la *Dialéctica de la naturaleza*, "de que en modo alguno dominamos la naturaleza como un conquistador domina un territorio extraño, como alguien exterior a ella, sino que pertenecemos a ella con carne y sangre y cerebro y que estamos metidos en ella y que todo nuestro dominio sobre ella estriba en la ventaja, sobre todas las demás criaturas, de poder conocer y utilizar correctamente sus leyes." Y en el escrito de Engels titulado *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* leemos: "En el modo de producción actual, y por lo que respecta tanto a las consecuencias naturales como a las consecuencias sociales de los actos realizados por los hombres, es evidente que lo que de manera primordial interesa son sólo los primeros resultados, los más palpables. Nada más lógico, pues, que luego surja el asombro a la vista de como —en muchas ocasiones— las consecuencias remo-

tas de las acciones que perseguían esos fines son muy distintas y, en la mayoría de los casos, hasta diametralmente opuestas a lo esperado". Pregúntele usted a G.R. Taylor y verá como le manifestará su acuerdo en que éste no habría sido un lema inadecuado para su *Doomsdaybook*. En la filosofía de Occidente existen orientaciones cuasi-marxistas que no dejan espacio, sin embargo, en el marco de su ubicación de los problemas y en su sistemática misma, a las reflexiones ecológicas. Pienso por ejemplo en el último Sartre (en cuanto al primer Sartre, al puramente existencialista, tampoco) o también, por lo que a la República Federal respecta, en la "teoría crítica" de la Escuela de Frankfurt. Seguro que Horkheimer, Adorno, Habermas, Alfred Schmidt, Oscar Negt, etc. no leyeron en los años cincuenta y sesenta los opúsculos antes mencionados de Thienemann y Nicol, y eso que a ellos les habría sido más fácil procurárselos que a mí. Me jugaría cualquier cosa.

*DUVE*: ¿Qué le autoriza a formular esta suposición?

*HARICH*: El catálogo de dogmas de la "teoría crítica". Que ordena eliminar del marxismo la teoría gnoseológica del reflejo, la ontología general de la realidad y con ella, sobre todo, la dialéctica de la naturaleza, con vistas a lo que en todo momento se intenta oponer un Marx supuestamente auténtico a los intereses filosófico-universales de Engels y a la teoría marxista del conocimiento precisada por Lenin.

*DUVE*: Ignoraba que la palabra "ontología" apareciera alguna vez en la literatura clásica del marxismo.

*HARICH*: La palabra, no. Procede de Christian Wolff y solamente volvió a ser puesta en circulación a comienzos del presente siglo por Hans Pichler en relación con la teoría objetiva de Meinong.

Pero la *cosa* sí que está presente en el marxismo. El materialismo dialéctico *es*, de acuerdo con su esencia misma, una ontología. Y nada menos que Georg Lukács empezó, en los últimos años de su vida, a elaborarla en concreto. Y ello a raíz, por cierto, de que yo le instara, en 1955, a familiarizarse con las obras de temática ontológica de Nicolai Hartmann.

*DUVE*: Así pues —y si no me equivoco— Vd. reprocha a la

Escuela de Frankfurt su (presunta) reducción del marxismo a mera teoría de la sociedad.

*HARICH:* Exactamente. No quiero polemizar ahora contra los errores filosóficos que aparecen en ella; son errores que se remontan al Lukács joven, al autor de *Historia y consciencia de clase*, así como al *Marxismo y filosofía* del Karl Korsch, y que el Lukács posterior superó ya, fundamentalmente, en los años treinta. Tampoco deseo aducir ninguna de las numerosas pruebas filológicas evidenciadoras de que las operaciones frankfurtianas sobre el Marx auténtico se basan en el desconocimiento, cuando no en la ocultación o falsificación, de textos clásicos y de importantes pasos epistolares. Todo esto nos alejaría demasiado del objeto central de nuestra conversación. Conviene dejar claro, no obstante, que la "teoría crítica" se ha fabricado, con los dogmas mencionados, un *asylum ignorantiae* que le permite desdeñar, con la mejor de las conciencias, ámbitos enteros de problemas filosóficos y, en concreto, los ámbitos que caen fuera del interés de los intelectuales de formación unilateralmente centrada en las ciencias del espíritu. La "teoría crítica" se permite pasar de largo —con un simple encogimiento de hombros— ante los frutos sistemáticos de la herencia filosófico-natural del pasado, de los presocráticos hasta Schelling; nada le incita a adentrarse en la discusión acerca de la teoría de la relatividad, del indeterminismo físico, del vitalismo en biología y demás; consiguientemente, puede ahorrarse la incomodidad de tener que tomar posición ante los hallazgos de la ecología. El materialismo dialéctico por el contrario, incluso bajo la forma de la caricatura primitiva y vulgar a que durante un tiempo le degradó el período stalinista, ha estado siempre abierto a un espectro mucho más amplio de problemas, lo que hoy, a la vista de la crisis ecológica, se revela como una ventaja de importancia vital.

*DUVE:* Uno de los padres de la "teoría crítica", Herbert Marcuse, ha incluido en los últimos años cuestiones ecológicas en su crítica del capitalismo y Hans Magnus Enzensberger ha dedicado a ellas incluso un número entero de su *Kursbuch*. Me parece, pues, que un juicio tan global como este suyo resulta un tanto injusto.

*HARICH:* Que el *crítico social*, el pensador político Marcuse se meta con la contaminación del medio ambiente —cosa que hay que agradecerle— no significa, ni de lejos, que su *filosofía* se enriquezca con una dimensión dialéctico-natural. Y sólo esto es lo que está en juego en un contexto en el que lo debatido es la relación entre el materialismo dialéctico y la ecología. Por lo que a Enzensberger se refiere, creo que se hizo acreedor de grandes méritos a finales de 1973 con su *Kursbuch* 33; no lo niego, como tampoco puedo dejar de pensar que haya sido otra cosa que un ensayo. Pero la mayor parte de los autores del número están lejos de la "teoría crítica" y siempre que, a pesar de todo, y excepcionalmente, irrumpen las tendencias de ésta, las repercusiones son negativas. Así, por ejemplo, cuando los Romorens operan con la afirmación, —absolutamente improbable— de que para el marxismo es "un absurdo hablar de la naturaleza «como tal»", ya que "el hombre solo puede hablar razonablemente de aquello que puede tocar, de aquello en relación con lo que puede desarrollar un comportamiento".

*DUVE:* ¿Acaso es ésta una tesis tan equivocada?

*HARICH:* Se trata de un pensamiento antropocéntrico, que se remonta, epistemológicamente, al idealismo subjetivo. Las astronomía y la astrofísica hablan de una manera perfectamente razonable —digamos— del sol sin que jamás ningún hombre lo haya "tocado". Los Romorens comparten el punto de vista, epistemológicamente insostenible, propio de la "teoría crítica", según el cual "el" objeto —es decir, cualquier objeto, también el sol, también la nebulosa Andrómeda— sólo queda constituido con su introducción en la praxis humana. El uso de la palabra "razonable" que aquí se hace permite, además, concluir que incluso enriquecen en un sentido positivista este dogma. Lo cierto es lo contrario: la legalidad en sí, la legalidad propia de la naturaleza, la legalidad objetiva, determina "como tal" que la actuación de la praxis humana sobre ella, allá donde se dé, tenga éstas o aquéllas consecuencias, queridas o no. Por lo demás, el propio Marx se refirió con toda tranquilidad, y muy a menudo, a la naturaleza "como tal".

*DUVE:* ¿Y la aportación del propio Enzensberger al número?  
*HARICH:* Diría que es sobresaliente y que casi vendría a abrir caminos nuevos a la izquierda en la República Federal de no ser porque sus observaciones metodológicas iniciales equivalen a una advertencia contra la ecología. Para Enzensberger la validez de la ecología en cuanto ciencia depende de su reducción a rama de la biología, es decir, de su dedicación estricta a investigar las especies vegetales o animales en sus relaciones con el entorno orgánico e inorgánico. La introducción del hombre ha precipitado —en su opinión— a la ecología a una profunda crisis de competencias y de métodos. La “deformación futuroológica” de ésta habría suscitado, finalmente, un “desconcierto” difícilmente descriptible. Dada la multiplicidad de disciplinas que sintetiza la ecología ya no resultaría, pues, posible —en su opinión— hablar de un círculo de personas competentes en tal campo. Ecólogo “en última instancia, puede ser cualquiera. Cosa que a diferencia del razonamiento antes citado de Biolat, parece suscitar muy poca confianza. Para un adepto de la “teoría crítica”, sin embargo, el estado de cosas *tiene* que ser éste. Como no se sitúa en el terreno del materialismo dialéctico, es absolutamente lógico que entienda la estrechez de miras de cada disciplina particular como un criterio de “competencia”, lo que de nuevo resulta muy parecido al proceder de los positivistas, tan orgullosamente combatidos por la Escuela de Frankfurt. Insisto: pertenece a la esencia de esta corriente de pensamiento cuasi-marxista carecer de órganos para captar la interrelación entre la naturaleza y la sociedad en nuestro planeta. Y cuando alguno de sus adeptos llega, a pesar de todo, a manifestarse en este sentido bajo la presión de una situación problemática de la que es difícil evadirse, la verdad es que actúa, en el mejor de los casos, como un hereje en el marco de sus propias convicciones filosóficas. O bien se pronuncia, —también es posible—, en un sentido inadecuado, extraño a la cosa.

*DUVE:* “Estrechez de miras como criterio de competencia”: esto suena casi como si viera Vd. en Enzensberger un defensor del idiotismo de la superespecialización.

*HARICH:* Bien sabe Dios que Enzensberger no es precisa-

mente un idiota de la superespecialización. Su ensayo testimonia, por el contrario, que posee inequívocamente las cualidades del “generalizador”, esto es, las cualidades de quien, según Robert Jungk, “se diferencia del especialista por la multiplicidad de sus intereses, por la amplitud de su información y por su capacidad para no perder, en una selva de detalles, la visión global.” Solo que como Enzensberger está bajo la influencia de la “teoría crítica”, y probablemente también bajo la del positivismo, es un “generalizador” con mala consciencia. Ha escrito una lírica excelente. No cree, pues, que le corresponda manifestarse, en cuestiones de ecología. Esa es la verdad. De ahí que a su observación según la cual “ecólogo, en última instancia, puede ser cualquiera” añada entre paréntesis, la siguiente observación vergonzante: “Lo que, en definitiva, hace posible que se diga lo que aquí figura”, ¿Puede usted imaginarse a Goethe, quién también nos ha dado algo en el terreno de la lírica, esbozando excusas semejantes a propósito de la redacción de su teoría de los colores o ante el descubrimiento del hueso intermaxilar humano?

*DUVE:* Acaso pretende Vd. que Enzensberger se proponga a Goethe como modelo?

*HARICH:* ¿Por qué no? En la elección de modelos uno nunca puede ser lo suficientemente exigente. Que las personas dotadas aspiren masivamente a ser “generalizadoras”, en el sentido de Jungk es, hoy, para la sociedad, una cuestión de vida o muerte. A la vista de los problemas altamente complejos frente a los que nos pone la crisis ecológica, nadie más incompetente —y por lo tanto, más peligroso para la sociedad— que el mero especialista. Goethe no era un especialista; Hegel tampoco; Marx y Engels, aún menos. Así pues, volvamos a su ideal común de “personalidad universal”, esa personalidad opuesta por ellos, en un momento dado, a la mutilación y compartimentación del hombre a que lleva la división capitalista del trabajo. Jay W. Forrester, sobre cuyas investigaciones se apoya el estudio del MIT, dice muy certeramente —y de modo análogo a su oponente Jungk— que: “El mundo tiene necesidad de una nueva variante del ‘hombre del Renacimiento’; estoy pensan-

do en individuos que puedan moverse entre disciplinas intelectuales, que puedan comprender muchos campos y sus interrelaciones significativas". El marxismo nada tiene que añadir a ello. Exactamente esto es lo que nos hace falta.

## II. ¿MARX + MALTHUS?

*DUVE:* El materialismo dialéctico, ¿afirma que vivimos en un mundo finito?

*HARICH:* No. El mundo en su conjunto —el cosmos— es infinito en el espacio y en el tiempo.

*DUVE:* Pero aquí no estamos hablando del cosmos. La emigración masiva a otros astros pertenece a la ciencia ficción.

*HARICH:* Dos espíritus tan opuestos como Margaret Mead y E.K. Feodorov *han* tomado en consideración esta idea. Pero la han rechazado porque, aún en el supuesto de que fuera realizable, pasaría mucho tiempo, milenios quizá, antes de poder ser realizada. Y ahora la tarea ante la que estamos es otra: asegurar, en un plazo breve, la subsistencia de la humanidad en el planeta Tierra.

*DUVE:* Sobre la Tierra, con su biosfera, vivimos en un sistema finito ¿no es cierto?

*HARICH:* Sí.

*DUVE:* En un sistema así ¿pueden los procesos de crecimiento exponencial proyectarse al infinito?

*HARICH:* Al infinito ni siquiera pueden proyectarse los procesos de crecimiento simples, lineales. Tratándose de un proceso exponencial, habrá que concluir que éste se encontrará mucho antes con límites definitivos.

*DUVE:* El número de personas que viven en la Tierra crece exponencialmente. ¿Hay científicos serios partidarios del materialismo dialéctico, que nieguen esto?

*HARICH:* No, nadie niega los datos conocidos.

*DUVE:* Este proceso de crecimiento —y no solamente este—

chocará, si continúa como hasta ahora, muy pronto con un límite definitivo. Pero si Vd., como supuesto marxista ortodoxo, hace suya esta concepción, entonces sus amigos le dirán que es malthusiano y le llamarán la atención sobre el hecho de que Marx y Engels posiblemente no criticaron a ningún ideólogo reaccionario tan duramente como a Malthus. ¿Lo ve usted así?

*HARICH:* Veo, naturalmente, que este malentendido es posible. Pero también sé lo que tengo que replicar. Con su idea de que en la historia del pensamiento humano la tesis y la antítesis quedan superadas por la síntesis, Hegel sacrificó el teorema de la contradicción de la lógica formal. El materialismo dialéctico no va tan lejos. Pero no constituye para él ninguna sorpresa que una teoría cierta acabe apropiándose de una u otra verdad parcial contenida en una teoría predominantemente falsa contra la que haya luchado de una manera total.

*DUVE:* ¿Piensa usted que la teoría de Malthus no quedó plenamente superada a raíz de la lucha de Marx y Engels contra ella? ¿Cree usted en la presencia, en dicha teoría, de determinados elementos susceptibles de conciliación con el marxismo?

*HARICH:* Recapitular la teoría malthusiana y lo que, en detalle, criticaron Marx y Engels de ella constituiría, de por sí, tema para un libro extenso. Voy a limitarme al único punto filosóficamente relevante. Malthus cometió el error de atribuir situaciones socialmente negativas, explicables sólo en base a las contradicciones del modo de producción capitalista, (como la depauperación de las masas y el paro), a un factor extrasocial, biológico: al incremento natural de la población. Marx y Engels sacaron a la luz este error y lo refutaron de modo terminante. De su argumentación, que es correcta, no se sigue, sin embargo, que el incremento de la población pueda continuar indefinidamente, que no pueda jamás, bajo ninguna circunstancia, conducir a un peligro de catástrofe de dimensiones globales. Al lado de este error —el filosóficamente más relevante— hay en Malthus, confundido con él, otro que carece de significación en lo que afecta a *los principios*, a saber: el hecho de que Malthus infravaloró las posibilidades con que contaba la agricultura para aumentar el rendimiento por hectárea. Como nadie que sopesa, incluso con un optimismo extremo, por no decir ya con realismo, estas posibili-

dades afirmará seriamente que es posible aumentar hasta el infinito los rendimientos por hectárea, no hace falta perder mucho tiempo con ello. (Por lo demás, aludir al aprovechamiento científico del suelo, es decir, al riego artificial, al uso de fertilizantes minerales, etc., no elimina el problema, sólo lo desplaza a otro plano distinto: al de la sobrecarga del medio ambiente y del consumo de materias primas.)

*DUVE:* A pesar de estos dos "errores" de Malthus, el crecimiento exponencial de la sobrepoblación de la Tierra ¿convierte, pues, a los marxistas, de manera creciente, en malthusianos?

*HARICH:* Hay que distinguir entre la sobrepoblación relativa y la absoluta. La primera es un fenómeno puramente intrasocial; la segunda, una posibilidad relacionada con la dependencia de la sociedad en su conjunto de los ecosistemas de la biosfera y de las materias primas no regenerables imprescindibles para la producción de fertilizantes minerales. El malthusianismo confunde ambas cosas, suministrando así una ideología que sirve cuanto menos para la estabilización del sistema capitalista, si no para algo peor, como el genocidio, por ejemplo. La sobrepoblación relativa forma parte, tanto en los países poco poblados como en los muy poblados, tanto en Finlandia como en Singapur, en la República de Irlanda como en Berlín Occidental, del conjunto de fenómenos que acompañan al capitalismo. De los fenómenos determinados, en fin, por las leyes de éste. Temporalmente, en los periodos de coyuntura alta, puede reducirse considerablemente, hasta hacerse casi irreconocible. Aumenta con las crisis económicas o, también en zonas de subdesarrollo crónico insertas en un medio por otra parte industrializado. En ambos casos se trata de factores cuyo fundamento ha de buscarse en las condiciones del sistema capitalista. Y ha desaparecido en cuantos lugares el capitalismo ha sido sustituido por relaciones socialistas de producción y de propiedad. Ha desaparecido en los países socialistas tanto de alta como de baja densidad de población, tanto en la República Democrática Alemana como en Albania, en Checoslovaquia como en la República Popular de Mongolia. Compare usted la situación existente en Turquía con la de Bulgaria, la situación de la India, de Bangladesh, Afganistán con la de China, Corea del Norte o las repúblicas asiáticas de la Unión Soviética y se convence-

rá de que la historia les ha dado la razón a Marx y a Engels contra Malthus. Piense usted en el desempleo de masas que reina en los inmensamente ricos Estados Unidos: un desempleo que no se conoce en Cuba, que es pobre. Llegará al mismo resultado. Ahora bien: por el hecho de eliminar de raíz la sobrepoblación relativa ¿suprime el socialismo por los siglos de los siglos el peligro de la sobrepoblación absoluta? ¿Pueden permitirse los países socialistas mencionados cualquier número de habitantes? ¿Podrían permitírselo Turquía, India, Bangladesh, Afganistán o incluso Norteamérica aún en el caso de que también ellos siguieran la vía socialista?

¿Entra acaso en el interés del socialismo heredar de la formación social precedente una población y una densidad de población máxima en lugar de óptima? Contestar a estos interrogantes con un sí sería cosa de locos. Y no liquidaría el error malthusiano básico, a saber: la identificación de unas barreras específicamente intrasociales, intracapitalistas, con barreras naturales últimas. Más bien lo conservaría, por el contrario, con una mera inversión del signo. Porque si yo digo: la barrera social (el capitalismo) no es la barrera natural —y esto es, justamente, lo que Marx y Engels dijeron lúcidamente en contra de Malthus— no puedo lógicamente esperar que una vez superada la barrera natural (con el socialismo) *eo ipso* caiga también la barrera natural. Si, no obstante, espero que suceda así, lo que hago es equiparar ambas barreras entre sí.

*DUVE:* A no ser que se deje a la naturaleza fuera de consideración, que se trate como a una magnitud despreciable y se cuente sólo con la sociedad...

*HARICH:* ...dejando entonces de ser marxista ortodoxo, dejando de lado el materialismo dialéctico, como usualmente ocurre. Y ahora no pienso sólo en la "teoría crítica", sino en pseudo-marxismos mucho más viejos. Cuando los socialdemócratas alemanes de las corrientes lasalleana y eisenachiana se fundieron hace exactamente cien años en Gotha para constituir el Partido Socialista Obrero Unificado de Alemania, se dieron un nuevo programa común. Un programa que comienza con la siguiente afirmación: "El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura". Marx consideró

semejante afirmación como un error. "El trabajo", escribió en su *Crítica del programa de Gotha*, "no es la fuente de toda la riqueza. La naturaleza es también fuente de valores de uso (y de éstos se compone, ciertamente, la riqueza material) igual que el trabajo, el cual no es, por su parte, sino una manifestación de una fuerza natural: de la fuerza de trabajo humana."

*DUVE:* ¿Pertenece esta rectificación al contexto de la controversia del marxismo con Malthus?

*HARICH:* No directamente. Pero nos obliga a los marxistas, de modo general y, por tanto, también en la controversia con Malthus, a tomar siempre en cuenta la base natural de la sociedad en nuestros cálculos.

*DUVE:* Habría, pues, que preguntarse si Marx y Engels se atuvieron siempre, en su polémica con Malthus, a este principio vinculante. Kautsky, por ejemplo, llamó la atención, a este respecto, sobre un hueco en su teoría. Pero para Vd. Kautsky no será, claro es, otra cosa que un "renegado".

*HARICH:* No tengo la menor intención de considerarle como tal. Lenin sólo utilizó esta expresión 38 años después y durante todo el período anterior, aproximadamente hasta la primera guerra mundial, tuvo a Kautsky en gran consideración. Es más, le honraba como a su maestro.

*DUVE:* Del Kautsky del que aquí se trata es por supuesto, del de 1880.

*HARICH:* Evidentemente. Solo que debería tener Vd. asimismo en cuenta, en favor de la exactitud, que por entonces el propio Kautsky rechazaba también con toda decisión el malthusianismo como teoría económica y lo hacía, además, con los argumentos de Marx.

*DUVE:* Puede ser. Pero no es menos cierto que, independientemente de la teoría económica, adjudicaba a Malthus el mérito perdurable de haber suscitado la cuestión de la población en general, cuestión en relación con la cual él, Kautsky, venía a sostener que incluso la sociedad socialista tendría que introducir en algún momento una regulación demográfica. Hasta donde yo sé, los viejos maestros de Londres no compartían demasiado este punto de vista.

*HARICH:* Se equivoca Vd. Marx no se pronunció sobre la

obra de Kautsky a que nos referimos *La influencia del incremento de la población sobre el progreso de la sociedad* (Viena 1880). En cuanto a Engels, es cierto que tenía algunas cuestiones que objetar al libro pero en lo relativo al punto que hoy nos parece decisivo, acabó dándole la razón a Kautsky. En una carta dirigida a él y fechada el 1 de febrero de 1881, Engels escribía, entre otras cosas: "La posibilidad abstracta de que el número de hombres se haga tan grande que haya que poner un límite a su aumento *está ya ahí*. Pero si alguna vez la sociedad comunista se viese en la necesidad de regular la producción de hombres tal como habría regulado ya la producción de cosas, sería precisamente ella y solo ella la capaz de llevarlo a cabo sin dificultades." *DUVE*: Un pasaje desconocido para mí y de formulación un tanto macabra.

*HARICH*: "Posibilidad abstracta", escribía Engels. Que entretanto se ha convertido en una posibilidad extremadamente concreta. ¿Qué digo? Hace ya tiempo que es una realidad. En 1881 la Tierra estaba poblada por 1.500 millones de personas. Al final de nuestro siglo su población alcanzará los 7.000 millones. A la vista de este dato, el paso epistolar que le he citado adquiere para todo aquél que esté en condiciones de pensar dialécticamente, un peso y un valor totalmente nuevos. El alud demográfico ha hecho de él, de una observación marginal, un axioma irrenunciable, absolutamente central del marxismo. Algo de esto puede ocurrir a veces cuando la cantidad muta en cualidad.

*DUVE*: ¿Sería hoy, pues, Engels en lo relativo a esta cuestión, un partidario del Club de Roma?

*HARICH*: No sólo en lo relativo a esta cuestión, desde luego. Pero respecto de ella, sin duda alguna.

*DUVE*: ¿Hay algún signo que indique que los partidos comunistas empiezan a darse cuenta lentamente de ello? Esta es una pregunta a la que cabría responder afirmativamente de hacerse uso, en la literatura comunista, de aquel pasaje epistolar. ¿Pero lo hacen Vds. realmente?

*HARICH*: Llegué al conocimiento de este pasaje, que me pasó desapercibido en una primera lectura de la correspondencia de Engels, gracias a la ponencia presentada por el

profesor B.Z. Uralnis, del Instituto de Economía de la Academia de las Ciencias de la URSS, en la mencionada conferencia-mesa redonda de Moscú. También viene citado en el libro de E.K. Feodorov al que ya hemos aludido.

*DUVE*: ¡Unas palabras de Engels citadas por un miembro del Consejo de Ministros Soviético! Realmente, poco más podrían desear los marxistas de cara a la rehabilitación del "núcleo racional" de la teoría malthusiana. ¿Qué comentarios hacen dichos científicos de la carta?

*HARICH*: Según Feodorov, la tesis de Engels es "completamente correcta y actual". De todos modos, en su libro Feodorov sólo aborda lateralmente el alud demográfico. De lo que se ocupa, fundamentalmente, es de las consecuencias de la producción técnico-industrial sobre la naturaleza. En este contexto cree el autor "poder dejar inicialmente abierta la cuestión del crecimiento de la población". Parece ser que en la mencionada conferencia se manifestó en términos análogos. El protocolo, que no reproduce textualmente sus palabras a este respecto, señala: "El orador se refirió a las diferencias de puntos de vista respecto de la cuestión de si resulta necesaria una regulación de la población y abogó por dejarla, de momento, abierta."

*DUVE*: ¿Fue pues, y en consecuencia, excluida esta cuestión del temario de la conferencia?

*HARICH*: No. Uralnis dedicó su intervención exclusivamente al problema de la población y Piotr Kapiza, el Nestor de la física soviética, y miembro del *Presidium* de la Academia, se refirió a ella con ocasión de su extremadamente positiva valoración de los trabajos del Club de Roma. Kapiza dijo, basándose en Forrester y Meadows, que "también en los procesos demográficos aparecen legalidades exponenciales" añadiendo textualmente, de acuerdo con el protocolo: "En la actualidad la población mundial asciende a 3.700 millones. Si sigue creciendo al ritmo (una media del 2 % anual) del presente siglo, nuestro planeta estará tan densamente poblado dentro de 700 años que a cada hombre le corresponderá un metro cuadrado de su superficie. Esto es, naturalmente, imposible y el aumento de la población tendrá que parar mucho antes llegar a tal punto. Cuándo y en relación con

qué factores ocurrirá esto y qué consecuencias tendrá para la civilización, es un problema global del futuro próximo."

*DUVE:* Del futuro *próximo*. Podemos interpretarlo, como una crítica indirecta a Feodorov. ¿Le parece a usted posible defender el punto de vista —neutral al respecto— de este último?

*HARICH:* No. Yo estoy de acuerdo con Kapiza. La cuestión es demasiado candente como para permitir vacilaciones a la hora de darle una respuesta clara y concreta y avanzar hacia una toma de medidas adecuadas. Medidas que, dando ejemplo al resto del mundo, tendrían que demostrar la verdad de la afirmación de Engels en el sentido de que sólo la sociedad comunista está en condiciones de llevar a la práctica, sin dificultades, la regulación de la "producción de hombres". Tampoco es posible excluir el problema de la población del conjunto de temas puestos a debate en el libro de Feodorov. Porque las dificultades derivadas de la sobrecarga del medio ambiente y del consumo de materias primas se agudizan, en una medida enorme, tanto cuantitativa como cualitativamente, con la explosión demográfica. Pero no olvide Vd. que hace no demasiado tiempo hasta algunas de las consideraciones de Feodorov, por no citar ya las exposiciones de Kapiza y Urlanis, habrían sido estigmatizadas como malthusianas y, por tanto, como reaccionarias, oscurantistas. Así pues, creo que la discusión soviética en su conjunto, incluido el libro de Feodorov, es un síntoma satisfactorio de que nos encontramos en un período de transición en el que el movimiento comunista mundial empieza a asumir una claridad de visión creciente en relación con la crisis ecológica. No dudo ni por un momento de que dentro de poco se le reprochará, de modo muy general, a Feodorov falta de consecuencia. Urlanis, por ejemplo, manifestó su convicción de que ya se había llegado al techo del crecimiento de la población.

*DUVE:* ¡Qué optimismo!

*HARICH:* Habría que tener en cuenta que actualmente casi un 30 % de todas las parejas de la Tierra regulan el número de hijos a tener en el seno de la familia. La proporción de estas familias irá en aumento, hasta alcanzar, poco a poco,

el 100 %. Urlanis se refirió al ejemplo de la India, país que "entre grandes dificultades y con parones" recorre este camino. Muchas mujeres hindúes se harían esterilizar una vez tenidos cuatro o cinco hijos. El gobierno hindú estaría adoptando una serie de medidas para reducir el número de nacimientos, un número tan elevado, de todos modos, que ni siquiera un incremento del rendimiento global de las cosechas del país de casi una vez y media podría paliar sino muy provisionalmente las dificultades de aquel país. La ponencia concluye con una llamada a la Academia de las Ciencias de la URSS para la creación de un Instituto de Demografía.

*DUVE:* Todos esos datos sobre la India suenan de manera menos optimista. En cualquier caso, ¿considera Urlanis como urgentemente necesaria la contención del incremento de la población en la Tierra?

*HARICH:* Sí. Y lo manifestaba con mucha mayor claridad que Feodorov. Lo que bajo ningún pretexto desea es dejar las cosas a su propio curso, a la espontaneidad...

*DUVE:* Actitud que resultaría de lo más paradójica en un comunista...

*HARICH:* Y que, sin embargo, en lo que a este punto concreto se refiere, aún es, desgraciadamente, la actitud típica de bastantes comunistas. Una actitud igualmente paradójica creo yo que salió a la luz, dicho sea de paso, en la defensa del individualismo llevada a cabo por los representantes de los Estados socialistas en la Conferencia mundial de la población celebrada en Bucarest en 1974, con su acuerdo sobre la oportunidad de reservar a cada familia la decisión acerca del número de hijos a tener.

*DUVE:* ¿Ve Vd. en Urlanis un aliado para su política —solo estatalmente ordenable, desde luego— de regulación familiar?

*HARICH:* No podría contestarle con seguridad. Tampoco estoy completamente de acuerdo con todo lo que dice en su ponencia. Está claro que, por una parte, su confiada prognosis no valora los peligrosos efectos de los retrasos temporales, por lo que apoya objetivamente la ideología de quienes confían en que las cosas sigan su propio curso, en la espontaneidad. Por otra, pienso que no es correcto tratar

el problema de la población mundial como hace Urlanis, aduciendo ejemplos del Tercer Mundo, de la India en este caso, sin añadir de inmediato que en el presente más del 80 % de las materias primas son consumidas por los habitantes de los países ricos, industrializados, en los que por consiguiente, sería igualmente necesaria tanto la detención del incremento poblacional, como además, una limitación drástica del consumo en beneficio del Tercer Mundo. Entre nosotros, en la RDA, Jürgen Kuczynski, un destacado economista científico, partidario asimismo, en principio, del "núcleo racional" de la teoría malthusiana, ha defendido en una controversia con el Club de Roma ("El equilibrio del cero", Berlín 1973) la tesis de que contra el incremento de la población "en sí" no habría nada que objetar, sino que lo que habría que tener presente son las condiciones sociales y éstas serían tan desfavorables en los países subdesarrollados que dicho incremento, resultaría en ellos "demasiado elevado". Con lo que, como bien puede verse, el bienestar superior de los países industriales del Norte, debido y no en última instancia, al saqueo secular de los pueblos colonizados, en vez de ser atacado como injusticia o ser, al menos, lamentado, es aludido como justificación de un privilegio adicional: el privilegio de sustraerse, en condiciones favorables, a la necesidad de introducir medidas de regulación de la población. "Los marxistas", sigue diciendo Kuczynski, "somos mayoritariamente de la opinión de que son los padres quienes han de decidir cuántos hijos quieren tener. Lo que no quiere decir, desde luego, que la sociedad no pueda adoptar medidas que faciliten a los padres tener más o menos hijos, según los casos. Es de todo punto evidente, por ejemplo, que una mejora de las condiciones de la vivienda puede contribuir a la elevación de la tasa de fertilidad, mientras que los premios a la natalidad sólo pueden tener una incidencia apreciable sobre la base de la previa existencia de una vivienda abundante y barata." Este paso figura en una página, en la que, un poco más arriba, puede leerse que "el presente crecimiento de la población en los países subdesarrollados resulta, medido de acuerdo con las actuales posibilidades de crecimiento del producto social, demasiado

elevado". Tengo que decir que el ingenuo cinismo con que una idea es puesta inmediatamente después de la otra me deja un tanto perplejo. No veo que esta manera de argumentar se sitúe demasiado lejos de la ideología de los "dominadores". Urlanis no llegó tan lejos en el simposio de Moscú, desde luego. Pero el hecho —en sí positivo— de limitarse en su exposición a hablar de la India y sólo de ella se enmarca en esta línea. Sin olvidar que incluso hablando de la India Urlanis deja fuera de consideración los aspectos sociales del problema. Urlanis cita —cosa que, por supuesto, le agradezco— aprobatoriamente la carta de Engels a Kautsky de febrero de 1881, pero sin aplicarla concretamente a la situación de aquel país. Todas las medidas de gobierno que preconiza Urlanis, es decir, medidas encaminadas a estimular la anticoncepción, la esterilización voluntaria, etc., en la medida en que deben ser promovidas en *todos y cada uno* de los países del mundo, no parece que vayan a ser de demasiada utilidad en un país como la India, y, como en general, en todo el Tercer Mundo, en tanto no se garantice a los campesinos, o lo que es igual, a la inmensa mayoría del pueblo, la seguridad en su vejez. Porque sin ella difícilmente dejarán de ver en la abundancia de hijos el único apoyo en últimos años. Ahora bien, ¿quién cuidaría de los campesinos una vez ancianos? ¿El estado burgués parasitario y corrupto? Habría que exigirselo con todo énfasis, pero teniendo bien presente la tesis de Engels de que sólo la sociedad comunista es capaz de asegurar sin dificultades la regulación de la "producción de hombres". Así pues, ¡fuera el corrupto régimen burgués y el capitalismo de la India!

*DUVE:* Y adelante con una auténtica ayuda al desarrollo indio por parte de los países ricos del hemisferio norte. ¡Qué sueño impolítico de una política radical!

*HARICH:* En definitiva, esta exigencia conllevaba ya mi segunda objeción, una objeción precisamente contra Urlanis y Kuczynski.

*DUVE:* ¿Defendería Vd. con toda radicalidad, en la India o en cualquier otro lugar, la adopción de medidas fiscales, como el gravamen progresivo de las familias numerosas, o las rechazaría por inhumanas?

*HARICH:* Un socialista no puede estar nunca a favor de que el tener muchos hijos se convierta en un privilegio, sea éste de los continentes ricos o de las capas acomodadas en el interior de un mismo pueblo.

*DUVE:* Pero ¿y en el caso de que una sociedad sin capas acomodadas hiciese uso de esta posibilidad? Y no apunto precisamente a los países comunistas, con sus diferencias de renta.

*HARICH:* Gravar adicionalmente a familias que ya *son* numerosas sería, en cualquier circunstancia, inhumano. Los niños ya existentes tienen que gozar de las mejores condiciones posibles. Ahora bien, podría promulgarse en un momento dado una ley solo aplicable a las familias creadas después de ese momento. Pero su pregunta incide en la definición marxista de la sociedad comunista. No se estaría usted refiriendo, dice, a los países socialistas, porque en ellos todavía existirían diferencias de renta. ¿A qué países se refiere Vd. entonces? Evidentemente, a ninguno. Porque las diferencias de renta sólo desaparecerán en una segunda etapa, superior, de la nueva sociedad, en el comunismo acabado, que hasta ahora no se ha realizado en lugar alguno. Ahora bien, en el comunismo, de acuerdo con las prefiguraciones existentes sobre el mismo, que se han de derivar de la *Crítica del programa de Gotha* de Marx, no habrá ni impuestos, ni estado que los recaude, ni dinero en el que puedan ser pagados.

*DUVE:* ¿Cree usted todavía en ese fantasma?

*HARICH:* En el nivel actualmente alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas tengo por posible el paso inmediato al comunismo y, a la vista de la crisis ecológica, me parece que se ha convertido en una necesidad urgente. Lo que ya no creo, sin embargo, es que vayamos a tener una sociedad que viva en la abundancia, una sociedad comunista que cree la plenitud, tal como hasta ahora la habíamos imaginado los marxistas. En este punto tenemos que corregirnos. Aunque no creo que la cuestión demográfica sea precisamente el único motivo que haya de obligarnos a considerar este punto con mayor detenimiento.

*DUVE:* Dejémoslo de momento tal como está. Más adelante

volveré sobre ello. Hablemos antes de otra cuestión: Engels supuso en 1881, según se deduce de su carta a Kautsky de 1881, que el comunismo habría sido ya realizado *antes* de que la sociedad *podiese* verse forzada (“posibilidad abstracta”) a poner límites al incremento de la población.

*HARICH:* Eso es lo que indica la parte de la frase en la que se dice: “...tal como (ella, la sociedad comunista, W.H.) *había regulado* ya la producción de cosas.”

*DUVE:* De haber ido así las cosas el problema de la sobrepoblación relativa ya no existiría hoy, Habría que hacer frente, simplemente al de la sobrepoblación absoluta. La historia, sin embargo, ha tomado otro camino. Comunismo todavía no hay en en ningún sitio y socialismo burocrático, solo en una parte del mundo. Y al decir esto renuncio, como ve, a entrar en la discusión de si el sistema existente en los países gobernados por los comunistas merece o no el nombre de socialista. Mi compañero de partido Joachim Steffen lo niega y habla siempre, y en mi opinión con razón, del “autodenominado socialismo”.

*HARICH:* Siccó Mansholt deja, en cambio, de lado estos expedientes tan poco útiles. Vd. y Steffen deberían tomar buena nota de que los nuevos problemas son lo suficientemente serios y lo suficientemente complejos como para que la escasa gente de izquierda que los ha entendido pueda permitirse el lujo de perjudicar el proceso de toma de conciencia común —tan urgentemente necesario— con la acen-tuación difamatoria de sus diferencias de opinión procedentes de una época anterior a la crisis ecológica. A qué conduciría que yo...

*DUVE:* Bueno, bueno, tranquilícese Vd. Lo que digo es que sólo en una *parte* del mundo existe un socialismo de estado oficial y a esta luz planteo la siguiente pregunta: ¿qué consecuencias hay que extraer de ello en lo relativo a la cuestión de la sobrepoblación? ¿Tenemos que habérmolas ya con una sobrepoblación absoluta? De no ser el caso, lo único que, según Vd., habría en principio que hacer es librarse, en la parte restante, del capitalismo y con él de la sobrepoblación relativa. Encauzando y atemperando la explosión demográfica todavía tendríamos, pues, en base a estas pre-

misas, algún tiempo por delante, si bien no con tanto como el que Engels preveía hacia 1881. De ser cierta, en cambio, su hipótesis de que la "posibilidad abstracta" de 1881 hace ya casi cien años que se ha convertido en realidad, nos encontraríamos con que actualmente la sobrepoblación relativa —presente aún en una parte del mundo— y la sobrepoblación absoluta —que ya aparece a escala del planeta en su conjunto— se solaparían, se interpenetrarían. ¿Dónde estamos en realidad?

*HARICH:* Lo cierto es la segunda hipótesis. Han de abordarse por tanto, simultáneamente, ambos problemas; la liquidación del capitalismo allí donde todavía existe y la detención del crecimiento de la población.

*DUVE:* Pero Vd. mismo afirmaba antes que los países socialistas se ven libres de fenómenos como las catástrofes del hambre en la India y como el desempleo masivo que gana terreno en los E.E.U.U. Y esto parece hablar más bien en favor de la sobrepoblación relativa y contra la absoluta.

*HARICH:* Depende de con qué criterios, con qué escalas se quiera definir el concepto de sobrepoblación absoluta. Podría partir de la siguiente pregunta: ¿a cuántos hombres estaría en condiciones de alimentar la Tierra en el caso extremo de un aprovechamiento intensivo de la totalidad de su superficie cultivable, con el aprovechamiento adicional de las algas marinas, etc.? En esta formulación de la cosa se prescinde de una multiplicidad de factores no poco relevantes al respecto. Por ejemplo: el *stress*, la degradación del paisaje por la edificación masiva de viviendas de nueva planta; el aprovisionamiento insuficiente —hasta el punto cero— de productos alimenticios de "lujo", como la fruta, la pérdida de enormes territorios destinados al esparcimiento; el exterminio de prácticamente todas las especies animales no inmediatamente útiles para el consumo alimenticio; la creciente contaminación del ambiente a causa, por ejemplo, de la utilización acrecentada de los medios de protección de los cultivos; el agotamiento de las materias primas necesarias para los fertilizantes minerales; los efectos negativos del abonado artificial sobre las aguas básicas; la disminución progresiva de éstas; la erosión del suelo; la tala de bosques; las peligrosas altera-

ciones climáticas; el peligro creciente de movimientos sísmicos por la construcción de cada vez más pantanos; etc., etc. Pero, claro, una escala establecida haciendo abstracción de éstas y otras devastadoras consecuencias sería, desde un punto de vista ecológico, científicamente insostenible. Y rechazable por razones "sociales" por un movimiento que se sabe obligado por metas humanas y que aspira a crear condiciones sociales y naturales en las que las generaciones futuras puedan edificar una vida agradable, civilizada y digna de seres humanos. Le voy a dar un ejemplo de la ceguera de los especialistas: el Profesor Dr. Karl-Heinz Domdey, de la Universidad Humboldt, tranquilizó a los lectores del *Berliner Zeitung*, en un artículo sobre la explosión demográfica escrito para este diario, exponiéndoles la certidumbre de que "es posible, estimativamente, producir alimentos en vez de para 4.000, para de 20 a 40.000 millones de personas". Tal razonamiento es típico de un especialista que no ve más allá de las anteojeas de su propia disciplina. En este caso el especialista lo es en economía. Antes de hablar de este tipo de cosas con conocimiento de causa tendría pues, cuando menos que estudiar ecología. Solo que en este caso el sano sentido común debería haberle indicado a Domdey, aún sin estudiar ecología, que los hombres no solo tienen que ser alimentados, sino que necesitan también mobiliario, vestidos, medios de transporte, calles, hospitales, escuelas, bibliotecas, libros, aparatos de televisión, radios... ¿de dónde saldría todo esto para abastecer de 20 a 40.000 millones de personas? ¿Dónde se construirían sus viviendas? ¿Sobre la tierra cultivable aún no utilizada? En cuyo caso ésta faltaría para la producción de alimentos. ¿O en el desierto del Sáhara? ¿En los hielos de la Antártida? ¡Buenos parajes! ¿O es que Domdey quiere que se talen todos los bosques y selvas?

En cuyo caso, ¿qué ocurriría con el equilibrio del oxígeno en nuestro planeta? Cito: "Aún cuando el excedente de nacimientos por año y por cada 1.000 habitantes es actualmente, con una cifra de 28, efectivamente superior en Latinoamérica, África y la India a Norteamérica (14), la URSS (10) y el resto de Europa (9), los 148 estados consultados

por el secretario de la ONU opinaron que no se puede hablar de ninguna sobrepoblación general. 85 países consideraron el incremento de la población como aceptable y 21 incluso como insuficiente." Otra vez un cálculo propio del cuento de la lechera. Los estados consultados hablaron por boca de hombres de estado y de diplomáticos y éstos son a su vez sólo especialistas, especialistas en política nacional en esta ocasión, por lo que contemplan en lugar de la perspectiva global y a largo plazo solamente el campanario y las incidencias momentáneas de sus respectivas naciones y nacioncitas. Y piense Vd. además, por un momento, en todo lo que ahí se da cita. Hay estados del Tercer Mundo que —con toda la razón— se rebelan contra cualquier intento de incidencia en su población mientras se de el caso de que todo recién nacido en las regiones industrializadas del norte consume a lo largo de su vida una cantidad muchísimo mayor de alimentos, energía y materias primas y genere docenas de veces más contaminación del medio ambiente que un nacido en los territorios subdesarrollados. Hay también países poco poblados cuya voz, en la medida en que parte de sus propias condiciones locales, del tipo de los bosques finlandeses o las estepas de la Mongolia Exterior, no debería ser tenida en cuenta a la hora de enjuiciar el equilibrio mundial de la población. Hay estados en los que la Iglesia católica ejerce aún una influencia ideológica tan poderosa sobre las masas populares que incluso políticos que sabrían hacerlo mejor no se atreven a caer bajo la sospecha de estar a favor de la anticoncepción y de la despenalización del aborto. Está también la República Popular China, que en el interior práctica medidas de regulación de la población, pero que de cara al exterior, para aumentar su prestigio en el Tercer Mundo, estigmatiza todas las las propuestas encaminadas a imponer globalmente medidas análogas, con toda demagogia, como infamias imperialistas. Está Brasil, cuyos gobernantes fascistas sacrifican sin ningún escrúpulo a su ridículo chauvinismo de gran potencia las selvas del Amazonas y algunas cosas más...

*DUVE:* Sin olvidar los países de la Europa Oriental, tan contentos de haber descubierto al fin en la libre determinación

del número de hijos por los padres un derecho humano que pueden defender con vehemencia en la ONU, donde, por lo demás, tan a menudo se les acusa de escasa atención a tales derechos.

*HARICH:* Si Domdey se hubiese tomado la molestia de averiguar, mediante un análisis más exacto, concreto y diferenciado de motivaciones, la génesis de la estadística de la ONU de la que se sirve como argumento, habría visto enseguida que apenas prueba nada.

*DUVE:* Quizá pensaba en la utilización de las algas marítimas.

*HARICH:* ¡Las algas, cómo no! De ellas se puede destilar vino de Mosela; si se quiere, saben a limones o sustituyen a las manzanas Gravenstein. Si se las seca al aire dan un te de maravilloso aroma que en el futuro beberán 40.000 millones para desayunar. Porque en las alturas del Himalaya, donde hoy todavía crece el Darjeeling, mañana se construirán rascacielos equipados todos con climatización automática, piscinas y garage en el sótano. ¡Qué bien!

*DUVE:* Sin embargo, Dodmeyer pasa por marxista.

*HARICH:* De no existir la naturaleza, sino solo la sociedad, flotando libremente en el espacio, entonces lo sería sin duda. Sus publicaciones sobre cuestiones puramente económicas tienen realmente calidad. Desgraciadamente, la naturaleza existe y como Dodmeyer la olvida, su marxismo se revela como carente de fundamentación dialéctico-materialista. Es un medio marxismo. La camisa está más cercana al hombre que la chaqueta, la economía más que la biosfera. Pero mientras que de un hombre que lleva una chaqueta estropeada puede decirse, simplemente, que va mal vestido, en una biosfera deteriorada el hombre y todo lo demás acabarán desapareciendo.

*DUVE:* ¿A qué criterios recurre el marxismo para determinar el concepto de sobrepoblación absoluta?

*HARICH:* Como el marxismo es la humanidad madurada hasta la ciencia y no un ejemplo esquemático de cálculo, es obvio que no puede hacer suyo el criterio de la cantidad de población máxima a la que quepa, en última instancia, alimentar. Solo la magnitud *óptima* de población, en lo bioló-

gico, cultural y económico resulta determinante por él.

*DUVE:* Y ¿cree usted que este umbral ha sido ya franqueado?

*HARICH:* Si se considera el globo terráqueo en su conjunto, con toda seguridad que hace ya tiempo que ha sido franqueado. Y esta es una situación en la que la existencia de determinados territorios en los que puede que todavía no se haya alcanzado influye en tan escasa medida como la capacidad del socialismo para organizar, en dos o tres generaciones, incluso en territorios absolutamente sobrepoblados, una producción y una distribución susceptibles de evitar las catástrofes del hambre, del *stress* o del medio ambiente; susceptibles de evitarlas relativamente más a largo plazo, con mayor facilidad y en mejores condiciones que bajo el capitalismo. Se enjuicie como se quiera nuestra situación y nuestro futuro inmediato, lo cierto es, en cualquier caso, que de ninguna manera puede proseguir el crecimiento exponencial de la humanidad. Nos acercamos inquietantemente al punto de su vuelco en la nueva calidad de una catástrofe cuyos primeros pasos comienzan ya a dibujarse en algún que otro lugar. Así pues, se impone con toda urgencia la adopción de medidas humanas de cara a la estabilización demográfica y, a ser posible, a su lenta y gradual reducción tendiendo hacia el óptimo. La urgencia es general: en el Este y en el Oeste, en el Norte y en el Sur, en las regiones altamente industrializadas igual que en las subdesarrolladas, en los países del socialismo y en los del capital, en todas partes.

*DUVE:* Volvamos, pues, a Malthus.

*HARICH:* No, avancemos hacia la síntesis del marxismo con las verdades parciales de Malthus, que Kautsky fue el primero en defender y que Engels acabó reconociendo. Una síntesis en la que el marxismo está llegando a ser determinante. Porque de propagarse la exigencia de detención del crecimiento demográfico en la parte capitalista del mundo sin la exigencia simultánea y tanto o más enérgica de realización de transformaciones sociales, es posible que dicha exigencia se convierta allí en un instrumento ideológico de la reacción destinado a desviar la atención de las masas de las

causas, inherentes al sistema, que generan la sobrepoblación *relativa*, existente tanto antes como después, en forma de desempleo, subconsumo, pauperismo, etc., o incluso a hacerlas receptibles, en la medida de lo posible, a pseudosoluciones fascistas del problema del tipo, por ejemplo, del genocidio en el Tercer Mundo.

*DUVE:* Claro que de luchar, contrariamente, a favor de transformaciones sociales sin exigir la detención simultánea del crecimiento de la población ¿no se estará sirviendo también a la reacción?

*HARICH:* No directamente. Pero se carga a la sociedad comunista —antes de haberse realizado en parte alguna— con complicaciones que la harán menos viable para las generaciones futuras. Y se lucha —cosa no menos grave en la era atómica— sólo insuficientemente, sin poner en juego *todos* los medios disponibles, contra la aparición de crisis mundiales que de ninguna manera tienen por qué desembocar, con la naturaleza irresistible de una fatalidad, en la revolución proletaria y en la instauración del socialismo, sino que, en determinadas circunstancias, pueden conducir también a regresiones fascistas, a guerras criminales.

*DUVE:* ¿La sobrepoblación absoluta como raíz de futuras guerras?

*HARICH:* Guerras causadas por los antagonismos del sistema capitalista, instigadas por los poderosos del imperialismo, pero instigadas para alcanzar metas bélicas dependientes de conflictos por materias primas, fuentes de alimentos o por la protección del medio ambiente, a los que la sobrepoblación conferirá un redoblado carácter explosivo. A la más o menos inofensiva "guerra del bacalao" entre Gran Bretaña e Islandia, que no dejan de ser dos aliados en la OTAN, le siguió sin demora la amenaza de agresión de Kissinger a los estados árabes exportadores de petróleo. Ya puede imaginarse que no tengo el menor deseo de vivir los escalones superiores de esta escalada, y cada vez más hombres quieren consumir más bacalao; cada vez más hombres quieren consumir más petróleo.

*DUVE:* De todos modos, también cabe dentro de lo posible que algún país socialista promueva alguna vez guerras por el

bacalao o por el petróleo.

*HARICH:* El mantenimiento de la paz mundial es, para el socialismo, el principio supremo de su política exterior. Sin olvidar que, aparte de esto, la estructura económica socialista permite reaccionar ante cualquier escasez, con medidas de racionamiento mucho más pronta y perfectamente que la capitalista; medidas, por lo demás, que llevadas a cabo en condiciones de propiedad socialista sobre los medios de producción, podrían ser consideradas ya como un auténtico elemento de la transición al comunismo. Un régimen socialista que, en un momento dado, considere conveniente racionar los valores de uso no se verá forzado por nadie —por ningún poderoso grupo financiero, por ningún *lobby* industrial, por ninguna oposición lanzada a la caza y captura de votos— a seguir un camino diferente, a tomar, por ejemplo, una salida agresiva; todo ello, independientemente de que a la hora de poner en práctica las medidas necesarias, le sea, como le es, mucho más fácil cuidar de que quede estrictamente preservado el principio de la justicia social. Con todo, también en un país socialista con una población óptima se vive de manera más fácil y agradable de lo que tendría que vivirse de estar el país sobrepoblado; los peces cuentan con mayores oportunidades de reproducir su población; con menos petróleo resulta posible, a largo plazo, conseguir más y mejores cosas y puede contarse con que, una vez consumado el tránsito al comunismo, a cada individuo corresponderán raciones mayores y de más calidad de cada valor de uso.

*DUVE:* Dejemos la lírica a un lado. Decía Vd. que en los países socialistas ha de rechazarse la imposición estatal de un incremento de la natalidad. Rumanía, sin embargo, ha decidido otra cosa.

*HARICH:* En una consideración aislada del país, en una consideración hecha, según creo, de espaldas al problema de la responsabilidad global, acaso cabría tener cierta comprensión para esa política. De acuerdo con la media europea, Rumanía no está demasiado densamente poblada, desde luego. Su territorio, no mucho menor que el de Gran Bretaña o el de la República Federal, cuenta con una población

aproximada de solo 20 millones de personas. En los últimos tiempos parece ser, además, que el número de habitantes muestra una tendencia descendente. Para llegar a saber si está por debajo del óptimo debería conocer mejor los problemas de Rumanía. No lo creo, de todos modos. Pero supongamos que fuera así; ¿por qué esa carencia de población no podría aliviarse estimulando la inmigración desde zonas absoluta y relativamente sobrepobladas del Tercer Mundo, de la India por ejemplo, de familias numerosas cuyos progenitores se encuentran, en sus países respectivos, condenados al desempleo?

Si el gobierno rumano se decidiese a ello, el número de habitantes de su país aumentaría sin tener que hacerse corresponsable de un aumento ulterior de la población mundial en su conjunto y además, se ofrecería un pequeño alivio al Tercer Mundo.

*DUVE:* Me temo que no es una propuesta demasiado apetecible. Y ello por mucho que desde el siglo XVIII la inmigración haya jugado un papel similar en los E.E.U.U. Vd. mismo vive en una zona del cinturón interior de Berlín que, en su tiempo, una vez abolido el edicto de tolerancia de Nantes, fue regalada por el Gran Elector a los hugonotes inmigrados a Brandenburgo; todavía hoy se habla de la colonia de los hugonotes.

*HARICH:* Cierto. Y las persecuciones contra los protestantes de Luis XIV no eran sino un juego de niños al lado del hambre que hoy reina en el Sur de Asia. Marx no impediría a ningún hombre de estado socialista superar al Gran Elector en generosidad internacionalista. Y llegará el día en el que para conseguir una distribución más equilibrada de la población mundial, que por motivos ecológicos sería muy de desear, un gobierno mundial comunista se verá obligado a emprender acciones de traslado de poblaciones a escala global.

*DUVE:* Otra idea macabra. ¿No teme Vd. cosechar con afirmaciones como éstas una dura crítica también en su propio estado?

*HARICH:* ¿Por qué tendría que temerlo? En el libro antes mencionado, cuya edición en lengua alemana apareció en la

RDA en 1974, E.K. Feodorov escribe: "La población del globo terráqueo no puede ser infinita. Ahora bien, de considerarse el desarrollo de la humanidad en una perspectiva de siglos y de milenios, cabría pensar que la prospectiva de Ziolkovsky (el padre de los vuelos espaciales soviéticos -W.H.) se convierta algún día en realidad: 'La humanidad no permanecerá eternamente confinada en la Tierra, sino que, en pugna por la luz y el espacio, sobrepasará primero las fronteras de la atmósfera para conquistar posteriormente todo el espacio situado en torno al Sol.'"

*DUVE:* Antes decía Vd. que Feodorov rechazaba, como Margaret Mead, la idea de solucionar por esta vía el problema de la sobrepoblación absoluta.

*HARICH:* Sí, pero ¿por qué lo rechaza? Porque la idea de Ziolkovsky no va a ser técnicamente realizable en siglos o en milenios. De no ser así, Feodorov no tendría nada que oponer a que en un plazo breve proveyéramos a Marte de la biosfera necesaria para la vida humana e hiciéramos llegar allá, en naves espaciales, un par de millones de congéneres nuestros. Y ahora yo le pregunto a mi vez: ¿encontraría Vd. más inhumanos los traslados masivos, voluntarios, desde luego, en la Tierra?

*DUVE:* Pero los países socialistas, muy celosos de la soberanía nacional, son alérgicos al concepto cosmopolita de "gobierno mundial".

*HARICH:* En las condiciones actuales lo son y tienen toda la razón. Sin embargo, yo hablaba de un "gobierno mundial comunista", un gobierno cuyo establecimiento es la meta de la revolución proletaria mundial, una meta contra la que Lenin, hasta donde yo sé, no tenía nada que objetar.

*DUVE:* Contra la que, no obstante, nosotros los socialdemócratas, aún luchamos con denuedo. ¿Estaría usted, por otra parte, de acuerdo con que unos dos centenares de miles de hindúes se trasladasen a la RDA?

*HARICH:* Por supuesto que sí. Cuando en 1945 se le preguntó a Bernard Shaw qué aconsejaría a los alemanes derrotados, contestó: "¡Mezcla de razas!" También estoy seguro de que a los hindúes que vinieran a la RDA les aguardaría un destino mejor, más humano, que a los trabajadores in-

migrados a la República Federal. Pero volvamos al núcleo del problema: Lo decisivo es que el internacionalismo proletario obliga hoy a contemplar los intereses del propio país, en particular en lo que afecta a la población, ante todo en su aspecto global. En un texto marxista clásico se dice que "los comunistas destacan, en las diversas luchas nacionales de los proletarios, aquellos intereses del proletariado en su conjunto que son comunes, independientes de la nacionalidad" y, en otro lugar, que "ellos representan en el movimiento actual, al mismo tiempo, el futuro del movimiento". Relacionando cuerdamente esto con las cuestiones vitales que tiene planteadas en el presente la humanidad, significa: los comunistas han de servir en todo lugar, también donde están en el poder y allí especialmente, a los intereses a largo plazo de los trabajadores de toda la Tierra, subordinando a éstos los intereses nacionales estrechos. Ahora bien, ¿qué es lo que exigen estos intereses a largo plazo, globales, en las condiciones de la crisis ecológica? Que ni la sociedad comunista del futuro se vea amenazada por una estrechez asfixiante ni que el camino que a ella conduzca tenga que pasar por catástrofes sangrientas.

*DUVE:* Entre dos de los más importantes ecólogos americanos del presente, Paul R. Ehrlich y Barry Commoner, ha tenido lugar una disputa respecto, entre otras cosas, a la evaluación del problema demográfico. Ehrlich considera el alud demográfico como el peligro más amenazante y recomienda, para su contención, la adopción de medidas urgentes y globales. Commoner rechaza tal cosa con decisión y estima que la causa de nuestras dificultades estriba en que la presión de poderosos intereses privados ha orientado el desarrollo y la utilización de la tecnología en una dirección incontestable, volcada a la destrucción del medio ambiente y al derroche sin tasa de las materias primas.

*HARICH:* Por mi parte, creo que ambos tienen razón. Sus puntos de vista son complementarios y no, como ellos piensan, contradictorios. La crítica de Commoner al desarrollo aberrante de la tecnología en el capitalismo, a la búsqueda de beneficios que lo ha generado, me ha convencido sin reservas. También yo soy un apasionado defensor de la

nueva tecnología que él propone introducir, particularmente la de la reutilización, del *recycling*. No podría llamarme comunista de no suscribir, ante todo, la siguiente tesis de Commoner: "La economía privada, la economía libre, puede que sea libre, pero no es del todo privada, porque toda empresa privada hace uso de un bien colectivo: la biosfera. Por eso parece más adecuado un sistema de producción basado en la propiedad colectiva que el basado en la propiedad privada. El concepto marxista clásico de socialización de los medios de producción parece ser más apropiado a los requerimientos de la biosfera que el de la propiedad privada... Ahora que se ha reconocido en los dos países la necesidad de la protección del medio ambiente, va a resultar más fácil su puesta en práctica en la Unión Soviética que en los Estados Unidos." Son palabras áureas y yo las suscribo. Sólo que no plantean nada contra la necesidad de un *stop* al crecimiento de la población, un *stop* que implantado en ambos países sería, para ellos y para el resto del mundo, una bendición. Una tecnología del reciclaje podría paliar muy sustancialmente la sobrecarga del medio ambiente, pero sin eliminarla por completo. Podría estirar las reservas mundiales de materias primas y combustibles no regenerables, pero no darles la cualidad de ser inagotables. Por sí misma difícilmente aportará alimentos o fertilizantes minerales. Y su consumo de energía —conviene no olvidarlo— sería altísimo. La prueba exacta de ello la he encontrado en Meyer-Abich, quien en base a sus cálculos concluye que incluso aceptando la efectividad de todas las premisas de los "optimistas tecnológicos", incluso asumiendo, pues, las esperanzas que suscita el reciclaje, *el crecimiento económico tal como se ha conocido hasta ahora encontraría igualmente su fin, más o menos en los plazos calculados por Forrester y Meadows, a causa de la incompatibilidad con el medio ambiente de los procesos de transformación de la energía*. Sólo que en este caso el final sería una muerte caliente. Es decir, no basta con la nueva tecnología. Esta exige ser completada con otras soluciones adicionales: con la limitación del consumo y de la población, con lo que de nuevo nos encontramos en la misma situación que antes, en el caso del reciclaje, a sa-

ber: que su realización tendría lugar de manera más sencilla y más humana en una sociedad socialista o, mejor aún, comunista porque sólo ésta es capaz de combinar las medidas necesarias con el principio de la igualdad, de la justicia social. Y está claro: la limitación del consumo será tanto menos drástica cuanto menos se sobrepase el óptimo demográfico a escala mundial o en su caso, cuanto más rápidamente se restablezca y se establezca luego definitivamente.

*DUVE:* Y este es, piensa usted, el punto en el que alcanza su relevancia la argumentación de Paul Ehrlich.

*HARICH:* Desde luego. Con lo que no niego que Ehrlich se sitúe políticamente mucho más a la derecha que Commoner. Claro que en términos relativos: Commoner no es un comunista ni Ehrlich un conservador, un reaccionario como lo son McNamara y Herman Kahn. Podría citarle colateralmente agudos pronunciamientos críticos de Ehrlich contra el sistema de los E.E.U.U., contra el *stablishment* americano... Pero en el supuesto de que lo que a Ehrlich le importara fuera, ante todo, salvar el capitalismo —cosa que no puede demostrarse—, es evidente que percibiría lo amenazado que está el estado de cosas de este orden social con el alud demográfico, pudiendo incluso llegar a razonar que, dado el creciente agotamiento de los recursos naturales, es de temer que la previsible escasez venga a desencadenar revoluciones contra los ricos, contra los privilegiados. Cálculo este que podría, sin duda, ser, en el peor de los casos, un cálculo equivocado. Lo sería concretamente si el capital, ante la supuesta amenaza revolucionaria, buscara, como acostumbra, una salida en el fascismo y en la guerra. En este caso, Ehrlich sería nuestro aliado, un aliado que por motivos diferentes a los nuestros combatiría los mismos peligros que nosotros. Pero de estar Ehrlich en lo cierto con sus temores, seguiría siendo, de todos modos, un aliado nuestro, a pesar de ser adversario de la revolución que anhelamos los comunistas. Y lo sería porque en las condiciones que el capitalismo llegaría a la revolución en los países sobrepoblados ésta habría de verse asimismo confrontada, desde el primer día de su triunfo, con la escasez, una escasez frente a la que, de todos modos, y por mucho que no le deseamos tal si-

tuación, saldría adelante organizativa, social y jurídicamente mucho mejor que el capitalismo. En cualquier caso nos tenemos que aliar, pues, con Commoner y también con Ehrlich, y nos tenemos que aliar contra el fascismo y la guerra, que con toda seguridad repugna igualmente a Ehrlich, pero *también* contra el agotamiento de recursos que unos y otros queremos evitar: él por miedo a la revolución y nosotros por rechazo de un futuro depauperado y miserable para el comunismo.

*DUVE:* Así pues, ¿no especula Vd. con la idea de que la sobrepoblación absoluta impulse la revolución?

*HARICH:* ¡Por supuesto que no? Todo marxista debe oponerse a ello, y precisamente por los mismos motivos por los que especulaciones análogas sobre las consecuencias de una guerra imperialista no resultan compatibles con el punto de vista marxista. Las dos guerras mundiales de nuestro siglo impulsaron poderosamente la revolución: véase Petrogrado en 1917, Europa oriental en 1945, China en 1949. Pero ello no quiere decir en modo alguno que las fuerzas revolucionarias desearan ni promovieran en absoluto el desencadenamiento de dichas guerras.

Hicieron justamente lo contrario; lucharon contra ellas. Atizar el fuego de la guerra, fomentarla, prolongarla; esa ha sido siempre la actitud propia de la burguesía imperialista. El movimiento obrero revolucionario advirtió contra las guerras, intentó detenerlas y una vez estalladas, se pronunció por la terminación inmediata del inútil derramamiento de sangre, sufriendo por ello represión y persecución, hasta el punto de que sus mejores luchadores fueron torturados, encarcelados y llevados al patíbulo. Solo así pudo ganarse, por lo demás, la confianza de las masas populares, unas masas, que al final, desengañadas, asqueadas y desangradas por la guerra le llevaron en la revolución al poder. De este y no de otro modo han de comportarse hoy las fuerzas revolucionarias frente al alud demográfico: han de llamar la atención contra él, tienen que procurar detenerlo y, de no surtir efecto nada de todo ello, han de ayudar a las masas a remediar sus terribles consecuencias, hasta donde sea posible, utilizando las posibilidades que ofrece el comunismo. Han de luchar

contra la carrera armamentista, contra el peligro de nuevas guerras imperialistas, contra la desposesión de sus derechos de los pueblos del Tercer Mundo, contra el hambre, contra el desempleo, contra la inflación, contra la destrucción del medio ambiente, contra el derroche de los recursos. La lucha contra la sobrepoblación absoluta no ha de estar, pues, en modo alguno ausente; debe ser un componente importante de las actividades revolucionarias. En todo ello juega un papel muy relevante siempre la formulación de una política de alianzas correcta capaz de movilizar de entre todas las clases y capas, a excepción del capital monopolista, fuerzas con objetivos parcialmente análogos y con metas temporalmente coincidentes.

*DUVE:* Entre las que figuran Paul Ehrlich y sus partidarios.

*HARICH:* Y sobre todo cuantos, sin ser marxistas, comprenden que las concepciones de Ehrlich y Commoner son compatibles. Así lo ha entendido el Club de Roma, que combina el fomento de nuevas tecnologías con el fomento del freno a la población. Así lo ha entendido también Margaret Mead, quien en la discusión acerca del estudio del MIT declaraba: "Los expertos tendrían que poner punto final a sus discusiones por cuestiones de detalle, cosa que hago extensiva a la controversia entre Commoner y Ehrlich. Es superflua. Si no tuviésemos una población tan grande, no tendríamos tantas dificultades. Naturalmente. Y si tuviésemos la población, pero no la técnica, no tendríamos tantas dificultades. Seguro. Sólo que tenemos a un tiempo la población o la sobrepoblación y la técnica. La técnica ha destrozado la vinculación con la naturaleza y amenaza el planeta. La población presiona de modo constante para que se utilice la técnica. Los dos tienen razón." Por mi parte lo único que lamento es que Mrs. Mead hable globalmente de la "técnica" en vez de referirse, como Commoner, más precisamente a la técnica tal y como hasta la fecha ha funcionado, una técnica que derrocha recursos, que devasta el medio ambiente, y que tiene que ser necesariamente sustituida por otra distinta. Hecha esta reserva, le declaro mi acuerdo con la gran etnóloga americana, que creo que todos los marxistas deberían hacer igualmente suyo.

*DUVE:* Para acabar, todavía una pregunta sobre este tema: La libertad de fijar cada cual el número de hijos a tener, y, por lo tanto, también un número elevado, ¿no constituye para Vd. un derecho humano inalienable?

*HARICH:* Como de esta libertad puede abusarse a costa de todos los hijos y nietos que aún no han nacido: ¡no! Los derechos y la libertad de cada uno deben subordinarse a lo que resulte vital para la humanidad, incluyendo la humanidad futura. Y esto en el caso de que lo que realmente esté aquí en juego sea una libertad, —esa libertad que el marxismo define, según es bien conocido, como la “consciencia de la necesidad”—, y no más bien, como tan a menudo ocurre, una falta de libertad, a saber: inconsciencia y falta de disciplina con consecuencias no deseadas. Independientemente de ello ¿cómo ignorar que la vida sexual adquiere en el hombre rasgos de una cualidad nueva, superior, en comparación con la de todos los animales? Nuestro impulso sexual no cesa, por ejemplo; no está ligado a las épocas de celo. Su actividad como fuente de placer, de satisfacción, de comunicación espiritual, proyectado culturalmente como un fin en sí mismo, solo excepcionalmente sirve para la reproducción. Esto forma parte de nuestra dignidad humana. Vistas así las cosas, está claro que en la escala de los valores morales el derecho humano de la mujer al orgasmo ocupa un rango más elevado que su peculiar determinación, compartida con las restantes hembras, de regalar la vida a sus descendientes.

Quien piense de otro modo, que ingrese en la Iglesia Católica.

### III.— LOS COMUNISTAS ANTE EL CLUB DE ROMA

*DUVE:* Según parece, los trabajos del Club de Roma le interesan de manera muy especial. Es más, ha llegado a decir incidentalmente que de vivir hoy Engels, éste se contaría entre sus partidarios.

*HARICH:* No es eso exactamente lo que he dicho. Me limité a sugerir que Engels le daría la razón al Club de Roma en varios puntos. Y, en cualquier caso, no solo en lo relativo a la cuestión de la población, aunque en lo que a ésta afecta, seguro.

*DUVE:* Con esto va Vd. muy lejos. Dudo que éste sea el punto de vista de los partidos comunistas. ¿O dispone usted de otra información?

*HARICH:* Hasta el momento, y en la medida de mis conocimientos, ningún PC ha adoptado resolución alguna tomando postura ante el Club de Roma. Ahora bien, como se trata de problemas de gran importancia para el movimiento obrero internacional y para todos los países socialistas, solo me puedo explicar esta reserva pensando que las direcciones de los partidos están al respecto en un proceso de formación de opinión que aún no ha llegado a su término.

*DUVE:* Sin embargo, numerosos filósofos, científicos y publicistas comunistas se han manifestado claramente al respecto y, desde luego, al menos en la Europa Occidental, predominan las voces negativas, cosa que no ha de dejar de tener sus repercusiones en las cúspides de la dirección política. Me extrañaría mucho que las cosas fuesen de otra manera. Y, sin embargo, teóricamente sería posible aducir

una justificación para la limitación del crecimiento. Pero, en la práctica, el catálogo de esperanzas de los partidos comunistas en su conjunto descansa demasiado en los augurios de la "revolución científico-técnica", en la ausencia de límites para el despliegue de las fuerzas productivas. La llamada para el crecimiento cero con que el Club de Roma se presentó espectacularmente en 1972 ante la opinión pública va, con seguridad, a contrapelo del pensamiento marxista tradicional.

**HARICH:** No creo que la formación de opinión en los grupos dirigentes vaya a orientarse exclusivamente en orden a lo que escriban los teóricos y publicistas. La presión para adoptar decisiones políticas adecuadas a la realidad altamente compleja, preñada de crisis, de nuestro tiempo, puede ejercer una influencia cuanto menos igual. Pero tampoco creo que pueda decirse que en las filas de la *intelligentsia* de los partidos predomine, ni de lejos, la actitud negativa; en cualquier caso, no tanto como usted supone y no en todos los sitios.

**DUVE:** Escucharía con satisfacción su más exacta información.

**HARICH:** Por de pronto, numerosos científicos de Yugoslavia y uno de la República Popular de Polonia, el renombrado filósofo marxista Adam Schaff, son miembros del Club de Roma. Por otra parte, los cálculos de tendencias, los análisis y las prognosis hipotéticas del Club han encontrado una amplia —y en parte muy positiva— resonancia en la Unión Soviética. El protocolo de la mencionada conferencia-mesa redonda celebrada en Moscú acerca del tema "Hombre y medio ambiente", traducido ya, por cierto, al alemán, ha sido publicado en la RDA (también en la RFA, en *Technologie und Politik*, 2, Reinbeck 1975, págs. 135 y ss.). Después de una lectura cuidadosa, no dudo en calificar por lo menos al gran físico P.L. Kapiza, al destacado genético de población J.G. Rytschkov, al geofísico M.J. Budyko, a los economistas A.J. Medunin y N.P. Naumov y, en lo relativo a la cuestión de la población, también a B.Z. Ulanis, como defensores comunistas de las tendencias del Club de Roma. De entre ellos Kapiza es el más directo en sus manifes-

taciones, desde luego. Habla muy elogiosamente de los "interesantes, convincentes" resultados a que llegado J.W. Forrester, el matrimonio Meadows y sus colaboradores aplicando la moderna calculatoria a las tendencias altamente complejas de la crisis ecológica. Tampoco renuncia a expresar su solidaridad con Sicco Mansholt. Este "importante economista holandés", dice Kapiza, ha sostenido acertadamente, bajo la influencia de las advertencias formuladas por el Club de Roma, que "los problemas técnico-económicos a escala global solamente pueden resolverse en base a una organización socialista de la industria" (véase, al respecto, Sicco Mansholt: *Die Krise*, rororo aktuell 1823). Para señalar los momentos de acuerdo concreto de los demás participantes en la discusión con el estudio del MIT tendría que escribir un folleto especial. También se expusieron posiciones más o menos marcadamente divergentes, claro es. Pero ninguno de los oradores siguió el camino de la difamación del Club, a diferencia de lo que ha ocurrido en Occidente. Por ejemplo, en los casos de Gunnar Myrdal o Robert Jungk.

**DUVE:** ¿Qué piensa Feodorov del Club de Roma?

**HARICH:** Su actitud es crítica, con reservas, pero llena de respeto y no exenta de simpatía. Forrester, los Meadows, etc. representan en su opinión "tendencias inconscientemente socialistas". La tónica general es mucho más amable, más abierta de lo que en los Estados Unidos haya podido ser la toma de posición de Barry Commoner, a quien, por lo demás, Feodorov tiene en gran aprecio. Le considera como el ecólogo occidental más próximo a él mismo.

**DUVE:** ¿Qué entiende Feodorov por "tendencias inconscientemente socialistas"? ¿Cómo fundamenta esta valoración?

**HARICH:** Feodorov estima que existe "el peligro real de que la sociedad humana supere en un futuro no muy lejano los límites permisibles de su interrelación con el medio ambiente". Ya Karl Marx, previó este peligro en 1868, bajo la impresión que le causó la lectura de un libro de Fraas, *Clima y protección de las plantas a lo largo del tiempo; una historia de ambos* (1847), y se manifestó acerca de él en una carta a Engels. Feodorov cita esta carta en la que, entre otras cosas, se dice: "Él (Fraas - W.H.) afirma que con el

cultivo —en proporción a su grado— desaparece la humedad, tan apreciada por los campesinos (de aquí también que las plantas del sur se desplacen hacia el norte) apareciendo finalmente las estepas. El primer efecto del cultivo es beneficioso, pero finalmente resulta devastador por la deforestación, etc. Este hombre es tanto un filólogo riguroso (ha escrito libros en griego) como químico, agrónomo etc. El resultado es que el cultivo, si avanza de manera natural y no es controlado conscientemente (a esto no llega, por supuesto, como burgués que es), deja desiertos tras de sí. Mesopotamia, etc., Grecia. O sea, de nuevo tendencias socialistas inconscientes." Feodorov basa en este paso su propuesta de aplicación de estas palabras de Marx a los investigadores occidentales que trabajan hoy en el problema de la interrelación entre sociedad y medio ambiente, particularmente a Forrester y a los autores del estudio del MIT. Al igual que Fraas, perciben que un cultivo desarrollado de modo espontáneo conduce a una crisis de la interrelación entre la sociedad y la naturaleza. Sus cálculos ilustran de manera perfecta cómo puede llegarse a esto. Al igual que Fraas representan, aun cuando inconscientemente en la mayor parte de los casos, tendencias socialistas". En otro lugar de su libro, y recurriendo a una fórmula de Lenin, Feodorov compara a los miembros del Club de Roma, con los socialistas utópicos, "aquellos soñadores a veces geniales que eran de la opinión de que bastaba con convencer a los detentadores del poder y a las clases dominantes de la injusticia del orden social moderno". Como ayer los utopistas, Forrester, Meadows, etc. estarían hoy empeñados en la elaboración de un programa concreto a largo plazo, propiamente de un 'proyecto' para el desarrollo de la humanidad". "Ahora bien", se pregunta Feodorov, "¿quién va a luchar en el mundo occidental por la realización de las ideas del Club de Roma o por ideas análogas? Y ¿en base de qué metas concretas e inmediatas debería comenzar esta lucha? Sobre esto deberían reflexionar sus miembros."

*DUVE:* De todos modos, usted no cuenta a Feodorov en el grupo de los que acaba de definir como "defensores comunistas de las tendencias del Club de Roma".

*HARICH:* No. Kapiza, Rytschkov, Budyko, Medunin, Naumov y Urlanis, quizá también Kamschilov, están, en sus puntos de vista, más cerca del Club. En cualquier caso, eso es lo que se desprende de sus intervenciones en la discusión. Aunque, por supuesto, ignoro si tendría que cambiar de opinión en el caso de que, al igual que Feodorov, escribiesen libros sobre la materia.

*DUVE:* Pero, por otra parte, Feodorov se está a su vez más cerca del Club que su colega Commoner. ¿Hasta qué punto?

*HARICH:* A diferencia de Commoner, Feodorov no niega en redondo la necesidad de un freno global del crecimiento demográfico. Prefiere más bien, como ya he dicho, "dejar esta cuestión abierta". Tampoco está, como Commoner, contra los modelos de computadora ni, desde luego, se aventura a formular sospechas en el sentido de que el Club de Roma y el autor del *Manifiesto por la supervivencia* apunten en su manera de hacer, a "una utilización de la cuestión del medio ambiente en un sentido fascista". En lo que ambos ecólogos están de acuerdo, el soviético y el americano, es en aferrarse al crecimiento económico, esto es, —por expresarlo en terminología marxista—, en no querer renunciar a la "reproducción ampliada", preconizando el control de la consiguiente sobrecarga del medio ambiente con la ayuda de nuevas tecnologías, entre las que dan preferencia, desde luego, al reciclaje.

*DUVE:* Con esto llegamos al punto decisivo. Pero antes aún quiero formularle otra pregunta: ¿ha tomado Vd. nota sistemáticamente de las tomas de posición respecto del Club de Roma habidas en los países socialistas, incluyendo la RDA, así como en las publicaciones de los miembros de los PC occidentales?

*HARICH:* No. Aparte de estos pronunciamientos soviéticos, solo conozco algo de la RDA, el folleto ya mencionado de Guy Biolat de Francia y artículos de Edgar Gärtner, de la República Federal.

*DUVE:* ¿Y en todo ello ha encontrado muestras bien de acuerdo, bien de crítica amistosa, leal?

*HARICH:* De acuerdo, en absoluto. Sí he encontrado, en cambio, un rechazo concretamente argumentado, con dispo-

sición a aceptar verdades parciales particulares, en la polémica de Jürgen Kuczynski antes mencionada, *El equilibrio del cero*. Dejando bien claro que el material en el que me baso es muy incompleto y quizá, por tanto, no del todo representativo, tengo que decir que tanto en la RDA como en los comunistas de Europa occidental parece predominar hasta ahora, según mis impresiones y, a lo que parece, también según las suyas, la tendencia a ver en el Club de Roma una agencia del enemigo de clase, un conciliábulo de reaccionarios y oscurantistas sufragado por los monopolios capitalistas. A lo que lógicamente se responde con una enemistad profunda, casi con ira.

**DUVE:** ¡De un par de ejemplos de ello, por favor!

**HARICH:** En la *Veltbühne* del 13 de noviembre de 1973, Peter Forster comentaba así la concesión del Premio de la Paz de los Libreros alemanes al Club de Roma: "Nadie puede afirmar que el gremio haya concedido su premio a una organización desconocida y seguro que esta organización se merecía un premio... del capital monopolista. Pero ¿un Premio de la Paz? Quizá, si por paz se entiende la que hay en los cementerios. El Club de Roma tiene un programa que puede sintetizar en la siguiente consigna: ¡Muerte al progreso material!... Para ganar un premio por el falseamiento de la verdad hay que propagar al mismo tiempo falsedades socialmente eficaces. Y esto es lo que han hecho los hombres del Club de Roma." En la Dietz-Verlag apareció hace poco un folleto firmado por Hermann Grosse y Alfred Pushmann y titulado *Qualität des Lebens - Ausweg oder Irreführung?* (La calidad de vida: ¿salida o engaño) (Berlín 1974), donde puede leerse el siguiente juicio el estudio del MIT y de Meadows: "no solo es acientífico, sino que expresa al mismo tiempo el menosprecio imperialista por el hombre". Estas son las dos voces más negativas que, en la medida de mi conocimiento, se han levantado en la RDA. En Francia, Guy Biolat escribe sobre las consecuencias sacadas de dichos informes por Sicco Mansholt: "La campaña intensiva que se sirve de la contaminación como argumento para hacer llegar a la gente una serie de verdades dudosas muestra con claridad meridiana que no hay contaminación

que sea indiferente con respecto a los sistemas políticos establecidos. El modo como el señor Mansholt saca partido a este problema para apuntalar la política de retroceso por él preconizada para la Europa de la CEE ampliada (de ampliada escasez, si por él fuese) muestra a la perfección cuáles son las conexiones entre una cuestión aparentemente circunscrita al ámbito científico-técnico y la globalidad de lo social, económico y político." Y en la República Federal, en una de las aportaciones de Edgar Gärtner reproducida en el *Deutsche Volkszeitung* el 12 de diciembre de 1973 se dice: "Todos esos falsos profetas a quienes lo que les molestaba de nuestro sistema social no era tanto el dominio de los bancos y de los grandes monopolios con el 'terror consumista', y que querían acabar con la 'sociedad de consumo' por la vía de una negativa de masas a seguir consumiendo, han encontrado, según parece, un poderoso aliado: las grandes empresas petroleras multinacionales y los gobiernos de los estados industriales de occidente. Los aumentos de precio del petróleo y de las materias primas son, por lo visto, los encargados de preservar los recursos naturales. Se pronostican años flacos de paro y escasez generalizados. Científicos 'cautos' como Forrester y Meadows hablan de los 'límites del crecimiento' de las sociedades industriales y preconizan (como Forrester) un retroceso al nivel de vida de 1910 porque la naturaleza ha demostrado ser más fuerte y esas 'polvorientas ideologías del siglo pasado', como Forrester llama a la imagen de un futuro de abundancia material y de dominio completo de la naturaleza, han encontrado por fin su sitio, Dios sea loado, entre los trastos viejos. Los de la 'izquierda no dogmática', como Enzensberger, toman nota inmediatamente de ello y reniegan al momento de sus pasados errores (es decir, de la idea del progreso material -W.H.)... De manera, pues, que si entre los jefes de los palacios gubernamentales, los miembros de los órganos directivos de los monopolios y los 'marxistas no dogmáticos' hay tal acuerdo, no parece que para los hombres de todos los estados industriales altamente desarrollados vaya a haber otra solución que apretarse el cinturón."

**DUVE:** Sí, pero lo cierto es, por el contrario, que en las di-

recciones de los monopolios se piensa en términos de impulsar el crecimiento, conminándose a los centros gubernamentales a adoptar programas de acción inmediata para reanimar la coyuntura. Los conservadores rechazan la llamada a favor de un crecimiento cero, y lo hacen con tanta mayor decisión cuanto más estrechamente ligados están a la industria.

Así pues, si además se les apoya desde la izquierda, queda corroborada la tesis de Jochen Steffen de que "algunos economistas sociales" no están en condiciones de entender los problemas cruciales de nuestra época "porque —sean cuales fueren sus otros blancos de ataque— comparten con los industriales conservadores y reaccionarios *una* misma posición básica, a saber: que lo que ante todo importa es que el actual proceso de producción y reproducción continúe funcionando." Lo que hace que de tanto en tanto se dibuje —más allá de la oposición de frentes sociales y políticos— una coincidencia casi literal de los argumentos. Podría aducirle ejemplos de todo ello tomados de las publicaciones socialdemócratas, desde luego. Las andanadas de Gärtner muestran, por otra parte, que en la literatura comunista pueden encontrarse cosas no muy distintas.

*HARICH:* No solo eso. En ocasiones ocurre incluso que al sustentarse esta única posición básica se aplaude abiertamente al enemigo de clase o se insertan en la propia argumentación, sin desmarcarse, sin el más leve distanciamiento crítico, citas literales procedentes de publicaciones conservadoras-burguesas. Así, en el artículo de la *Weltbühne* que acabo de citar, Foster legitima con toda desenvoltura las posiciones de la Confederación de la Industria Alemana cuando rechaza el estudio del MIT y no quiere saber nada de límites para el crecimiento económico, favoreciendo a los "capitalistas más inteligentes". Capitalistas que perciben, desde luego, que el final de la reproducción ampliada pondría límites al aumento de los beneficios. Otro ejemplo: ¿qué intereses de clase representan las revistas *Wirtschaftswoche* y *Unternehmung*, que aparecen en la República Federal?

*DUVE:* Son publicaciones orientadas más bien a la derecha. Representan puntos de vista favorables a los empresarios.

*HARICH:* Lo sospechaba. Grosse y Puschmann se basan, de manera literal, precisamente en esas páginas, aduciendo extensas citas con indicaciones de fuentes y argumentos con la única finalidad de demostrar, en lo posible, la acientificidad del estudio del MIT. Y así el primero escribe, por ejemplo: "Sobre la base de las erróneas teorías de Malthus y la locura redentora de los autores de la dinámica de sistemas, y aprovechando la histeria medio-ambiental que prolifera en numerosos estados capitalistas..."

*DUVE:* ¿Histeria? O sea que nuestras iniciativas cívicas han sido cosa de histéricos. Los miembros del DKP (\*) que participaron activamente en ellas tendrán que retirarse, dada la valoración que se les dedica en una publicación de la Dietz-Verlag (\*\*).

*HARICH:* Continúo: Aprovechando, como decía, la "histeria medio-ambiental", esos apologetas "han convertido, en sus proclamas, la crisis del capitalismo nada menos que en una crisis de la humanidad. Su fetichismo de las computadoras parece estar llevado a fundamentar científicamente la miseria." Hasta aquí Grosse y Puschmann. Y luego puede leerse, en una nota a pie de página correspondiente al texto, lo que "un crítico de tales prognosis" —por cierto, que en este caso falta la usual fórmula de "crítico burgués"— dice a este respecto, concretamente: «Tómense dos, tres o cinco factores,... se hace abstracción de cualquier contenido social, se les proporciona, con relativa arbitrariedad, magnitudes numéricas fácilmente perceptibles y cálculos de sus relaciones de dependencia; se alimenta con todo ello una computadora (que nada hay que no aguante)... Este juego combina la amplitud de miras de una Lieschen Müller moderna (el medioambiente está amenazado; la población no puede creer eternamente; somos como aprendices de brujo; amenaza el peligro del

(\*) DKP: Partido Comunista Alemania. (T.)

(\*\*) Dietz-Verlag: Editorial 'oficial' de la República Democrática Alemana. (T.)

pueblo sin espacio...) con el truco tecnológico de lo pueblo sin espacio...) con el truco tecnológico de lo sobrehumano'» (*Wirtschaftswoche*, 19 - X - 1973, pág. 36)." incremento de los excrementos de los caballos, hoy Londres tendría que estar sepultado bajo una capa de 5 metros de espesor', así dice una nota a pie de página citada literalmente de: "H.R. Schulz, 'Grenzen des Wachstums - Konsequenzen für die Unternehmung?', en: *Die Unternehmung*, año 1973, n.º 1, pág. 17". Hay que tomar buena nota de lo que todo esto significa realmente: unos peligros que, según el juicio tan unánime como competente de importantes expertos, entre los que figuran incluso soviéticos, amenazan a la humanidad nada menos que con la destrucción en un futuro próximo son menospreciados en la prensa empresarial reaccionaria de Alemania occidental que, por miedo a la desaparición del beneficio, tacha cualquier posible llamada de atención sobre ellos como meros desvarios de Lieschen Müller o los ridiculiza con comparaciones con los excrementos de los caballos. Y resulta que dos camaradas del SED (\*) no se avergüenzan de buscar en estas fuentes munición para la porquería que se creen en la obligación de lanzar contra aquellos expertos.

*DUVE*: Seguro que no se trata de los expertos soviéticos, sino más bien de los occidentales como Forrester o Meadows.

*HARICH*: En la esencia del asunto, también se ataca a los expertos soviéticos. Si —por citar un ejemplo entre muchos— Menudín declara en el simposio de Moscú sobre "Hombre y medio de ambiente" que: "Por primera vez en la historia se ha creado una situación en la que la existencia del homo sapiens como especie biológica se ve puesta en cuestión", resulta que con ello, a los ojos de Grosse y Puschmann, demuestra tener también él "la amplitud de miras de una Lieschen Müller moderna". Porque las causas ecológicas sobre las que Menudín basa sus palabras son exactamente las mismas que en la *Wirtschaftswoche*, y para diversión de esos dos camaradas, vienen a ser puestas en

(\*) SED: Partido Socialista Unificado de Alemania. (T.)

ridículo: "El medio ambiente está amenazado; la población no puede crecer eternamente", etc.

*DUVE*: O sea, ¡desacuerdo con los científicos soviéticos!

*HARICH*: De todos modos, aún hay cosas peores. La pírueta más ridícula hay que abonarla en la cuenta de Emil Rechtziegler y Otto Reinhold, dos renombrados economistas de la RDA. Rechtziegler escribe en un artículo —publicado en la República Federal— y titulado "¿Límites del crecimiento o crisis del imperialismo?": "Como el crecimiento es, siempre, en el capitalismo, crecimiento del capital, el 'crecimiento cero' equivaldría a la eliminación del capitalismo, pues el capital no puede existir sin acumular." Acto seguido, Rechtziegler aduce, para ilustrar la aversión que, precisamente por esto, inspira el estudio del MIT a los empresarios capitalistas, una carta del Instituto Alemán de Industria, de la que cita la siguiente frase: "El resultado (al que ha llegado Meadows - W.H.) no tiene nada que ver con la realidad, porque se traspasaron las fronteras de una predicción realista." Ahora bien, en lugar, de manifestar, como hace Feodorov, su simpatía ante esta tendencia anticapitalista del estudio del MIT, Rechtziegler continúa en la frase siguiente: "La pretensión expuesta en el estudio de llegar a partir de 1975 al 'crecimiento cero' es profundamente contraria a la humanidad, ya que intenta eternizar el hambre y la miseria de los países en desarrollo, su dependencia y saqueo por las potencias imperialistas." De acuerdo con esta lógica, deberíamos alegrarnos ante la pervivencia del capitalismo, tan amigo de la humanidad él, dado que sus leyes cuidan de que las "pretensiones contrarias a la humanidad" de Meadows carezcan de posibilidades de verse realizadas. ¿Se trata acaso de un *lapsus* casual? ¡En absoluto! Un año más tarde, Otto Reinhold argumentaba en el *Neues Deutschland* (\*) del 16 - XI - 1974, en un artículo en el que, entre otras cosas, tomaba posición con respecto a la sesión del Club de Roma celebrada en Berlín Occidental en octubre del 74 exactamente igual. Reinhold partía de la acertada constatación de que "la exigencia de un 'crecimiento cero' está en contradicción con el orden capitalista" para pasar a decir en el párrafo siguiente de la misma columna que "a la vista de la revolución

(\*) Órgano oficial central del S.E.D. (T.)

científico-técnica" y "de los muchos problemas no resueltos ante los que se encuentra la humanidad" el estancamiento, que es lo que en definitiva hay que entender como "crecimiento cero", equivaldría "en realidad, a retroceso, a renuncia a la solución de estos problemas. Si la producción no sigue creciendo, ni podrá superarse el hambre en extensas partes del mundo capitalista, ni se les podrá asegurar a todos los hombres conocimientos aportados por la ciencia en interés de la sociedad." Hagamos notar — simplemente de pasada — que estos argumentos coinciden casi literalmente con los empleados por McNamara y Herman Kahn en sus negativos juicios sobre el estudio del MIT. Solo que resulta además que de acuerdo con la lógica de Reinhold habría que celebrar la subsistencia del capitalismo, ya que éste se opone al crecimiento cero, exigencia muy reaccionaria que estaría en contradicción con él.

*DUVE:* ¿Tal cosa salió en *Neues Deutschland*? ¿Dónde ve Reinhold concretamente la contradicción con el capitalismo?

*HARICH:* La cifra en lo siguiente: en el marco de la sociedad capitalista no es posible, argumenta, "determinar libremente, es decir, consciente y planificadamente, el ritmo de crecimiento de la economía" y, a partir de aquí, en la resistencia que con toda seguridad opondrán los monopolios, que, obviamente, "no detendrán su producción siguiendo los consejos del Club de Roma allí donde un rápido crecimiento económico permita contar con un aumento importante de los beneficios." Ambas cosas son ciertas. Y Rechtziegler tiene asimismo razón cuando dice que en el capitalismo, el crecimiento es siempre crecimiento del capital. Solo que estas afirmaciones, con las que estoy completamente de acuerdo, apuntan contra el capitalismo y no contra la economía ha crecido de manera continua, pero el hambre y la ignorancia han aumentado paralelamente en la parte capitalista del mundo, esa parte de la que es imposible excluir al Tercer Mundo. ¿Quién garantiza que con la prosecución del ritmo de crecimiento de la economía desaparezcan realmente estos males? Los males sociales no desaparecerán, y, en cambio, la base natural de la sociedad, la rama sobre la que estamos apoyados, acabará por irse al diablo. Es imprescindible detener el crecimiento porque de otro modo la biosfera quedará destruida. Y resulta, en consecuencia, no menos necesario que lo que ha

crecido así, al igual que lo que, también de acuerdo con las tesis de Meadows, ha de seguir creciendo dentro de los límites de la reproducción *simple*, sea distribuido a partir de ahora mismo de forma igualitaria: igualitariamente entre países ricos, igualitariamente en el interior de cada país concreto. En una palabra: tenemos que acceder en el mundo entero al comunismo.

*DUVE:* Pero eso no es lo que dicen las recomendaciones de Meadows.

*HARICH:* No, claro que no. ¿Cómo iban a decir esto las recomendaciones de un estudioso burgués de América? La consecuencia de un reparto más justo ha sido extraída, sin embargo, de ellas, por el socialdemócrata Mansholt. Y uno tendría que pensar que comunistas como Rechtziegler y como Reinhold tendrían que extraerlas antes y con un mayor radicalismo. ¿Cómo pueden llamarse comunistas y no ser ellos los primeros en proponer esta solución? El comunismo significa: *distribución justa llevada a cabo de manera consecuente y radical*. Esto es algo que ya tenía muy claro en la época de la Revolución Francesa uno de los más gloriosos predecesores de Marx y Engels, el revolucionario Gracchus Babeuf, dirigente de la "conspiración de los iguales", un hombre que, condenado por un tribunal de la burguesía durante el Directorio, pagó con su vida en el patíbulo el intento de llevar a la práctica esta concepción. En aquella época, la distribución justa de lo existente habría implicado una porción bastante escasa para cada uno. Es posible que al cabo de casi 200 años de crecimiento económico, los años, precisamente, que tenemos a nuestras espaldas, las porciones resulten algo mayores. ¿Por qué no decidirse, pues, a intentarlo?

*DUVE:* ¿A dónde quiere ir a parar, en definitiva, el artículo de Reinhold del ND?

*HARICH:* Reinhold analiza la crisis por la que actualmente atraviesa el sistema capitalista y valora las propuestas del Club de Roma como un reflejo ideológico de esta crisis. Reinhold condena al capitalismo porque no está en condiciones de permitir un crecimiento económico continuado y libre de crisis, que solo el socialismo puede garantizar. La palabra "comunismo" no aparece en el artículo, como por lo

general ocurre en las aportaciones al tema, en las que solo el socialismo es opuesto como alternativa al capitalismo. El valor positivo del crecimiento económico queda, por tanto, fuera de cualquier discusión posible. El Club de Roma, que problematiza este valor, es concebido como el enemigo ideológico principal. McNamara, Hermann Kahn, la Confederación de la Industria alemana, órganos empresariales como la *Wirtschaftswoche* y *Unternehmung* son aliados contra este enemigo. Sólo que aliados malos, incapaces, porque como evidencia la situación actual en Occidente, el orden capitalista por ellos gobernado, la "economía libre de mercado", no promueve ilimitadamente el crecimiento económico, sino que le pone trabas, sigue perturbándolo, rechazándolo. Pero ¿qué es lo que nos proponemos en realidad? A primera vista, la factura de tales pronunciamientos parece auténticamente marxista. ¿O es que acaso cabe encontrar en el *Manifiesto Comunista*, en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, en *El Capital* algo relacionado con el crecimiento cero? ¿Figura algo de ese tipo en la *Crítica del programa de Gotha*, que define la naturaleza del comunismo?

¿Acaso no encontramos, por el contrario, en todos estos escritos la idea, precisamente, de que las relaciones capitalistas de producción resultan en exceso restrictivas del posible desarrollo ulterior progresivo de las fuerzas productivas, ese desarrollo para el que en una época anterior fueron adecuadas; la idea, en fin, de que estas relaciones oprimen con sus cadenas, unas cadenas que solo puede hacer saltar la revolución socialista proletaria; y que como resultado de esta revolución, después de la socialización de los medios de producción, todas "las fuentes de las que mana la riqueza colectiva fluirán más plenamente" de lo que antes, bajo el capitalismo, pudieron fluir las de la riqueza privada?

**DUVE:** ¿Acaso no celebró Marx con entusiasmo, precisamente en el *Manifiesto*, a la burguesía por su mérito histórico-universal de haber hecho avanzar la producción a un ritmo tremendo y en dimensiones incomparablemente superiores a las conocidas en cualquier otra época?

**HARICH:** Sin duda. Pero la teoría de Marx entraña también

aspectos completamente diferentes, a los que hoy, según creo, hay que conferir un peso específico mayor. Porque el mismo Marx dice en *La ideología alemana*, que por obra del capitalismo las fuerzas productivas vendrían a convertirse en fuerzas destructivas. Y no otra cosa es lo que estamos viendo hoy. La civilización industrial marcada por el capitalismo es destructiva en grado superlativo. Son destructivas, como ha hecho ver particularmente Barry Commoner, sus tecnologías. Son destructivos asimismo muchos de los hábitos de consumo a los que nos hemos acostumbrado bajo la influencia de producción capitalista orientada a la obtención del beneficio. Marx parece haberlo sentido, aunque solo en cuanto a su tendencia general, no en detalle. Ya me he referido antes al grado de penetración con que ocasionalmente prevenía Marx, a mediados de un siglo tan idílico, comparativamente, como el XIX, contra la tentación de no tomar en consideración la base natural de la sociedad. Aduciré ahora simplemente dos citas, particularmente oportunas, del tomo I del *Capital*: "Con el crecimiento incesante del predominio de la población urbana, aglutinada en grandes centros, la producción capitalista acumula, de una parte, la fuerza histórica motriz de la sociedad, mientras que, de otra, perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra, esto es, el retorno a la tierra de los elementos de ésta consumidos por el hombre en forma de alimento y vestido, que constituye la condición natural eterna sobre la que descansa la fecundidad permanente del suelo. Con ello destruye tanto la salud física de los obreros urbanos, como la vida espiritual de los trabajadores del campo. A la vez, sin embargo, que destruye las bases primitivas y naturales de aquel metabolismo, obliga a restaurarlo sistemáticamente como ley reguladora de la producción social y bajo una forma adecuada al pleno desarrollo del hombre." Y también: "Todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino también en el de esquilmar la tierra, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad en un período concreto de tiempo, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad. Este proceso de aniquilación

es tanto más rápido cuanto más se apoya un país, como ocurre por ejemplo, con los Estados Unidos de América, sobre la gran industria, como base de su desarrollo. La producción capitalista sólo es capaz, por tanto, de desarrollar el mecanismo del proceso social de producción socavando, al mismo tiempo, las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre." Si coteja usted estos pasajes con la cita señalada por Feodorov respecto de las manifestaciones de Marx a propósito del libro de Fraas, sobre su "tendencia inconscientemente socialista", llegará a la conclusión de que Marx veía en la protección de la naturaleza, en la decisión de fomentar un desarrollo planificadamente controlado de la civilización respetuoso de las exigencias de aquélla, una tarea central del socialismo. A lo que hay que unir, por último, el dato no menos evidente —y, sin duda, particularmente importante— de que, a diferencia de sus predecesores burgueses Smith y Ricardo, Marx ya no consideraba el aumento de la producción como un fin en sí mismo. ¿Cómo iba, pues, a juzgar de modo positivo la determinación característica de la producción en el capitalismo: su condición de fuente del beneficio, de medio para la valorización de los capitales acumulados con el objetivo de obtener nuevos y mayores beneficios? Todo lo contrario: el socialismo en el que Marx pensaba rompe, precisamente, con esto, al no admitir otro objetivo de la producción que la satisfacción de las necesidades humanas. A la luz de todo lo dicho se nos plantea, obviamente, la cuestión de si en el estado actual del desarrollo de las fuerzas productivas no sería posible hacer compatibles de una vez para siempre la satisfacción de las necesidades humanas con la protección y la conservación de la biosfera —en el sentido de Marx— mediante el recurso al crecimiento cero à la Forrester y Meadows —o al "crecimiento orgánico" à la Mesarović y Pestel, que por lo menos en las regiones industrializadas del globo coincidiría con el crecimiento cero—.

En condiciones capitalistas no va a ser posible conseguirlo. En eso tienen razón Rehtziegler y Reinhold. Pero ¿por qué no cifrar en ello precisamente un importante motivo para derribar y expropiar a la burguesía en todos los lugares don-

de aún domina y para suprimir el capitalismo y realizar, directamente en Occidente —y en el Este todavía más directamente, a partir del socialismo ya existente—, el comunismo? El comunismo permite el crecimiento cero o el crecimiento orgánico sin más. En él, como Reinhold dice, "el ritmo del crecimiento de la economía puede determinarse libremente, es decir, consciente y planificadamente", o sea, puede situarse al nivel deseado así como al que exijan los criterios ecológicos.

*DUVE:* ¿No así en el socialismo?

*HARICH:* En el socialismo también. Solo que, claro es, una sociedad socialista, decidida a llevar a cabo y a introducir de cara a este objetivo, y excluyendo las relaciones mercantiles y el dinero, así como el principio del rendimiento, *un sistema global de reparto racionado*, capaz de adecuar la satisfacción de las necesidades humanas a las exigencias de la conservación de la biosfera, sería ya comunista.

*DUVE:* Y en una sociedad de esta naturaleza, tal como prescribe la Crítica del programa de Gotha ¿fluirían "más plenamente todas las fuentes originarias de la riqueza colectiva"?

*HARICH:* ¿Más plenamente que qué? ¿Qué las fuentes originarias de la riqueza de 1875? Hay que suponer que sí. Ahora bien: ¿hasta qué punto "más plenamente" si pensamos en las fuentes de la riqueza en 1975? El paso al comunismo ofrece la clave para la solución de todos los problemas de la crisis ecológica. También en Occidente, donde el desarrollo de la producción industrial ha alcanzado un nivel tal como para que los países hoy aún capitalistas puedan saltarse, mediante la revolución proletaria, la fase socialista. Diría que Feodorov parece incluso aludir a una posibilidad de este tipo con esa comparación que establece entre el Club de Roma y los utopistas anteriores a Marx. Porque ocho páginas antes de Feodorov cita la siguiente frase del estudio del MIT: "El estado de equilibrio global puede ser proyectado de un modo tal que las principales necesidades materiales de cada hombre sean satisfechas en la Tierra teniendo cada hombre las mismas posibilidades de desarrollar sus capacidades indi-

viduales." A lo que añade el siguiente comentario: "No se si estos honorables científicos son conscientes de que Karl Marx utilizó casi las mismas palabras para caracterizar brevemente la sociedad comunista". Inmediatamente después cita, en efecto, el conocido párrafo acerca de la "fase superior de la sociedad comunista" de la *Crítica del programa de Gotha*.

**DUVE:** ¿Relaciona Feodorov también con esto la exigencia del crecimiento cero combinada con la idea de una distribución por medio del racionamiento?

**HARICH:** No, a tal inferencia no llega. La idea se me ocurrió a mí, y concretamente a finales de 1973, cuando, para un periodo breve de tiempo, se solicitó en la República Federal el racionamiento de la gasolina. En aquella ocasión fue como si, de repente, se me abrieran los ojos y me pregunté: ¿por qué no racionarlo ahora ya *todo*? Y hacerlo así ¿por qué no sobre una base socialista? Y de hacerlo sobre una base socialista ¿no sería eso ya el comunismo? Y ¿no sería, en virtud de la distribución *rationada*, precisamente el comunismo de Babeuf, al que el movimiento obrero no tendría más remedio que regresar, solo que un nivel superior, de acuerdo con un movimiento dialéctico de espiral —"negación de la negación"— después de haber manado con plenitud, durante casi 200 años, las "fuentes originarias" de la riqueza capitalista? Posteriormente leí el libro de Feodorov y ese pasaje suyo que acabo de mencionar vino a completar mis reflexiones. El propio Feodorov, en efecto, compara, como se ha dicho, el Club de Roma con los socialistas utópicos. Es decir, para él Peccei, Forrester, Meadows, etc. son los Saint-Simón de nuestra época. ¿Y ¿en qué está pensando cuando les aconseja que reflexionen acerca de quién podría luchar en Occidente en pro de la realización de sus humanas ideas? ¿Quién podría hacerlo? ¿Sólo el movimiento obrero aliado con todos los elementos de la sociedad que se encuentran mortalmente amenazados por la crisis ecológica! Los camaradas Reinhold, Forster, Grosse, Gärtner, Rechtziegler, sin embargo, se oponen y les gritan con ahínco a los trabajadores: "¡Por amor de Dios, no os vayáis con reaccionarios y oscurantistas co-

mo Peccei, Forrester, Meadows, Mesarović y Pestel, que os quieren precipitar en la miseria! ¡Escuchad más bien a McNamara, antiguo ministro americano de defensa, verdugo del pueblo vietnamita, actual presidente del Banco Mundial quien, como nosotros, os dice (textual): 'Necesitamos el crecimiento económico para poder rendir nuestra aportación en la lucha contra la miseria'! ¡Escuchad a Hans Martin Schleyer, presidente de la Confederación Empresarial de Alemania Occidental, que repite lo mismo y sabe, sin duda, lo que se hace porque siempre ha estado contribuyendo a la "lucha contra la miseria", sobre todo como SS-Scherge Heydrich en la Praga ocupada por los nazis! ¡Escuchad a Herman Kahn, el archireaccionario futurólogo mayor de los señores de los monopolios y de los militaristas americanos, un hombre que cuenta, con toda la tranquilidad del mundo, en su imagen del futuro, con batallas atómicas gigantescas entre las superpotencias con centenares de millones de muertos! ¡Escuchadle cuando os aclara (textualmente) que: «A la clase obrera le va bien con el crecimiento económico» y cuando ante la contrapregunta: «También cuando el crecimiento conduce al desastre?» replica cínicamente: «La clase obrera es la última en padecerlo. Lo primero que trae el crecimiento y, que a la gente no le gusta, es la concentración de la población, demasiados coches, urbanización. La clase obrera, sin embargo, disfruta con eso!»"

**DUVE:** Sí, esta es la teoría de Kahn: las preocupaciones por la destrucción del medio ambiente, por el derroche de las materias primas, por las catástrofes del hambre en el Tercer Mundo y "otras pamplinas que circulan por ahí" sólo han cuajado en la capa superior de la clase media. La clase obrera ha permanecido al margen. Para ella, lo único que importa es vivir materialmente mejor.

**HARICH:** Pero eso no es verdad. Se puede demostrar que es una pura mentira, aun cuando venga demagógicamente recubierta de una loa infinita a la clase obrera. Mansholt ha podido informar de lo siguiente: "Hace poco tuve un encuentro en Holanda con un grupo de obreros jóvenes y les pregunté si estarían conformes en compartir una parte ma-

yor de nuestro bienestar con los países subdesarrollados. Contestaron que estaban completamente dispuestos al reparo con los pobres del Tercer Mundo, pero que se negaban a que tal cosa ocurriera en las condiciones actuales y bajo el sistema capitalista occidental." Imagínese usted ahora que hubiera habido allí un ecólogo y que éste hubiera explicado, de una manera sencilla, las devastadoras consecuencias del crecimiento económico desbocado sobre el tejido ecológico de la biosfera. Estoy seguro de que estos jóvenes obreros, a la vista de su propio futuro, y, más aún, del de sus hijos, se habrían declarado dispuestos a arrastrar cualquier sacrificio material a condición de que simultáneamente fuese eliminado el sistema capitalista, de que desaparecieran los ricos de la faz de la Tierra. Esta condición indispensable hay que mencionarla, naturalmente, *siempre*, porque de ella no se habla para nada en el estudio del MIT. Pero para eso estamos los comunistas, para aportar en *el punto* preciso las adiciones necesarias. Pero permítame aún otro ejemplo a este respecto, que habla en contra de las suposiciones de Kahn acerca de la actitud de la clase *obrera*. Lo tomo de Guy Biolat. Según informa, el *Humanité-Dimanche* llevó a cabo a comienzos de 1972, una encuesta entre una muestra representativa de 1.714 personas en la que se preguntaba por las consecuencias —si favorables o negativas— del progreso técnico-industrial, con su contaminación del medio ambiente. El 48 % de los encuestados contestaron, según Biolat, que aportaba "más bien desventajas". Solo el 23 % contestó que "más bien ventajas". Pues bien: en el primer grupo, el porcentaje de obreros era predominante, en el segundo, en cambio, lo era el de "cuadros superiores y profesionales liberales".

*DUVE:* Supongo que Biolat vería en ello un buen motivo para abordar la cuestión de un modo distinto al de los comunistas alemanes, con ese énfasis suyo, según sus citas, en el crecimiento a ultranza.

*HARICH:* Así tendría que ser. Pero, desgraciadamente, de eso no se habla. Su libro es un conglomerado de contradicciones absurdas. Al lector le aporta más confusión que claridad. Por una parte, Biolat no puede resistirse a hacer el elogio de la

ecología. Por otra, sin embargo, dice de los pesticidas que son unos "productos indispensables" —sin haberse enterado, al parecer, de la posibilidad existente de combatir biológicamente las plagas— y llega incluso a entusiasmarse con la construcción del "Concorde". Escuche usted, por el contrario, lo que Medunin vino a decir en el simposio de Moscú sobre "Hombre y medio ambiente" sobre los aviones a reacción y los pesticidas. "Como es sabido, casi la totalidad del oxígeno libre de la atmósfera es de origen biogénico. Aproximadamente un 30 % lo liberan las plantas verdes de tierra firme y el 70 % restante, las algas de los océanos. Si se considera el hecho de que hasta el momento han sido destruidos ya dos tercios del conjunto de los bosques de la Tierra y que la tala merma sustancialmente las nuevas plantaciones, se comprenderán los llamamientos de los ecólogos a mantener limpio el océano y a ampliar las superficies verdes del planeta. La población mundial necesita cada vez más oxígeno, no tanto para respirar como para el rápido desarrollo de la industria y el tráfico. Un vehículo pesado, por ejemplo, consume, en un trayecto de 1.000 kilómetros tanto oxígeno como el que necesita un hombre para respirar durante todo un año. Un avión a reacción precisa para un vuelo transatlántico de 30 a 50 toneladas de oxígeno puro. Una parte considerable de este oxígeno, de todos modos, se combina con el carbono del carburante y da anhídrido carbónico que vuelve a ser reconvertido por las plantas verdes del océano y de la tierra firme. Ahora bien, en el último cuarto de siglo han empezado a actuar en la biosfera dos nuevos factores que reducen poderosamente la eficacia de la fotosíntesis. Uno de ellos es el petróleo y los productos petrolíferos. El otro, los pesticidas, sobre todo el DDT." No quiero citar más detalles. Medunin viene a señalar, en una palabra, que la humanidad se encuentra amenazada de muerte lenta por asfixia por la combinación del consumo de oxígeno por los aviones a reacción y los pesticidas lanzados al mar, que reducen en él la productividad del fitoplancton. Son éstos y otros hechos los que permiten a Medunin llegar a la conclusión de que: "Por primera vez en la historia se ha llegado a una situación que pone en peligro

la subsistencia del *homo sapiens* como especie biológica.”  
**DUVE:** Sin embargo, aviones a reacción no faltan en la Unión Soviética.

**HARICH:** Justo. Pero precisamente por eso es mayor le reconocimiento que se merece un estudioso soviético que de manera pública se manifiesta advirtiendo los peligros que esto comporta. Biolat, sin embargo, defiende en el Occidente capitalista el proyecto “Concorde” de los imperialistas ingleses y franceses, aunque sabe, por el “Humanité-Dimanche”, que los trabajadores franceses, a diferencia de los “cuadros superiores y de los profesionales liberales”, es decir, de los burgueses, están mayoritariamente convencidos de que este género de “logros” técnico-industriales traen más inconvenientes que ventajas. Con la misma irresponsabilidad se distancia este ecólogo famoso de las “campañas demagógicas contra las centrales nucleares.”

**DUVE:** Igual que el DKP en la República Federal. Solo en la medida en que le son favorables, apoya las iniciativas cívicas. En el fondo el DKP parece estar convencido de que han de construirse reactores atómicos en gran escala para solucionar nuestros problemas energéticos.

**HARICH:** En este sentido argumenta también Gärtner: “A menudo no se piden soluciones técnica y localmente óptimas, se rechaza —simplemente— la construcción de tales centrales. Quiénes así actúan deberían, en el fondo, manifestarse de acuerdo, junto con la limitación de la producción de energía, con el consiguiente empeoramiento del nivel de vida, e incluso con el desempleo. Sobre la base de una desconfianza generalizada, la lucha contra los monopolios se convierte en la lucha contra el propio futuro.” La verdad es que lo único dudoso es cuánto va a durar este futuro en países de alta densidad de población con numerosas centrales nucleares y dónde se dan tales localizaciones “óptimas”. Las centrales nucleares calientan la atmósfera, lo que tiene funestas consecuencias para el clima. Y el plutonio 239, con su vida media de más de 24.000 años es, prescindiendo de su radioactividad, tan nocivo, que la aspiración de diez millonésimas de gramo provoca un cáncer de pulmón mortal. Distribuyendo equilibradamente su contenido, una

esfera de plutonio del tamaño de un pomelo bastaría para matar a todos los hombres que hoy viven sobre la Tierra. Contra una sustancia de esta naturaleza no hay suficientes medidas de protección en un mundo en el que se producen catástrofes naturales como, verbigracia, terremotos o en el que también pueden darse conflictos entre Estados o, expresándolo muy cautamente, en el interior de los Estados. El fallo imprevisible de un individuo, por no hablar de ataques terroristas, podría costar de un golpe la vida a millones de hombres: Biolat y Gärtner deberían reflexionar sobre lo que ha dicho Linus Pauling, el gran químico americano, amigo de la Unión Soviética, destacado exponente de la lucha por el mantenimiento de la paz mundial, distinguido con el Premio Nobel de Química, el Premio Nobel de la Paz y el Premio Lenin Internacional de la Paz, sobre este problema: “Estos reactores” son palabras suyas, “no permiten afirmar que una catástrofe sea poco probable. Se han dado ya suficientes averías como para demostrar que en los reactores es posible que se produzcan accidentes. Yo creo, personalmente, que no deberían construirse reactores atómicos basados en la fisión nuclear, pues una vez construidos —con una inversión de cientos de millones de dólares por cada uno— es casi seguro que serán utilizados... Es cosa posible llevarse de una fábrica que produzca isótopos radioactivos una determinada cantidad de material radioactivo sin que la merma sea descubierta. Este material radioactivo podría caer en manos de gente sin escrúpulos o incluso en manos del caudillo de cualquier pequeña nación. O incluso en manos de una persona privada o de una organización privada que podrían utilizarlo en perjuicio de la humanidad... Yo creo que no es necesario, para el bienestar de la humanidad, para la felicidad de las personas, disponer de cantidades de energía cada vez mayores, creo que no podemos consentir que simples decisiones económicas alteren día a día la naturaleza de la vida que hemos de vivir en el futuro... Estoy en contra de la construcción de cualquier posible “central nuclear.” ¿Qué comunista, me pregunto, puede dejar sencillamente que el viento se lleve las advertencias de un hombre así? Pero esto es precisamente lo que hacen Biolat y Gärtner cuando acu-

san de demagógicas a las iniciativas cívicas que emplean, con toda razón, los mismos argumentos.

*DUVE:* ¿Se discutió en el simposio de Moscú acerca de la utilización pacífica de la energía nuclear?

*HARICH:* Desgraciadamente, sólo de modo marginal y por parte de G.I. Zaregorodzev, titular, en la Academia de Ciencias Médicas de la URSS, de la cátedra de filosofía. Este orador se refirió a la difusión de nuevas enfermedades —genéticas, toxicológicas, alérgicas y endocrinas— que se atribuyen a la introducción de nuevas sustancias y nuevas fuentes de energía y aludió, también en este contexto a, entre otras cosas, los peligros que conlleva el aumento de la radioactividad. Indirectamente Rytschkov, con su detallada advertencia frente a los temibles daños que pueden generarse en la herencia humana, lanzó un grito de guerra contra todo género de utilización de la energía nuclear.

*DUVE:* ¿Cree usted que sería coherente con las convicciones de estos dos científicos soviéticos apoyar el llamamiento de Linus Pauling?

*HARICH:* Sin duda alguna. La lógica de sus argumentos no consiente otra conclusión.

*DUVE:* De acuerdo con sus informaciones ya no se puede hablar, por lo que hace a los problemas de la crisis ecológica y, relacionado con esto, a la actitud ante el Club de Roma, de una unidad monolítica en los comunistas.

*HARICH:* Las diferencias de opinión son extremadamente abruptas, pero se mueven, en la medida en que se articulan, dentro de los límites que señala la línea general del partido, en particular el soviético. En el informe del Comité Central presentado al XXIV Congreso del PCUS (1971), Breznev manifestó: "En la ejecución de las medidas tendentes a la aceleración del progreso científico-técnico tenemos que hacer todo lo posible por unirlo con la protección de la naturaleza; el progreso científico-técnico no puede ser el punto de arranque para una peligrosa contaminación del aire y del agua, de los campos." Ahora bien, la ecología es *también* una ciencia y la técnica *puede* básicamente avanzar en un sentido favorable al medio ambiente. El llamamiento en favor del proceso científico-técnico, no tiene, *en sí mismo*, y

sobre todo cuando viene acompañado de una defensa tan enérgica de la protección de la naturaleza, por qué implicar conformidad con el crecimiento económico. El plan económico acordado en el mismo congreso sigue estando, sin embargo, orientado al crecimiento, de tal manera que al ciudadano soviético, y en concreto si pertenece al partido, le resulta importante asentir directamente al crecimiento cero preconizado por Forrester y Meadows. Por lo menos de momento, aquí y ahora. Claro que, por otra parte, también es cierto que a la vista de las tajantes manifestaciones de Breznev, los fetichistas del crecimiento no pueden atreverse ya a defender que el desarrollo económico deba verificarse sin consideraciones con respecto al medio ambiente.

*DUVE:* ¿Qué tendencias, grupos y corrientes de opinión han ido formándose en este marco y cómo operan?

*HARICH:* El grupo más consciente de los problemas ecológicos —yo le llamaría el de los ecologistas consecuentes— advierte seriamente, apoyándose en un amplísimo material integrado por datos científicos-naturales, de los peligros existentes y extrae, al mismo tiempo, del legado de los clásicos marxistas todos los testimonios que es posible deducir en favor de la idea de que si éstos vivieran hoy, se mostrarían favorables a la adecuación de la producción y el consumo a las necesidades de la conservación de la biosfera. Ahora bien, en lo relativo al crecimiento económico, que de acuerdo con la lógica de su argumentación debería frenarse, este grupo calla. Sí; sus exponentes más destacados no suelen decir que Forrester, Meadows, etc., a quienes alaban y sobre cuyos hallazgos se apoyan, han propuesto el crecimiento cero. O si lo mencionan, dicen que se trata de un punto debatido sobre el que todavía es necesario reflexionar, etc. En casos extremos se formulan postulados muy generales de naturaleza casi de filosofía de la historia que, si se traducen a categorías propias de la ciencia económica, efectivamente apuntan a la defensa del crecimiento cero, pero eso no está al alcance de todo el mundo.

*DUVE:* ¿Puede mencionar usted un ejemplo a este respecto?

*HARICH:* En el simposio de Moscú sobre "Hombre y medio ambiente" Rytschkov dijo: "Deberíamos pasar por fin de la

concepción todavía dominante acerca del desarrollo de la humanidad como proceso de progresiva «subordinación», «modelación» y «mejora» de la naturaleza, de creación de una «biotecnosfera» etc., es decir, del tipo extensivo de desarrollo de la vida, al análisis filosófico, psicológico, ético-estético y científico-natural de la posibilidad de un estado estacionario de la humanidad en el sistema de la naturaleza. La realización de esta posibilidad significaría el paso a un tipo de desarrollo intensivo de la forma humana de vida, tal como puede observarse tras una fase de expansión en todas las nuevas formas de vida." Estado estacionario de la humanidad en el sistema de la naturaleza: esta idea incluye evidentemente un rechazo de falso ideal del crecimiento económico indefinido. Observemos de pasada que con el "tipo de desarrollo intensivo" que debería seguir a la "fase de expansión" hasta ahora en vigor, Rytschkov, en realidad, está anticipando la concreción del programa abstracto y sumario de Forrester, Meadows, etc. por el postulado de Mesarović-Pestel de un "crecimiento orgánico". Que Rytschkov se halla espiritualmente muy cerca del Club de Roma es cosa que queda clara con esta afirmación: "La cuestión acerca de la determinación de los límites y normas óptimas que aseguran el equilibrio del hombre con los otros componentes del biosistema no puede hoy considerarse ya como injustificada o como expresión de pesimismo." La acusación de pesimismo es, como se sabe, la bandera que agrupa a los fetichistas del crecimiento, sea cual sea su campo, contra el Club de Roma.

*DUVE:* ¿No considera usted pesimista al Club de Roma?

*HARICH:* No, no y otra vez no. Quien diga de los estudios de Meadows o de Mesarović-Pestel, así como de las tomas de posición del Club respecto de ambos trabajos, que son pesimistas, que son profecías decadentes, o bien es un ignorante o bien un embaucador demagógico. En ambos estudios se proyectan conscientemente, con el auxilio de la técnica de los computadores, tendencias actuales del desarrollo mundial hacia el futuro, pero no para hacer creíble la ineluctabilidad de las catástrofes que se avecinan, sino para ayudar a eludir éstas, aportándose en cada caso propuestas

acerca de cómo podría evitarse el horror. Esto tiene tan poco que ver con el pesimismo como la advertencia de un médico a un fumador empedernido de que si continua fumando igual acabará a corto plazo muriendo de cáncer de pulmón o de infarto de miocardio. "Si continuáis igual, entonces...": esta es, sencillamente resumida, la idea de base de las prognosis hipotéticas del Club de Roma. "Seguid tranquilamente como hasta ahora" nos predicen los fetichistas del crecimiento cuando menosprecian y empequeñecen, con optimismo, los peligros que nos amenazan. Su desafiado optimismo se parece al de las firmas de tabacos que seducen a los adictos a la nicotina con publicidad que asegura que sus productos, aun cuando no mejoran la salud, tampoco son perjudiciales. Combatir al Club de Roma desde posiciones aparentemente optimistas quiere decir contribuir a acelerar y agravar las catástrofes que aquel intenta detener. Nada más lejos del movimiento obrero que un optimismo de esta naturaleza. Una y otra vez el movimiento obrero ha prevenido al proletariado y a todo el pueblo trabajador frente a peligros que otros partidos no querían tomar en consideración: frente a peligros de guerra y de crisis, frente a peligros fascistas. Con ello el movimiento obrero quería alertar a las masas y si lo que se temía acababa por no producirse —cosa que, desgraciadamente, ha sido bastante rara—, no era por haber visto las cosas un excesivo pesimismo, sino porque sus advertencias fueron escuchadas.

*DUVE:* Veamos ahora la fracción contraria, los "fetichistas del crecimiento". ¿Cómo procede este grupo?

*HARICH:* En la medida en que se puede juzgar por el protocolo, en el simposio de Moscú, este grupo solo estaba representado —si lo estaba— muy débilmente, pero, por lo demás, tiene aún una gran fuerza en el movimiento comunista. Esta gente no calla en lo tocante a las propuestas económicas de Meadows, Forrester, etc. Por el contrario, toman pie en este punto particularmente delicado, el relativo al crecimiento cero, y lo utilizan para denunciar sumariamente al Club de Roma como pesimista, reaccionario, enemigo del hombre, etc. A su apasionada defensa del crecimiento económico le añaden luego, por lo general, un par de mule-

tillas superficiales y vacuas acerca de lo indiscutiblemente importante y útil que es la protección de la naturaleza, planteando la mayor parte de las veces las cosas tal y como si la industria capitalista fuese la única que destruye la naturaleza, naturaleza que, a partir de la revolución de octubre habría venido siendo modélicamente protegida, por el contrario, en todos los países socialistas. Bajo la cobertura de la más profunda convicción acerca de las ventajas del sistema socialista, lo que realmente viene a hacerse es dejar las cosas como están, es decir, tomar hoy, como ayer, la problemática ecológica entera a la ligera. Pero como esto vendría a chocar también con la línea del partido, con el acertado pasaje del informe de Breznev, como vendría a cuestionar además la nueva ley "Sobre el reforzamiento de la protección de la naturaleza en la URSS", de septiembre de 1972, así como leyes análogas en el resto de países socialistas, entre las que figura la ley de cultivos de la RDA, no se dice abiertamente que se espera un futuro mejor única y exclusivamente del crecimiento económico. En la medida en que los fetichistas del crecimiento se muestran dispuestos a admitir que en las advertencias del Club de Roma "hay algo de verdad", lo hacen exclusivamente en relación con los fenómenos de crisis que aparecen en la parte capitalista del mundo, fenómenos que habrían sido percibidos por Forrester, Meadows, etc., pero inadmisiblemente elevados por ellos a la categoría de crisis general de la relación entre el hombre y la naturaleza.

*DUVE:* ¿Dónde se sitúa Feodorov?

*HARICH:* Está entre ambos extremos. Su libro es un intento de especificación y concretización de los planteamientos de Breznev. Feodorov refiere con objetividad, lleno de respeto, mostrándose sustancialmente de acuerdo, lo que Forrester y Meadows, pero también otros estudiosos occidentales, y concretamente Barry Commoner, han expuesto en relación con los problemas ecológicos, completándolo con hallazgos del mismo tenor o similares de científicos soviéticos, entre ellos los suyos, sin silenciar en modo alguno que el estudio del MIT postula el crecimiento cero, crecimiento respecto del cual su actitud es de rechazo, pero muy receptiva, sin

aparentar una irritación artificial y sin difamar a nadie. Con todo esto, la posición de Feodorov no queda exenta de las contradicciones y de los eclecticismos de la diplomacia orientada a la conciliación, pero esta desventaja viene a ser compensada por el cuidado que pone en esforzarse, también en la controversia con los adversarios, en seguir siendo objetivo y en conservar la disposición a aprender de ellos.

*DUVE:* ¿En base a qué rechaza Feodorov el crecimiento cero?

*HARICH:* El peligro, dice él, no está en el crecimiento económico en sí —esto sería una exageración unilateral— sino en una relación mal organizada entre la técnica y la naturaleza, que el socialismo estaría en condiciones de organizar mejor.

*DUVE:* "Estaría en condiciones",... O sea no que ya lo haya hecho así.

*HARICH:* No; "estaría en condiciones". Los logros ya conseguidos por la legislación soviética en el campo de la protección de la naturaleza son altamente valorados por Feodorov, pero los considera aún sumamente insuficientes. Pone el énfasis en la capacidad básica del sistema soviético para abordar favorablemente este problema, lo que le diferencia sobremanera de los fetichistas del crecimiento, que quieren hacer creer que el socialismo establece automáticamente una relación armónica entre el hombre y la naturaleza.

*DUVE:* ¿Qué otros científicos soviéticos comparten la posición intermedia de Feodorov?

*HARICH:* Entre los oradores del simposio de Moscú fue compartida por la mayoría: por Gerassimov, Chilmi, Ignatiev, Dskatsch, Kormer, Kravtschenko, Sadov, Kamschilov, Oidak, Darbanov, Tschikin, Medvedkov, Gussev, Zaregorodzev, Stepanski, Chosin, Gorelov, Panfilov y Los. Según las distintas especializaciones que cada uno de estos estudiosos representaba aparecían una u otras matizaciones. Pero su consideración nos llevaría demasiado lejos. La frontera con el grupo de los ecologistas consecuentes es, de todos modos, fluída. Del limnólogo Kamschilov, por ejemplo, yo diría que se encuentra entre éstos y el grupo intermedio.

*DUVE:* ¿El grupo intermedio rechaza categóricamente el cre-

cimiento cero?

*HARICH:* En el simposio ningún orador se refirió a este tema. Excepto Feodorov, quien por lo demás lo trata también en su libro. Ignoro lo que pensarán los demás exponentes del grupo intermedio.

*DUVE:* El fetichismo del crecimiento, ha dicho usted, no tuvo sino una presencia muy débil. ¿Qué oradores parecieron tender más decididamente a él?

*HARICH:* A mí me produjo una impresión desagradable la ponencia bióloga, próxima casi a lo inhumano, de Geodakians, que rechazó el peligro de sobrepoblación aduciendo que se solventaría por sí mismo en base a los mecanismos de regeneración actuantes según las leyes de la naturaleza orgánica. Si esta aberración —aislada en el conjunto de las intervenciones— es expresión de una concepción marcada por el fetichismo del crecimiento, es algo que no puedo asegurar, puesto que el orador no tocó ni de lejos problemas relacionados con la técnica y la economía. Claro que bien podría ser así. Lo supongo —y con un alto grado de probabilidad de que sea efectivamente así— solo en el caso del geógrafo L.S. Abramov. Quiero decir, le supongo fetichista del crecimiento. Fue el único que defendió la tesis de que “las advertencias acerca de un empeoramiento catastrófico del medio natural del agotamiento de los recursos y de la escasez de espacio” pertenecen a la “ideología enemiga” y son típicas de las “chapuzas antisocialistas, antisoviéticas”. Con esta única excepción, tales tonos no se oyeron allí.

*DUVE:* Estas corrientes surgidas en relación con la crisis ecológica ¿tienen algún contacto o coinciden de alguna manera con los disidentes del tipo del profesor Sajarov, largamente conocido por nosotros, aquí en Occidente?

*HARICH:* No tengo ni la más mínima idea de cuál sea la actitud de Sajarov en relación con el problema del hombre y el medio ambiente. Como científico natural debería estar de acuerdo con los argumentos de los ecologistas consecuentes o, al menos, coincidir con la “línea intermedia” de Feodorov. Pero no olvide usted una cosa: Sajarov es un tipo de tecnócrata con una fuerte simpatía, no disimulada, por Occidente. Siempre, desde su famoso primer memorán-

dum, ha justificado sus propuestas de liberalización en base a la necesidad de que la Unión Soviética dejara de estar, en lo relativo a la productividad del trabajo y al progreso científico-técnico, por detrás de Occidente, en base sobre todo, a la necesidad de conservar para siempre su superioridad sobre China. Si se toma en consideración esta tendencia básica de su oposición política, resulta plausible concebir a Sajarov más bien como un fetichista del crecimiento extremo. Si entretanto Sajarov se ha enfrentado espiritualmente de manera adecuada a todo lo que supone la crisis ecológica —cosa de la que no hay indicios—, estaríamos ante un momento completamente nuevo de su evolución que no se situaría en la línea de sus concepciones políticas. Con lo que de ninguna manera quiero afirmar que el grupo de los fetichistas del crecimiento esté integrado por adeptos de Sajarov. Políticamente no es este el caso, con toda seguridad. Como mucho podría decirse que el fetichismo del crecimiento entraña una fuerte afinidad con los éxitos científico-técnicos de Occidente, conjugado con un deslumbramiento lleno de envidia por el nivel de vida occidental, a lo que especialmente Sajarov y sus simpatizantes añaden además sus preferencias por la democracia pluralista occidental.

*DUVE:* ¿No considera usted a los ecologistas consecuentes como miembros de la oposición?

*HARICH:* En un sentido político, en modo alguno. Porque son ellos, precisamente, quienes subrayan con el mayor énfasis la superioridad del sistema socialista soviético sobre el sistema occidental capitalista. A diferencia de los disidentes a la Sajarov, no se proponen modificar la estructura de poder existente. Lo que piden es que ésta, tal como está y tal como ha de seguir estando, se emplee en profundidad para dominar, haciendo el máximo esfuerzo, la crisis ecológica. Los ecologistas consecuentes están convencidos de que la Unión Soviética y la comunidad de estados que se agrupa en torno a ella disponen de todos los recursos para dar con soluciones modélicas —modélicas para el resto del mundo— a la crisis ecológica. Saludan con satisfacción todo lo que ya se ha hecho y todo lo que se está haciendo en esta dirección —como por ejemplo las medidas adoptadas para la

salvación del lago Baikal, que seguramente serán de una trascendencia única a escala internacional— y atacan sin descanso todo lo que aún se olvida, pero siempre con una estricta lealtad, siempre en un sentido constructivo, siempre cubiertos por las manifestaciones de Breznev en el XXIV Congreso e impregnados de la misión de su patria socialista, a saber; ir por delante de la humanidad con el buen ejemplo.

*DUVE:* ¿Cómo explica usted las enormes divergencias que pueden observarse entre los comunistas en cuanto a su actitud respecto de la crisis ecológica y en relación con el Club de Roma?

*HARICH:* Por empezar con lo psicológico, los fetichistas del crecimiento son por regla general hombres que carecen de elasticidad mental. Les resulta, por tanto, muy difícil abrirse a lo inesperado. Su pensamiento no sale de los caminos trillados. Quieren curar nuevas enfermedades con viejas recetas.

*DUVE:* En las variantes occidentales la cosa es igual.

*HARICH:* El inmovilismo, de todos modos, no lo explica todo. Mayor importancia tienen las consecuencias espiritualmente reductivas de la división del trabajo, de la especialización de actividades, intereses e inclinaciones que el contradictorio mundo capitalista condiciona. Este mal hereditario de la civilización capitalista, al que ya el clasicismo alemán oponía su ideal del personalidad "plena", solo desaparecerá por completo en el comunismo acabado. El socialismo y desde luego el movimiento obrero que lucha bajo condiciones capitalistas son todavía prisioneros —por utilizar una expresión de Jean Paul— de cierto "monolitismo", de cierta tendencia primigenia a la "unificación de fuerzas. La influencia que la filosofía dialéctico-materialista ejerce sobre los cuadros intelectuales puede hacer, hasta cierto punto, de contrapeso, pero sólo en casos aislados. El mal no puede superarse con medios puramente espirituales. Para ello se necesitarían otras condiciones sociales, unas condiciones precisamente comunistas que aún no existen en parte alguna.

*DUVE:* Con lo que de nuevo volveríamos al llamamiento de

Forrester en favor de un nuevo "hombre del Renacimiento" o, también, a la idea fuerza de Jungk del hombre de intereses generales, del "generalista".

*HARICH:* Exacto. Tampoco, en el movimiento comunista abundan hoy los "generalistas". Son más bien escasos. Por eso los comunistas reaccionan ante el Club de Roma de formas diferentes, opuestas, según que se sitúen, con sus postulados, de cara más bien a la naturaleza o a la sociedad. El sector de la intelligentsia proveniente de la ciencia natural, representado por hombres como Kapiza, Rytschkov, Budyko, está más predispuesto a prestar atención a las advertencias de los ecólogos, en tanto que los científicos sociales —los economistas, sociólogos, historiadores— tienden a no tomarse demasiado en serio sus gritos de Casandra. Por esto mismo hay que valorar tanto a un hombre como Menudin, quien siendo economista de profesión —trabaja en el Instituto de Economía del campo socialista— argumentó de manera genuinamente ecológica en el simposio de Moscú, mostrando un conocimiento admirable y detallado de cuestiones científico-naturales. En este caso, parece que estamos ante un "generalista". Igual puede decirse del hidrometeorólogo Feodorov y del limnólogo Kamschilov, quienes, a la inversa, siendo científicos naturales no carecen de sensibilidad en lo relativo a las realidades sociales, están familiarizados con la economía, la técnica y la política y conceptos como lucha de clases y similares no les son extraños. Pero se trata de excepciones. La redacción de *Voprossi filosofii*, por lo demás, parece haberse dado cuenta de esto. Pues la siguiente conferencia-mesa redonda que organizó estuvo dedicada, en 1973, a la cuestión de si los filósofos marxistas habían cumplido ya suficientemente su deber de cerrar la brecha existente entre el pensamiento científico-social y el pensamiento científico-natural.

*DUVE:* La formación científico-natural favorece, pues, la inclinación hacia el grupo de los ecologistas consecuentes y, por tanto, una actitud abierta ante el Club de Roma. Los científicos sociales puros, por el contrario, son más propensos al fetichismo del crecimiento.

*HARICH:* Tendencialmente eso es lo que ocurre. Las excep-

ciones, como Medunin, confirman la regla. Las excepciones que hay que valorar negativamente, como la del geógrafo Abramov, de orientación abiertamente fetichista del crecimiento, también la confirman.

*DUVE:* Según esto, la primera unilateralidad sería hoy el mal menor, en tanto que la segunda sería el mal mayor.

*HARICH:* Georg Lukács dijo en una ocasión que cada época tiene su propia ciencia rectora. Desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII esa ciencia fue la física, desplazada desde finales del XVIII hasta el siglo XX por la economía política. Hoy, y esto lo añadido yo, ese papel ha sido asumido por la biología. La proyección de una de sus subdisciplinas, la ecología, más allá de los límites de su campo material inicial hasta la más amplia inclusión de la problemática social aporta la prueba histórico-científica. Al nivel del pensamiento cotidiano, la prueba puede hallarse más fácilmente: un hombre sano no se preocupa mucho de su organismo. Se ocupa de las actividades manuales o espirituales propias de su oficio, que le absorben. Pero llega un día en que el obrero contrae silicosis y el intelectual presenta alteraciones circulatorias. Ambos descubren que tienen un cuerpo y lo llevan al médico para que lo cure de nuevo. Así ocurre en el presente con la civilización industrial. Durante demasiado tiempo, como toda la gente muy atareada, ha ignorado e incluso ha sobrecargado su propia base orgánica existencial. Ahora busca el médico adecuado: el ecólogo. Más aún: debería seleccionarlo. Y ¿quién ha de cuidar de que esto sea así? La política. Sí: en esta situación la orientación unilateralmente fijada en la naturaleza es el mal menor. Lo es en la medida en que con esta unilateralidad las enfermedades fundamentales que deterioran la sustancia vital de la humanidad no desaparecen tan fácilmente del campo de visión. Pero es, al mismo tiempo, el mayor, porque acostumbra a ir generalmente acompañada de la ignorancia y la ingenuidad políticas y el dominio de la crisis ecológica depende, en primer término, de la adopción de decisiones de carácter político respecto de las cuales tiene la palabra, ineludiblemente, el lobby de una unilateralidad económica, a no ser que la conciencia ecológica se muestre tan divorciada de la realidad como en

su momento Platón ante el tirano Dionisio de Siracusa o como recientemente el Profesor Grzimek ante el no-tirano Willy Brandt en Bonn. Solo el "generalista", que ocupa ambas unilateralidades a la vez que las penetra, sabiendo entenderlas e instrumentalizarlas, es quien realmente puede ser resultar útil.

*DUVE:* Parece como si en los comunistas la actitud respecto del Club de Roma fuera tanto más favorable cuanto más nos movemos hacia el Este y tanto más encontrada cuanto más nos movemos hacia el Oeste. ¿Puede deberse esto al hecho evidente de que en los países socialistas hay más científicos naturales miembros del partido que en los PC occidentales? O ¿acaso podría influir en ello la mayor operatividad, en el Este, del materialismo dialéctico, del que muchos marxistas occidentales no quieren saber nada.?

*HARICH:* Ambas cosas juegan, sin duda, un papel. Pero hay que añadir también una circunstancia muy esencial. Los comunistas del Este discuten acerca del hombre y el medio ambiente en un marco que es socialista. Para los del Oeste lo que está en juego es la burguesía y el medio ambiente, el proletariado y el medio ambiente, la lucha de clases y el medio ambiente. Se trata de una diferencia sustancial. Medunin cuestionaba en Moscú el valor de los aviones a reacción desde un punto de vista puro y exclusivamente ecológico. Pero Biolat no puede hacer lo mismo en París. Y ello porque tiene que pensar en los puestos de trabajo de decenas de miles de obreros y empleados franceses que perderían su sustento en el caso de que en el Palacio del Elíseo se tomara la decisión de no construir el "Concorde". La crisis ecológica se solapa, para él, con los conflictos sociales, se entrecruza con ellos, viene en una palabra, enmarcada en la crisis general del sistema capitalista.

*DUVE:* ¿No hay pérdida de puestos de trabajo en ese país de las maravillas que es la Unión Soviética?

*HARICH:* Hasta donde yo se, en la Unión Soviética hay escasez de fuerza de trabajo. Por lo demás, el sistema socialista podría reconvertir con mucha mayor amplitud la fuerza de trabajo y podría, además, hacerlo de modo más fácil que en el Oeste.

*DUVE:* Habría, de todos modos, que preguntarse qué empleos quedarían, para los que reconvertir a la gente, de llegarse eventualmente al crecimiento cero. Pero al margen de ello, ¿acaso Medunin tiene en Moscú alguna posibilidad, por pequeña que sea, de oponerse a los aviones a reacción?

*HARICH:* Hoy por hoy, seguro que no. La dirección soviética parece ver aún en estos medios de transporte, por su velocidad, una conquista. E incluso en el caso de que Medunin lograra convencerlos mediante el poder persuasivo de su argumento del oxígeno o haciendo referencia a los peligros de la erosión de la capa de aire, que amenaza con aumentar su permeabilidad a las radiaciones cósmicas, o incluso recurriendo a argumentos adicionales de carácter social del tipo de los aducidos por Ivan Illich contra los medios de locomoción excesivamente rápidos, serviría de poco. Y serviría de poco porque en el Buró Político le dirían muy presumiblemente, a Medunin: "Muy bien, querido camarada, nos damos cuenta de todo eso y a partir de ahora, nos va a preocupar seriamente. Pero por desgracia, por desgracia, nuestras Fuerzas Armadas no pueden prescindir de los aviones a reacción porque la OTAN también tiene."

*DUVE:* En Europa, de todos modos, hay muchos menos que en la Unión Soviética.

*HARICH:* Pero sigue habiendo una diferencia con Occidente. Medunin no chocaría ni con los intereses privados centrados en el beneficio ni con el antagonismo entre firmas entregadas a la competencia, y la preocupación por los puestos de trabajo no tendría por qué paralizarle. Esto es ya más que suficiente para fundamentar la afirmación de que los comunistas, que viven inmersos en las condiciones del campo socialista, tienen —comparativamente— muchas más posibilidades de discutir el problema del "hombre y el medio ambiente" desde un prisma puramente ecológico, sin verse obligados a entrar en conflicto con su conciencia social. Y aquí es donde veo que hay que situar el motivo de que el comunista soviético Medunin hable del Club de Roma con las manos más libres que su camarada francés Biolat.

*DUVE:* Pero también llegará un día, insisto, en que la Unión Soviética se vea con problemas de puestos de trabajo. Su

comprensión para con Biolat favorece la sospecha de que quiera usted, de algún modo, dejarles abierta a los fetichistas del crecimiento la puerta de atrás. ¿Está usted a favor del "Concorde" o no?

*HARICH:* Estoy en contra. Pero me esfuerzo en comprender por qué Biolat, aún teniendo formación ecológica, está a su favor. Y es esto lo que tengo que haber comprendido cuando me he dispuesto a contestar su pregunta inicial acerca de cómo explicar las crasas diferencias que aparecen entre los comunistas en cuanto a su actitud respecto del Club de Roma. Yo afirmo: la contraposición entre una orientación unilateral hacia la naturaleza y una orientación asimismo unilateral hacia la sociedad se solapa, se interpenetra en ellos con la proximidad o con la lejanía respecto de los datos específicos de la sociedad capitalista de Occidente. La camisa, decía antes, está más cercana al hombre que la chaqueta, la camisa que es la sociedad más cerca que la chaqueta que es la biosfera. Los comunistas de Europa Occidental, del Japón, etc., por seguir con el símil, llevan puesta además esa camiseta que son las "contradicciones del capitalismo", una camiseta más próxima a la piel que la camisa que se llama "sociedad en general". De ahí que cuando el Club de Roma abunda en las graves y profundamente justificadas preocupaciones que, desde su punto de vista, depara la perturbación de la relación entre la "sociedad en general" y la biosfera, una perturbación que puede llevarnos a estar en peligro de muerte, encuentra en los comunistas de la Unión Soviética una atención y una simpatía relativamente mayores, en tanto que los comunistas de la República Federal y de Francia inmediatamente recelan que bajo el ropaje de la preocupación ecológica se esconde la exigencia, favorable a la burguesía, de que la clase obrera de sus respectivos países diga sí y amén a la ascética de los salarios congelados mientras los precios se disparan a las nubes.

*DUVE:* Y los comunistas de la RDA hacen más caso, por lo visto de sus camaradas del Oeste, en la medida, al menos, en que tienden más bien a hablar de una nueva "variante de la ideología burguesa" a propósito de todo esto. Usted tendrá información de primera mano.

*HARICH:* Pues sí, eso es lo que al parecer ocurre. Las tomas de posición de Forster, Reinhold, Rehtziegler, Grosse, Puschmann no permiten llegar a ninguna otra conclusión. En mi opinión, esa es la raíz de su cerrazón. También tenemos, sin embargo, a Kuczynski, que percibe con una inteligencia mayor la especial situación de la RDA y que, en consecuencia, sostiene, una línea intermedia entre los comunistas del Este y los del Oeste; una línea similar a la asumida por Feodorov situándose entre los especialistas de la naturaleza y los especialistas de la sociedad. Kuczynski sigue siempre las discusiones de Moscú con mucha atención e incluso interviene a veces activamente en ellas y, en ocasiones, por la noche, no deja de enchufar el canal occidental de la televisión para reflexionar luego sobre las manifestaciones obreras de Milán o de París que ha podido seguir a través de la pequeña pantalla. En él concurren, por tanto, circunstancias que le permiten un juicio relativamente más amplio. Kuczynski enjuicia el Club de Roma de un modo incomparablemente más crítico que Feodorov, por no hablar de Kapiza, Rytschkov, etc. Pero tampoco lo odia como pueden odiarlo Gärtner y Biolat. Desgraciadamente, es también un científico social demasiado unilateral en su orientación como para poder llegar a tener consciencia plena de las dimensiones de la crisis ecológica, por lo que hace que su folleto sobre "El equilibrio cero" yerre en lo fundamental.

*DUVE:* Así pues, habría que buscar, según Harich, en la tan favorablemente situada RDA, otro hombre; un hombre capaz de combinar la objetividad, geográficamente fundamentada, de Kuczynski con el conocimiento concreto de la ecología, en base a su posesión del horizonte universal del filósofo. De ser posible dar con ese hombre, sería usted. Y usted es quien representa la orientación más fiable, menos limitada, en lo tocante a lo que hay que pensar sobre el Club de Roma. Creo que esto es, con toda seguridad, lo que usted quería decir.

*HARICH:* Lo ha adivinado.

#### IV.— SOBRE EL CARACTER DE CLASE DEL CLUB DE ROMA

*DUVE:* Dada su comprensión de los motivos sociales que llevan a la mayor parte de los comunistas europeo-occidentales a atacar al Club de Roma, es de suponer que también estarán claras para usted todas las sospechas que se ciernen respecto del *status* social de sus iniciadores y respecto de la procedencia de los fondos que hasta el momento han contribuido a la aparición de sus publicaciones. El espíritu rector de todo lo relacionado con el Club, el Dr. Aurelio Peccei, es un *manager* de grandes empresas ligado a la Fiat y a Olivetti. Las investigaciones que han tomado cuerpo en los dos primeros informes al Club de Roma, tanto el estudio del MIT como el libro de Mesarović y Pestel, fueron financiados por grandes monopolios europeos del automóvil, por la Fiat y la Volkswagen.

*HARICH:* Sospechoso lo es en alto grado y, en consecuencia cada vez que leo las publicaciones del Club de Roma o cada vez que reflexiono sobre ellas procuro, en la medida de lo posible, no perder de vista esta realidad. Ahora bien, determinadas consideraciones me han hecho estimar aconsejable no exagerar la acrimonia, reducirla a sus justas dimensiones. En primer lugar, muchas de las investigaciones que tomaron cuerpo en el marxismo fueron, en su momento, financiadas por la firma Ermen & Engels, de Manchester, sin que eso haya perjudicado de una manera especial el contenido de verdad de sus resultados. En segundo lugar, y sin olvidar todo lo execrable que es el monopolio Fiat, me

parecería esquizofrénico albergar menos sospechas contra los automóviles que se construyen con su licencia en Togliatigrado que contra un estudio científico financiado con su dinero. En tercer lugar el automóvil es —en mi opinión con toda razón— el más inmediato objetivo de ataque de todos aquellos que se rebelan contra la contaminación del medio ambiente, el despilfarro organizado y la dilapidación sin sentido de la energía, por lo que creo entender bastante bien que sean precisamente los productores de automóviles quienes intenten buscarse una coartada financiando estudios ecológicos. A mí me parece que se trata de una prosecución de la beneficencia burguesa y hasta la fecha aún no se ha dado el caso de un proletario consciente al que la esposa del fabricante le haya llevado, con ademán compasivo, una cesta a su cuchitril, que, con toda la despierta y profunda desconfianza que haya generado en él esa clase de gestos, con toda su negativa a caer en ellos, se haya abstenido de consumir hasta la última miga de los bienes recibidos. Cuarto: por lo que se refiere al suministro de materias primas, al control del mercado, a las prioridades que hay que cuidar en las inversiones etc., la burguesía monopolista está altamente interesada, por lo mucho que afecta a sus estrategias a largo plazo, en la investigación futuroológica. El hecho de que el estudio del MIT haya obtenido impulsos que provienen de este ángulo se hace evidente por la circunstancia de que dedica mucha atención a las calamidades relacionadas con las materias primas, tema éste que en la mayor parte de los libros de ecología sólo se toca de pasada o no se aborda en absoluto. Tengo que admitir que esto me parece una ventaja. Yo no soy, desde luego, un comprador de materias primas, pero de mi antiguo hombre de confianza en cuestiones de medio ambiente, un hombre que todavía no ha obtenido ni un céntimo por sus investigaciones acerca de la industria, G.R. Taylor, no obtuve, esa es la verdad, la suficiente información sobre este aspecto de las catástrofes que nos amenazan. Prescindiendo de la lectura, hace 17 años, de un folleto de Hugh Nicols, sólo Meadows me ha hecho tomar consciencia de toda la transcendencia del problema de la progresiva escasez de materias primas. Pero

esto es sólo marginal. Yendo al fondo, de este género de encargos del capital monopolista a la ciencia hay que observar lo siguiente. Quienes reciben el encargo no tienen por qué ser en todos los casos elementos insinceros, corruptos. Y aun si lo son, tampoco tiene por qué ocurrir que en todos los casos se les exija que nieguen que el cielo es azul. Ahora bien, si de un científico honesto, no corrupto, se pide que diga la verdad —porque coincide con el interés de quien formula el pedido ser informado de manera fiable—, es evidente que en nuestra época hay que contar siempre con la posibilidad de resultados no demasiado gratos para el capital, resultados que, justo por eso y por muy poco que eso fuera lo que se perseguía, pueden proveer al proletariado de nuevas armas para su lucha. Esto es, evidentemente, lo que ha sucedido en esta ocasión y no es la primera vez que la burguesía, con una inversión equivocada en el ámbito de la ciencia, alimenta a una serpiente de sus propios pechos. Piense usted en la APO (\*).

*DUVE:* ¿Que tiene que ver aquí la APO?

*HARICH:* Muy sencillo. ¿Por qué a partir de los años cincuenta comenzaron a formarse tales cantidades de sociólogos y politicólogos en las universidades de la República Federal? Evidentemente, porque la burguesía, en parte de cara a la guerra fría contra los países socialistas, en parte de cara a la creación en el interior de un clima empresarial favorable a ella en todos los niveles, creyó que le convenía contar con tropas de espadachines expertos en cuestiones teóricas para defender sus intereses. Pero ¿cuál fue el resultado? Los jóvenes, a los que se había aconsejado estudiar a Marx para poder criticarlo mejor, fueron masivamente convencidos por las teorías de éste y empezaron a pasarse al campo de la izquierda radical.

*DUVE:* No es este el caso de Forrester, Meadows, etc.

*HARICH:* Sin embargo, aquí nos encontramos, *mutatis mu-*

(\*) APO: *Ausserparlamentarischer Opposition*: Oposición extraparlamentaria, nombre dado a la oposición radical predominantemente estudiantil que cristalizó en la República Federal Alemana en los últimos sesenta principalmente a raíz de la llamada "gran coalición" entre social-demócratas y cristiano-demócratas. (T).

*tandis*, ante un proceso parejo. El capital monopolista desea, en general, la formulación de pronósticos favorables a sus disposiciones estratégicas a largo plazo. Esto explica la demanda de futurología. Y así ocurrió que un día le fueron planteadas al *Massachusetts Institute of Technology* (MIT) preguntas del tipo: ¿cómo será el mundo dentro de 50 o 60 años? Los computer de Forrester y Meadows respondieron: si todo sigue como hasta ahora —la destrucción del medio ambiente, el derroche de materias primas y ambas cosas agudizadas por el crecimiento exponencial de la población mundial—, la humanidad se encontrará al borde de la autodestrucción. Usted recordará que John Maynard Keynes, a quien el capitalismo ha de agradecerle los trucos monopolistas de estado que le han permitido irse zafando de las crisis, ante la pregunta de si esto podía ir bien a largo plazo, acostumbra a responder: "A largo plazo, todos muertos". Lo que entonces sólo podía esperarse "a largo plazo", empieza a suceder ya en el presente y ahora se ve con toda claridad: no sólo la generación de Keynes está ya bajo tierra o evoluciona hacia la tumba, no, sino que esa cínica manera de hablar tiene hoy un sentido mucho más terrible. "Todos" quiere decir: pronto todos los hombres habrán muerto si las cosas siguen como hasta la fecha. Y ahora tome usted la consigna del crecimiento cero, de la que Rehtziegler y Reinhold dicen sin equivocarse que su realización implicaría la abolición del capitalismo. Meadows plantea el crecimiento cero, aconsejándolo, como un medio de salvación para evitar nuestro fin. Esto significa: sin saberlo y sin querer, menos aún sin proponérselo, ha llegado al resultado de que la supervivencia del *homo sapiens* sobre la Tierra depende de la rápida abolición del capitalismo. Vamos a ver qué ocurre con todo esto. La burguesía va a hacer todo lo posible para anular los daños que ha causado a sus propios intereses de clase animando la investigación futuroológica. Va a intentar convencer a Forrester, a Meadows y si es posible al Club de Roma en su conjunto, de que se desdigan de sus resultados. Y si la persuasión falla, presionará por otros medios. Ahora bien ¿tendrá éxito? ¿Se humillarán estos científicos honestos, amantes de la verdad, preocupados por el bien de la huma-

nidad? ¿Serán accesibles al soborno? O ¿se reafirmarán en su causa? Y si se reafirman en ella, entonces, socialmente aislados ¿se dejarán empujar a la muerte? Quizá prefieran pasarse al enemigo de la burguesía, a la clase obrera, cualquiera sabe. Nada de todo ello está aún decidido. Hay que esperar. Y mientras no existan pruebas muy tangibles de que estos intelectuales están dispuestos a ceder ante la presión de la burguesía, la izquierda no podría hacer nada más equivocado que empujarles con su desconfianza *a priori*, con sus sospechas y con su gesto hosco a los brazos bien abiertos de su clase. En los dos informes que hasta el momento le han sido presentados al Club de Roma y que han sido publicados por decisión suya, no hay ni una sola línea que permita justificar la conclusión de que los autores son los cómplices ideológicos de los monopolios del automóvil. Pero si de modo apresurado afirmamos que son tal cosa, pueden bien ocurrir que un día pasen efectivamente a serlo. Y vayamos ahora a la quinta consideración matizadora de mi acrimonia respecto del carácter de clase del Club de Roma. Peccei es un *manager* de los monopolios. ¿Qué quiere decir esto? Jamás el movimiento obrero ha visto *a priori* un enemigo en personas individuales pertenecientes a la clase dominante. Engels era un fabricante capitalista, Marx el hijo de un consejero de la justicia prusiana, Lenin el hijo de un acaudalado funcionario de la burocracia docente zarista. Vayamos al asunto: ¿qué quiere decir: los informes al Club de Roma han sido financiados por los monopolios? Cada monopolio en particular puede aportar donaciones monetarias a quien sea sin que la burguesía en su conjunto, como clase, tenga por qué sacar beneficio de eso. Pero por la boca de un McNamara, presidente del Banco Mundial, antiguo ministro de la guerra americano, y en las tomas de posición de la Confederación Alemana de la Industria quien habla es la clase dominante misma y no solo ésta o aquella personalidad individual, fracción o sector. Lo que McNamara y la BDI (\*) dijeron contra el Club de Roma era lo que decía el imperialismo. Hace falta haber perdido todo instinto de clase

(\*) Confederación de la industria Alemana (I).

para liquidar, como marxista, el peso social que les corresponde a esas tomas de posición con la simple constatación de que entre los burgueses también se dan, de vez en cuando, diferencias de opinión. Naturalmente que las hay, pero McNamara y la BDI articulan la opinión *dominante*, opinión a la que una persona de izquierdas no puede, en modo alguno, aproximarse. Entretanto, tras el primer éxito publicitario hemos asistido a la puesta en práctica de la táctica de silenciarlo todo absolutamente, a la que ha seguido una campaña abierta de difamación. De la segunda sesión del Club de Roma en Berlín Occidental y del segundo informe, redactado por Mesarović y Pestel, los medios de comunicación de masas ya no dijeron, en octubre de 1974, apenas nada. En la televisión Gerd von Paczensky, un ignorante en cuestiones de ecología, comentó el acontecimiento quitándole groseramente importancia. Y luego vino el gran programa de televisión de Gottfried Kludas contra el Club de Roma, emitido el 3 de febrero de 1975 a la hora de mayor audiencia, desde el Centro Emisor Berlín Libre en el segundo programa de la ARD. Si pasáramos revista una vez más a los más duros comentarios de un Matthias Walden o de un Gerhard Löwenthal contra la izquierda, no encontraríamos nada que, de lejos, pudiera compararse en cuanto a deformación de los hechos y falsedad, parcialidad, hostilidad y falta de juego limpio, a las inconsistentes acusaciones que Kludas, erigido en decidido y jactancioso portavoz del carácter progresista de la libre empresa, vertió sobre el Club de Roma. Habría que remontarse a las campañas difamatorias de los nazis contra Freud y Einstein para encontrar, en lengua alemana, ese género de ataques e insultos contra científicos destacados. Para Kludas, por ejemplo, la cuantiosa edición de *Los límites del crecimiento* era la prueba de que los autores, ansiosos de dinero, habían convertido el miedo al futuro de masas —instigando, sin ninguna base, por ellos mismos— en un negocio muy lucrativo para sus bolsillos. Por otra parte, ellos eran los culpables de la crisis del petróleo. Con sus predicciones acerca del agotamiento de las materias primas habrían inspirado a los Estados árabes la idea de aumentar los precios del petróleo. Y así todo el tiempo. Una

infamia tras otra. Pero ¿a quién puede sorprender esto? A mi no me llama la atención. Nadie puede sentirse feliz con la prognosis hipotética que formula el estudio del MIT. Tampoco nosotros, los comunistas, tenemos motivos para alegrarnos con ella. Ahora bien, lo que ocurre es que este estudio, si somos capaces de preservar nuestro cerebro de las influencias de los fetichistas del crecimiento tanto de derecha como de izquierda, nos hace tomar consciencia de que la revolución proletaria mundial, que creíamos necesaria desde hace ya mucho tiempo, resulta, indispensable no sólo, como pensábamos hasta ahora, para el establecimiento de una vida mejor, sino incluso para la salvación y aseguramiento de la vida misma. Esta verdad es insoportable para la burguesía y por eso el Señor Kludas tiene que combatir sus premisas.

*DUVE:* Sicco Mansholt ha dicho del estudio del MIT que es un producto de la casualidad inserto en su medio burgués originario. He aquí sus palabras: "Como las investigaciones vienen, en su mayor parte, financiadas por la industria, los jefes de las empresas se niegan a publicar los resultados e informes de estudios que están en contradicción con sus intereses. Lo que ha ocurrido con el informe del grupo Meadows para el Club de Roma no volverá a repetirse. Esta primera publicación ha sido una casualidad. El Club de Roma no se dio cuenta del alcance de este informe, de su trascendencia. En la actualidad, sus miembros retroceden, reelaboran en parte o imitan en su contrario lo escrito por Dennis y Donella Meadows." Quisiera saber qué tiene usted que decir sobre ello, ahora que ha podido ocuparse a fondo ya del segundo informe al Club, el estudio *La humanidad en la encrucijada* de Mesarović y Pestel (octubre de 1974).

*HARICH:* Esas palabras de Mansholt ya me eran conocidas desde la publicación de sus conversaciones (*Die Krise*, Reinbeck 1974, rororo aktuell n.º 1823, pág. 123). Si las cosas fueran como Mansholt las describe —y él dispone de mejor información que yo—, eso confirmaría simplemente las previsiones que yo formulaba antes.

Decía que la burguesía intentaría mover al Club de Roma a desdecirse. Pero en el caso de Mesarović y Pestel, que por

lo demás fueron atacados por Kludas con la misma fiereza que Forrester y los Meadows, no veo por ninguna parte —casi por ninguna parte— que los presuntos retractantes sean tales.

*DUVE:* ¿Casi? Entonces ¿un poco sí, de todos modos?

*HARICH:* Ahora mismo hablaremos de esto. Antes quisiera decir que Mansholt estaba en un punto, evidentemente, mal informado. El Club de Roma, según sostiene (*op. cit.*, pág. 95), pone sus esperanzas, en lo relativo al problema de la energía, en la fusión nuclear, de la que podría obtenerse cantidades infinitas de energía. De esto no se encuentra ni rastro en Mesarović-Pestel. Todo el capítulo décimo de su estudio está dedicado a disuadir enérgicamente de la construcción de reactores nucleares.

*DUVE:* Entonces, desconfía también de las otras afirmaciones de Mansholt.

*HARICH:* No, en absoluto. Coinciden exactamente con la imagen de la situación que hay que hacerse como marxista. Ocurre sólo que no creo o, más exactamente, que apenas creo que el segundo estudio evidencie alguna huella de corrupción o de intimidación, pues de él se pueden extraer las mismas consecuencias comunistas que del primero. Forrester y Meadows aportaron sumariamente una verdad abstracta que Mesarović y Pestel no han combatido, en su sustancia, ni menos aún refutado. Se han limitado a retomarla más en concreto, haciendo entrar en su marco analítico las condiciones particulares existentes en diez regiones distintas del mundo. Ahora bien, esta concretización sólo tiene un valor aproximativo: por una parte, por el sentido en que se mueve —no se consideran, por ejemplo, las enormes diferencias regionales existentes, digamos, entre la RDA y Albania o entre Israel, Australia y Sudáfrica— en tanto que, por otra, la concretización *debería* haberse movido principalmente en *otra* dirección para, por ejemplo, conceptualizar las diferencias estructurales existentes entre los sistemas sociales opuestos que coexisten en la Tierra, diferencias que —una vez más— son dejadas fuera de consideración. Cuando Mesarović y Pestel reprochan a Forrester y Meadows que a causa de una metodología “poco explicativa

e incluso equívoca” consideran el mundo como un sistema homogéneo y uniforme, no deberían, en realidad extrañarse de que inmediatamente después se les formule a ellos mismos análogos reproches. Si tanto unos como otros estuvieran familiarizados con lo que Hegel y Marx dicen acerca de la verdad abstracta y concreta, si hubieran leído y comprendido lo que dice Lenin acerca del carácter aproximativo del conocimiento, concebirían sus modelos mundiales como estadios de un proceso de aproximación y se darían cuenta cabal de lo supérfluo de su controversia. Pero claro, no hay que esperar demasiado de la formación filosófica de estos especialistas en computadoras, educados desde muy pronto en unos hábitos de pensamiento absolutamente positivistas. Imagínese usted que alguien dijera del *Capital* de Marx que es “poco explicativo e incluso equívoco” porque no refleja las peculiaridades del desarrollo capitalista en Alemania y en Inglaterra o por no contener aún las afirmaciones de Lenin sobre el imperialismo. Forrester y Meadows predicen que si las tendencias actuales siguen funcionando sin alteraciones, el sistema mundial se derrumbará aproximadamente a mediados del siglo XXI. Mesarović y Pestel replican: no, no ocurrirá de golpe, sino, por partes, el derrumbe sucederá región por región y los motivos serán de naturaleza diversa y además en ciertas zonas las catástrofes se iniciarán con bastante antelación. Pero acto seguido añaden: “De todos modos, estos derrumbes regionales tendrán consecuencias palpables en todo el mundo por las conexiones sistemáticas que unen a todas las regiones.” Con esto volvemos nuevamente a la totalidad global de la que habían partido Forrester y Meadows y las “consecuencias palpables” nos garantizan que las catástrofes regionales sucesivas y encadenadas completarán el hundimiento general más o menos en el mismo momento que pronosticaba el primer estudio. Estamos, en definitiva, ante una descripción más útil, más compleja, más detallada, del mismo contenido de fondo.

*DUVE:* Que es importante para la ciencia, pero confusionario para la opinión pública.

*HARICH:* Esta es exactamente mi opinión. Naturalmente que el primer estudio era una abstracción horrenda. Y natural-

mente que está bien, que representa un paso adelante el que su carácter sumario vaya aproximándose ahora un poco más a la realidad. Sin embargo, como hombre políticamente pensante, me repugna que, en una cuestión de la que depende la vida o la muerte de la humanidad, este avance se consume en términos de una controversia entre expertos llamada a suscitar, sin duda, entre las masas afectadas esta impresión absolutamente errónea: "Al fin y al cabo, no será todo tan grave. Acerca de nuestro derrumbe discuten ahora todavía los intelectuales y seguro —es de esperar— que tienen razón los que niegan su posibilidad inmediata." No, Mesarovic y Pestel no niegan su posibilidad inmediata, de ninguna manera, como no lo hacen Forrester y Meadows. Si todo sigue como hasta ahora, pronto tendremos que haber-noslas con un terrible final: en *esto* están de acuerdo los cuatro.

*DUVE:* ¿Cuál de los dos estudios le parece políticamente más utilizable?

*HARICH:* Ambos son valiosos. *Los límites del crecimiento* tiene la ventaja de la evidencia por la abstracción, de la concentración en lo esencial, de la lapidaria sencillez de sus afirmaciones básicas. *La humanidad en la encrucijada* podría ser más practicable a la hora de adoptar decisiones políticas concretas. Tomemos la carrera de armamentos. En el primero de los escritos no aparece para nada. Y no porque Meadows quiera desentenderse de la carrera armamentista, sino porque la inclusión de este componente habría sobrecargado su modelo. El otro escrito, por el contrario, reclama energicamente la adopción de medidas globales de desarme. O tomemos el caso de la energía. En el primer escrito se procede, en aras a la sencillez a suponer —simplificando— que existen depósitos inagotables, cosa que es pura ficción, una ficción, además, hiperoptimista que arroja una clara luz sobre la falsedad de los lamentos acerca del pesimismo de los supuestos de Forrester y Meadows. En el otro escrito, por el contrario, las propuestas para la superación de la crisis energética alcanzan tal punto de detalle que se calculan las fórmulas óptimas de compromiso entre países exportadores de petróleo y países consumidores de petróleo

y se aconseja ya hoy a los estadistas del mundo árabe que instalen cuanto antes en sus territorios desérticos, que son ideales para ello, grandes reflectores de luz solar con el objeto de que cuando se agoten sus yacimientos petrolíferos puedan seguir siendo los más importantes suministradores de energía a Europa. Esto está, seguramente, bien pensando. Pero la concretización deriva, insensiblemente, en el segundo libro a la elaboración de un recetario práctico para la gestión de la crisis. Se ve ya al Señor Profesor Pestel, como una especie de Kissinger del medio ambiente, yendo y viniendo de Washington a Moscú, de Pekín a Nueva Delhi, de Bonn a Teherán, repartiendo por todas partes buenos consejos. Y abrumadas por los detalles, las cuestiones básicas quean a veces sin ser abordadas. Como es cierto que no pueden tomarse en consideración todos los detalles —de lo contrario el libro tendría que haber tomado la forma de una enciclopedia de varios tomos— la selección queda al arbitrio de los autores. Cuando Mesarović y Pestel, por ejemplo, se callan que su "región n.º 5, países socialistas", gracias a las relaciones de propiedad en ella existentes, cuenta con unas condiciones estructuralmente distintas al resto del mundo para poner bajo control la crisis ecológica, eso me parece a mí —con perdón— que equivale a ignorar un detalle tan trascendente para el futuro como pueda serlo por lo menos la adaptación del Sáhara para la instalación en él de reflectores solares. Meadows también pasó por alto la contraposición capitalismo-socialismo. Dado, sin embargo, que lo hizo en el marco de un modelo muy abstracto, como prueba de respeto ante su esfuerzo de simplicidad aún podría, de todos modos, serle pasado por alto. Sin embargo, en el caso de Mesarović y Pestel es imperdonable.

*DUVE:* La diferencia más importante entre los dos estudios estriba más bien, sin embargo, en que el segundo ya no recomienda el crecimiento cero, sino que introduce la distinción entre crecimiento canceroso y crecimiento orgánico y se pronuncia por el orgánico.

*HARICH:* El concepto de "crecimiento cero" —seamos sinceros— es una *contradictio in adjecto*, algo así como hierro de madera. Una cosa o bien crece o bien no crece. Lo que no

tiene sentido es decir afirmativamente que crece y luego añadir: pero solo crece cero. Ahora bien, como la expresión ha tomado ya carta de naturaleza, seguimos haciendo uso de ella. No sería el "Zero Growth" la primera coca-cola terminológica introducida en nuestros usos lingüísticos. Esto en primer lugar. Segundo: desde un punto de vista filosófico es bastante atrevido subsumir bajo el mismo concepto de "crecimiento" la creciente destrucción del medio ambiente, cuyas repercusiones cualitativas solo pueden captarse adecuadamente desde la ecología, con el *incremento* de la población y la disminución de los depósitos de seguridad de las materias primas no regenerables y asimismo la reproducción ampliada del conjunto de la economía y todo ello solo para que las correlaciones entre estos procesos heterogéneos puedan ser asimiladas por las computadoras no deja de resultar bastante atrevido desde un punto de vista filosófico. De todas modos, es cierto que estos procesos actúan recíprocamente unos sobre otros y es cierto igualmente que tienen una cosa en común: *inmersos en una sistema finito como el de la biosfera no pueden proyectarse infinitamente, ni siquiera exponencialmente y de aquí proviene el atrevido procedimiento de su legitimación*. Podemos, por tanto, dejar resignadamente que siga funcionando el concepto de crecimiento así construido. Es simple y plástico y las representaciones que suscita no dejan de tener validez. Para definir su negación Mesarović y Pestel eligen una expresión que es lógicamente más afortunada: "no-crecimiento". Pero a la hora de la verdad ambos quieren decir lo mismo. Su eliminación del término ya corriente de "crecimiento cero" es pura pedantería que demuestra una vez más su escasa comprensión de la necesidad de clarificar estas cuestiones a las masas, las cuales van a entender menos de qué va cuanto más a menudo se vayan cambiando las palabras clave. Tercero: Forrester y Meadows piensan que la ecología mundial en su conjunto, dada la sobrecarga del medio ambiente y la escasez de materias primas que amenaza, podría llegar a no crecer más. Mesarović y Pestel comparten esta opinión sin por ello repetirlo explícitamente, cosa que otra vez resulta negativa desde el punto de vista de la clarificación ante las ma-

sas. La comparten, pero como regionalizan el modelo mundial, dicen: en las regiones subdesarrolladas (Tercer Mundo) la economía mundial debe seguir creciendo, de lo que resulta que el crecimiento, para que el balance general siga siendo estático, en algunas regiones industrializadas no sólo ha de contenerse, sino que incluso tiene que retroceder. La igualación que se consigue así la llaman los dos autores "orgánica" en analogía con los procesos de crecimiento del organismo que permiten a cada órgano alcanzar solamente un tamaño determinado hasta que, una vez conseguido, se sumen en un equilibrio fluido. El organismo llamado humanidad tiene, según esta analogía, según esta imagen, según esta metáfora, ciertos órganos ocupados en reabsorber a los otros, a los cancerosos. La población, por ejemplo, crece casi por todas partes de manera cancerosa, pero en particular en el Tercer Mundo, sobre todo en el Sur de Asia. La economía, por su parte, crece de manera cancerosa en las regiones industrializadas, mientras que flojea en las regiones subdesarrolladas, en el Tercer Mundo. Estoy convencido de que Forrester y Meadows no rechazan estas ideas. Tampoco negarían que en los territorios subdesarrollados y sobredesarrollados habría que tomar en cada caso medidas diferentes y su modelo más abstracto ha bastado ya para inspirar a Siccó Mansholt su propuesta de que los países de la CEE tendrían que limitar drásticamente su nivel de vida para poder ofrecer a los países del Tercer Mundo una auténtica y eficaz ayuda al desarrollo. La idea ampliamente difundida de que el estudio del MIT aconseja eternizar la miseria reinante en el Tercer Mundo es falsa. Se trata de una idea que surge a consecuencia de la incapacidad para explicar correctamente las proposiciones de un modelo abstracto. Mesarović y Pestel eliminan el malentendido al explicar las implicaciones. Nada hay que objetar a este respecto, al contrario: era completamente necesario. Ahora bien, es de lamentar nuevamente que le den a la explicación una forma polémica. Y hay que lamentarlo porque de esta manera suscitan en la opinión pública la impresión de que el Club de Roma está unas veces a favor del crecimiento y otras veces en contra; la impresión, en definitiva, de que el Club de Roma no sabe

lo que quiere. Ya en un hombre cultivado como Mansholt aparece, puesto que como socialdemócrata tiene *in mente* la cuestión de clase, la sospecha de la revocación, de la retractación... ¿Qué pensará, entonces, el trabajador sencillo, sin formación? Para éste, ambos estudios son lecturas demasiado difíciles. O sea, quedará confundido, desorientado. En realidad, Mesarović y Pestel no se retractan de nada, no hay que reprocharles que se echen atrás. Sin embargo, de lo único que se preocupan es de aconsejar a los *gobiernos* cómo se podrían hacer en el futuro mejor las cosas, sin prestar ninguna atención a cómo hacer inteligibles a las masas las *advertencias* del Club de Roma. Los gobiernos burgueses no prestarán atención a sus propuestas y las masas, que sí las recogen, y que podrían luchar por su realización, no les prestarán atención mientras sus líderes, los partidos de izquierda, en los que confían, no dejen bien claro ante ellas que todo ese ¡so! y ¡jarre! del "crecimiento cero" y del "crecimiento orgánico" no tiene, en el fondo, demasiada importancia, no afecta, en realidad, para nada, a los problemas de fondo que hay que abordar. Biológicamente, un órgano que haya alcanzado su tamaño óptimo sigue creciendo siempre que sus células se renueven. Pero crece en el sentido de seguir haciéndose mayor en su conjunto; permanece en un equilibrio fluido. Si el concepto de crecimiento derivado de este proceso es trasladado a la sociedad, habrá que aconsejar a las regiones industrializadas cuando menos que deriven a algo análogo, desde el punto de vista económico, al equilibrio fluido, es decir, a la mera reproducción simple. Si se procede así, no se les estará aconsejando algo demasiado diferente de lo que Forrester y Meadows llaman el crecimiento cero.

*DUVE:* Es posible que Mesarović y Pestel hablen de "crecimiento orgánico" para aplacar a los industriales indignados por el estudio del MIT.

*HARICH:* Mire usted: también yo tengo esta sospecha. Precisamente por eso decía antes que *apenas* es posible encontrar en *La humanidad en la encrucijada* huellas de corrupción e intimidación. "Apenas" significaba: no habiendo variado el contenido de las proposiciones principales, la

presión de los "dirigentes de la economía" que percibe Mansholt se hace notar en la preferencia por otras palabras. ¡Qué empresario no diría que su empresa crece "orgánicamente" y es un "órgano" indispensable del "organismo" económico global! Ahora bien, yo no creo que, a la larga, vaya a ser de mucha utilidad para Mesarović y Pestel este hecho de haberse acomodado verbalmente a tales sentimientos. La diatriba de Kludas, dirigida asimismo, y sin concesiones, contra ellos, habla en este sentido. Es posible predecir que la presión se reforzará haciendo abstracción de matices verbales y atacará al contenido de fondo de la concepción del Club de Roma. Entonces se verá cuál es el temple de sus miembros, si tienen carácter o no y de qué parte, dónde se sitúan. Lo que es, en cualquier caso, negativo es que científicos que con sus investigaciones quieren sentar las premisas teóricas para la superación de la crisis ecológica, magnifiquen innecesariamente diferencias respecto de problemas de una importancia secundaria por envidia o por vanidad, por destacarse como personalidades porfiadas. Podríamos llenar páginas y páginas señalando los puntos de acuerdo fundamentales que existen entre un hombre como Robert Jungk y el Club de Roma. Pues bien, ni corto ni perezoso Jungk se descuelga con esto: "Sinceramente, Forrester me da miedo. Le he conocido. Es un tipo stalinista." Y en la misma entrevista dice: "Soy de la opinión de que no hay que poner límites al crecimiento. En un sentido humano y social estamos subdesarrollados", con lo que bajo mano introduce en el debate un concepto de crecimiento absolutamente distinto al utilizado por el estudio del MIT, lo que ayuda a encubrir el hecho de que también Forrester y Meadows son favorables al crecimiento humano y social al que él se refiere. En una ocasión leí en Gunnar Myrdal: "Mis estudios me han llevado hace tiempo a la convicción de que tenemos que darnos cuenta y asumir que el crecimiento se enfrenta a límites cuyos componentes presentan en conjunto curvas exponenciales... Como ciudadanos de un estado y del mundo tiene que preocuparnos lo que les espera a nuestros hijos y a nuestros nietos si no se detiene esta clase de crecimiento económico exponencial... Vamos direc-

tos a una catástrofe si no limitamos cuanto antes la producción y el consumo así como también, evidentemente, nuestro nivel de vida." Sin embargo, Myrdal acusa con las siguientes palabras al Club de Roma: "Todo ese parloteo sobre soluciones planetarias y globales no es más que puro embuste" y luego habla de las "premisas falsas, estúpidas" del estudio del MIT, para acabar en el mismo párrafo desautorizando sus propias reflexiones respecto del crecimiento económico con esta afirmación: "Finalmente, resulta evidente que no existe ninguna contradicción entre las reformas encaminadas a hacer más justo el moderno estado del bienestar y el crecimiento económico." Resulta difícil describir el efecto desorientador de tomas de posición de esta índole sobre la opinión pública, a la que, de todos modos, le cuesta mucho introducirse en las complejas interconexiones de la crisis ecológica. Ahora bien, si de estas manifestaciones se puede concluir que el Club de Roma es atacado por personas exteriores a él pero que, en el fondo, coinciden con sus aspiraciones básicas, resulta auténticamente penoso ver cómo en sus propias filas se producen controversias que podrían evitarse. Que Mesarović y Pestel hayan querido tranquilizar a la burguesía con su selección terminológica, es cosa difícilmente demostrable. Lo que sí resulta indudable es que recargan su concretización y especificación del modelo de Meadows con una polémica supérflua, olvidando, al mismo tiempo, suprimir desde el principio todo posible equívoco declarando con palabras claras que el "crecimiento orgánico" por ellos postulado coincide con la exigencia del "crecimiento cero". Sea como fuere, la cosa es la misma: el Club de Roma haría bien pronunciándose, clara e inequívocamente, a este respecto, prescindiendo de consideraciones para con la industria, pero también, y sobre todo, de consideraciones para con la afectación por la originalidad de la que, por lo visto, los intelectuales burgueses no pueden desprenderse ni siquiera cuando lo que está en juego es el intento de detener el hundimiento de la humanidad. Las fuerzas que ven los peligros que nos amenazan y que luchan contra ellos han de apoyarse, han de poner en primer plano, lo que les es común, han de eliminar las derivaciones individualistas, han de esforzarse por servir ese có-

digo lingüístico homogéneo que les permite esclarecer y movilizar a las masas en vez de confundirlas y adormecerlas. Por lo demás, la frase de Nicolai Hartmann según la cual: "Los epígonos son siempre más listos, pero el maestro es siempre más grande" tiene validez. Mesarović y Pestel son más listos en la medida en que tocan muchas cuestiones de detalle para las que el estudio del MIT carece de respuestas, cierto; cuestiones que en él ni siquiera aparecen como tales. Da igual Forrester y Meadows son más grandes. A ellos les corresponde el mérito de haber realizado el trabajo pionero decisivo.

*DUVE:* Respecto de lo que acaba de decir, creo que Sicco Mansholt estaría, sin duda, de acuerdo.

*HARICH:* A este respecto es de suponer que sí. Por lo demás, seguro que no, porque yo sigo siendo un rabioso apasionado de lo que usted, su Socialdemocracia y por tanto, naturalmente, también Mansholt, llaman "socialismo democrático".

*DUVE:* Nos habíamos puesto de acuerdo en no abordar en esta conversación mis opiniones y las de mi partido. Aquí tratamos de las discusiones propias de su campo. Así es que dejemos estos puntos de controversia a un lado. A mí me interesaba ahora —utilizando su terminología— "el carácter de clase del Club de Roma". Creo que a este respecto Mansholt y usted estarán conformes.

*HARICH:* Aquí tampoco completamente. Solo condicionalmente.. Yo veo la cosa así: en Sicco Mansholt se relacionan, del modo más estrecho, el estudio del MIT y las consecuencias socialistas que extrajo nada más leer el estudio y que, razonablemente, hay que extraer en cualquier caso. Pero como comete el error psicológico de juzgar a los demás por sí mismo, le cuesta mucho ponerse en el lugar de personas que carecen todavía de la vivencia de lo que es para él, parcialmente, evidente. En consecuencia, barrunta la influencia de la burguesía solo allí donde ve fuerzas, tanto en el interior del Club de Roma como influyendo sobre él desde el exterior, actuando para "reformular en parte o para transformar en su contrario lo escrito por Dennis y Donella Meadows." Y cuando dice esto, está pensan-

do en intervenciones directas del capital monopolista, de los "dirigentes de la economía". No cuenta con la influencia de la *ideología* burguesa. Así se le escapa una circunstancia muy esencial, a saber: que ya el estudio del MIT como tal es un producto del pensamiento burgués.

*DUVE:* Por consiguiente, a usted, al contrario que a Mansholt, su publicación no le parece fruto del azar, ni llevada a cabo sólo porque el —predominantemente burgués— Club de Roma no se dió cuenta de toda su trascendencia.

*HARICH:* El pensamiento de Forrester y de los Meadows se mueve en un ámbito al que la ideología burguesa coloca barreras, barreras de conocimiento. Por eso, probablemente, estos intelectuales no fueron plenamente conscientes de la trascendencia de su informe y esto mismo no puede considerarse como fruto del azar. El contenido del estudio del MIT apunta a soluciones socialistas e incluso —como yo estimo— a soluciones declaradamente comunistas: esto es verdad. Todo hombre que piense racionalmente y con consecuencia ha de darse cuenta de ello. Pero la ideología burguesa, de la que son prisioneros tanto Forrester como Meadows, como la mayor parte de los miembros del Club de Roma (con la excepción de una pequeña minoría a la que pertenecen los yugoeslavos y Adam Schaff), no da lugar a tanta racionalidad. Porque ¿quién ha ido a discutir con jóvenes obreros holandeses para informar luego lleno de alegría que estos estarían dispuestos a hacer sacrificios materiales con la condición de que desapareciese el sistema capitalista? ¿Forrester? ¿Los Meadows? No, ¡Sicco Mansholt! y de Mansholt, no de los autores del estudio del MIT, proceden estas frases, tan cargadas de significado para nosotros, comunistas: También el sistema del socialismo estatal tal como existe en la Unión Soviética tiene como meta el crecimiento material y la expansión. Yo creo, sin embargo, que este sistema es más adecuado para adaptarse a una sociedad sin crecimiento que el sistema del capitalismo. En él hay una producción sometida a planificación y esta podrá adaptarse de una manera más sencilla." Forrester y los Meadows excluyen el problema de las clases. La diferencia entre socialismo y capitalismo se esfuma en ellos tras los rasgos que

son comunes a todas las sociedades industriales —con lo que, dándole la vuelta, siguen en línea con la más idiota de las teorías de la convergencia de los años sesenta— y no plantean en absoluto la cuestión de cuáles son las fuerzas sociales determinadas de Occidente que podrían llevar a la práctica sus ideas; apelan en todo el mundo a la racionalidad de los gobiernos y así sucesivamente. Por esto mismo compara Feodorov a estos intelectuales también con los socialistas *utópicos* a sabiendas de que aquellos eran igualmente ideólogos *burgueses*. Ahora bien, aún burgueses, los esbozos de futuro de los Saint-Simon, Fourier y Owen no dejaban de tener un carácter claramente *socialista*, en tanto que Forrester y los Meadows, *sin dedicar ni una sílaba a la cuestión de la propiedad*, se limitan a disponer para la economía mundial una detención general del crecimiento, a la que desde luego solo el socialdemócrata Mansholt y el comunista Feodorov allegan por vez primera una serie de implicaciones socialistas.

*DUVE:* Y *no toda* la izquierda las relaciona con el estudio del MIT. Muchos sólo se dan cuenta de pasada, otros ni eso siquiera. Por eso la reacción airada es propia no sólo de McNamara, de Herman Kahn y de la Confederación de la Industria Alemana, sino también de fetichistas del crecimiento de izquierda del tipo de Biolat y Gärtner. ¿Llegaría usted tan lejos como para decir que su aversión carece de cualquier justificación?

*HARICH:* Yo entiendo ambas muy bien. No comparto su punto de vista, me parece falso. Pero lo entiendo.

*DUVE:* ¿Por los puestos de trabajo de todos aquéllos que participan en la construcción del "Concorde"?

*HARICH:* No sólo. El rechazo tiene motivos más fundamentales. Recuerde usted, por favor, la situación que se configuró a finales de 1973 en la República Federal, pocas semanas después de la espectacular concesión del Premio de la Paz de los Libreros al Club de Roma. En aquel momento, en relación con la guerra del Yom Kippur, definida por Rudolf Augstein como un "giro civilizatorio", estaba en vigor el embargo del petróleo por los árabes. El gobierno federal reaccionó prohibiendo la circulación de automóviles privados los domingos y días festivos. Poco después pronunció Willy

Brandt, entonces aún canciller federal, su última alocución de fin de año, en la que, bajo la evidente impresión causada por el estudio del MIT y con la vista puesta en las caravanas de excursionistas de fin de semana, alabó las ventajas de una vida sencilla y modesta. Innumerables personas le dieron la razón. Pero poco después, en enero de 1974, se agudizó el conflicto entre el gobierno Brandt y el ÖTV (\*) no pedía con sus reivindicaciones salariales sino una compensación aproximada —en modo alguno completa— por las pérdidas materiales ocasionadas a sus miembros por la inflación. Genscher, entonces ministro del Interior, consideró tales reivindicaciones excesivamente altas, insostenibles para el erario público y empujó de esta manera al ÖTV a hacer uso de su último recurso de lucha, el arma de la huelga. Ya a la luz de este suceso adquirió, *a posteriori*, la alocución de fin de año un tono fatalista. Ahora bien, ese tono pasó a ser declaradamente macabro cuando después se supo que durante todo el tiempo, y aprovechándose del embargo árabe del petróleo, los monopolios multinacionales del petróleo habían estado haciendo beneficios extraordinarios gigantescos, fabulosos. Se lo aseguro: cuando coinciden fenómenos de esta naturaleza, uno, como socialista, como comunista, se sale de sus casillas de indignación. Y fue esta indignación profundamente justa la que se manifestó en el artículo de Edgar Gärnert citado anteriormente por mí. ¿Por qué? —¿debió preguntarse Gärtner— la vida sencilla y modesta? ¿Para la protección de la naturaleza? ¿Para la utilización ahorrativa de materias primas y combustibles no regenerables? ¡No! ¡Para beneficiar el ansia de los señores monopolistas a costa del pueblo trabajador! Así se gestó el furioso ataque de Gärtner al estudio del MIT, así como también su golpe de flanco contra el *Kursbuch* 33 —en mi opinión pionero— en el que Enzensberger intentaba acercar, por vez primera, a la izquierda radical de la RFA a la problemática ecológica.

**DUVE:** Las estadísticas de la República Federal indican que

(\*) ÖTV = (Gewerkschaft) *Öffentliche Dienste, Transport und Verkehr*. Sindicato de los servicios públicos, transportes y comunicaciones. (T.)

en el momento en que mantenemos esta conversación —finales de febrero de 1975— hay más de un millón de parados, sin contar a los muchos que hacen jornada incompleta. De acuerdo con lo que acaba de exponer, debería estar usted convencido de que el Club de Roma contribuye a reconciliar a estos hombres con su destino.

**HARICH:** Podría contribuir en el caso de que la izquierda olvidara añadir a sus advertencias que el tránsito al comunismo sería la salida para dominar, junto a la crisis económica actual, también la crisis ecológica que viene aparejada con ésta. Si las advertencias se quedan abstractamente colgadas en el vacío, tal como el Club de Roma las formula, no habrá que excluir que ejerzan sobre la lucha de clases un efecto inhibitorio, en la medida en que pueden sugerir a sectores del proletariado que el desempleo y las alzas de precios tienen también una parte positiva: reducir el ritmo del crecimiento, disminuir el consumo, cosas que serían de desear desde el punto de vista ecológico. Pero sólo con esto no se describe suficientemente el efecto negativo que ha tenido la resonancia pública del Club de Roma y el que podría tener, bien porque los partidos de izquierda rechazasen sus llamamientos, bien, en caso de admitirlos, por ser incapaces de vincularlos con consignas de carácter revolucionario. Desde finales de los años sesenta, desde comienzos de los años setenta, el capitalismo monopolista, concretamente los monopolios multinacionales, preparan una nueva ola de valorización del capital, que exige una profunda reestructuración del potencial productivo en su conjunto. La crisis ecológica señala la dirección en la que se tiene que mover. Los tremendos costes de la operación son descargados por las multinacionales, en parte a través de sus manipulaciones sobre los precios, en parte absorbiendo fondos impositivos de los presupuestos estatales, sobre las masas trabajadoras. Por eso, en este momento de crisis aguda, *con la combinación hasta el momento única en la historia de un desempleo creciente y una devaluación del dinero cada vez mayor*, lo que se llama la "estanflación", el capital formula a los gobiernos la desvergonzada exigencia de que retablezcan la coyuntura mediante inversiones estatales de

apoyo. En esta situación, el Club de Roma, al excluir de sus profecías hipotéticas componentes tan fundamentales del desarrollo mundial futuro como la contraposición entre el capitalismo y el socialismo, como la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, ha ayudado a crear entre las masas un ambiente de disposición creciente a hacer sacrificios aparentemente por la protección del medio ambiente, por la economización de recursos naturales, por la ayuda al Tercer Mundo hambriento, pero, en verdad, para dotar al capitalismo de un nuevo aparato productivo, una vez que las posibilidades del antiguo para impedir la caída ulterior de la tasa de beneficio se han agotado. Sin embargo, hay dos motivos por los cuales esos sacrificios, por hacerse a favor del capitalismo, carecen por completo de sentido. Por una parte no cabe pensar en ningún desarrollo tecnológico ni en la apertura de ninguna nueva fuente de energía que capacite a este sistema para restablecer, consiguiendo una armonía proyectada a la larga, la relación, perturbada hasta el límite del peligro para la vida misma, entre el hombre y la naturaleza, entre la sociedad y la biosfera. Para ello el consumo debería dejar primero de funcionar como mercado, debería dejar de ser el medio de la realización de la plusvalía. Para ello los valores de uso deberían desprenderse de su forma de mercancías y eso sería el comunismo. Por otra parte, si la reestructuración del potencial de producción se efectúa conservando el mercado mundial capitalista y sus leyes, el resultado sería un aumento de la distancia entre las regiones industrializadas y las subdesarrolladas del planeta, lo que equivaldría a precipitar a los países del Tercer Mundo en una miseria mucho más terrible, como resultado de una incapacidad competitiva acrecentada y, en definitiva, a agravar de modo eminente el conflicto Norte-Sur. Suprimir el mercado mundial, sustituirlo por un sistema global de distribución justa de los valores de uso bajo el principio básico de la igualdad, es algo que, nuevamente, solo podría realizar el comunismo.

*DUVE:* Pero entonces, en su opinión, ¿cuál sería el motivo por el cual McNamara, Herman Kahn y la Confederación de la Industria Alemana se opusieron al Club de Roma? Tal co-

mo plantea usted ahora las cosas, más bien deberían estarle agradecidos.

*HARICH:* Pregúnteles a ellos más bien si no le estarán agradecidos por haberse, por lo menos, obtenido, en sus llamamientos, de completar su argumentación con una llamada a la realización del comunismo. La respuesta que obtendría sería: "¡Naturalmente, eso lo reconocemos! Pero nos molesta la exigencia del crecimiento cero." Y ¿por qué les molesta eso tanto a dichos señores? Precisamente porque la nueva ola de valorización del capital ha de implicar un enorme salto en el crecimiento y porque las masas, mientras se ven apremiadas a realizar sacrificios y mientras se aprietan complacientes el cinturón, han de mantenerse igualmente abiertas a la esperanza de que el próximo auge les reporte tanto un fabuloso consumo con pleno empleo como, gracias a las nuevas tecnologías y fuentes de energía, la protección de la naturaleza con recursos prácticamente inagotables. Por eso se necesitaba junto al pánico súbito el complemento inmediato de la difusión ulterior de las viejas ilusiones del fetichismo del crecimiento. Y, nuevamente, éstos van a favor del viento. Porque la necesidad de proteger al medio ambiente es hoy comúnmente aceptada por la población y la crisis del petróleo empuja, de un modo mucho más enérgico que cualquier llamamiento que el Club de Roma pudiese hacer en este sentido, a que la idea de la absoluta necesidad de contar con nuevas fuentes de energía no desaparezca de la conciencia pública. Esto basta. Más sería demasiado. El Club ya ha saldado sus deudas, ahora puede desaparecer. Así se explica la vertiginosa caída de la resonancia de su sesión de octubre de 1974 en Berlín Occidental, el ataque frontal de Kludas contra él en la televisión y posiblemente —quisiéramos que no fuese así— también la nueva consigna poco contundente del "crecimiento orgánico" a la que él mismo entre tanto se ha reducido. Ahora el capital monopolista lo que le interesa es que la idea de la necesidad de adoptar medidas de protección al medio ambiente se quede a un nivel lo más general, difuso e inconsecuente posible —para que los beneficios adelantados que se piensan obtener del sector energético y tecnológico no se pongan más minuciosa-

mente bajo lupa, no se consideran como innecesarios o incluso como fuente de nuevos peligros—, le interesa igualmente que el crecimiento cero desaparezca rápidamente de la consciencia pública así como, sobre todo, que este postulado no pase, vinculado a conclusiones explícitamente anticapitalistas, al arsenal ideológico de la izquierda, cosa que sin embargo es un hecho fatal que empieza a dibujarse claramente en la argumentación de Sicco Manholt y Jochen Steffen, en el *Kursbuch* 33 de Enzensberger, en publicaciones soviéticas como el libro de Feodorov, en la solidaridad con Manholt, expresada por el máximo científico soviético viviente, Piotr Kapiza, etc. El capitalismo no quiere salvar la base natural de la sociedad, lo que quiere es salvarse a sí mismo y para eso necesita el crecimiento, es decir, la acumulación de capital, sacar beneficios de las dificultades de la crisis ecológica aunque de esta manera la humanidad camine hacia su desaparición.

*DUVE:* Sin embargo, podría haber ocurrido también que un su periodo de máxima popularidad, entre 1972/1973, el Club de Roma, si lo que usted dice se ajusta a la realidad, se hubiera dejado arrastrar a un juego con papeles previamente distribuidos. Detrás de sus actividades se habría escondido una estrategia en la que a él le tocaba el papel de inductor súbito del pánico, mientras que, simultáneamente, McNamara, Herman Kahn, la BDI, etc., garantizaban la continuidad de las viejas ilusiones.

*HARICH:* No creo en un comité central de la gran burguesía capaz de tomar la decisión de escenificar un juego de esta índole y repartir a grupos de científicos los correspondientes encargos. Menos aún creo que los científicos pertenecientes al Club de Roma estuvieran dispuestos a aceptar este género de encargos. Es más: McNamara y Kahn han condenado el crecimiento cero porque su orientación fundamental, coincidente con los intereses básicos de la burguesía, chocaba con esta propuesta. Y el Club de Roma ha recomendado el crecimiento cero por una preocupación auténtica por el futuro de la humanidad, actuando la ideología burguesa, de la que son prisioneros la mayor parte de sus miembros, como elemento que les impedía adoptar en sus advertencias una

actitud claramente dirigida contra el capitalismo, que les impedía incluso intuir las consecuencias anticapitalistas de su proyecto. Así, el juego de papeles previamente repartidos se ha desarrollado por sí mismo, de manera espontánea. No se necesitaba a nadie para escenificarlo. El Club de Roma, conviene olvidarlo, está integrado por representantes de concepciones del mundo y orientaciones políticas diversas. También hay en él algunos miembros de izquierda. No pienso ahora sólo en Schaff y en los yugoeslavos. Tome usted, por ejemplo, el folleto de Aurelio Peccei y Manfred Siebkehr (*Die Grenzen des Wachstums. Fazit und Folgestudien*, Reinbeck 1974, rororo sachbuch 6905). En él se plantea la cuestión de si "un descenso del nivel de vida, incluso en los países industriales, no conllevaría severas cargas para los grupos menos favorecidos de la sociedad". Los autores contestan: "Esto ocurriría en una sociedad puramente capitalista. Ahora bien, hay que plantearse el problema de si una sociedad en la que el motivo principal es el beneficio material puede tener aún un lugar en un mundo homeostático." Luego hay una toma de posición frente a las objeciones de Leonard Silk, de acuerdo con quien "el crecimiento ha sido, desde sus comienzos en la baja Edad Media, un rasgo característico del capitalismo" y "cabe dudar de que las libertades personales y empresariales puedan preservarse en un mundo con crecimiento cero." Siebkehr y Peccei replican a ello: "Esto es cierto. La «libertad personal» ha demostrado en el pasado ser una consigna maravillosamente adaptada a la introducción y al mantenimiento de la esclavitud y de la explotación. Abrió a los fuertes, a los faltos de escrúpulos y a los privilegiados todas las posibilidades, en tanto que a los desdichados, a los oprimidos y a los subprivilegiados les premió no sólo con la arbitrariedad, sino también con el desprecio. ¿Qué ocurre hoy? La misma libertad para todos debería ser nuestra meta. Sin embargo, la óptima libertad personal para todos forzosamente ha de significar libertad dentro de los límites de la responsabilidad social. Se trata de una limitación que sólo parece negativa a primera vista." Ideas como esta, también aparecen, por consiguiente, en el Club de Roma y además, en este caso

quien los formula es, entre otros, el promotor, Peccei, ese manager sospechoso de los monopolios. La mayor parte de los miembros del Club de Roma son intelectuales muy alejados de las ideas socialistas, más bien liberales, conservadores o completamente apolíticos. Solo una cosa les une a todos: la preocupación por la supervivencia de la humanidad, que ellos ven problemática a causa del alud demográfico, de la destrucción del medio ambiente, del agotamiento de los recursos naturales, de la amenaza de crisis alimenticia mundial, de la carrera armamentista. Los miembros del Club se concentran en la investigación de estos problemas y en la formulación de propuestas acerca de cómo podrían solucionarse. Para ello, y con el fin de no perturbar innecesariamente el entendimiento mutuo, dejan a un lado sus diferencias políticas, religiosas y filosóficas de opinión, cosa que en principio es incluso buena. Pero aquí —y no en quien sabe qué intenciones de estafar— donde hay que buscar el primer motivo para la exclusión de la cuestión de las clases, cosa que por lo demás es, como se sabe, una práctica corriente entre los ideólogos burgueses, que proceden de esta manera sin necesidad de ponerse previamente de acuerdo para ocultarla y que no suele aparecer como central. A esto se añade la voluntad del Club de hacer llegar, al menos, en la medida de lo posible, las propuestas de solución en torno a las que se han unido sus miembros a la totalidad de gobiernos, partidos, organizaciones, iglesias, etc. de todo el mundo, para mover a todos sin distinción a adoptar medidas que puedan servir para salvar a la humanidad del desastre. Ninguno de los receptores puede, en estas condiciones, sentirse lesionado por ataques a su sistema social, a su doctrina política, a sus leyes y normas morales. Todos son respetados y tratados con idéntica lealtad y amistad. El odio anticomunista desaparece, el desenmascaramiento de la prepotencia imperialista también. De esta manera, la cuestión clasista queda por completo esfumada y esto es precisamente lo que ya no es bueno. Constituye "una tradición del Club de Roma", dicen Peccei y Alexander King, "no tomar partido en los asuntos políticos corrientes de nuestros días." Estoy convencido de que esto es verdad,

creo que no se trata de ninguna trampa, que no oculta nada que pueda ser malintencionado. Pero sigue siendo ideología burguesa de un extremo a otro, una ideología integrada siempre en la estrategia del capital, sea ésta cual fuere, de tal modo que en el caso que nos ocupa, las consecuencias objetivas son las descritas.

*DUVE:* Sí, pero las intenciones verbalmente proclamadas cuentan poco en política. Lo importante es lo que acaba resultando. Y los comunistas tienden no poco, como es sabido, a combatir a los "objetivamente culpables".

*HARICH:* Primero hay que ver desde qué punto de vista es atacado el Club de Roma y qué es lo que se le opone. Si a los peligros sobre los que ha llamado con urgencia la atención se les quita importancia con la cháchara irresponsable acerca de las reservas de materias primas aún no descubiertas, acerca de soluciones puramente tecnológicas susceptibles de poner en marcha una protección suficiente del medio ambiente, acerca de la posibilidad de poner bajo el arado nuevas superficies cultivables, acerca de la supuesta inocuidad de los reactores nucleares, etcétera, etcétera y si al mismo tiempo se predica sin cesar el crecimiento económico, lo que en tal caso se hace no es otra cosa que coadyuvar a difundir una ideología que contribuye a enmascarar los intereses de los monopolios. Y no por dos o tres años, sino a la larga. Lo que hay que combatir del Club de Roma es una cosa muy distinta, a saber: que por los motivos antes indicados haya excluido la cuestión de las clases de su perspectiva, contribuyendo un tanto él mismo, de este modo, a fomentar la confusión. Hay que pedir a sus miembros que prosigan, por ejemplo, en la línea que ha ido tomando cuerpo entre el estudio de Forrester-Meadows y el de Mesarović-Pestel, avanzando en el sentido de la concretización. Y que aborden finalmente la cuestión de qué fuerzas sociales podrían estar mejor dispuestas, en base a su situación de intereses objetivos, para traducir las propuestas contenidas en ambos estudios a la acción política. Al igual que habría que pedirles que indiquen cuál de los sistemas sociales coexistentes dispone de mejores condiciones para dominar la crisis ecológica. Sin embargo, es posible que el

Club de Roma no quiera plantear antes estas cuestiones y menos, por supuesto, darles una respuesta, dado que esto chocaría con su principio de "no tomar partido en los asuntos políticos corrientes de nuestros días". De ser esta su actitud, yo me limitaría a decir, en forma de interrogación, lo siguiente: ¿cómo iba este gremio notoriamente burgués a privarnos a nosotros, marxistas, de la tarea de sacar consecuencias comunistas de las verdades por él desveladas? ¡Para eso estamos *nosotros*! Realmente ¿qué es lo que esperamos? ¿Acaso ha de instruirnos el Club de Roma acerca de la misión histórico-mundial de la clase obrera? ¿Ha de ponernos él en claro que el comunismo dispone de fuerzas para acabar definitivamente con las crisis mortales? Estas son cosas que tenemos que saber *nosotros* y depende de nosotros llevarlas ahora de tal modo a las masas que éstas vean abrirse ante ellas una salida real, no ilusoria, de la crítica situación actual. *Nosotros* no excluimos, desde luego, la cuestión de clase. *Nosotros* la situamos en el centro mismo de nuestros análisis. Y tan pronto como lo hacemos, las advertencias del Club de Roma, asumidas por nosotros, pierden su cáscara ideológico-burguesa, dejan de ser utilizadas para inspirar con ellas no se qué pánico destinado a alternarse con el ilusionismo de los apóstoles del crecimiento en la preparación de la nueva ola de valorización del capital. A desenmascarar y combatir al Club nos veríamos obligados de rebasar éste las fronteras que él mismo se ha marcado —y que nosotros podemos respetar confiadamente como *sus* fronteras— bajo la presión de la burguesía y en una dirección conducente a la falsificación de sus propios resultados, a la retractación de las ideas por él expresadas. Si el Club se resiste a estos intentos, nosotros estamos obligados, con plena consciencia del valor sólo limitado de sus pronunciamientos, a recoger cada argumento que pueda plantear, cada propuesta que formule, a examinarlas cuidadosamente, a medirlas de acuerdo con nuestras escalas filosóficas, históricas, sociales y políticas y, si resulta de utilidad para la causa de la clase obrera, a incluirlas en nuestro programa. No hay porqué menospreciar al Club de Roma cuando llama a la protección de la biosfera, a economizar recursos.

A quien hay que odiar es a la burguesía, que a su manera capitaliza todo eso. Cosa que naturalmente le facilita el Club, pero que nosotros les facilitaríamos aún más de echar al viento sus advertencias, con el resultado, además, de que sería privilegio de la burguesía edificar sobre ellas sus estrategias.

## V.— CRISIS ECOLOGICA Y LUCHA DE CLASES

*DUVE:* De las respuestas dadas por usted hasta el momento, se desprende claramente que vería con agrado que los partidos de izquierda asumieran los llamamientos del Club de Roma.

*HARICH:* Me parecería correcto que lo hiciesen. Y de una cosa estoy convencido: que a la corta o a la larga lo harán.

*DUVE:* Los comunistas y los socialdemócratas reaccionan, desde luego, de maneras muy diferentes ante esos llamamientos. Pero ¿es que *usted* ya no hace diferencias *entre unos y otros*?

*HARICH:* La realización social de las recomendaciones del Club tienen las siguientes premisas: el derrocamiento de la burguesía, la instauración de la dictadura del proletariado y la construcción del comunismo. No veo que la socialdemocracia quiera ni pueda dar cumplimiento a estas premisas. Sin embargo, la tarea de luchar por la supervivencia de la humanidad sobre nuestro planeta se eleva hoy por encima de todas las fracciones del movimiento obrero internacional, sin que importe demasiado, a este respecto, si albergan una concepción revolucionaria o reformista y ha sido precisamente un hombre de estado socialdemócrata, Sicco Mansholt, el primero en vincular, a la vista de esta tarea, las propuestas formuladas por el Club de Roma a las ideas socialistas. La humanidad solo sobrevivirá si consigue detener el alud demográfico, poner límites al crecimiento económico, proteger a la naturaleza de los perniciosos efectos derivados de la producción industrial, mostrarse extremadamente ahorrativa

con los recursos naturales, en particular con las materias primas y con los combustibles no regenerables, superar rigurosamente el desnivel social entre el Norte y el Sur así como llegar a un desarme total y absoluto. Todos los planes y medidas orientados a conseguirlo están condenados al fracaso si no son impulsados por la clase obrera. Ahora bien, ésta escucha, en medida variable según los países, la voz de los partidos comunistas y socialdemócratas. A ellos les corresponde, por tanto, conducir a los trabajadores por este camino. Si la socialdemocracia sigue el ejemplo de Mansholt, contribuirá decisivamente a ello, aun cuando su "socialismo democrático" pueda ser contrario a las soluciones radicales que resultan históricamente inaplazables.

*DUVE:* Mientras que entre los comunistas —admito que con la excepción de los ejemplos mencionados de la Unión Soviética— solo encontramos chistes y burlas en lo que hace al debate sobre la limitación del crecimiento, hace ya años que los socialistas democráticos vienen ocupándose intensamente de estas cuestiones. Erhard Eppler, Joachim Steffen e incluso el proyecto de marco programático del SPD abordan muy seriamente la discusión. En el DKP y en los partidos comunistas europeo-occidentales se echan a faltar tomas de posición análogas. Sin embargo, en Occidente los partidos de izquierda —caso de que acepten las propuestas del Club de Roma— van a tener que ganar a los pueblos de las regiones industrializadas de la Tierra para que renuncien al aumento de su consumo, a un mayor nivel de vida. Y este es nuestro problema central.

*HARICH:* Da igual. Las limitaciones más sensibles, medidas en relación a su nivel de vida actual, tendrían que hacerlas las naciones de los países capitalistas industriales, en concreto los EE.UU., Europa Occidental y Japón, ya que hasta el momento son ellos los que consumen la mayor parte de la producción energética mundial y de materias primas, mientras que sus señores monopolistas saquean a los pueblos del Tercer Mundo o, al menos, los mantienen en el atraso.

*DUVE:* Sólo que —y ahí está nuestro problema— es posible que dificultemos la lucha por el socialismo democrático de

introducir ahora ya las consignas del crecimiento cero y de la renuncia al consumo.

*HARICH:* Eso depende de cómo se haga. Los partidos de izquierda deberían empezar ya, deberían empezar *ahora*, a exponer ante la clase obrera los motivos por los cuales en cuanto lleguen al poder tendrán que detener el crecimiento económico y ponerle al conjunto de la población, incluyendo a los trabajadores, limitaciones materiales. Pero, al mismo tiempo, tendrían que dejar muy claro que para alcanzar precisamente esos fines resulta necesario acabar con las relaciones capitalistas de producción y de propiedad y, por supuesto, deberían recomendar insistentemente a los trabajadores que prescindan de cualquier posible renuncia material mientras tales objetivos no hayan sido alcanzados.

*DUVE:* Pero, primero: la izquierda tampoco tiene ninguna panacea. Segundo: todo esto suena muy complicado.

*HARICH:* No es nada complicado. Los jóvenes trabajadores holandeses con los que habló Sicco Mansholt lo entendieron tan bien que ellos mismo fueron quienes lo propusieron al decir: "*¡Sacrificios sí, pero primero, fuera el capitalismo!*" Esta es la fórmula que en adelante deberían poner los partidos de izquierda en el centro de su agitación y propaganda. Los ideales ascéticos como tales están bastante lejos del proletariado. Pero siempre que ha sido necesario, el proletariado ha sabido demostrar que es una clase heroica: en los días de la Comuna de París, en las tres revoluciones rusas, en la guerra civil española, en la resistencia contra Hitler, en los innumerables levantamientos y huelgas políticas de masas y últimamente, de nuevo, en París, en el glorioso mayo-junio de 1968. El proletariado estará dispuesto a hacer cualquier sacrificio que la ciencia demuestre que es necesario en favor de la conservación de la biosfera, por la salvación de la humanidad de la destrucción, así como también por una vida mejor, más humana de los pueblos del Tercer Mundo. Pero para la burguesía no va a sacrificar nada, ni tiene por qué. La exigencia de contentarse en el marco del sistema capitalista con una vida sencilla y modesta será rechazada y con toda razón. E incluso suponiendo que el proletariado se dejara manipular por demagogos explotadores de los argu-

mentos de la ecología o de los llamamientos a una mayor calidad de vida, de tal modo que acabara aceptando la necesidad de hacer sacrificios en este marco, resultaría que tales sacrificios dejarían de tener sentido *precisamente* por hacerse en condiciones capitalistas. Para el capitalismo es imposible pasar de la reproducción ampliada a la reproducción simple, porque la acumulación de capital y la valorización del capital son sus leyes de vida. Por eso, cuanto menor es la parte del producto social bruto que obtiene la clase obrera, tanto mayores son las sumas que invierte la burguesía en la ampliación de un proceso de reproducción que destruye el medio ambiente y que devora materias primas. Otra cosa es imposible. Sólo el socialismo desconoce esta situación forzada. Sólo en el socialismo puede servir una limitación del consumo de las masas, de acuerdo con las metas fijadas por la planificación económica, tanto a objetivos propios de la reproducción ampliada como a objetivos muy diferentes, opuestos, como, por ejemplo, la protección de la naturaleza, la economía de recursos, es decir, exactamente a los objetivos que por motivos *extra-económicos* quiera fijarse el estado obrero y campesino.

*DUVE:* ¿La dictadura-anti-consumo del proletariado? El Club de Roma recomienda con urgencia la detención del crecimiento económico y la limitación del consumo y el desempleo y los aumentos de los precios tienen justamente estos efectos.

*HARICH:* Sólo que la biosfera no saca nada de esta situación. Mire usted a su alrededor, en el medio en el que vive usted, y pregúntese si el retroceso de la producción y el consumo, que en modo alguno ha sido algo pensado y planificado, sino que ha venido determinado espontáneamente por fallos sociales, va a tener alguna ventaja desde el punto de vista ecológico. Sólo con que dirija su mirada a la acumulación de basura más cercana se convencerá de que no es este el caso. Su decisión de aplazar la adquisición de un nuevo automóvil y de conservar aún durante un tiempo el antiguo, con sus escapes, no merma ciertamente su expulsión de sustancias nocivas. Quien espere del cambio de modo de vida del ejército de parados en una sociedad in-

dustrial capitalista un plus de protección de la naturaleza, podría, con la misma lógica, valorar favorablemente el aumento de casos de cáncer de útero como un signo esperanzador de que en el inmediato futuro va a detenerse el alud demográfico. Con ideas estúpidas y macabras de esta clase podrían llenarse programas enteros de cabaret. Pero incluso en el supuesto de que la recesión y la inflación tuvieran un efecto mínimamente apreciable de protección del medio ambiente, de ahorro de materias primas, entonces esto, desde el punto de vista ecológico, lo único que significaría es que el crecimiento económico no sería capaz de hacer frente a las insuperables barreras naturales que se le oponen con una presión continua y creciente, sino sólo con la alternancia del auge y de la crisis, fraccionando su presión en embates sucesivos. Y el próximo embate —de esto puede usted estar seguro— será tanto más contundente cuanto más a fondo cercenen ahora los monopolios multinationales a las masas populares sus cuentas bancarias y sus depósitos monetarios, con el fin de poder financiar la plena reestructuración de su aparato productivo.

*DUVE:* Usted no se suma, por tanto, al coro de quienes exigen "contención" de los sindicatos.

*HARICH:* Mientras el capitalismo exista, de ninguna manera. Ni en época de auge ni en época de crisis eso ya por consideraciones sólo de orden ecológico. Primero tendría que haber conquistado la clase obrera el poder político y haber creado con la socialización de los medios de producción unas condiciones completamente nuevas.

*DUVE:* Pero usted está mostrándose favorable a que el movimiento obrero *político*, es decir los partidos socialdemócratas y, en Francia e Italia, comunista de Occidente, sin tener en cuenta el auge o la crisis y sin contar con su apoyo a la lucha sindical, den a conocer abiertamente y por motivos ecológicos su intención de utilizar el poder que en su momento puedan alcanzar para detener el crecimiento económico y para reducir el nivel de vida de la población. Se trata de una opción electoral verdaderamente suicida, especialmente cuando ninguno de los países llamados socialistas ofrece una alternativa plausible.

*HARICH:* El movimiento obrero *económico*, representado por los sindicatos, no puede tener otros objetivos que luchar, en el marco del sistema capitalista existente, por los intereses materiales inmediatos de los trabajadores y empleados, por la mejora de su nivel de vida, por salarios más altos, por condiciones de trabajo más humanas, por la protección frente al despido, etc. El movimiento obrero *político* ha de solidarizarse con estas reivindicaciones, han de apoyarlas, pero además ha de tener también en todo momento una clara concepción de lo que es la transformación de la sociedad en su conjunto y asumirla abiertamente en todo lugar, una concepción cuyas metas vayan más allá del estrecho horizonte de las relaciones burguesas. Esta concepción hoy sólo puede ser realista si inserta en sus cálculos las predicciones de la ciencia y éstas indican que si el ritmo actual del desarrollo mundial prosigue sin alteraciones, la humanidad desaparecerá en dos o tres generaciones. Y esa concepción solo puede ser humana, es decir, digna de las tradiciones del movimiento obrero, si impide que esta perspectiva desaparezca de la conciencia pública con casos mentales como el de "después de nosotros". O sea, sólo puede ser humana si, penetrada de una voluntad apasionada, pone en juego todos los recursos disponibles para poner freno al fatal curso de las cosas. Para eso se necesita de un gran objetivo estratégico; se precisa, en concreto, de la voluntad de articular definitivamente a la sociedad humana y su cultura, para siempre, de un modo armónico con la biosfera. Y se necesita para ello un programa de acción con plazos precisos, calculado a largo plazo, que advierte de las catástrofes que nos amenazan, que desvele sin concesiones sus causas determinantes y que desarrolle un sistema científicamente fundamentado de medidas capaces de garantizar que esas causas van a ser radicalmente suprimidas.

*DUVE:* Suprimidas por un sistema de medidas muy impopulares.

*HARICH:* Tan popular como sea posible y tan impopular como *de acuerdo con el juicio de la ciencia sea necesario*. Ahora bien, cuanto más impopulares sean las medidas, tanto antes y tanto más sin tapujos hay que hacerlas plausibles

ante la opinión pública. Sólo así se gana credibilidad a largo plazo. La búsqueda de la popularidad que opere con falsas ilusiones e incluso con mentiras condena a un político a convertirse en flor de un día.

*DUVE:* Decía usted que la concepción debería ser realista. Ahora bien, la escala que la política tiene para determinar qué es realista y qué no lo es resulta que es diferente a la de la ecología. ¿No es poco realista creer que la población va a dar su voto mayoritariamente para llevar al parlamento a un partido que en el caso de su victoria prometa renuncias y sacrificios o, suponer, en su caso, que esa población iría a las barricadas por él?

*HARICH:* Yo hablo de un partido que, posiblemente, debería asumir de modo temporal el nadar contra la corriente, la corriente de la idea del bienestar, del fetichismo del crecimiento, de las ilusiones consumistas, la corriente de la ignorancia y de la irresponsabilidad en cuestiones ecológicas. Pero esto no significa nada. Los escasos marxistas revolucionarios que había a principios del presente siglo en las filas de la II Internacional, entre ellos Lenin, Liebknecht, Rosa Luxemburg, se vieron anegados cuando estalló la Primera Guerra Mundial por una enorme marea de chovinismo. Tres o cuatro años después, justo por eso, la confianza de las masas los elevó a dirigentes de la revolución. Y el partido que hoy asume el legado de Lenin, Liebknecht, Luxemburg, el partido que lo preserva y lo proyecta al futuro es bien conocido. Es igualmente sabido que, entretanto, este partido no ha olvidado cómo se nada contra la corriente. Ha reconocido, por ejemplo, el carácter definitivo de la frontera Oder-Niese y la realidad de la RDA ya en una época en la que los dirigentes derechistas del SPD ponían aún sus esperanzas en las ligas de refugiados.

*DUVE:* Por lo que hace a las ideas de bienestar y al fetichismo del crecimiento, la verdad es que por ahora no parece que el DKP u otros partidos comunistas de Europa Occidental se sientan inclinados a nadar también contra *esta* corriente. Le recuerdo las manifestaciones de Guy Biolat y de Edgar Gärtner. Pero suponiendo que tal cosa cambiara ¿qué tendría que suceder para que la corriente llegase arriba y no

volviera a descender? La prédica de la renuncia no es la mejor para conseguir votos y aún es menos adecuada para desencadenar revoluciones.

*HARICH:* No se puede olvidar que la revolución de los puritanos actuó, históricamente, como partera de la sociedad burguesa. Y predicaba la renuncia.

*DUVE:* Aquellos eran otros tiempos. Por lo demás, se predicaba a otra clase. Usted mismo acaba de subrayar que los ideales ascéticos son extraños a los trabajadores.

*HARICH:* Para añadir que igualmente el proletariado es una clase heroica. ¿En qué se basó el éxito histórico de los puritanos? Las fuerzas productivas de la sociedad burguesa estaban en el siglo XVII aún tan poco desarrolladas, que la renuncia al consumo en beneficio de la acumulación de capital coincidía con el interés de aquella primera burguesía. El motivo es ahora incomparablemente más fuerte: en lo sucesivo, para poder sobrevivir como especie en este planeta, la humanidad va a tener que privarse de muchas cosas porque, entretanto, las fuerzas productivas, en particular por la automatización, han alcanzado un nivel de desarrollo ya no superable, de tal manera que a partir de ahora el proceso de acumulación del capital choca con el límite último, absoluto, detrás del cual sólo acechan los demonios de la aniquilación de la vida, de la autodestrucción de toda vida humana. La humanidad no sabe esto todavía. Una pequeña vanguardia de sus científicos lo sabe. La burguesía tardía, y a su cabeza los monopolios multinacionales, decidida a arriesgar el hundimiento de todos antes que abandonar el puesto de mando de la historia, ha sabido borrar aceleradamente de las cabezas la vaga intuición que, imprevistamente, se difundió en 1972/73 en la consciencia de amplias masas por un momento a raíz de las computadoras del Club de Roma, de sus diagramas estadísticos difícilmente descifrables. Y aquellas cabezas no recibieron mal el mensaje, porque la sensación de morir atado por el propio tobillo cuando se produzca el atentado, genera a la larga malestar. Ampliamente difundido, rápidamente malbaratado, olvidado enseguida de nuevo, el estudio del MIT comparte con las demás sensaciones de la sociedad del derroche, con el

trasplante de corazón y el primer viaje a la Luna, con la APO y con la concesión del Premio Nobel de la Paz a un canciller alemán de postguerra, el destino de suscitar hoy ya sólo el bostezo, por más que las advertencias del estudio ganan exponencialmente en actualidad con cada minuto que pasa. Hoy los enemigos mortales de la burguesía, los comunistas, han de arrebatar el peligro mortal de la amnesia de los cerebros sobrecargados de novedades. Ahora su agitación, martilleando sin descanso, ha de poner de manifiesto sin desmayo ante la gente lo que les espera a ellos mismos, a sus hijos y a sus nietos en caso de que las cosas sigan como hasta ahora. Y sólo cuando los comunistas hayan dado cumplimiento a este deber habrá dejado de ocultársele a la sociedad de las regiones industrializadas en su gran mayoría que un clima previsible, un aire respirable, una paz duradera, una existencia asegurada, la salud de alma y cuerpo son muchísimo más importantes que el bienestar, un bienestar que además ha de comprarse al precio mucho más caro de una histerizante presión para rendir, para trabajar, al precio del *stress*, de las frustraciones de todas clases, de la depresión cultural. Ahora bien, mucho más vital para los trabajadores es la integridad del internacionalismo proletario, el cual se perdería si, con millones de niños hambrientos del Tercer Mundo a la vista, no pensasen en utilizar su poder futuro para compensar el desnivel de bienestar entre el Norte y el Sur.

*DUVE:* ¿Qué propone usted?

*HARICH:* Propongo a los partidos comunistas que en su agitación y en su propaganda orientada contra el capitalismo incluyan campañas de esclarecimiento acerca de las catástrofes que nos aguardarán si se mantiene la crisis ecológica. Los elementos de demostración científica de la justeza de sus argumentos deberían extraerlos los comunistas de los estudios del Club de Roma. Como salida salvadora deberían propagar una variante ascética del comunismo, la renuncia al consumo, que es considerada por la ecología, desde luego, como una necesidad vital, todo ello con la garantía más estricta de justicia social, por supuesto. Dos cosas querría añadir para completar lo dicho. Primero, que

no se trata *sólo* de la garantía de la justicia social en el reparto de los bienes de consumo aún admisibles según ciertos criterios ecológicos —si bien éste no deja de ser un punto de vista absolutamente esencial— sino, aún más, y como ya decía: que la limitación del consumo en condiciones capitalistas favorecería la ampliación de la reproducción, que es precisamente lo que se trata de impedir. En segundo lugar, los argumentos a difundir en las campañas de esclarecimiento no deberían tomarse exclusivamente de los estudios del Club de Roma. Estos son, desde luego, una auténtica mina en cuanto a pruebas contundentes en lo relativo a la explosión de la población, a la crisis de las materias primas y a la crisis alimenticia mundial, pero no son, ni de lejos, exhaustivos lo relativo a la crisis ecológica en sentido estricto, a saber, en lo que hace referencia a la sobrecarga del medio ambiente por la civilización industrial. Con respecto a este punto habría que utilizar literatura complementaria y sobre todo el muy importante *Doomsdaybook* de G.R. Taylor. Igualmente habría que recomendar la utilización y la popularización de todas las competentes aportaciones presentadas por los expertos soviéticos al simposio de Moscú sobre "Hombre y medio ambiente". El estudio del MIT tiene una limitación: acaso, sin duda, por su relativamente fácil cuantificación para las computadoras, sólo escoge, de entre los muchos factores que sobrecargan y destruyen el medio ambiente, uno, la emisión de sustancias nocivas.

*DUVE:* ¿Acaso no es éste el componente más peligroso de la contaminación del medio ambiente? ¡Recuerde usted la catástrofe del mercurio en Minamata, en Japón!

*HARICH:* ¿Qué dice? Al lado de lo que nos aguarda si seguimos como hasta ahora, Minamata, con todo su horror, no es sino un pequeño e inocente accidente de empresa del que no vale la pena ni hablar. La cosa empieza con que ya en la expresión "*contaminación* del medio ambiente" —también la prefiere el estudio del MIT— viene contenido todo un mundo de optimismo e inocuidad. Por eso yo utilizo esta palabra de mala gana. Una palabra que viene a ser más bien asociada con la imagen de la parcela de bosque llena de viejos botes de conserva vacíos. Se piensa, si

acaso, en el *smog* y en los escapes de los coches y se piensa acto seguido que el problema se soluciona instalando aparatos de filtro. Cuando se conoce la naturaleza real de las cosas un poco por encima de la media, la referencia "Minamata" no despierta demasiado espanto: la gente se tranquiliza con la idea de que en aquel lugar, después de los 15.000 inicialmente afectados por la toxicidad del mercurio, ya no se dieron más casos. Solo que lo que está en juego es otra cosa: no se trata, en modo alguno, tanto de que se "contamine", por muy tóxica que pueda ser esa contaminación, como de que estamos en trance de destruir por completo la base natural de la existencia humana y animal. La emisión de sustancias nocivas de toda índole —de asbesto, de plomo, de cadmio, de mercurio, etc., así como los desperdicios radioactivos como el estroncio o el yodio, el criptón y el tritio— contribuye de una manera esencial a la catástrofe, no quiero negar esto. Ella sola bastaría para acabar con nosotros en un plazo dado, sea de manera directa, por medio de una muerte progresiva a causa de la toxicidad, sea por el camino indirecto de la alteración de los ciclos naturales que son vitales para nosotros. Pero existen, en parte combinadas con las sustancias nocivas, en parte independientes de ellas, otras fuentes de peligro igualmente grandes de las que se habla muy poco.

*DUVE:* Antes citaba usted las advertencias de Medunin respecto del perjuicio que pueden causar los aviones a reacción y los pesticidas al ciclo global del oxígeno.

*HARICH:* Sí, antes y por motivos polémicos seleccioné las citas de tal manera que la cosa quedara claramente delimitada frente a las dudosas conquistas defendidas por Biolat. Respecto de los aviones a reacción, de los cuales hay tres mil volando constantemente por el aire, habría que decir que hay otros muchos devoradores que añadir a la cuenta, algunos del calibre de los altos hornos. Al fitoplancton le atacan las averías de los petroleros no menos que los pesticidas. Si se considera el problema en toda su dimensión, resulta que el conjunto de los procesos de combustión que se verifican en la Tierra pronto van a consumir más oxígeno que el que puede reproducir la fotosíntesis de las plantas del mar y de

la tierra, sobre todo cuando éstas se ven cada vez más atacadas por la concentración, mayor cada vez, de sustancias nocivas en el océano y por la aniquilación de los bosques. Las tasas actuales de crecimiento de las instalaciones industriales y el tráfico cada vez mayor se mueven en dirección a un punto en el que, un día no lejano, se alcanzará la concentración de oxígeno mínima indispensable para el mantenimiento de la vida. Si se sobrepasa ese límite inferior, la atmósfera terrestre se volverá a transformar en una especie de atmósfera primitiva en la que la vida, para la que el oxígeno es indispensable, no podrá seguir existiendo. Ya hoy los EE.UU. regeneran en el país solo el 60 % de su consumo de oxígeno, mientras que más al sur los fascistas brasileños se disponen a roturar las selvas vírgenes del Amazonas. Aún más: es difícil advertir con la suficiente penetración acerca de las terribles consecuencias que a la larga o a la corta van a tener las alteraciones climáticas, el cambio de clima, determinadas por el crecimiento económico. Tales alteraciones han sido generadas por los procesos de industrialización y tienden en parte a una nueva era glacial y en parte a provocar la muerte por calor, de manera que nadie sabe cómo y a través de qué catástrofes climáticas van, —de ocurrir así, cosa que se ignora—, a compensarse. Las últimas y anómalas temperaturas invernales no permiten esperar nada bueno. Muy bien pudiera ocurrir que en el futuro los países mediterráneos y California tuvieran el clima de las zonas desérticas de Africa, con todas las devastadoras consecuencias de esto para la agricultura y para el aprovisionamiento de agua a las ciudades. Habría zonas de Sahel atravesando Europa, atravesando los EE.UU. Esta previsión me parece la más probable. Con el cemento y el asfalto, con la construcción de ciudades, con la agricultura de amplios espacios, con la instalación de pantanos, ampliamos cada vez más el albedo, que es como los astrónomos llaman a la relación entre energía solar directamente recibida y energía solar reflejada. Al mismo tiempo, todos los procesos de combustión transmiten calor a su alrededor, un calor que, de otro lado, es en las centrales nucleares cien veces mayor que las centrales térmicas tradicionales de capacidad comparable. De

estos dos factores condicionados por la civilización, yo lo que temo es que coincidan peligrosamente en los últimos años con la onda larga natural, determinada cósmicamente, del ritmo climático que según estimaciones de Schnitnikov (Leningrado) y Minstanley (Londres) va a comportar de todos modos hasta el primer tercio del siglo que viene un calentamiento creciente con periodos de sequía cada vez más frecuentes y que permite a Lenk (Saarbrücken) predecir incluso la iniciación de un "verano astronómico" de una duración de siglos. Ahora bien, como es natural, también puede ocurrir eventualmente que la razón esté de parte de la hipótesis de la edad glacial, que toma como punto de partida el ennublamiento cada vez mayor como consecuencia del ensuciamiento industrial del aire. Sea como sea: el clima no es tan estable como hemos supuesto tradicionalmente. Se mueve en un equilibrio inestable sobre el que influimos, perturbándolo, con consecuencias imprevisibles. Luego está también el problema creciente de los terremotos de los cuales algunos creen injustamente —lo que sería de todos modos bien grave para los directamente afectados— que se trata de meras catástrofe locales. En realidad los terremotos pueden causar tensiones en la corteza terrestre en miles de millas, que en determinadas condiciones favorecerían otros movimientos, en lugares muy diferentes. También esto empieza a convertirse en una fuente de peligros mortales, ya que simultáneamente proliferan los reactores nucleares así como el emplazamiento de desperdicios atómicos en viejas minas de sal. Los japoneses construían antiguamente sus casas de un material tan ligero que al hundirse sobre sus habitantes en caso de terremoto no los mataban. Ahora se ha instalado al norte de Tokio, que es un desierto de cemento, como cualquier otra gran ciudad, a 3.510 metros de profundidad un punto de observación sísmica gracias al cual se espera —¡se espera!— poder captar y señalar una onda sísmica 10 segundos antes de su llegada, para luego en unos segundos —piénsese lo que significa— poder desconectar las centrales nucleares, las redes de suministros de gas y energía eléctrica, poder cerrar las llaves de paso del petróleo, para los trenes para, como

suele decirse, "evitar lo peor". Esta locura —no otra cosa es construir centrales nucleares en una zona sísmica natural, tradicional— tiene lugar ahora en el Japón, un país del que cabría haber esperado un olvido menos rápido de sus terribles experiencias con la muerte atómica. En otros lugares, la construcción de embalses, la perforación de profundos agujeros para depositar desperdicios peligrosos y las explosiones atómicas subterráneas, procuran generar perturbaciones duraderas o súbitas agitaciones encaminadas a producir, por un juego de probabilidades, terremotos artificiales, fabricados por la mano humana. Y en un panorama de seísmos que proliferan sorpresivamente en las cuatro esquinas del mundo va y se propone, como consuelo ante la preocupación del Club de Roma por la amenaza de agotamiento de las materias primas no regenerables, las fantasías de posibles perforaciones en profundidades aún no imaginadas que quizá algún día sean necesarias para continuar, o la excavación de minas bajo el fondo de los océanos. Finalmente, el siempre precario problema de nuestro aprovisionamiento de agua...

*DUVE:* ...luego de las calamidades del agua viene la crisis mundial de la alimentación, no remediada por los fertilizantes minerales, que por una parte esquilman la tierra, mientras que por otra tienen también efectos perturbadores sobre el medio ambiente...

*HARICH:* Muy bien, eso es lo que hacen...

*DUVE:* Sí, pero eso nos introduce demasiado en los detalles. Para resumir, usted piensa que se nos vienen encima terribles catástrofes naturales provocadas por nosotros mismos en la medida en que no frenamos el crecimiento económico.

*HARICH:* No sólo se nos vienen encima catástrofes inmediatamente naturales. Las catástrofes socialmente mediadas de la crisis ecológica no son menos amenazadoras.

*DUVE:* ¿Qué quiere decir con esto? A mí me estaba pareciendo que las catástrofes que usted estaba profetizando también estaban "socialmente mediadas".

*HARICH:* No, me refería a catástrofes que en caso de suceder, tendrían causas sociales; son cosas diferentes. Hay que

conocer y diferenciar las categorías de las catástrofes. Están, primero, las catástrofes naturales simples, en cuya generación la actividad humana no tiene ninguna participación, como, por ejemplo, los terremotos clásicos en los márgenes de los continentes. En segundo lugar, hay que contar con las catástrofes naturales por causas sociales. De éstas todavía no hemos podido sino gustar aquí y allá un cierto sabor aún inocuo. Proceden de la actuación del hombre sobre la naturaleza.

*DUVE:* Involuntariamente, por los efectos derivados perturbadores del medio ambiente del proceso de producción.

*HARICH:* En general, sí. Pero, en circunstancias, también intencionadamente, como en una guerra en la que se utilizan medios de destrucción masiva atómicos, bacteriológicos y químicos.

*DUVE:* Es una subcategoría. Excluyámosla.

*HARICH:* En tercer lugar, la actuación de la sociedad sobre la naturaleza puede crear una situación tal que de nuevo la sociedad se vea impulsada a buscar una salida en una catástrofe: en una guerra instrumentada en el peor de los casos con armas del sistema ABC.

*DUVE:* Según la concepción marxista, jamás son los datos naturales, sino siempre los antagonismos sociales los que determinan las guerras.

*HARICH:* Seguro, tampoco yo niego la preponderancia de tales antagonismos. De todos modos, también esto ha de ser, de alguna manera, replanteado en una época en la que el crecimiento económico choca con barreras naturales insuperables. En las condiciones que determina la crisis ecológica, los factores naturales y los factores sociales se entremezclan de un modo inédito. Tome usted la guerra del bacalao. La sociedad ha explotado en demasía los bancos de pesca existentes en torno a Islandia. Para proteger este recurso, sujeto a unos límites naturales, Islandia amplía sus aguas jurisdiccionales. Gran Bretaña y la República Federal declaran que no están dispuestas a reconocer este hecho como legal. Así se llega entre ellas e Islandia a los conocidos pequeños actos de violencia en torno a los pesqueros, a la captura de artes de pesca, etc. O tome usted la escalada

de ese conflicto cualitativamente de nuevo tipo y propio de la época de la crisis energética: la imbricación entre el antagonismo árabe-israelita, una materia de conflicto bien clásica, puramente intra-social, y el hallazgo de petróleo en determinadas regiones árabes, dándose la circunstancia de que las existencias de petróleo se agotarán en un futuro próximo, con el nivel por lo demás subdesarrollado de los Estados árabes, con la avidez de petróleo de las regiones industrializadas, con la caza y captura, por parte de los monopolios multinacionales, de los beneficios extraordinarios, etc. Me estoy refiriendo a una cosa: si los EE.UU. se decidiesen un buen día a verificar la amenaza de agresión de Kissinger contra los estados árabes exportadores de petróleo, nos encontraríamos ante una catástrofe en la que la crisis ecológica (a saber: el choque agudo —o lo más agudo previsible— de la civilización industrial y de su crecimiento económico contra una barrera natural, que en este caso sería la posibilidad de agotamiento de los recursos petrolíferos) no se pondría claramente en un primer plano, como en el caso de una catástrofe natural por causas sociales, sino a través de la mediación de un antagonismo intra-social, que en este caso sería el antagonismo entre los intereses del imperialismo americano y los pueblos del Tercer Mundo por él saqueados.

*DUVE:* Esto significa que entre las catástrofes que se nos vienen encima, usted caracteriza como de mediación social aquellas que, si bien han de reducirse en última instancia también al pillaje sobre la naturaleza, adoptan, antes de que sus consecuencias naturales aparezcan a la luz del día como inmediatamente catastróficas, la forma de conflictos armados entre Estados y continentes enteros.

*HARICH:* Lo que en un mundo como el nuestro, armado hasta los dientes, cuyo potencial nuclear de destrucción puede llegar hasta varias veces la destrucción de la humanidad, sería justamente una catástrofe de dimensiones no menos graves que la muerte por calor o la ausencia de oxígeno. Añado a esto: las catástrofes ecológicas de mediación social también pueden ser vencidas, igual que las naturales sin mediación, de la manera más segura y eficaz

realizando el comunismo y frenando, sobre su base, el crecimiento económico y limitando el consumo. Dicho de otro modo: la lucha política que tiende al comunismo sirve, y no en última instancia, al mantenimiento y a la seguridad de la paz mundial.

**DUVE:** En una palabra: está usted convencido de que el fetichismo del crecimiento y el pensamiento del bienestar no van a poder sostenerse a la larga frente a una campaña de esclarecimiento que opere con estos argumentos, especialmente si las catástrofes acerca de las que entretanto se previene empiezan a convertirse en agudas.

**HARICH:** Sí, de esto estoy firmemente convencido y pienso que con motivo, ya que desde hace tiempo en los países industriales capitalistas se hacen notar, de manera confusa, no muy claramente definida, contracorrientes que se oponen a aquellas ideologías hoy procapitalistas, que las socavan y hacen ceder. Como idea más claramente favorable al pensamiento ecológico tenemos, por supuesto, el viejo movimiento naturista, que se renueva, rejuvenece y gana terreno día a día. Aun cuando inicialmente inocuo y apolítico desde siempre, el naturismo articula y organiza aspiraciones que en la época de la crisis ecológica liberan un potencial tremendamente valioso que no se puede subvalorar. Claro que todavía no es consciente de su auténtica significación. Pero esto empieza a cambiar. Pues en la misma medida en que los naturistas provean a las iniciativas cívicas de argumentos científicamente fundamentados, se incorporarán ellos mismos también a la lucha política: se trata de un proceso que promete mucho. Más cosas: la actitud contraria al consumo, aun sin apoyarse en el conocimiento de la ecología, fue ya un rasgo destacado de la Nueva Izquierda de los años sesenta y de comienzos de los setenta: los hippies, los *gammlers* (\*), los —como los llama Roszak— “contraculturales”, pero también la rebelión estudiantil, la APO, todo el neoanarquismo hasta el extremo anarquista que finalmente nos ha deparado ese radicalismo típicamente alemán en forma del grupo Baader-Meinhof. Piense usted que Gudrun

(\*) Movimiento juvenil alemán similar a los citados. (T.)

Ensslin y Andreas Baader, antes de pasar a la Fracción-Ejército Rojo, fueron juzgados por incendiar unos grandes almacenes. Por mucho que haya que decir de su actividad, que ya entonces era recusable por carecer políticamente de sentido, su motivación cuenta, de todos modos, con un núcleo justificado. Prender fuego a los grandes almacenes no conduce a nada, excepto a poner en peligro la vida de personas inocentes. Políticamente sólo puede perjudicar, claro está. Sin embargo, un plan económico mundial comunista, penetrado por el espíritu del incendio de los grandes almacenes, quiero decir: barriendo con sus índices de los estantes el derroche de material acumulado en los grandes almacenes, sería desde el punto de vista ecológico beneficioso para la humanidad; eso también está claro. Una cosa análoga puede decirse sobre otro rasgo característico de la FER: su solaridad, exarcebada hasta el fanatismo, con el Vietnam, expresada de la manera más contundente con el atentado realizado en Heidelberg contra el cuartel general americano. Como medio de lucha política, los atentados aislados son inservibles, eso hay que admitirlo. La historia del anarquismo, del populismo ruso, así como la de los Tupamaros, lo demuestra. Que los atentados, en las condiciones reinantes en la República Federal de 1972, hubieren podido desencadenar una guerra de guerrillas conducida por las masas populares contra los imperialistas americanos para descargar al pueblo vietnamita, era una ilusión ajena a la realidad; qué duda cabe. Pero ¿acaso la supervivencia de la humanidad no depende de una ayuda para el desarrollo, que no se puede quedar en la exportación de capitales, sino que ha de ser solidaridad desinteresada, dispuesta a sacrificios, con la meta declarada de compensar el desnivel en cuanto a *standard* de vida que existe entre el Norte y el Sur si es que hay que ayudar realmente al Tercer Mundo, y con él en última instancia a nosotros mismos? Plantear la cuestión quiere decir reconocer que la convicción que se manifiesta en el atentado de Heidelberg pertenece a uno de los síntomas más alentadores de la época, quiere decir confiar en que prenda, si bien aparejada con la razón política, sin aventurerismo anarquista, en

la sociedad de las regiones industrializadas y que fructifique en su suelo duraderamente.

*DUVE:* En relación con lo que acaba de decir acerca del atentado de Heidelberg, en el que, de todos modos, murieron ciudadanos americanos, creo que señala el sentido de los peligros hacia los que avanzamos en cuanto el debate de la limitación nos depara una "revolución de las expectativas decrecientes" a escala global. Sobre la base de algunos conocimientos y algunos datos globales, hay un nuevo plano de justificación del que se puede servir un terrorismo anarquista incontrolado y revestido con la idea de la responsabilidad global: el anarquismo y el terrorismo que actúe globalmente va a cometer, en cualquier momento y en cualquier ocasión, contra cualquier persona, y sirviéndose de cualquier medio, incluso la acción más brutal con la excusa de la responsabilidad global. Me parece que en nuestra nueva conciencia de responsabilidad global tenemos no sólo una gran ocasión para hacer frente a las amenazas, sino igualmente un peligro tremendo. Yo temo que espíritus calenturientos en política, así como anarquistas criminalizados, precipiten a los órdenes políticos en una permanente guerra civil a escala universal que acabe, entre otras cosas, con aquellas libertades que para nosotros, los socialistas democráticos del Oeste, constituyen la premisa de cualquier auténtica alternativa a la política del crecimiento. Creo que menos que las conquistas socialistas, ha sido el omnipresente poder del Estado lo que hasta la fecha ha salvado a la URSS y a la RDA de las formas de manifestación del anarquismo con justificación global. ¡Y usted ve en él —muy significativa— reserva táctica!

*HARICH:* Yo sólo he hablado de los motivos originales en los casos que me eran conocidos. Dejemos al margen la cuestión del anarquismo. Usted ya sabe que yo soy adversario del anarquismo. El acuerdo potencial, por lo demás, es para mí de una composición mucho más amplia y aún más variada. Yo lo que afirmo es que incluso la ola de nostalgia, por mucho que venga manejada en sentido reaccionario, por mucho que esté comercializada y sea desplazada por el comercio a los canales del consumo, presta atención a una ne-

cesidad de la época que podría fácilmente reconvertirse para la lucha contra el fetichismo del crecimiento y el pensamiento del bienestar. Permítame que cite un par de pasajes muy expresivos del *Spiegel*: "El que es «in», se siente nostálgico y se deleita... con la añoranza de las insignificancias y de las cosas importantes de un pasado radiante... Como si se tratara de coca-cola o ketchup, el imperialismo del consumo americano invade ahora al viejo continente con sus nuevas pasiones, la regocijada añoranza del paraíso perdido, de su aparente inocencia... Cansados de la perfeccionada técnica, del diseño relamido de los Hülsta, Braun y Knoll, ahogados en una vida cotidiana racionalizada, estos privilegios han huído de la dura realidad para ir a refugiarse en un romanticismo lleno de cachivaches de confección casera... La nueva mixtura de sentimientos hecha de aire del campo y gusto por lo antiguo, de añoranza de una naturaleza no contaminada y de una cultura que pertenece al pasado, ha puesto en marcha también en la cosmética y en la moda nuevos movimientos... También en el ascendente cada vez mayor del teatro popular, de las piezas dialectales, del realismo a ras de tierra de los recuperados Horváth y Marieluise Fleisser, de los Kroetz y Fassbinder se percibe un aspecto de nostalgia: fuera el asfalto, vayamos a la simplicidad, a lo natural."

*DUVE:* Lo que Vd. quiere, señor Harich, sin embargo, es la revolución. La nostalgia es justo lo contrario: apartamiento de la política, hundimiento en la melancolía y el desánimo. En el artículo se cita a Zwerenz: "La gran revuelta ya ha pasado, ha quedado la gran nostalgia." Luego dice: "Lo que queda lo generan los nostálgicos: una atmósfera de fracaso, de incredulidad ante el futuro." Hay una cita de Alfred Schmidt: "Cuanto más se incrustan adicionalmente las naturalezas humana y extrahumana, cuando se destruye..."

*HARICH:* Justo, justo: la naturaleza incrustada, incluso destruida. La Escuela de Frankfurt también se da cuenta ya.

*DUVE:* Pero vea lo que sigue diciendo Schmidt: "...tanto mayor es la búsqueda de la inmediatez que ha desaparecido. Esa nostalgia por lo natural e incontaminado puede ser negativa si se manifiesta como regresión."

*HARICH:* De acuerdo. *Puede, si se manifiesta de esa manera.* Pero con el proyecto comunista se manifestará de una manera muy distinta. Los comunistas no son unos románticos, unos idealistas, bien lo sabe Dios, como tampoco son ascetas o puritanos. Pero nunca, jamás se conformarán con que la humanidad esté condenada a la desaparición. Se opondrán a esa dinámica con todas sus fuerzas, con su inteligencia, su heroísmo, su sacrificio y con toda su agudeza y visión política. Así pues, si los comunistas, *dando esto naturalmente por sentado*, hacen suyo el claro juicio de la ciencia, formulado no sólo por Forrester y Meadows, sino también por hombres como Kapiza, Rytschkov, Budyko, Medunin, de que la protección global a la naturaleza y el uso ahorrativo de los recursos naturales constituye el único medio susceptible de conjurar el desastre y si relacionan esta idea con la visión, que les es familiar por *El Capital* de Marx, de que el capitalismo está forzado, al precio de su hundimiento, a dar continuidad a la reproducción ampliada, lo que excluye completamente la protección de la naturaleza y la economía de los recursos, si lo hacen suyo, decía, llegarán necesariamente, inevitablemente, a una concepción del comunismo que adecue la satisfacción de las necesidades humanas a la conservación de la biosfera, un comunismo que, por tanto, hará nacer en las regiones industrializadas una forma de vida más sencilla, más modesta, menos trepidante que dará, de esta manera, satisfacción asimismo a las añoranzas no carentes, en el fondo, de justificación que se entremezclan en la ola de nostalgia. Permítame que recuerde de nuevo, desde este punto de vista, las siguientes palabras acerca de los "nostálgicos de izquierda" que aparecen en el artículo del *Spiegel*: según Ernst Bloch, se dice en él, el comunismo "hará aparecer en el mundo algo que a todos suena a la infancia y donde aún no ha estado nadie: una patria." "Pero", añade *Der Spiegel*, "como frente a la esperanza perdida incluso el futuro de «patria» de Bloch no parece en condiciones de ofrecer nada más que una recalcitrante consciencia de refugiados, como en lugar del paraíso nacional futuro pensado aún por Herbert Marcuse, los profetas del medio ambiente predicen a este mundo de suciedad y

horror un final reventando en una muerte causada por el hambre, la suciedad y la energía, las perspectivas halagüeñas van convirtiéndose cada vez más en tristes retrospectivas." Sí, así es. Pero ¿por qué es así? Porque tanto Bloch, como Marcuse, como los más importantes representantes filosóficos —próximos a Lukács— de la izquierda de la época anterior a la crisis ecológica concebían y describían el comunismo, esa patria, aún como una sociedad de la abundancia. Pero ¿qué pasa cuando ya sólo puede ofrecer seguridad patriótica sin abundancia? Pues que a los "nostálgicos de izquierda" que descubre *Der Spiegel*, que empiezan a acercarse con sus "retrospectivas" a esta cuestión —encontrándose así de la mejor manera en un camino directamente orientado a descubrir de nuevo las bellezas del estado de inocencia de Rousseau— les llega el momento de volver a desprenderse de una buena parte de su tristeza. Lo único que quiero decir con todo esto es que cuando la sociedad se aproxima a un gran punto de inflexión histórica, la intuición de las decisiones necesarias que van madurando acostumbra a manifestarse con determinaciones temporales siempre confusas, poco claras, muy contradictorias, que pueden también malbatarse, en forma de una búsqueda desesperada, que puede desviarse en direcciones falsas, y eso hasta que la teoría revolucionaria pronuncia la palabra redentora que ayuda a tomar consciencia a los que antes buscaban inconscientemente, de tal manera que las mixtificaciones regresivas de las que anteriormente estaban presos, quedan ahora al margen. Un comunismo que renunciase a la abundancia sería la solución en base a la que podrían unirse los que quieren la protección de la naturaleza, los nostálgicos y la nueva izquierda derrotada y desalentada y unirse de una manera tal, que se vieran al mismo tiempo libres de la confusión y de los ingredientes reaccionarios de las ideologías que los separan a unos de otros.

*DUVE:* Los trabajadores, que son en quienes usted confía sobre todo, ni están aquejados de nostalgia ni tienen demasiado que ver con la Nueva Izquierda.

*HARICH:* Pero ellos son ahora los más duramente afectados por los sufrimientos ligados a la crisis capitalista, que ante-

riormente fueron los que más se desgastaron con el fuerte ritmo del auge capitalista. La problemática del medio ambiente, como lo demuestran los resultados de la encuesta publicada por el *Humanité-Dimanche*, no les es, en gran medida, ajena. La crisis del petróleo, entremezclada con el conflicto del Próximo Oriente, les hace temer por el mantenimiento de la paz mundial y les enfrenta, al mismo tiempo, tanto con el agotamiento de los recursos como con las manipulaciones sobre los precios por parte de los monopolios, monopolios que saben muy bien cómo sacar beneficios tanto de la amenaza de escasez como de la escasez aguda. Algo funcionaría realmente mal si, en estas condiciones, un trabajo de propaganda orientado al tránsito al comunismo y que relacionase entre sí argumentos de carácter político, social y ecológico, encontrase oídos sordos en la clase obrera.

*DUVE:* Pero es un comunismo de racionamiento de los bienes de consumo lo que se trataría de propagar.

*HARICH:* El capitalismo también raciona los bienes de consumo por medio de los precios, y esto quiere decir: los raciona de manera injusta, los raciona de tal manera que los ricos jamás se privan de vivir en la abundancia de toda clase de gustos, placeres y vicios, mientras que las masas han de apretarse el cinturón. Por otra parte, puede demostrarse, como ya he expuesto antes, que de esta clase de racionamiento no se obtiene, ecológicamente, nada bueno.

*DUVE:* La advertencia frente a las catástrofes ecológicas que nos amenazan, tanto las naturales como las de medición social, debería, para ser ya ahora directamente evidente —ahora, es decir, antes de que la evolución catastrófica que parecen confirmar resulte irrefrenable— partir de la crítica de aquellos procesos de acabado industrial y de aquellos productos de la industria que resultan particularmente destructivos para el medio ambiente. ¿Cómo va a plantearse la izquierda simultáneamente luchar contra los sectores industriales afectados y hacer que los puestos de trabajo de esos mismos sectores no queden afectados? Mencionaba usted el ejemplo del "Concorde" y decía que el hecho de que Biolat justificara su construcción era algo ecológicamente irresponsable y equivocado, pero comprensible por la cues-

tión de los puestos de trabajo. ¿Cómo tendría que actuar Biolat ante este choque de deberes?

*HARICH:* Los puestos de trabajo no son un fin en sí mismos, no son un valor en sí, sino el lugar donde las personas ganan su sustento vital. Hay que luchar para que el sustento vital quede intacto y garantizado cuando ante lo que se está, es ante una producción que destruye el medio ambiente. Y a la vez, hay que luchar por acabar con ello. Una cosa no excluye a la otra.

*DUVE:* Pero ¿cómo se traduce esto en la práctica? Quién saldría valedor del sustento vital de 48.000 asalariados si el gobierno francés, bajo la presión de una opinión pública en lucha por la protección del medio ambiente, se viera obligado a suspender la construcción del "Concorde"?

*HARICH:* Valedores tendrían que ser los señores monopolistas y el mismo gobierno, que han puesto en marcha una producción ecológicamente irresponsable. Así entiendo yo el "principio de responsabilidad subsidiaria", tan alabado por los demás. De los que mandan habría que exigir que abonasen a todos los que perdiesen su puesto de trabajo su salario y sustento íntegros hasta que se hallara para ellos un nuevo y adecuado puesto de trabajo.

*DUVE:* El dinero necesario no provendría entonces de los impuestos, sino de la "maquinista". Una política así haría ingobernable a un país moderno.

*HARICH:* A un país industrial capitalista, seguro. La lucha por imponer reivindicaciones sociales y la lucha simultánea en pro de una protección radical y global al medio ambiente pondrían al régimen entre la espada y la pared. Pero eso no, sería malo. La izquierda no está para prolongar la vida de un régimen capitalista y menos aún cuando dispone de una concepción que permitiría lograr una armonía entre la satisfacción de las necesidades de todos los hombres que trabajan y la protección de la biosfera.

*DUVE:* Sí, la concepción de un comunismo de racionamiento. En su opinión, el socialismo no bastaría para hacer frente a los problemas planteados. ¿Por qué?

*HARICH:* Socialismo quiere decir: poder político de la clase obrera, socialización de todos los medios de producción.

Esta es la premisa ineludible para la realización de lo que hoy hace falta. Pero sólo la premisa, nada más. Las ventajas del sistema socialista deberían ser utilizadas para regular planificadamente la producción de todos los bienes materiales de tal manera que viniera a adecuarse óptimamente a un régimen estricto de economía en el uso de las materias primas y además a la tarea de compensar el desequilibrio Norte-Sur. De esto se derivarían automáticamente problemas de distribución que deberían solucionarse preservando el principio de la justicia social, racionando las cantidades disponibles de mercancías. El racionamiento total, no obstante, haría supérfluo el dinero y con su abolición los valores de uso hábiles para la distribución dejarían de ser mercancías. Esto sería comunismo y no mero socialismo.

*DUVE:* Sobre su concepción del comunismo como tal aún tendremos que volver. Este es precisamente el punto en el que usted, en mi opinión, deja de ser marxista. Y usted mismo invocaba antes a Babeuf. Le propongo que de momento dejemos de lado todo este conjunto de problemas (\*). Ahora solo quisiera saber ya una cosa: según la doctrina leninista del desarrollo desigual, la revolución proletaria no vence en todos los países de una vez, de golpe, sino en cada ocasión, de acuerdo con las circunstancias propias de unos y otros países. Supongamos que los trabajadores de la República Federal o Francia o Italia dispusieran de los medios de poder suficientes para instaurar en sus países respectivos el tipo de comunismo que usted defiende. ¿Podrían hacerlo de seguir en el resto del mundo capitalista en pie el capitalismo? Ernest Mandel ha expresado su convicción de que el tránsito al comunismo sólo va a ser posible simultáneamente en toda la Tierra. A mí esto me parece además deseable.

*HARICH:* También Mandel, fiel a la *Crítica del Programa de Gotha*, piensa el comunismo como una sociedad de la abundancia. Por eso decía hace poco —razonablemente—, en la televisión, que la existencia de unas condiciones paradisíacas en un país comunista aislado impulsarían irresistiblemente al

resto de pueblos, que vivirían aún en condiciones capitalistas, a emigrar a aquel país. Se daría así la paradójica situación de que posteriormente al momento mismo de su implantación el comunismo se vería obligado a impedir con la violencia armada la penetración en su territorio de migraciones de pueblos enteros. Por ningún otro motivo, también en el futuro las revoluciones proletarias victoriosas, incluso con un desarrollo máximo de las fuerzas productivas, tendrían que permanecer ancladas en el estadio del socialismo hasta que la revolución mundial hubiese llegado a la victoria en el planeta en su conjunto. Está claro que un comunismo de racionamiento se vería libre de preocupaciones de esta índole. No sería ningún paraíso, sino "sólo" un hogar de racionalidad ecológica con una justicia social estricta. Pero esto mismo es, exactamente, lo mejor que en cualquier caso va a ser posible, de todas maneras, alcanzar. Tenemos que ir abandonando las fantasías desenfadadas acerca de una vida de bienestar sin límites, que hasta ahora han venido asociándose al concepto de comunismo. Por eso: ¡Volvamos a Babeuf!

*DUVE:* Según su concepción, ¿cómo se las arreglaría un país en el que se hubiera instaurado el comunismo del racionamiento, es decir, en el que se hubiera eliminado el dinero, para organizar sus relaciones comerciales con un entorno aún capitalista?

*HARICH:* Primero existiría, en caso de necesidad, la posibilidad de la autarquía, pero es una solución que no creo adecuada. En segundo lugar, el entorno no sería puramente capitalista, pues ya ahora existen 14 estados socialistas que en el comercio exterior están, en cualquier caso, muy bien dispuestos para intercambiar producto por producto. En tercer lugar, un país comunista podría organizar perfectamente sus relaciones de intercambio con países capitalistas también de acuerdo con estos procedimientos, siempre que la relación de valor entre los productos a intercambiar se orientase de acuerdo con las estructuras de precios existentes en el mercado mundial capitalista. ¿Por qué iba a ser imposible considerar las mercancías de importación como puros valores de uso en el interior del país y darles, a la vez a los valores de

(\*) Ver las cartas de W. Harich a F. Duve que figuran en las págs. 203. y ss. de este volumen.

uso producidos en el interior del país, para la exportación, la forma de mercancía?

*DUVE:* ¿No cree usted que de desplazarse un país occidental al comunismo suscitaría en su contra una intervención del resto de las potencias occidentales, con la consecuencia de su liquidación militar? Como ha ocurrido, en el caso inverso, en Checoslovaquia.

*HARICH:* A los mismos peligros —y no en menor medida— se exponería un país occidental simplemente decidido a pasar al socialismo. Y en ambos casos bastaría, dada la correlación de fuerzas existente entonces en el mundo, con la fuerza militar de la comunidad de estados socialistas ya existentes, combinada con la lucha por la paz y las previsibles acciones de solidaridad de los trabajadores de todos los países, para mantener en jaque a la intervención potencial y para darle, en caso de que se atreviese a pasar a la agresión, una respuesta contundente. Por lo demás, es obvio que caso de ser atacado, el mismo país comunista optaría por defenderse de la manera debida.

*DUVE:* Así, aun organizado en sentido comunista ¿conservaría unas fuerzas de defensa?

*HARICH:* De un anarco-comunismo de procedencia kropotkiniana, sin autoridad estatal, sin órganos armados de poder, se encontraría tan lejos como el resto de países socialistas ya existentes hoy. Sería comunista sólo por su sistema de distribución, que vendría a añadirse a la propiedad colectiva socialista sobre los medios de producción. Con lo que se quiere decir que un país así poseería, evidentemente, fuerzas armadas de defensa y eso justo hasta que en el mundo entero no hubiera triunfado el comunismo o, por lo menos, hasta no haberse verificado en todas partes la propuesta de la Unión Soviética a las Naciones Unidas de proceder a un desarme general y completo, propuesta esta última que, naturalmente, preconizaría también y defendería en cada momento el país al que nos referimos.

## VI.— EL COMUNISMO COMO SOLUCION

*DUVE:* Usted no ignora, y yo por mi parte no comparto, su determinismo histórico marxista. Creo, de todos modos, que puede resultarnos de interés a ambos una discusión sobre las transformaciones a que se ha visto sometido el sueño del comunismo a raíz de la crisis ecológica. En nuestra anterior conversación usted se refirió repetidas veces a los países llamados socialistas. ¿No le parece que lo más adecuado sería que fueran precisamente ellos quienes primero introdujeran el "comunismo", quiero decir, el comunismo de racionamiento que usted preconiza?

*HARICH:* Yo no tendría nada que oponer a que así lo hicieran. Pero el curso de la historia no tiene por qué discurrir de tal manera que necesariamente sean ellos quienes lo hagan primero. Los condicionamientos materiales ecológicos y económicos que empujan a Norteamérica, a los estados de la CEE y el Japón en dirección a soluciones comunistas son mucho más fuertes y si la burguesía de estos países consiguiera oponerse a los mismos todavía durante algún tiempo con éxito, si consiguiera ir evitándolas, las consecuencias serían mucho más catastróficas que en el caso de que la Unión Soviética y los estados socialistas del Este de Europa aliados con ella, por no hablar de las repúblicas populares asiáticas o de Cuba, demoraran todavía durante cierto tiempo su paso del socialismo al comunismo.

*DUVE:* O sea: la Unión Soviética, el país de la revolución de octubre ¿no va a ser el primer país comunista?

*HARICH:* Tampoco quisiera afirmarlo de manera tan tajante. Podría ocurrir muy bien que sí lo fuera. Creo incluso que lo será. Pero resultaría muy esquemático atenerse, como a una cosa obvia, a la prognosis según la cual, y sean cuales sean las circuns-

tancias, *tendría* forzosamente que serlo. Los países industriales de Occidente necesitan del comunismo más que ella.

*DUVE:* De acuerdo con lo que dice Sicco Mansholt, a la Unión Soviética le sería más fácil que a los demás adaptarse a una economía mundial sin crecimiento.

*HARICH:* Adaptarse sí. Pero, ¿roturar el camino hacia ella? No se puede negar que la Unión Soviética y los restantes países socialistas contarían de cara a tal objetivo con las mejores condiciones políticas, estructurales y también ideológicas. La clase obrera ejerce en estos países, bajo la dirección de partidos marxista-leninistas, el poder. No juegan, pues, en ellos ningún papel los difentes factores perturbadores derivados del sistema político de la democracia pluralista, del parlamentarismo, de la oposición, de la oposición institucionalizada, etc., tal y como podemos verlos en Occidente. Los medios de producción son de propiedad social. El desarrollo de la economía en su conjunto está planificado y dirigido por el Estado y no viene sometido por principio, a diferencia de lo que ocurre en Occidente, a la coerción de la reproducción ampliada, careciendo, por otro lado, de oscilaciones coyunturales. Los planes prospectivos a largo plazo del socialismo podrían orientarse con facilidad a coordinar armónicamente el mantenimiento y el aseguramiento de la biosfera con la satisfacción de las necesidades de la población. El marxismo es la concepción del mundo de partidos estatales que están, irreversiblemente, en el poder. En tanto que materialismo dialéctico, el marxismo no admite dudas en lo relativo a la dependencia de la sociedad respecto a la naturaleza. En tanto que internacionalismo proletario, el marxismo toma como punto de partida el hecho de que los intereses básicos de los trabajadores de todos los países son idénticos, lo que favorece extraordinariamente un pensamiento político y social sustentado en la responsabilidad global y orientado a una perspectiva global como es el del Club de Roma. Y no hay que olvidar una cosa: la realización del comunismo es la meta declarada de los países socialistas. Son partidos comunistas los que dirigen esos países.

*DUVE:* Ahora bien, al menos la Unión Soviética insiste en que ellos están ya construyendo el comunismo.

*HARICH:* Sí, por supuesto, y en relación con esa formula-

ción quisiera decir ahora mismo algo. Conceptos como "construcción del socialismo", "construcción del comunismo" no aparecen —y con sobradas razones— en Marx, Engels y Lenin. ¿Por qué? Porque en verdad el socialismo no se construye, sino que se *realiza*, a través de la socialización de los medios de producción. Se construyen fábricas, casas, etc. Y, por su parte, el comunismo también se *realiza* tan pronto como la sociedad socialista pasa a un sistema de distribución en el que, de acuerdo con la vieja fórmula, se le da "a cada uno según sus necesidades". El uso lingüístico que hace entrar en juego, en este contexto, la palabra "construcción" —y que habría que retrotraer a Stalin— refleja condiciones históricas específicas que no pueden ser generalizadas. Se explica por el atraso con que se encontró, a raíz de la Revolución de Octubre, el poder obrero y campesino, bajo dirección comunista, en Rusia y que tuvo que ser superado a base de un gigantesco rendimiento laboral. Precisamente mediante la "construcción del socialismo en un solo país" concebida por Stalin.

*DUVE:* Y las demás direcciones de los partidos del este de Europa tomaron luego acriticamente, por motivos de fe dogmática en la autoridad, el uso lingüístico así generado.

*HARICH:* Yo no veo de eso modo las cosas, aunque es posible que en muchas cabezas sí se desarrollaran así. No. Dadas sus condiciones de partida, resultaba igualmente adecuado. Por una parte, se trataba asimismo —con la excepción de la RDA y de Checoslovaquia— de países predominantemente agrarios necesitados de industrialización. En segundo lugar, todos los países socialistas del Este de Europa estaban igualmente obligados a hacer frente, a partir de 1945, a las enormes destrucciones de la Segunda Guerra Mundial. La mera *realización* del socialismo, una vez más, tampoco habría bastado en su caso. Nuevamente venía vinculada, de modo indisoluble, a la necesidad de un gran esfuerzo constructivo, por lo que el concepto de "construcción del socialismo" *seguida* resultando pertinente para designar la cosa en juego. Ahora bien, si de la mala costumbre —verdaderamente demográfica— de aceptar este uso lingüístico dándole un carácter de validez universal, los co-

munistas de la República Federal, de Francia, de Inglaterra, de Italia etc. sacan la conclusión de que ellos, en sus países, van a tener, tan pronto como lleguen al poder, que "construir" el socialismo y luego más adelante el comunismo, nos encontraremos ante algo poco adecuado, ante una verdadera desviación. En estos países ya no hay que "construir" prácticamente nada más. Lo que habría, por el contrario, más bien que hacer es destruir con celeridad algunas cosas inútiles, perjudiciales y repugnantes, de modo que mejor sería hablar de "derribo del capitalismo" que de "construcción del socialismo". Buena parte de lo que se consume corrientemente —aunque tampoco todo sin excepción— tendría de seguir produciéndose y, además, debería distribuirse con justicia. De tomarse la decisión de pasar a ello dejaría, claro es, de haber socialismo y se llegaría al comunismo. A esto me refería cuando, en una de nuestras últimas conversaciones, decía que los EE.UU., los países de la CEE y el Japón podrían, sencillamente, saltarse la fase inferior de la sociedad comunista, o sea, el socialismo. La idea no carece en absoluto de sentido si se recuerda, por ejemplo, que la República Popular de Mongolia ha pasado directamente de un feudalismo oscuro y medieval al socialismo, en tanto que en el caso del socialismo y el comunismo no se trata sino de dos estadios evolutivos de una misma formación social. Ahora bien, compare Vd., por favor, la República Popular de Mongolia o la República Popular China (incluyendo el Tibet) o Vietnam del Norte o Cuba o incluso un país europeo, Albania, con la República Federal, con los EE.UU., con Francia y pregúntese después si la necesidad o incluso la mera deseabilidad del tránsito al comunismo dependen únicamente de lo favorable o desfavorable de las condiciones políticas, estructurales e ideológicas o si no habría más bien que considerar asimismo factores, susceptibles de alcanzar, en determinadas circunstancias, mayor importancia, como el grado de la industrialización, el estado de la productividad del trabajo, el consumo *per cápita* de materias primas y energía, etc. Qué duda cabe de que la idea de realizar el comunismo está más presente en el ánimo del camarada Jumshaagin Zedenbal en Ulan Bator que en el

del Presidente Carter en Washington. Pero ¿significa esto que Mongolia necesite ya relaciones comunistas, que esté ya madura para ellas?

**DUVE:** ¡De nuevo esa creencia en el férreo proceso de la historia! ¿Qué relación tiene con esto lo que piensan Breznev en Moscú y Honnecker en Berlín? La Unión Soviética y la RDA son países industriales altamente desarrollados.

**HARICH:** Yo no descarto de manera absoluta que vayan a realizar —la RDA y la URSS— el comunismo antes que los EE.UU., la República Federal y Francia. No afirmo que sea ésta una idea a excluir. Lo único que digo es que no *tiene* por qué ser así. Tome usted el caso de la Unión Soviética: es el país más rico en materias primas de todo el mundo y en sus tesoros participan todos los países del Comecon, como se acostumbra a denominar en Occidente a los estados miembros del Consejo para la Ayuda Económica Mútua (CAEM). Para este bloque económico socialista, consiguientemente, la necesidad urgente de racionamiento, por lo que se refiere a las materias primas, no es algo que se le presente *hoy*. La dificultad radica más bien, en su caso, en el hecho de que las más importantes fuentes de materias primas —las de Siberia— aún han de ser puestas en producción y hay que hacerlo, además, en unas condiciones geográficas y climáticas desfavorables, lo que en una regulación comunista del uso de la fuerza de trabajo resultaría inigualablemente más difícil de hacer que conservando de modo provisional el principio socialista del rendimiento, con todas las consecuencias de él derivadas. Escuche al representante de la RDA en el CAEM, Gerhard Weiss: "El desplazamiento del centro de gravedad de las explotaciones petrolíferas soviéticas a la Siberia Occidental conlleva enormes dificultades. La explotación de estos yacimientos tiene lugar en un territorio gigantesco y prácticamente deshabitado en el que no hay ni vías de comunicación ni las necesarias instalaciones de aprovisionamiento. Hay que construir carreteras y líneas de ferrocarril para atravesar durante cientos de kilómetros terrenos pantanosos y regiones de fríos eternos. Hay que edificar ciudades enteras en unas condiciones climatológicas que nosotros apenas nos podemos

imaginar. Mientras que en el invierno no son raras temperaturas de 50 grados bajo cero, en el verano hay que enfriar artificialmente, bajo las torres de perforación y otras edificaciones, un terreno profundamente pantanoso." ¿Quién trabaja de buen grado en un sitio así? De ser ya un país comunista, la Unión Soviética solo tendría dos opciones: enviar, apelando al heroísmo de la clase obrera, ejércitos voluntarios a la Siberia occidental, o bien, limitando la libertad individual, introducirse por vía legislativa un servicio laboral al que cualquiera pudiera ser enrolado, como ocurre con el servicio militar. Es más fácil crear un incentivo material para estos trabajos pesados ofreciendo salarios elevados y demás privilegios. Y es, además, una medida de carácter *socialista* acorde con el principio del rendimiento. Pero en el comunismo ya no habría lugar para tal cosa. Ya ve usted: la riqueza en materias primas hace de momento innecesaria una regulación comunista y el problema de llegar a los mismos lleva a que incluso resulte no deseable.

*DUVE:* ¡Qué poco de desear sería, según esta teoría, el comunismo en Alaska! Pero ¿y una vez que los tesoros del suelo siberiano estén ya en explotación? ¿Y una vez que el petróleo siberiano fluya ya a través de oleoductos?

*HARICH:* Si me pregunta *a mí*, le diré que eso depende de que los países del CAEM procedan de una manera tan ahorrativa y contenida como sea posible. Porque esos tesoros son también limitados y cualquier alusión a su posible sustitución futura por alguna otra cosa son o bien vaga especulación o, más frecuentemente, mera fantasía. Sin olvidar que al razonarse así, también ocurre a veces, y sobre todo cuando se cuenta con un núcleo de verdad, que se infravaloran las nuevas dificultades y peligros que podrían comportar las tecnologías y los procesos de transformación energética necesarios para el aprovechamiento de posibles sustitutos. El aprovechamiento del calor geotérmico, por ejemplo, podría suscitar reacciones en cadena de terremotos. Los reactores nucleares comportan peligros inmensos, para no hablar de su influencia multiplicadora sobre el ritmo de la muerte por calor de la biosfera, etc., etc.

*DUVE:* O sea, ¿crecimiento cero una vez que Siberia esté ya en explotación?

*HARICH:* Si me pregunta *a mí*, le diré que mejor antes. ¿Por qué no darnos por satisfechos con los yacimientos caucásicos, caspios, rumanos? ¿Por qué no contrarrestar ya ahora su posibilidad de agotamiento limitando el consumo, prescindiendo, por ejemplo, desde ahora mismo del uso de automóviles de propiedad privada? A mí esto me parecería razonable. Solo una cosa: ¿va a ser posible convencer de esto a pueblos que ya han tenido que hacer enormes sacrificios por el socialismo y el comunismo? Piense usted únicamente en todo lo que tiene tras de sí la Unión Soviética: la guerra civil contra 14 estados capitalistas intervencionistas; la dureza y la brutalidad sin parangón en la historia mundial con que, a partir de 1929, el gran Stalin forzó al país a crear la base de industria pesada para su autoafirmación nacional y su ascenso a superpotencia socialista; poco después, la Segunda Guerra Mundial con 20 millones de muertos y con la destrucción, de la que tan difícil es hacerse una imagen, de ciudades y centros productivos que tras de sí dejó la política de tierra quemada de Hitler. Y una vez conseguida la victoria sobre el fascismo, la reconstrucción tuvo que hacerse bajo el signo de la guerra fría; a partir de Hiroshima, con la amenaza de la bomba atómica americana en el horizonte, que exigió del país destrozado y desangrado pasar a convertirse en una potencia nuclear balística para impedir la aniquilación del socialismo. Así, durante más de cuarenta años los pueblos de la Unión Soviética han tenido que soportar una ola de sacrificios y renunciadas tras otra. Ahora, finalmente, estos pueblos vislumbran en el horizonte, gracias a los últimos planes quinquenales, en concreto después del XXIV Congreso del PCUS, un rayo de luz y confían en las bendiciones de una política económica que no subordine ya todas las demás cosas a la construcción de la industria pesada, sino que se disponga a situar en el centro de su atención la satisfacción de las necesidades materiales y culturales de la gente. Y entonces, de pronto, estos pueblos sometidos a tan duras pruebas se ven ante un nuevo desafío: la crisis ecológica, que puede desenca-

denar catástrofes y que va a obligarles a reducir en gran medida el alcance benefactor del viejo ámbito humano que era el comunismo, por el que han hecho sacrificios indecibles, por el que han combatido, han pasado hambre, se han desangrado, han sufrido, por el que han soportado el terror y la arbitrariedad, sí, van a tener que vincular su realización a un horror al que están tan acostumbrados como es el racionamiento. Esta idea es tremenda y lo es tanto más cuanto que las luchas, los sacrificios y las renunciaciones se han hecho durante decenios bajo el signo de la consigna de que había que alcanzar y superar en todos los terrenos a los Estados Unidos de América, lo que suponía, en la desbordada fantasía del pueblo, fundir en una sola cosa el comunismo con las normas de consumo del país capitalista más rico del mundo, sólo que, además, elevadas a la segunda o a la tercera potencia. ¿Puede hablarse de estafa? ¡En absoluto! Stalin, e incluso Krutschev, creyeron firmemente en la posibilidad de alcanzar esta meta. O tome usted el caso de la RDA. Los sufrimientos de su población no pueden parangonarse con los de los pueblos soviéticos. Sin embargo, este Estado, situado en la parte más pequeña, menos industrializada y menos rica en materias primas del antiguo Imperio Alemán, tuvo él solo, en representación de la nación alemana en su conjunto, que hacer frente a las cargas y reparaciones de la Segunda Guerra Mundial, provocada y perdida por Hitler, teniendo además frontera abierta por la que, hasta 1961, emigraban año tras año y mes tras mes innumerales y valiosas fuerzas profesionales hacia la República Federal, el país del milagro económico inundado con los dineros del Plan Marshall. Construir en estas circunstancias el socialismo tampoco era exactamente un plato de gusto. También el pueblo de la RDA ha tenido que hacer sacrificios y, siempre con el "glamour" del Oeste a la vista, ha tenido que renunciar a muchas cosas. Ahora entre nosotros, dentro de los límites de un bienestar modesto y comedido, la vida se ha hecho más fácil, más agradable, también más libre. En particular tras su VIII Congreso el SED se ha colocado en el mejor camino para hacer realidad su lema de hacerlo todo por el bienestar de las personas y en ese objetivo, por

lo visto, *quiere* reafirmarse. Pero entretanto ha llegado la crisis ecológica. Ya ha forzado al 13º Pleno del C.C., de enero de 1975, con la justificación de que había que conservar lo ya alcanzado, a introducir un régimen de severo ahorro. Después de todo lo que ha ocurrido, yo puedo entender muy bien que la dirección del SED estime que las medidas limitativas que se han hecho imprescindibles sólo han de ser parciales y provisionales, que ha de rechazarse cualquier idea de racionamiento y que no se trata de quitarle brillo a la meta de futuro que es el comunismo con una propuesta tan deprimente. Porque ¿cuánto tiempo hace que la RDA suprimió las últimas medidas de racionamiento? ¡Sólo hace dieciséis años! Y ahora, en plena paz, en medio de una creciente distensión en Europa, estando finalmente reconocidos diplomáticamente por todo el mundo, con todos los grandes éxitos económicos, ¿volver una vez más al sistema de cartillas y cupones? ¡Horroroso!

*DUVE:* ¿No le crean a Vd. problemas sus ideas en la RDA?

*HARICH:* Voy a recurrir a un ejemplo para ilustrarle sobre el género de mis problemas. En Leipzig conocí recientemente, en una fiesta de cumpleaños, a un matrimonio joven que desde hacía tres días se encontraba orgullosamente en posesión de su primer automóvil, un Trabant, cuya entrega habían estado aguardando durante tres años. Cuando expresé mis reservas acerca de la creciente motorización en los países socialistas, haciendo en este sentido referencia al envenenamiento del aire, a la gasolina dilapidada en "individualistas viajes privados", al número creciente de accidentes de tráfico, al ruido y a la degradación de la vida en las ciudades, mis interlocutores se alteraron notoriamente. En el curso de la discusión yo fui tan inhábil tácticamente como para responder a su objeción de que la densidad creciente del tráfico podía afrontarse con la construcción de nuevas autopistas, recurriendo, entre otros, al contraargumento de que esto añadiría nuevos factores perjudiciales para nuestras existencias de cantos de pájaros. Apenas acababa yo de pronunciar estas últimas palabras cuando el marido saltó hacia mí y me increpó: ¡"pues váyase usted a Albania, idiota, y dedíquese allí al canto de los pájaros!" No contento con

ello arrastró a su mujer levantándola del sillón y abandonó entre protestas la reunión, donde a partir de ese momento fui mirando como un paria. Tres meses después le llamé por teléfono, en la confianza de que el incidente habría sido ya olvidado, para pedirle prestado un libro del que me había hablado antes de producirse la discusión. Sin embargo, en cuanto oyó mi voz por el teléfono, le invadió tal cólera, que colgó el auricular.

*DUVE:* ¿Puede usted entender su cólera?

*HARICH:* Muy bien. Su hermano, que vive en Krefeld (\*) y que, dicho sea de paso, es seguramente menos inteligente y menos activo que él, cuenta cada dos o tres años con un nuevo Opel Rekord y su mujer tiene un Ford Taunus.

*DUVE:* No parece, pues, que la propaganda del crecimiento-cero tenga en los países socialistas demasiadas posibilidades.

*HARICH.:* No veo aún del todo claro si *en todos ellos* debiera tener iguales posibilidades de éxito. Forrester y Meadows pedían globalmente el crecimiento cero. Mesarović y Pestel, como ya se ha dicho, llegaban, en base a su modelo regionalizado, al resultado de que en determinadas regiones el crecimiento económico resultaba ineludible, en tanto que en otras tenía que ser detenido y en otras, por último, debía retroceder.

*DUVE:* Y ¿qué dicen estos autores respecto de la "región 5, países socialistas" en este contexto?

*HARICH:* No dicen nada, ni una palabra. Dejan la cuestión abierta. Está claro, sin embargo, que de alguna manera sitúan a la "región 5" entre las regiones capitalistas altamente industrializadas y los países subdesarrollados.

*DUVE:* Lo que significaría: retroceder, no; pero tampoco seguir con el crecimiento. O sea: crecimiento cero.

*HARICH:* Esto *no* podría tener una validez general. De acuerdo con las escalas que Mesarović y Pestel utilizan, Cuba y los países socialistas de Asia necesitan aún, en cualquier caso, desarrollo. Cuba, por lo demás, aun cuando es miembro del CAEM, viene a ser incluida por ellos en la región 6 (Latinoamérica); Vietnam en la región 9 (Sur de Asia)

y la República Popular China constituye, en su opinión, una región por sí misma, la 10.

*DUVE:* ¿Y los países del CAEM, excepción hecha de la República Popular de Mongolia y de Cuba?

*HARICH:* De acuerdo con la lógica de su modelo, Mesarović y Pestel parecen considerarlos maduros para introducir el crecimiento cero, compensando desproporciones locales del tipo de las existentes entre Siberia y, digamos, Slask o Sajonia o la cuenca del Don. Pero no escriben nada a este respecto.

*DUVE:* Y ¿a qué conclusión ha llegado usted?

*HARICH:* Ya lo decía antes: imaginarse el curso ulterior de la historia mundial como si en cualesquiera circunstancias los países del CAEM tuvieran que ser los primeros en realizar el comunismo, sería falso, sería un esquematismo. Eso puede ocurrir así, pero no tiene por qué hacerlo forzosamente. Por la estructura, por la concepción del mundo, etc. las condiciones son óptimas. Pero en base a otros factores habría que concluir que ni les resulta tan necesario como a Occidente, ni les resulta tampoco deseable desde ningún punto de vista.

*DUVE:* Supongamos que esos "otros factores" del Este y además las condiciones capitalistas existentes en el Oeste, —que, por lo demás los PC de Francia e Italia no quieren abolir de manera inmediata—, tuvieran como efecto frustrar el tránsito; ¿entonces qué?

*HARICH:* Eso sería a la larga una catástrofe, sobre todo si los estados del Tercer Mundo llevaran a la práctica la decisión que acordaron en su reunión del 18 de febrero de 1975 en Argel de elevar hasta el año 2000 su participación en la producción industrial mundial del 7 al 25 %. La biosfera no podría soportarlo, a no ser que la compensación se hiciera en perjuicio de las regiones industrializadas del norte, a costa de su nivel de vida y en ausencia de crecimiento ulterior de la economía mundial en su conjunto.

En otro caso, las prognosis hipotéticas de los dos estudios del Club de Roma se cumplirían; es decir, como máximo a mediados del siglo XXI la humanidad viviría su último aliento. No hay alternativa: nosotros, en el Este, vamos a

(\*) Población de la R.F.A. (T.)

tener que renunciar a bastante y vosotros, en el Oeste, a mucho, a muchísimo. Porque de tomar la desindia demográfica como patrón de medida, la voluntad del Tercer Mundo de llegar a una cuarta parte de la producción industrial total se presenta más bien como moderada y modesta.

*DUVE:* ¿Cree Vd. que la realización del comunismo nos haría, a unos y a otros, más fácil la renuncia?

*HARICH:* Sin duda.

*DUVE:* En su opinión, los partidos comunistas de Occidente deberían luchar por sus objetivos bajo la consigna del "crecimiento cero" y, al mismo tiempo, prepararse para, una vez alcanzando el poder, introducir inmediatamente el comunismo, independientemente de la actitud que respecto de esta cuestión pudieran tomar los partidos comunistas del Este.

*HARICH:* Correcto. La historia mundial, considerada por Lenin como un desarrollo desigual, no implica ningún orden evolutivo forzoso. Procesos breves que en alguna parte del mundo han durado décadas pueden consumarse en otras en un par de semanas. Para el pensamiento dialéctico esto no tiene nada de sorprendente. Ahora bien, tampoco dejaría de ser un error que los dirigentes de los estados del CAEM se aferraran a la idea de que sus respectivos países no pueden decidir el paso al comunismo sino una vez transcurrido un período muy prolongado. Esto es, sólo una vez hubieran sobrepasado ya, en cuanto a productividad del trabajo y a ingreso medio per cápita, a los EE.UU., Europa Occidental y el Japón.

*DUVE:* Y ¿de acuerdo con qué escala debería medirse, tanto aquí como allí, la "madurez para el comunismo"?

*HARICH:* En orden a dos pautas formulables mediante sendas preguntas: desde un punto de vista ecológico global ¿puede prolongarse el crecimiento económico? Segunda: en el tránsito al crecimiento cero, bajo la premisa de una distribución comunista del conjunto de los valores de uso, ¿pueden ser ya todos los miembros de la sociedad alimentados, vestidos, provistos de vivienda, dotados de valores culturales formativos y atendidos sanitariamente de tal modo que vengan a estar en condiciones de llevar una vida digna

de personas humanas? De poder responder a la primera pregunta de modo negativo y a la segunda, afirmativo, el comunismo es inminente.

*DUVE:* ¿Quién ha de responder a estas preguntas?

*HARICH:* La ciencia. La biología y la economía política conjugadas bajo la orientación del materialismo dialéctico.

*DUVE:* ¡Otra vez la omnipotencia de la ciencia! ¿Y si la respuesta que diera su ciencia a ambos interrogantes fuera afirmativa?

*HARICH:* En tal caso, aún resultaría la subsistencia del socialismo posible durante algún tiempo. Pero entiéndase bien: a la primera pregunta hay que responder desde un punto de vista ecológico global.

*DUVE:* ¿Y si la ciencia diera una respuesta negativa a ambas preguntas?

*HARICH:* Lo que es decisivo es que el *homo sapiens* sobreviva. La primacía, en cualquier caso, está de parte de la conservación y de la seguridad de la biosfera. Y cuanto más rápidamente se vea esto, cuanto más profundas sean las consecuencias que se extraigan en todo lugar, tanto más amplio va a ser —y a seguir siendo— el terreno de juego del que partir para la respuesta a la segunda cuestión con criterios comparativamente generosos.

*DUVE:* ¿Los criterios de acuerdo con lo que definir una vida digna de personas humanas?

*HARICH:* Sí.

*DUVE:* ¿Cree usted posible que la dirección política de la RDA acepte considerar seriamente las ideas que usted propone?

*HARICH:* Lo ignoro. Conmigo ha tenido ya malas experiencias. Mejor sería que las mismas ideas vinieran de algún otro.

*DUVE:* ¿Le convendría, de cara a conseguir un examen imparcial de sus ideas, convencer al entusiasmado propietario reciente del Trabant de Leipzig, aquel que tanto se enfadó con usted, y a gentes como él, de lo justificado de sus puntos de vista? Por lo menos así contaría usted con el mérito de haber hecho de él —y de sus análogos— un apasionado defensor de los acuerdos favorables a la austeridad del SED

y eso, con toda seguridad, sería considerado como un acto de fidelidad a la línea del que no podría esperar sino alabanzas.

**HARICH:** Le diré que soy, en términos absolutos, muy fiel a la línea. Sólo la imaginación y el rigor lógico me impulsan a llevar la línea a consecuencias que no son del gusto de todos. Si de esto se quiere decir que es una desviación, bien está. Sólo que respecto de otras desviaciones tendría la ventaja de ser inofensiva, dado su carácter extremadamente impopular. Y de llegar alguna vez a ser popular, ofrecería de nuevo la ventaja de facilitar el trabajo al gobierno. Porque los gobernados ya no codiciarían en absoluto el engañoso brillo del Oeste.

**DUVE:** Perfecto. Pero ¿cómo haría Vd. para convencer al propietario aquel del Trabant, en el caso de que estuviera dispuesto a escucharle?

**HARICH:** Intentaría dejar, primero, claro que algunas características de la RDA, del campo socialista en general, características que estábamos acostumbrados a ver como desventajas, se revelan, en realidad, como ventajas de ser medidas de acuerdo con las nuevas escalas que determina la crisis ecológica. Es el caso, por ejemplo, de los anuncios luminosos de nuestras ciudades que, comparados con los del Oeste, parecen particularmente mezquinos. Como se trata de un amante de los automóviles, le recordaría algunos logros de nuestra producción automovilística no demasiado valorados hasta el momento. A saber: que nosotros sólo construimos dos tipos de coche, el Wartburg y el Trabant. Que desde que existe el Trabant, y por lo que hace al Wartburg desde 1967, no han llegado al mercado nuevos modelos. Que en ambos coches no hay nada que represente un dispendio, por lo que sus propietarios pueden utilizarlos durante bastante tiempo sin demasiados contratiempos; que sus propietarios, por otra parte, no se ven impulsados, a la vista de los últimos modelos que pudieran llevar sus vecinos o compañeros de trabajo, a ir de cabeza al vendedor de coches más cercano, lo que les permite gastar su dinero en otras cosas. Llegados a este punto, le preguntaría al hombre: "¿O acaso está usted ahorrando para el próximo coche?"

Y si no, junto con las ventajas y facilidades indiscutibles que incluiría, me daría pie para demostrarle, en base a numerosos ejemplos, que justo lo que es ecológicamente conveniente y lo que ayuda a ahorrar materias primas puede contribuir igualmente a hacer más agradable la vida. Caso de que hubiese entendido esto, le daría a leer el libro *El comprador vendido*, de mi amigo Wolfgang Menge (Berlín Occidental) en el que a lo largo de cientos de páginas se desenmascaran los trucos mediante los cuales los monopolios y los supermercados capitalistas del Oeste persuaden a sus clientes para adquirir cosas supérfluas, inútiles, perjudiciales. Y luego, pasaría a criticar a los países socialistas por no valorar lo suficiente las ventajas de su sistema, por no establecer una clara delimitación con el Oeste en este sentido. Como prueba, le enseñaría al hombre mi mejor traje, que me hice confeccionar con un valioso paño rumano por el más caro de los sastres de caballero del centro de Berlín y que una vez llevado algo así como tres veces, ya no he podido volver a ponérmelo porque la hechura de los pantalones, pasada entretanto de modo, suscita en el personal femenino una sonrisita entre irónica y compasiva. "Como ciudadano de un Estado obrero y campesino", preguntaría, "¿acaso tengo que tirar por la ventana el dinero que he ganado honradamente sólo por culpa del cambio constante de una moda sujeta a la manipulación capitalista? ¿Acaso el Estado donde vivo no puede protegerme de ello? Y ¿no sería preferible que optara por dismantelar nuestro Instituto de la Moda, tan orientado siempre a tenor de lo que impone el Oeste, despachando a sus colaboradores con el consejo de dedicarse a la repoblación de los bosques de abetos y hayas de la RDA, cosa ecológicamente mucho más urgente, pero para la que nuestra administración forestal no cuenta con la suficiente mano de obra?"

**DUVE:** Bien, bajo un gobierno Harich los creadores de moda deberían convertirse en trabajadores forestales. No sea usted injusto. Cuando a principios de los años cincuenta Grotewohl favoreció la fundación del Instituto de la Moda, tal cosa significó para las chicas y mujeres de la RDA un pequeño rayo de luz.

*HARICH:* Pero ahora estamos en 1975 y en estos momentos los bosques mixtos son más importantes que los vestidos de señora a la moda. La dialéctica...

*DUVE:* Sí, la dialéctica, vosotros siempre tenéis la dialéctica a punto. ¿Cómo haría usted que el famoso dueño del Trabant de Leipzig llegara a pensar en términos ecológicos? Yo he tenido mis dificultades con propietarios de coches Opel en Hamburgo, sobre todo porque yo mismo tengo uno.

*HARICH:* Tratándose de ciudadanos de la RDA, podría apelar a su conocimiento del materialismo dialéctico. Podría hacerle ver con la necesaria claridad lo idealista de toda posible creencia en la posibilidad de formular juicios correctos sobre cuestiones técnicas y económicas, juicios sincronizados con la utilidad de la sociedad, sin tomar en consideración su dependencia de la naturaleza, de los ecosistemas de la biosfera y de las leyes objetivas de ésta. Una vez claro este punto, le expondría de forma a un tiempo científica y popular las conexiones ecológicas básicas sobre las que se basa y sobre las que a su vez actúa el metabolismo hombre-naturaleza.

*DUVE:* ¿Tiene el hombre en cuestión posibilidades de llegar a ocupar posiciones dirigentes en la política y la economía?

*HARICH:* Evidentemente; tiene todo el talento necesario.

*DUVE:* ¿De llegar a tal puesto directivo, como actuaría este hombre de esforzarse por hacer valer, en su ámbito de tareas y en beneficio de la sociedad, las ideas ecológicas básicas que usted le hubiera transmitido?

*HARICH:* De tener influencia sobre el proceso productivo, está claro que antes de adoptar cualquier decisión tecnológica o económica pediría consejo a los biólogos, con vistas a conocer su juicio acerca de las posibles consecuencias de las innovaciones previstas sobre los eco-sistemas afectados. Ni que decir tiene, además, que observaría con todo rigor las advertencias en este sentido.

*DUVE:* ¿También de comportar ello perjuicios económicos? ¿No ha de determinarse la protección de la naturaleza en función de las exigencias de la economía?

*HARICH:* Un paciente recién operado del estómago no puede beber agua. De hacer depender esta regla de las exi-

gencias de la sed ardiente que le invade, los resultados serían la muerte del paciente. La naturaleza puede concebirse en ausencia de estructuras económicas, pero sin naturaleza, no hay economía. La determinación tiene que ser, pues, la contraria: la producción ha de adaptarse a las exigencias de la protección de la naturaleza. Antes de ser llevadas a la producción, las innovaciones deberían someterse primero a un tribunal legalmente capacitado para declararlos de uso libre o condenarlas a su no utilización. Los economistas podrían actuar de abogados defensores y los ecólogos, de fiscales. La política actuaría como juez, tratándose naturalmente de una política de miras amplias, basada en la responsabilidad global, esto es, una política justamente marxista.

*DUVE:* ¿Habrían otras funciones directivas en las que la formación ecológica pudiera resultarle útil a su amigo de Leipzig?

*HARICH:* En la medida de mis conocimientos, lo que más le gustaría es ingresar en la carrera diplomática; llegar, de ser ello posible, a ministro de Asuntos Exteriores. Preparándose para cumplir esta función haría bien, a decir verdad, en tomar breve nota del ejemplo del camarada Gromyko, quien en su táctica antiimperialista incluyó por primera vez motivos ecológicos cuando en septiembre de 1974 presentó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el "Proyecto de convención acerca de la prohibición del uso del medio ambiente natural y del clima con objetivos militares y otras finalidades incompatibles con el interés de la seguridad internacional, el bienestar y la salud de los hombres". Si se reflexiona en profundidad sobre este documento, lo primero que uno ve claro es que el socialismo, que por las aptitudes básicas con que cuenta en tanto que sistema, puede hacer frente más fácilmente al desafío de una protección global y eficaz de la naturaleza que el orden capitalista, está también en condiciones de forjar un arma cortante orientada a desenmascarar y a combatir a escala universal al capitalismo para, así, promover en todas las negociaciones internacionales sobre el medio ambiente, soluciones ecológicamente óptimas que el campo socialista podría llevar a la práctica, pero

que para los monopolios capitalistas vendrían a resultar económicamente mortales.

*DUVE:* ¿No llevaría esto a un bloqueo total? ¿No llevaría al fracaso de cualquier resultado práctico por la falta de responsabilidad de uno de los negociadores?

*HARICH:* ¿Por qué? No tendría por qué ser así. El negociador socialista podría, en fin, —de mala gana, si no hubiera otra solución— consentir en llegar a una solución de compromiso para avanzar algo. Pero eso a condición de que ante la opinión pública mundial quedara bien claro que de no llegarse finalmente a la mejor solución posible, sino sólo a un vulgar término medio, ello era por culpa del capitalismo. Y el socialismo tendría que haber hecho antes todo cuanto hubiera estado de su parte para sacar de la disposición al compromiso del interlocutor capitalista, es decir, de sus retrocesos tácticos ante la presión ejercida, sobre él tanto en el interior como internacionalmente, los mejores resultados en beneficio de la protección de la naturaleza, de la conservación de la biosfera. El sector socialista ha de situarse siempre como fuerza motriz de la que parten las grandes iniciativas, las iniciativas liberadoras. De este modo, pues, aun sin obstruccionismo, pero con un efecto agitatorio máximo, movilizándolo a las masas ecológicamente amenazadas, tendría que proyectar la lucha de clases al contexto global del ámbito de la protección de la naturaleza. Decía anteriormente que el movimiento obrero puede poner al capitalismo entre la espada y la pared si combina, sin compromisos, reivindicaciones de carácter social y de carácter ecológico, es decir si lucha por salarios más altos y por el puesto de trabajo etc. pero al mismo tiempo también contra las tecnologías y las producciones industriales perniciosos para el medio ambiente. La diplomacia socialista es un sector importante del movimiento obrero. Tiene que ayudar en este aspecto. Por eso creo que la ponencia presentada por Chosin en el simposio de Moscú sobre "Hombre y medio ambiente" a propósito del tema de los aspectos políticos internacionales del problema del medio ambiente resulta insuficiente, es insatisfactoria. Leyendo a Chosin se tiene la impresión de que los Estados dejan su carácter de clase en el guardarropa cuando

se sientan a la mesa de conferencias para debatir medidas de protección global a la naturaleza. Por eso mismo lamento que en las negociaciones acerca del tratado para la protección del Mar Báltico las iniciativas tomadas por parte socialista no hayan sido promocionadas. Ni en el Este ni en el Oeste, que yo sepa, se ha publicado en la prensa el texto del tratado en su integridad y con anterioridad no se sabía nada acerca del curso de las negociaciones, acerca de las propuestas de una y otra parte. También en esta ocasión se tuvo la impresión de que se trataba de un empeño imparcial con respecto a los sistemas. La propuesta de Gromyko ante la ONU representa en este sentido una nueva señal. Habrá que estar atentos para ver cómo es acogida por los países capitalistas. El movimiento obrero debería hacer suyo en todas partes el proyecto de convención y pronunciarse a favor de su aceptación. Debería hacerlo con la misma tenacidad y con la misma energía con que, en los años cincuenta, luchó contra el peligro de muerte atómica.

*DUVE:* Todo eso suponiendo que, por su parte, los países socialistas hagan en su propio ámbito de poder todo lo que esté en su mano para conseguir que, en relación con los problemas del medio ambiente, acabe imponiéndose la solución óptima. Sabemos, sin embargo, que esto no ocurre de manera tan clara.

*HARICH:* Hasta el momento, quizá no en la medida suficiente. Pero los países socialistas *llegarán* a hacerlo porque sus estructuras de poder, sus relaciones de producción y de propiedad, su economía planificada lo permite y *tienen* que llegar a hacerlo primero, porque esto coincide con el interés vital del pueblo y luego, porque sólo bajo esta premisa van a tener sus iniciativas internacionales, diplomáticas la necesaria credibilidad y la necesaria fuerza de convicción. Por lo demás, recientemente la TV de la Unión Soviética ha confirmado que dicho país es el que cumple con mayor eficacia el tratado de protección del Mar Báltico. Y desde 1971/72 la legislación socialista ofrece también los recursos necesarios para una protección enérgica de la naturaleza.

*DUVE:* ¿Se cumplen esas leyes?

*HARICH:* Son leyes vinculantes para todos los órganos del

Estado, para todas las direcciones de empresas, etc. y todo ciudadano está capacitado y obligado a velar por su estricta observancia, a no consentir atentados contra su ejecución. Por eso le aconsejaría a nuestro amigo de Leipzig —por volver de nuevo a su caso— que antes de ascender en la diplomacia se preocupara siempre y tuviera ojos y oídos bien abiertos a su entorno, en la empresa, en el barrio, en viajes, en vacaciones, por todas partes, para el cumplimiento de las leyes de ordenación del territorio de la RDA. A este respecto me gustaría relatar una anécdota. No hace mucho, una mañana de domingo, a las 7, pudo oírse aquí cerca, procedente del espacio verde que da a la clínica veterinaria de la Universidad Humboldt, el ruido de una sierra mecánica. Inmediatamente me levanté de la cama, me vestí a toda velocidad, alerté a los vecinos —uno avisó a urgencias de la policía— y así conseguimos evitar que fuesen abatidos unos viejos álamos. No pudimos salvar un árbol, al que la sierra había herido ya demasiado profundamente. Pero los otros siguen en pie, por mucho que les molesten a los veterinarios, que querían construir ahí, me va por la cabeza, unos nuevos establos o un laboratorio. La ley estaba de nuestro lado. Pero sin la iniciativa de los ciudadanos su inobservancia habría pasado inadvertida.

**DUVE:** Pero ¿y si lo que estuviera en juego no fuesen sólo unos árboles viejos, y si hubiera una colisión de intereses, con trascendencia económica, entre la protección de la naturaleza y la industria? Supongamos que una fábrica de cemento...

**HARICH:** La ley decide. Lo que la ley dice es diáfano. Y de plantearse dudas, como bien puede ocurrir en casos particulares, han de intervenir los expertos del ámbito científico en cuestión, principalmente biólogos. En casos extremos, la decisión corresponde a un procedimiento jurídico, en el que interviene la abogacía del estado, que es a quien corresponde velar por el cumplimiento de la ley. Por lo demás: un director de empresa socialista no detenta la propiedad privada, como entre ustedes, no es un fabricante capitalista. Percibe un sueldo, pero no se beneficia de lo producido por la empresa. Conculcar la legislación de protección de la natura-

leza carece, por tanto, de interés para él. Podrá conculcarla, como mucho, por falta de imaginación, comodidad, irresponsabilidad y otros motivos similares. Y luchar contra esto sobre una base legal no es difícil, es mucho más fácil que cuando, como ocurre entre ustedes, las iniciativas cívicas han de enfrentarse con el interés por el beneficio, la presión a la valorización del capital y la autoafirmación del empresario en la lucha concurrencial. He leído con el máximo interés un artículo del ministro federal Hans-Jochen Vogel titulado *Límites del crecimiento: consecuencias para la política*, un artículo en el que, entre otras cosas, dice: "De acuerdo con nuestras informaciones, la destrucción y la contaminación del medio ambiente representa por la Unión Soviética un problema de gravedad prácticamente igual al que en ese sentido tienen los Estados Unidos. El smog, la muerte de la fauna piscícola, la contaminación por petróleo y la desecación de lagos, los problemas con el suministro de agua potable, la erosión del suelo por la tala de los bosques... o palabras todas bien conocidas de curso no menos corriente en la Unión Soviética... Las causas son, evidentemente, las mismas que entre nosotros: la urbanización, el uso de tecnologías adversas al medio ambiente, la aplicación laxa de la legislación protectora, las dificultades de competencias en la administración, inobservancia en el cálculo de las empresas de los costes que recaen en la sociedad." Todo correcto. Pero de esto Vogel extrae la conclusión rotundamente errónea de que "los grandes desafíos de nuestra época no tienen nada que ver con los sistemas" (son *system-neutral* (T.)), es decir, que el socialismo apenas puede enfrentarse a ellos con mayor éxito que el capitalismo o no puede hacerlo mejor que él. Solo comparando el cuadro de intereses que guían a un director de empresa socialista con los motivos que determinan la actuación de un fabricante capitalista aparece con claridad que la cosa no cuadra. Y si se toman en consideración los antagonismos que se dan entre las relaciones de propiedad socialistas y capitalistas en su conjunto, entre la economía planificada socialista y la anarquía del mercado capitalista, etc. entonces resulta absolutamente evidente lo siguiente: la destrucción del medio

ambiente es, ciertamente, un problema de la sociedad industrial en general, pero de ninguna manera puede decirse que la posibilidad de hacer frente a este problema, de dominar este problema, sea algo independiente de los sistemas. Aquí tiene razón Barry Commoner cuando dice: "El concepto marxiano clásico de socialización de los medios de producción parece adaptarse mejor a las necesidades de la biosfera que la propiedad privada... Ahora que se ha reconocido en ambos países la necesidad de la protección del medio ambiente, va a ser más fácil su realización en la Unión Soviética que en los Estados Unidos." Ahora bien, ¿acaso quiere decir esto que porque existan relaciones socialistas de propiedad va a darse automáticamente una protección ideal de la naturaleza? Suponerlo equivaldría, nuevamente, a un error. Si las posibilidades del sistema socialista no se aprovechan en este sentido conscientemente, con objetivos definidos, su superioridad de principio no tendrá eficacia, no se hará palpable. Y de lo que se trata es de hacerlas máximamente efectivas, evidentes para todo el mundo, someterlas a una prueba práctica, para refutar a gente como Vogel de una manera tal que se queden sin habla. Esta tarea ha pasado a ser, creo yo, en la época de la crisis ecológica, el eslabón principal de la cadena de la revolución proletaria y lo es con mayor fuerza cuanto más tiempo pasa. De la misma manera que el movimiento obrero en los países capitalistas advierte a las masas de las catástrofes que se avecinan y propone ante ellas el comunismo como medio decisivo para hacerlas frente, así también tenemos nosotros que concentrar todos nuestros esfuerzos en reforzar la justeza de su argumentación con el ejemplo vivo de nuestra acción. Desde ahora mismo tenemos que transformar el desnivel Oeste-Este en cuanto a nivel de vida, que hasta la fecha ha obstaculizado el avance de la revolución proletaria en los estados industriales capitalistas, en un desnivel Este-Oeste en cuanto a protección modélica de la naturaleza, al uso racional, comedido, económico de las materias primas, así como en lo que hace a la calidad de la vida socialista que está en consonancia con él. Si conseguimos hacer esto, nuestra causa vencerá en todas partes.

*DUVE:* ¿Y si esta estrategia exige el crecimiento cero?

*HARICH:* También en relación con esta cuestión hay en el artículo del señor ministro Vogel una significativa frase que, de todos modos...

*DUVE:* Sin embargo, Hans-Jochen Vogel, es más bien un adversario del crecimiento cero.

*HARICH:* Lo sé, es un típico exponente de la variante socialdemócrata del fetichismo del crecimiento, al que encubre con el florilegio de que hay que estar contra el crecimiento dañino, pero a favor del beneficio; o sea, que quiere lavar la piel sin mojarla. Vogel escribe que la alternativa del crecimiento cero le parece "exagerada y eventualmente, también irracional y con ciertas inclinaciones al luddismo y al fanatismo." El crecimiento cero significaría "que los medios para la forzosa ampliación de los equipamientos colectivos y para la mejora de la situación material de los infraprivilegiados —y a esta última categoría pertenecen miles de millones de personas en los países del subdesarrollo— sólo pueden alcanzarse a través de la redistribución. Sin embargo, ésto sólo podría hacerse por la vía de la violencia, por la vía revolucionaria." Sólo en base a esta última consecuencia rechaza decididamente, como exponente que es del ala derecha del SPD, el crecimiento cero.

*DUVE:* Sea del ala derecha o de la izquierda, lo cierto es que Vogel no va del todo desencaminado con sus temores.

*HARICH:* Los comunistas no tienen por qué compartir los temores de Vogel. Es, sin embargo, deber de los países socialistas animar a los pueblos de la parte capitalista del mundo a transitar por el camino de la revolución. Si consiguiesen darles a los pueblos pruebas prácticas en el sentido de que con el crecimiento cero resulta posible una vida más humana para todos los miembros de la sociedad, esa tarea se cumpliría.

*DUVE:* Los pueblos se sentirán, sin duda, agradecidos por este género de "ánimos". Aquí sí que se separan de verdad nuestros puntos de vista. Pero volvamos a la historia del coche. ¿Llegaría usted tan lejos como para recomendarle al amigo de Leipzig, una vez convenientemente ilustrado con

sus opiniones, renunciar, con vistas a dar buen ejemplo, a su Trabant y circular en bicicleta?

*HARICH:* De aceptarse el crecimiento cero, no tendría por qué proceder de ese modo. En esas condiciones no resultaría necesario retirar de la circulación los automóviles. La RDA no tendría por qué abandonar, por otra parte, su producción automovilística. Lo único que debería proponerse es no producir en 1976 más Wartburgs y Trabants que en 1975, limitándose todos los años a una misma cifra de producción de coches.

*DUVE:* O sea, solo una minoría ha de poder aspirar a poseer en el futuro un automóvil. ¿No es usted, como los ecologistas de Occidente, un enemigo radical de los automóviles?

*HARICH:* El automóvil de propiedad privada es, según pienso yo, un medio de consumo contrario a la naturaleza y a la sociedad, un medio de consumo, en cualquier caso, anticomunista.

*DUVE:* ¿Un consumo anticomunista?

*HARICH:* Defino como anticomunista aquel medio de consumo que no podría jamás ser consumido, fuese cuales fuesen las condiciones de organización de la sociedad, por todos y cada uno —sin excepción— de los integrantes de la sociedad, por lo que en caso de que se quisiera prolongar indefinidamente su producción, haría imposible el tránsito al comunismo, puesto que éste excluye por definición un consumo ligado a diferencias de ingreso y a privilegios. De los automóviles de propiedad privada, yo creo que a la corta o a la larga desaparecerán de la sociedad socialista. Por motivos sociales y ecológicos el futuro le pertenece aquí a una expansión óptima de los medios públicos de transporte, así como a la bicicleta y, no olvidemos, a la condición de peatón, tan sana, tan beneficiosa para evitar infartos, y además, según Ivan Illich, confiere el grado máximo de libertad en los movimientos y en la selección por uno mismo de los caminos que interesa recorrer. Cuanto más rápidamente se reconozca esto por cada individuo y se actúe en consecuencia, mejor.

*DUVE:* ¿Ve usted posibilidades de que su conocido de Leipzig, por ejemplo, llegue a convergerse de esto y no sólo

platónicamente, sino de un modo tal que opte por extraer las consecuencias prácticas?

*HARICH:* Cabe dudarle seriamente. Le recuerdo, una vez más, los sacrificios que han tenido que hacer los ciudadanos de la RDA. por el socialismo. El amigo de Leipzig ha conocido ciertamente, desde la infancia, todas las ventajas que tiene la vida en una sociedad socialista: educación gratuita, una atención sanitaria excelente, un puesto de trabajo absolutamente asegurado, cosa que hace que no pueda ni siquiera llegar a imaginarse lo que es el miedo a la vida, una generosa protección familiar, etc. etc. Pero, con todo, también ha tenido que hacer algunos sacrificios. O ¿Es que acaso no es un sacrificio tener que esperar tres años a la concesión de un Trabant y además teniendo a la vista permanentemente el ejemplo del hermano menos inteligente y activo que en Krefeld cambia de automóvil como de camisa y que, además, dispone desde su matrimonio de un segundo coche? Este es el aspecto que para nuestro hombre presenta, en la vida cotidiana, el desnivel del standard de vida entre el Oeste y el Este; lo que, por lo demás, explica que su disposición para contribuir espontáneamente, por propia iniciativa, a invertir el desnivel entre el Este y el Oeste en cuanto a protección del medio ambiente, ahorro de materias primas y calidad de vida, no sea excesivamente grande.

*DUVE:* ¿Espontáneamente? Pero usted podría impulsarle a hacerlo.

*HARICH:* ¿Yo? ¿Cree usted que eso serviría para algo? No llega a tanto mi capacidad de persuasión. Claro que, si el partido organizara grandes campañas de explicación contra la propiedad privada de automóviles y convirtiera en motivo de honor socialista el que los militantes y simpatizantes se hiciesen ciclistas, el hombre no se lo dejaría decir dos veces. Dos o tres artículos en "ND" (\*) bien combinados con alguna mirada despectiva del secretario del partido en su empresa bastarían para que el hombre se pusiera rojo de vergüenza sentado al volante.

(\*) *Neues Deutschland*, órgano central del S.E.D. (T.)

*DUVE:* O sea que es de éstos a los que no les gusta mucho desentonar.

*HARICH:* Como muchos entre nosotros que pueden permitirse tener su propio automóvil.

*DUVE:* ¿Cómo haría usted, en concreto, para inducir a este hombre a variar su punto de vista en cuanto al crecimiento?

*HARICH:* Pues seguiría con él punto por punto y refutaría algunas de las polémicas de nivel más elevado y de mayor contenido que hasta el presente se han publicado contra las prognosis hipotéticas del Club de Roma tanto en el Este como en el Oeste y entre ellas el folleto de Kuczynsky "El equilibrio del cero". Por lo demás, todas las objeciones existentes hace tiempo que han sido desmontadas ya por otros, en particular en el libro editado por Rowolth de Pecen y Siebkehr al que me refería en nuestra penúltima conversación. Sin embargo, no me limitaría a la mera refutación. Como hace diez años que trabajo filológicamente textos de Ludwig Feuerbach, me es muy familiar la idea de que los hombres caen en las peores confusiones ideológicas arrastrados por el poder de su pensamiento ilusorio, a lo que hay que atribuir, en concreto, los fantasmas mentales de la religión, como por ejemplo la fe en la inmortalidad del alma. A partir de aquí y después de haberle informado a nuestro hombre sobre las terribles consecuencias de la explosión demográfica, de la destrucción del medio ambiente, del agotamiento cada vez más inminente de las materias primas no regenerables, etc., le impartiría aún una pequeña lección en el sentido de clarificarle que tomaba su deseo de que la humanidad nunca fuese destruida por la realidad, razón por la cual hacía suya con ansia cualquier ilusión a este respecto difundida por una publicística completamente irresponsable. Ahora bien, como tratándose de marxistas es indudable que no es posible quedarse en una crítica ideológica a la Feuerbach, consideraría finalmente con él la coherencia existente entre los intereses de clase reaccionarios de la burguesía y las objeciones, científicamente tan fáciles de refutar, como refutadas ya hace tiempo, contra el Club de Roma. Con todo, no obstante, admitiría una cosa: el contenido de verdad de todas las publicaciones

que hasta ahora ha producido el Club viene negativamente afectado por el error capital de no nombrar para nada el problema de las clases, es decir, la contraposición entre el socialismo y el capitalismo, entre la clase obrera y la burguesía.

*DUVE:* ¿No tiene usted la impresión de que muchas de las personas que viven hoy en día, en particular las de la vieja generación, cuando se enteran de las prognosis hipotéticas del Club de Roma, dejan que las cosas sigan su curso como hasta ahora porque se consuelan con la idea de que, en definitiva, cuando las catástrofes que se predicen sean una realidad, ellos ya no estarán en este mundo?

*HARICH:* Sí, desgraciadamente tengo esta impresión. Ahora bien, para discutir con estos egoístas del "después de mí, el diluvio" lo más aconsejable es el estudio de Mesarović y Pestel, del que puede concluirse que las catástrofes regionales empezarán a producirse antes del momento previsto por Forrester y Meadows para el hundimiento general, y también que, dado el encadenamiento global de todos los acontecimientos locales, aún pueden en vida suya ocurrir cosas terribles. Exponiendo estas ideas, de todos modos, no habría que vacilar en añadir: "¡Mirad vuestros hijos, pensad en vuestros nietos y haced aún un esfuerzo por olvidar la terrible y repugnante idea, que os debería llenar de vergüenza, de que al fin y al cabo a vosotros no os va a alcanzar lo peor!" El propietario del Trabant de Leipzig y su joven esposa tienen ahora un chico de tres años de edad. Les bastaría con proyectar al futuro la expectativa media de vida de un habitante actual del centro de Europa para comprender toda la deuda que, a la luz de las advertencias del Club de Roma, han contraído con su hijo.

*DUVE:* Y ¿discutiría con nuestro hombre también sobre su idea de que el comunismo podría realizarse ya ahora?

*HARICH:* Sí.

*DUVE:* Y ¿no teme usted problemas y dificultades de dedicarse a prescribir, por motivos ecológicos, al SED el momento en el que la RDA debe "pasar al comunismo"? Los funcionarios del Partido y del Estado tendrían, con seguridad, algo que decir a este respecto.

**HARICH:** Estaría dispuesto a escuchar todos los argumentos relacionados con esta cuestión, estaría dispuesto a escucharlos pacientemente, estaría, en fin, dispuesto a dejarme convencer si fueran mejores que los míos. Ahora bien, no puedo garantizar la plausibilidad de todos ellos a mis ojos. Y en el caso de que los funcionarios del Partido y del Estado accedieran a una discusión de este tipo, yo pediría que tomaran parte en ella también algunos biólogos.

**DUVE:** ¿En qué punto de su concepción del comunismo cree usted estar tan seguro de lo que piensa como para no estar dispuesto a admitir lecciones de nadie en absoluto?

**HARICH:** Son cuatro posiciones. Esta es la primera: el comunismo no puede, a mi entender, ser proyectado a un futuro tan lejano y nebuloso que su reconocimiento como el mejor tipo de orden social imaginable quede convertido en algo puramente platónico, que las previsiones acerca de la posibilidad de realizarlo pasen a ser una especie de edificante sermón dominical en tanto que en la práctica la vanguardia del proletariado sigue considerando día tras día, por generaciones, incluso hasta el siglo que viene, el socialismo como el non-plus-ultra del progreso socio-histórico.

**DUVE:** ¿Qué quiere decir "no puede"? ¿Cómo lo fundamenta usted?

**HARICH:** Hace exactamente cien años Marx esbozaba en su *Crítica del programa de Gotha* los rasgos principales de las fases del desarrollo de la sociedad que nacería de la revolución proletaria, el socialismo y el comunismo. Han transcurrido casi 58 años desde la gran revolución socialista de octubre. Hoy existen 14 estados socialistas. El siglo XX ha transcurrido ya en sus tres cuartas partes. Es verdad: esto, tomado en sí mismo, no tiene por qué ser una justificación suficiente de mi postulado. En mi libro sobre Jean Paul cito, asintiendo, su sabia sentencia de que "en las alturas del entusiasmo, como en los Alpes, todo parece estar demasiado cerca". A mí esta frase me pareció una caracterización excelente de la impaciencia revolucionaria que por entonces, en 1973, llevó al mejor amigo del poeta, a Christian Otto, a la ilusión de que la revolución francesa iba a alcanzar inmediatamente a la totalidad de Europa. A la controversia polémica

con la impaciencia revolucionaria del neanarquismo de la APO he dedicado todo un libro. En los escritos de Marx, Engels y Lenin, por otra parte, se encuentran asimismo numerosas citas que permiten concluir que también ellos tenían una cierta inclinación a respirar el aire de los Alpes, o sea, que a veces caían, cuando formulaban pronósticos, en la tentación de "verlo todo demasiado cercano". Quizá pase todavía un siglo entero antes de que su visión del comunismo llegue a hacerse realidad. Sin embargo, recientemente la ciencia moderna, apoyándose en pruebas absolutamente fiables, ha profetizado que de continuar el ritmo actual del desarrollo del mundo, la humanidad habrá acabado consigo misma como mucho a mediados del siglo XXI. En estas condiciones, la clase obrera internacional, los trabajadores de todos los pueblos de la Tierra tienen derecho a que por lo menos la investigación marxista del futuro empiece ahora, de inmediato, a pensar, muy en concreto cómo puede inducir la victoria del comunismo a escala mundial, cómo puede ser utilizada para evitar las catástrofes que nos amenazan. Cien años después de la *Crítica del programa de Gotha* no debería ser ya prematuro pedir tal cosa y, a la vista de las prognosis hipotéticas del Club de Roma, estamos en el momento más apropiado.

**DUVE:** Sin embargo, a mí me parece que, en el fondo, sus interlocutores de la RDA están convencidos de que el socialismo hoy existente en la RDA es lo máximo que se puede conseguir. ¿No es así?

**HARICH:** En eso se equivoca usted, Duve. No obstante, caso de que hubiese camaradas así, yo les pediría que dejaran de llamarse comunistas y que declarasen públicamente que ellos estiman la idea del comunismo como una fantasía ajena a la realidad.

**DUVE:** Y la segunda posición que no abandonaría usted bajo ningún concepto?

**HARICH:** El comunismo es posible, pero —como no resulta difícil demostrar— no va a ser esa sociedad de la abundancia que siempre, desde los años cuarenta del siglo XIX —es decir, a partir del final de la fase babeufiana del movimiento proletario-revolucionario; en la historia de las ideas, desde

Cabet, Weitling y Marx— había sido imaginada. El comunismo tampoco va, por tanto, a organizarse sin autoridad estatal y derecho codificado, como habían supuesto los clásicos del marxismo-leninismo coincidiendo en esto, en última instancia, con los anarco-comunistas.

*DUVE:* Con esto usted se retracta de una de las tesis centrales de su libro *Zur Kritik der revolutionären Ungeduld* (Basel 1970) [Crítica de la impaciencia revolucionaria].

*HARICH:* Sí, en este punto el libro es erróneo y lamento en la medida en que ignoraba hechos que solo un año después, leyendo el *Doomsdaybok* de Taylor pasaron a resultarme alarmantemente evidentes, haber podido inducir a sus lectores a error. En el sistema finito de la biosfera, en el que ha de integrarse el comunismo, la sociedad humana sólo puede encontrarse en una situación de homeostática duradera, la cual no permite ni la prosecución de la dinámica del capitalismo o del socialismo, ni una libertad sin límites del individuo. Cualquier idea acerca de la extinción futura del Estado es, por tanto, ilusoria. El movimiento obrero internacional va a verse en la necesidad de echar definitivamente por la borda este último resto del anarquismo que aún impregna su teoría. Y va a verse también obligado a retroceder, a través de la espiral dialéctica, preservando indudablemente y a la vez desarrollando de modo creativo todas las demás innegables conquistas del marxismo-leninismo, al punto de partida histórico de su mundo de ideas, a la concepción comunista de Gracchus Babeuf. En tercer lugar: estoy profundamente convencido de que todos los países industriales capitalistas están maduros para la realización del comunismo sin necesidad de etapas de transición y que lo necesitan urgentemente. Sobre esta base, yo creo que la existencia de poderosos partidos obreros, revolucionarios y reformistas, firmemente enraizados en los pueblos y en sus tradiciones, tanto en Europa Occidental como en el Japón, hace probable en alto grado que estos territorios pasen a ser comunistas, lo sean ya, en un futuro muy cercano (\*).

(\*) Acerca de las perspectivas en los E.E.U.U., ver la carta de W. Harich a F. Duve de fecha 21 de mayo 1975, pág. 238 y ss.

*DUVE:* Todos los resultados electorales y todos los programas de partido de los comunistas occidentales indican más bien lo contrario. Pero ¿cuál es su cuarto punto?

*HARICH:* En cuarto lugar, el tránsito de las regiones industrializadas del Norte al comunismo constituye la única posibilidad para establecer entre ellas y los pueblos del Tercer Mundo relaciones de razón, de humanidad, unas relaciones que aseguren una paz definitiva y duradera así como la colaboración ventajosa entre ambas partes. No hay alternativa a este tipo de relaciones; en cualquier caso, no hay alternativa que no acabe necesariamente en la catástrofe más increíble.

*DUVE:* Explíquese más detenidamente.

*HARICH:* El sentido de la historia mundial, caso de que tenga alguno, consiste en la realización progresiva del principio de la igualdad de todos los hombres. Este principio es constitutivo de todos los demás valores morales que han de estar en la base de una regulación racional de las relaciones interhumanas. Los órdenes sociales que están en contradicción con él entrañan una dinámica —a la larga siempre explosiva— que los hace inestables y que está en contradicción, consiguientemente, con el estado homeostático al que la humanidad, a riesgo de su hundimiento, ha de atenerse. De aquí se sigue que los pueblos del Tercer Mundo no sólo tienen un justo derecho a gozar del mismo nivel de vida que los de las regiones industrializadas del Norte, sino que sin la satisfacción de este derecho tampoco va a poderse lograr una armonía duradera entre el hombre y la naturaleza. Lo único que hay que preguntarse es lo siguiente: ¿cómo ha de realizarse este derecho? Y ¿en qué puede consistir la ayuda del Norte? Una industrialización comparable a las de las regiones del Norte sería funesta por diversas causas. Primero, de ocurrir tal, ello significaría el fin de la biosfera. La sobrecarga adicional al medio ambiente sería tan terriblemente grande que bajo su presión destructiva se quebrarían los ecosistemas y los ciclos de la naturaleza. Si ya ahora ocurre así, ¿qué ocurrirá con los 7.000 millones de habitantes con que tendremos que contar para el año 2.000? En segundo lugar, con la estructura actual de la economía mundial, una

industrialización de este género se haría también bajo el signo de la explotación de los países en desarrollo por parte de las clases dominantes del Norte occidental. O bien, en los casos de los países que cuentan con una estructura socialista que les protege de esa explotación, sería imposible hacerla avanzar sin enfrentarse a la tremenda presión concurrencial por parte de las zonas ya industrializadas, y mucho menos en el caso de que éstas se pasasen a las nuevas y costosas tecnologías, inocuas para el medio ambiente y economizadoras de materias primas, que, a la vista de la crisis ecológica, se han hecho necesarias. Quiero prescindir por el momento enteramente de la infamia que desde hace algún tiempo es posible observar por parte de los monopolios multinacionales consistente en desplazar al Tercer Mundo las industrias particularmente nocivas para el medio ambiente con vistas a sustraerlas a las acciones de protesta de una opinión pública alarmada. En tercer lugar, la producción moderna, intensiva en capital, basada en y generadora a un tiempo de la más alta productividad del trabajo, propia de este género de industrialización, hace de los países subdesarrollados una fuente de paro creciente, dando lugar a un empobrecimiento de masas sin parangón en la historia. Es decir, la sobrepoblación absoluta, que está haciéndose dueña, de todos modos, acompañada de fenómenos catastróficos, de amplias zonas del Tercer Mundo, viene a ser potenciada por los horrores de la sobrepoblación relativa. Cualquier ayuda al desarrollo —por muy amplia que sea— resulta ineficaz mientras se mantenga bajo la forma de la transferencia de capital, que aumenta la dependencia con respecto a los monopolios multinacionales comportando la utilización de tecnologías modernas, intensivas en capital, con todas sus terribles consecuencias. Sólo el tránsito de las regiones industrializadas del Norte al comunismo posibilitaría la solución al problema. Permitiría, en concreto, situar al Tercer Mundo en condiciones de recorrer un camino propio hacia su desarrollo claramente diferenciado de los modelos del Norte, un camino capaz de combinar la adecuada producción intensiva en trabajo —“producción por las masas en vez de producción en masa”, como una vez la denominó

Gandhi— con tecnologías favorables al medio ambiente y con la cuidadosa preservación de las tradiciones artesanales autóctonas y de la tradición cultural de cada país.

*DUVE:* El marxista ortodoxo Harich resulta partidario de Illich y de Ignacy Sachs.

*HARICH:* Mis ideas a este respecto están influidas no sólo por Sachs y por Illich, sino también por René Dumont y John Morgan. Muy sugestiva para mí ha sido la importante obra de E.F. Schumacher “Small is beautiful” (Londres, 1973). Estos intelectuales, que al mismo tiempo participan muy destacadamente en la ayuda al desarrollo, señalan el único camino racional para el Tercer Mundo. Ahora bien: caso de subsistir el sistema capitalista, este camino, suponiendo que llegara a ser transitable, resultaría tan errado y nefasto como la industrialización basada en métodos intensivos en capital, ya que no tendería a superar el desnivel entre el Norte y el Sur, sino a eternizarlo. Para sacar a los países subdesarrollados del atraso y de la dependencia, la realización global de las propuestas de Schumacher debería asegurarse con el establecimiento del comunismo en los países industriales. Sólo de esta manera existirían posibilidades de que la “producción por las masas” del Sur no quedara sometida a la producción en masa del Norte en la lucha concurrencial y sólo así sería posible que los pueblos del Tercer Mundo, en la medida en que fuese ventajoso para ellos, participaran igualmente en el disfrute de esa producción en masa como consumidores sin tener que desarrollarla ellos mismos. El Norte les proveería de productos industriales en la medida en que no pudieran prescindir de ellos, pero tampoco fabricarlos ellos mismos, según el principio de la distribución justa de lo existente.

*DUVE:* ¿Aprovisionamiento por donación?

*HARICH:* La palabra “donación” causa extrañeza en este contexto sólo en la medida en que, pensando aún de acuerdo con las categorías del capitalismo, se considera que lo normal es la producción de mercancías y las relaciones de intercambio indisolublemente vinculadas a ellas. Si no se procede de esta manera, si se considera como lo propiamente *racional* y *normal* el comunismo, lo que hay en tal caso

que tomar en consideración es la distribución de los valores de uso existentes a quienes los necesitan. El Tercer Mundo tendría, desde luego, que dar una contraprestación: que lo que tuviera en existencia, lo producido por él, en la medida en que no fuera consumido por él mismo, fuese a su vez distribuido según un criterio de justicia entre nosotros, en el Norte. Ahora bien, nadie preguntaría ya por el equivalente en valor de cambio que hoy se acostumbra a asociar al concepto de "contraprestación". Y eso porque todas las cosas útiles —cojinetes o plumas estilográficas, granos de café, plátanos o chales de Cachemira— se producirían sólo en tanto que valores de uso, ya no en tanto que mercancías, sólo para satisfacer necesidades y ya no para lograr un cambio de equivalentes en el mercado. Ahora bien, las propiedades que hacen a muy diferentes valores de uso aptos para la satisfacción de necesidades diferentes, son realmente inconmesurables. ¿Qué vale más: un artículo de hierro o de chapa o un kilo de plátanos? Eso depende, en la medida, claro es, en que no se aspire a negociar con el intercambio, de las necesidades existentes. Para un hambriento los plátanos son más valiosos. Los artículos de hierro o de chapa no son comestibles.

*DUVE:* A esto se refería usted, pues, cuando en nuestra penúltima conversación aludía de pasada a la necesidad de abolir el mercado mundial.

*HARICH:* Sí, hay que abolir el mercado mundial y hay que sustituirlo por un sistema global de distribución justa. Otra cosa no nos va a ayudar a nosotros ni a los pueblos del Tercer Mundo, ya que nosotros necesitamos de sus productos igual que ellos de los nuestros. Pero ¿quién podría abolir el mercado mundial? Podría hacerlo la clase obrera victoriosa de las regiones industrializadas; ella podría hacerlo realizando el comunismo.

*DUVE:* ¿Quiere usted, por tanto, decir que el Tercer Mundo ha de renunciar a poseer sus propias industrias porque puede aprovisionarse de artículos industriales en el Norte? Si lo que usted estima es esto ¿no sería equivalente a eternizar de nuevo su dependencia —en este caso— su dependencia

con respecto a unos países industrializados comunistas que podrían nuevamente ejercer presiones sobre ellos?

*HARICH:* ¿Qué clase de presiones podrían partir de países industriales que hubieran realizado el comunismo con el fin de solucionar la crisis ecológica y reducir el desnivel en cuanto a nivel de vida entre el Norte y el Sur? Los gobiernos de tales países no pedirían del Tercer Mundo nada que no fuera coherente con el interés de este último, a saber: la limitación del número de nacimientos, la puesta en práctica de medidas rigurosas para la protección del medio ambiente, el uso comedido de las materias primas y, sobre todo, el derrocamiento de los regímenes corruptos que hasta el momento cuando han percibido créditos lo único que han hecho ha sido metérselos en el bolsillo y dejar a sus respectivos pueblos con las manos vacías. Esto sería todo. Y la "contraprestación" por ello consistiría en la protección y el fomento de la producción autóctona del Tercer Mundo así como en el suministro gratuito de artículos industriales; suministro gratuito, entre otras cosas porque el dinero habría sido abolido. Esto por lo que respecta a la primera cuestión. En cuanto a que el Tercer Mundo debería renunciar a poseer sus propias industrias, no creo haber dicho ni una palabra. Evidentemente que el Tercer Mundo debería contar con sus propias industrias, pero ante todo con industrias que preservasen sin daño sus bellezas naturales, que garantizaran a sus masas una ocupación llena de sentido, satisfactoria desde un punto de vista humano, industrias que en lugar de destruir la multiplicidad de sus tradiciones artesanales y culturales, las desarrollasen y completasen orgánicamente de acuerdo con las propuestas formuladas por E.F. Schumacher, quien no está en contra del desarrollo del Tercer Mundo, sino apasionadamente a favor. Y no tendrían por qué limitarse a este tipo de industrias. Podrían muy bien, en base a lo que fuese útil para cada pueblo en concreto y para la humanidad en su conjunto, encontrar un complemento con una u otra planta industrial altamente moderna de tipo norteamericano.

*DUVE:* ¿Cuál es la escala que adoptaría usted para decidir lo que es útil y lo que es inútil.

*HARICH:* En un mundo organizado en base al comunismo, los centros fabriles de cualquier país industrializado sin excepción no serían ya de propiedad privada de un señor monopolista cualquiera, sino que serían propiedad colectiva. Sin embargo, tampoco serían ya sólo propiedad del pueblo determinado que viviese en el país en concreto cuyos obreros e ingenieros trabajasen en las fábricas en cuestión, sino propiedad en igual medida de todos los pueblos, propiedad colectiva de la humanidad en general. Las fábricas de la sociedad Flick, por ejemplo, ya no pertenecerían a la familia Flick —eso en cualquier caso— pero tampoco sólo al pueblo del Estado de la República Federal, sino a él y además también a todos los franceses, hindúes, rusos, chinos, israelíes, ciudadanos de la RDA, sirios, brasileños, esquimales, etc., de la misma manera que los centros productivos de todos éstos pertenecerían asimismo a los ciudadanos alemanofederales. La cuestión de si las necesidades de los hindúes en cuanto —digamos— a cojinetes se satisfacerían en base a la producción de las fábricas de cojinetes ya existentes en la República Federal o bien en base a la de una fábrica de la misma rama a construir de nueva planta en la India, ya no se resolvería, en estas condiciones, sino en función de criterios de adecuación de índole técnica, geológica, ecológica o incluso etnológica. Se tomaría en consideración, por ejemplo, la situación en cuanto a materias primas y en cuanto a industrias complementarias en ambos países. Habría que tomar en consideración el esfuerzo de transporte, digamos, entre Schweinfurt y Calcuta, el gasto de energía requerido por los barcos y los ferrocarriles y compararlos con las ventajas o desventajas de la formación de cuadros hindúes especialistas en ingeniería técnica de la rama industrial de rodamientos, con las ventajas o desventajas de las condiciones climáticas locales para una producción de esta naturaleza, con su adecuación al medio ambiente en tales condiciones climáticas, etc.... Todos estos datos se introducirían en la computadora que calcularía entonces la solución más provechosa para todos los afectados. Es decir, se trataría de un caso especial del problema general de la localización óptima de los centros industriales a escala plane-

taria. Ahora bien, lo que no estaría en juego es si un país cualquiera necesitaría o no industrias de exportación. La cuestión de que la producción de cojinetes por la República Federal tuviera que protegerse frente a la concurrencia hindú carecería de sentido. Ya nadie competiría con nadie. Por lo mismo, en la India tampoco tendrían ninguna necesidad de calentarse la cabeza calculando cómo conseguir contingentes de exportación de chales de Cachemira y Te Darjeeling para compensar las importaciones de cojinetes. Ya no habría nada que compensar, porque no existiría dinero, ya no existirían las transferencias y los pagos. Lo que existiría es un plan económico mundial elaborado por el Consejo de Economía Mundial con sus contingentes determinados para la producción mundial de cojinetes y del resto de productos industriales, mientras que cada persona dispondría de cartas de racionamiento y de vales. Con eso bastaría.

*DUVE:* Supongamos que la solución óptima resulta ser: "Hay que construir en Calcuta una gran fábrica de cojinetes". ¿No perjudicaría eso a la producción autóctona de la Schumacher, con su "producción por las masas", aun bajo signo comunista?

*HARICH:* No, bajo signo comunista no significaría eso de pronto que vinieran a abrirse en la India de par en par las puertas a una industrialización del tipo norteamericano. Ahora bien, tampoco habría que atenerse, prisioneros de una especie de romanticismo mal entendido, como si se tratase de un dogma, a la producción intensiva en el trabajo allí predominante, sin admitir excepciones. Para el comunismo no son un valor en sí ni los modos de producción arcaico-autóctonos ni la producción y la eficiencia técnica. Al comunismo lo que le importa es la felicidad vital de los hombres. El comunismo surgirá de la victoria de la revolución proletaria mundial como un sistema global centralmente dirigido de ayuda mutua y de mútua satisfacción de las necesidades, el cual, liberado del intercambio de mercancías, de la concurrencia de las balanzas comerciales, etc., se orientará única y exclusivamente a la utilidad óptima de todos. En un sistema de esta naturaleza, la "producción por las masas" encontrará su puesto seguro y protegido, sin que por ello los pueblos de

Asia, Africa y América Latina se vean privados de las bendiciones —caso de que lo sean y en parte lo son— de la producción en masa de alta perfección técnica. Ahora bien, si no cae el sistema capitalista en Norteamérica, Europa Occidental y el Japón, si por no caer éste subsiste el mercado mundial con su supremacía ostentada por los monopolios multinacionales, es evidente que los pueblos del Tercer Mundo se hundirán de un modo u otro en una miseria cada vez más profunda, y ni la industrialización según el modelo del Norte ni un desarrollo de sus países tal como el que aconsejan Sachs, Dumnt, Morgan, Illich y Schumacher serán una salida. Por sí mismo, en función de sus condiciones específicas, el subcontinente indio, por ejemplo, no está maduro para el socialismo, caso de que concibamos el socialismo tal como lo pensaban Marx y Engels en relación con países altamente industrializados, para no hablar ya de que esté maduro para el comunismo. Lo óptimo para India, Pakistán, Bangla Desh y también para Afghanistan, Sri Lanka, Nepal, Burma, etc. sería un socialismo modificado del tipo chino. Pero esto sólo en el marco del mundo tal como es actualmente a consecuencia de la coexistencia de capitalismo y socialismo con la supervivencia simultánea de un mercado mundial capitalista. En cuanto las regiones industrializadas del Norte hubiesen realizado el comunismo, países como la India, dotados por su parte de una estructura asimismo comunista, se convertirían *eo ipso* en miembros de un sistema económico mundial comunista exactamente igual como ya en los años veinte lo hizo un país aún feudal, en sí mismo nada maduro para el socialismo, como la Mongolia Exterior que, integrada en la Unión Soviética, pudo saltarse la fase capitalista y recorrer el camino de la construcción del socialismo. Hasta dónde pueden llegar las zonas subdesarrolladas en la realización del comunismo no depende sólo y ni siquiera en primer término de sus condiciones internas, sino de sí y hasta qué punto se realiza el comunismo en los países avanzados, industrializados. Eso lo decide todo. Lo más importante es hacer avanzar la revolución en los países industriales capitalistas, y una vez que haya vencido en ellos pasar inmediatamente a la realización del comunismo. Los países in-

dustriales socialistas se convertirían en comunistas sin necesidad de revolución.

*DUVE:* Pero todo lo que usted dice está altamente divorciado de la realidad. Usted habla de este mundo y del mundo futuro como si *a priori* pudiesen excluirse todos los conflictos entre Estados comunistas. Como si los dirigentes de los Estados y partidos de Europa Oriental fuesen a cambiar decisivamente sin más sus metas y planes en cuanto se hubieran impuesto las nuevas ideas ecológicas favorables a un comunismo estilo Babeuf. Pero vayamos a sus hipótesis: el resultado sería, de acuerdo con lo que usted dice, un comunismo de racionamiento en el Este y en el Oeste, el cual, tal como usted supone, abarcaría a partir del Norte también al Tercer Mundo. Supuesto el caso de que esto sucediese, entonces ¿cualquier hindú recibiría las mismas raciones, tanto cuantitativa como cualitativamente, que cualquier americano de los EE.UU.?

*HARICH:* ¿Por qué no? Habría diferenciaciones locales según los diferentes hábitos tradicionales de vida. En el Sur de Asia el arroz no dejaría de ser el elemento básico de la alimentación, de la misma manera que los rusos o los ingleses no dejarían de beber té con preferencia sobre el café. Los bávaros tendrían sus salchichas blancas, los chinos sus aletas de tiburón. Pero el plan económico mundial comunista, basado en la propiedad colectiva de toda la humanidad sobre el conjunto de medios de producción, con sus índices apuntando a lograr un "crecimiento orgánico" à la Mesarovič y Pestel, organizaría la distribución en base al principio de la igualdad de todos los individuos para obtener nada más, pero tampoco nada menos que, todos los valores de uso necesarios para una vida humana digna y eso en todos los lugares, en la India como en los EE.UU. De esta manera se acabaría con el hambre de los niños en la India. De esta manera se aseguraría definitivamente la estabilidad del estado homeostático mundo-sociedad que depende de la igualdad de todos. De esta manera se crearían las premisas para una articulación armónica del "Homo sapiens" y su cultura en la biosfera.

*DUVE:* De todo esto no hay ni rastro en la planificación ac-

tual del Comecon. ¿Por qué no hay entonces un tránsito a un comunismo de esta clase entre vosotros?

*HARICH:* Yo soy favorable a que nosotros demos el primer paso hacia él. Pero sería más fácil para nosotros que el Occidente lo diera también al mismo tiempo. Y cuanto antes lo den los dos, tanto más segura, feliz y satisfecha va a poder vivir la humanidad. La Tierra necesita el comunismo. Lo necesita ya y en todas partes.

## VII.— LA CRITICA DE LAS NECESIDADES Y EL COMUNISMO DE BABEUF. CARTAS A FREIMUT DUVE.

Berlín, 24 de abril 1975

Muy apreciado Señor Duve:

Lamento mucho que en su última visita tuviera usted que volverse sin haber conseguido nada. El lunes me había recuperado ya de mi ataque al corazón lo suficiente como para, al menos, instalado nuevamente en casa, encontrarme en condiciones de aprovechar el reducido tiempo diario de trabajo que me ha sido concedido para comunicarme con usted por etapas.

La séptima y última entrevista que habíamos previsto no creo que pueda tener lugar, si es que alguna vez llega a tenerla, sino dentro de bastante tiempo. Voy a enviarle de inmediato, de todos modos, los borradores iniciales, que tengo en dos versiones diferentes: supongo que coincidirán, en lo fundamental, con sus propias anotaciones. No creo, por otra parte, que podamos darle la forma de entrevista a lo que ambos guardamos en la memoria de nuestras últimas controversias. Es superior a mis fuerzas; en cualquier caso, no lo podría hacer tan rápida y concentradamente como exige el escaso tiempo de que se suele disponer en sus visitas a Berlín.

Berlín, 26 de abril 1975

Renunciando a un nuevo encabezamiento, continúo con el tema. ¿Qué pasará, dada la situación actual, con el fragmentario manuscrito de las entrevistas? Hay dos motivos para echarlo al fuego o, en el mejor de los casos, para no publicarlo ahora, dejando todo lo elaborado hasta el momento congelado como legado póstumo con la secreta esperanza de que el plazo que me queda de vida sea lo suficientemente largo como para verlo, gracias al "determinismo histórico", completamente envejecido; quiero decir: como para ver cómo sin intervención nuestra, todo ha sido asumido ya por todos.

El primer motivo, puramente egoísta, que me hace considerar esta solución como la mejor se deriva del hecho de que yo, afincado en el campo socialista y con el corazón quebrantado, no tengo las menores ganas de entrar nuevamente en conflicto con mi superioridad, que es —hoy como ayer— absolutamente favorable al crecimiento. Como pienso que su omnipotencia política, y, en general, las estructuras autoritarias de nuestro sistema resultan necesarias para la supervivencia, difícilmente podría no darles la razón. Me diferencio, pues, —a favor del gobierno, claro es— de disidentes à la Sajarov o Havemann, así como también de los nostálgicos de la llamada primavera de Praga y, sobre todo, en lo que hace a la situación actual de Portugal, de usted, que confía en Soares, en tanto que yo desconfío profundamente de él. La verdad es que con el pluralismo, la demanda de mayor libertad y cosas similares no tengo nada que ver; todo lo contrario. Le diré también que la gran importancia que les doy a las consideraciones ecológicas se traduce en la recomendación de hacer un uso completamente distinto de las estructuras económicas y de poder existentes entre nosotros, con las que estoy plenamente de acuerdo, un uso que al menos en los estados ya industrializados de Europa Occidental, lleve a una drástica limitación del crecimiento. Sólo que claro, en lo relativo a este punto podría ocurrir que, al menos de momento, no encontrara yo aquí demasiada benevolencia, lo que me resultaría algo más fati-

goso que charlar con usted acerca de temas como la reforma y la revolución, el parlamentarismo o la dictadura del proletariado. ¿Para qué exponerme, pues, de esta manera? En la torre de marfil filológica en la que, gracias a Feuerbach y a Jean Paul, he venido a resocializarme plenamente, me encontraría más cómodo y eso sería también más provechoso.

El segundo motivo para guardar silencio sobre los aspectos socio-políticos de la crisis ecológica vendría a cifrarse en mi sentido de la calidad, que me hace dudar del grado de madurez de estas seis entrevistas de cara a su posible publicación. Desde que empezamos, usted y yo, a discutir sobre el medio ambiente, el crecimiento, etc. ha aparecido mucha literatura importante. En la medida que he ido pudiendo leerla, en todo este interregno, se han desencadenado en mí procesos intelectuales que, en parte, me han motivado nuevos puntos de vista y, en parte, me han animado a polemizar con concepciones que ni siquiera han aparecido en nuestras conversaciones.

De ceder a los impulsos productivos que se derivan de todo esto, cosa que, por otra parte, no consiente mi estado de salud, el manuscrito no se salvaría de una reelaboración en profundidad. Habría, en particular —por mencionar sólo lo más importante—, que incluir en él las sugerencias que tengo que agradecer a la importante obra de Jost Herbig *Das Ende der bürgerlichen Vernunft* ["El final de la razón burguesa"], München 1974. Sería igualmente indispensable una confrontación polémica que recogiese críticamente y con énfasis político el libro *Struktureller Revolution* ["Revolución estructural"], de Joachim Steffen, Reinbeck 1974 (en relación con el cual, por lo demás, los camaradas del "*Projekt-Klassenanalyse*" de Berlín Occidental, me han hecho llegar una toma de posición en forma de manuscrito digna de la máxima consideración). Por otra parte, cuando pienso en lo escasa y superficialmente que me refiero a Ivan Illich, me doy cuenta de que en mis respuestas hay grandes vacíos. Igualmente, se anuncia como inminente la aparición de un nuevo libro de Erhard Eppler, *Ende oder Wende* ["Final o cambio"]. Sería escandaloso no tenerlo en cuenta. Lo más

seguro, de todos modos, es que me tenga que contentar con conocer su intención básica de segunda mano, vía reseñas (la del *Spiegel* la tiene anunciada Gustav Heine-mann). De otras muchas publicaciones de importancia tan sólo conozco el título y en ocasiones, ni eso. Lo último que he estudiado a fondo es el trabajo de Mesarović y Pestel, cosa que hoy no es, ni de lejos, suficiente. También puede decirse que, en general, y desde el principio, me he referido, con unilateralidad excesiva, al *Doomsdaybook* de Taylor, al Club de Roma, a la discusión de los científicos soviéticos acerca del hombre y el medio ambiente y a las manifestaciones de Sicco Mansholt.

A pesar de todo, sin embargo, y tras sopesar los pros y los contras he optado por no dejar *ad acta* nuestro empeño. En lo que afecta a los temores relativos al bienestar de mi propia persona, la verdad es que resultan vergozosos hasta la comicidad tan pronto como se tiene en cuenta el hecho de que, en definitiva, el tema a debate en nuestras entrevistas era nada menos que la supervivencia de la humanidad. ¿Cómo podría un marxista consciente de los problemas relacionados con la ecología guardar silencio al respecto por miedo a las posibles molestias resultantes? Quisiera, por lo demás, subrayar el adjetivo "posibles", dado que a la vista de la situación que reina entre nosotros, no creo que se trate de algo fatal. Probablemente esté incluso denigrando a la RDA al no considerar como —y *a priori*— completamente excluida la posibilidad de encontrarme con molestias.

Por lo que en cualquier caso, creo que no hay que preocuparse es por la acusación, que con seguridad hay que esperar en el Este y en el Oeste, de información insuficiente. En nuestra civilización, caracterizada por una división extrema del trabajo, inundada de literatura especializada de todo orden, que opone una enorme resistencia a la investigación interdisciplinar individual, el "generalista" que propugna Jungk sólo puede, hoy por hoy, proponer un modelo, nada más. Quien se muestre de acuerdo con ese modelo, quien intente dar, en su marco general, un par de pasos por su propia cuenta, ya puede hacerse a la idea de que será tachado de diletante. Sí: tener el valor del diletantismo

podría ser la primera condición para hacer frente a esa prepotencia, que nos amenaza mortalmente, del idiotismo superespecializado. Y si no para acabar con él, al menos sí para socavarlo, para minarlo.

Lo importante es dar con una nueva propuesta que, independientemente de lo atacable que resulte en su fundamentación última, o en tales o cuales aspectos concretos, sea capaz de estimular la reflexión, de tal modo que por mucho que sus bases tuvieran que, por anticuadas, quedarse en el camino en un 90 %, lo que como efecto final se consiguiera fuera nada menos que la supervivencia del *Homo sapiens*. Y es precisamente esa clase de propuestas las que entrañan las recomendaciones, vitalmente importantes, del Club de Roma, conjugadas con una distribución racionada de acuerdo con el comunismo mundial sin abundancia, según el modelo de Babeuf.

Yo preferiría, naturalmente, que fueran marxistas con poder e influencia y ecólogos, de saber más fundamentado que el mío, quienes reflexionaran conjuntamente acerca de si es posible, y cómo llevar esto a la práctica. Pero en el océano de los especialistas ocupados sólo de aspectos parciales, en el orden de los que sólo se interesan por sus limitados campos específicos, ¿ve Vd., señor Duve, algún signo, en alguna parte, de maduración de una alianza de este género entre la política radical y la protección radical a la naturaleza, entre el marxismo-leninismo y Francisco de Asís, para no hablar de Babeuf y Forrester? Yo veo poco de todo ello. Y como tampoco se perciben apenas signos visibles de fermentos en ese sentido, creo que los diletantes sin poder están tan capacitados como obligados a provocar a las dos instancias durante tanto tiempo como resulte necesario para que ambas se decidan a reconocer el núcleo racional de la utopía que se describe y sacar las consecuencias prácticas pertinentes. Puede que ese ir y venir no demasiado racional y sedimentado acabe con el renombre científico, tanto si éste le resulta al semi-"generalista" más importante que la salud o la seguridad vital como si no. Igual da. Un amigo de Berlín Occidental me decía, después de leer las entrevistas, que estaban muy por debajo del nivel de mi libro sobre Jean Paul y

que lo único que harían es perjudicar mi buen nombre como historiador de la filosofía y de la literatura. La verdad es que yo me río de ese buen nombre y reclamo el derecho a decir lo que, en mi opinión, ha de ser dicho. Así pues, y en el espíritu descrito, ¡lleve usted lo que hay a la imprenta, por grandes que sean sus lagunas!

Berlín, 29 abril 1975.

En el centro de la séptima y última entrevista debería haber estado la nueva teoría de las necesidades, ese *desideratum* del marxismo cuya elaboración resulta hoy, en mi opinión, de lo más urgente.

De lo que a mí se me ocurre al respecto, sólo puedo comunicar tentativamente, esquemáticamente, un par de ideas básicas, que "ofrezco" aquí a algún otro investigador de la izquierda para su elaboración más aproximada y sistemática. En parte no se trata sino de interrogantes que yo mismo me planteo; entre ellos algunos suscitados por usted en el curso de nuestras conversaciones y de los que no nos fue posible ocuparnos exhaustivamente hasta resolverlos sin mayor dimensión. Ni que decir tiene que la numeración de las ideas fragmentarias que siguen no significa que se me haya pasado siquiera por la cabeza dictar a quienquiera que desee entregarse a la elucidación de este conjunto de preguntas una secuencia determinada en el procedimiento metódico.

1. — Hay que distinguir entre los conceptos de "necesidad" y de "demanda". Todo taller de reparaciones, pongamos por caso, tiene una determinada demanda de piezas de recambio, toda rama de la industria tiene una demanda de materias primas, pero también toda economía doméstica demanda muebles, utensilios de cocina, etc. La "demanda" parece por consiguiente una categoría indispensable para la descripción y el análisis de las instituciones económicas, no importando, por lo demás, su adscripción a la esfera de la producción o a la del intercambio, a la distribución, al consumo, etc. La necesidad, por el

contrario, es una fuerza motriz de la conducta humana, probablemente el concepto-eje de todas las fuerzas motrices de esta índole. La tarea de la teoría marxista es elucidar cómo pueden mediar entre sí la demanda y la necesidad.

2. — Para la definición de la demanda puede bastar con la ciencia social, concretamente con la economía política. Para la necesidad, sus conceptos no bastan. Tan pronto como hemos de habérselas con la necesidad entramos en un terreno completamente diferente: en el de la antropología, la psicología, la investigación de los instintos y la conducta; como marxistas, en un terreno intermedio, aun poco explorado, entre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico. La cuestión de si el marxismo implica o no una antropología filosófica propia ha sido, en la mayor parte de los casos, contestada entre nosotros en un sentido tajantemente negativo, con vistas a contrarrestar las tendencias de ideólogos burgueses tipo Scheler, Plessner y Gehlen, con la consiguiente confusión ridícula de lo que es la negación (más o menos justificada) de *puntos de vista* con la (supuesta) necesidad de rechazar *disciplinas* enteras. Lo cierto es, por el contrario, que la realidad "necesidad" basta para desvelar lo claro de semejante error.
3. — Esto, sin embargo, no ha de llevar nuevamente al malentendido de que en la teoría de las necesidades, las categorías y las consideraciones de contenido económico no tengan papel alguno que jugar. A cualquier nivel de abstracción, incluso al más elevado, el marxismo ha de atenerse más bien, por el contrario, al primado de lo social sobre lo personal. Al primado, en terminología hegeliana, del "espíritu objetivo" sobre el "subjetivo" (algo análogo, por lo demás, al primado biológico de los ecosistemas sobre las peculiaridades de las plantas, animales o microbios integrados en ellos). Sólo gracias a su no aban-

dono de este razonamiento pudo Marx, en tanto que dialéctico procedente de Hegel, llegar a la idea —pionera en la resolución de nuestro problema— de que la producción social cree, junto con los bienes de uso que produce, también las necesidades llamadas a ser satisfechas con ellos. Ver, particularmente, la Introducción al Borrador de los *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín 1953, pág. 12 y ss. [Trad. cast: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid 1972, pág. 10 y ss.], en concreto esta frase: “El hambre es hambre, pero el hambre que se satisface con carne guisada, comida con cuchillo y tenedor, es un hambre muy distinta de la que devora carne cruda con ayuda de manos, uñas y dientes. No es únicamente el objeto del consumo, sino también el modo del consumo lo que la producción produce no sólo objetiva sino también subjetivamente. La producción crea, pues, al consumidor (...) *La producción no solamente provee un material a la necesidad, sino también una necesidad al material.*” De sustitución de la economía política marxista por la antropología filosófica no hay, por tanto, que hablar. Pero:

4. — La antropología filosófica asume y completa convenientemente las expresiones marxianas que se acaban de citar cuando toma como punto de partida la “variabilidad y plasticidad de la estructura de los impulsos humanos” y contrapone a ésta la dependencia fija de los instintos propia de la conducta animal. Y es precisamente una antropología de esta naturaleza lo que existe desde hace ya más de una generación. Se la debemos, nos guste o no desde el punto de vista político, al archiconservador Arnold Gehlen. Sin los hallazgos de Gehlen, las ideas de Marx relativas a la generación de las necesidades por la producción social quedarían, desde el punto de vista biológico y psicológico, en el aire, resultarían inexplicables. En consecuencia, sea cual sea la aversión que, por lo

demás, nos inspire Gehlen, sus aportaciones —que han de ser acogidas críticamente— deben fundirse en una síntesis, en este punto concreto, con la economía política marxista. Ni que decir tiene que esas aportaciones de Gehlen resultan verificadas por todos los resultados empíricos de la moderna etnología y especialmente por las investigaciones de la escuela americana del Malinowski, Boas, Benedict y M. Mead.

5. — Muy al margen creo que debo llamarle la atención respecto a la muy significativa circunstancia de que la “variabilidad y plasticidad” de nuestros impulsos encuentra un reflejo en todos los diccionarios en los que se relacionan dos idiomas. “*Bedürfnis*” [necesidad] puede traducirse en latín por “indigentia”, “desiderium” o “necitas”, en inglés por “necessity”, “need” o “wish”, en francés por “necessité”, “besoin” o “désir”, igual que, a la inversa, nuestro idioma [el alemán (T.)], ofrece a los miembros de otros pueblos que lo estudian la posibilidad de elegir entre “*Drang*”, “*Bedürfnis*” y “*Wunsch*”. Y en ningún caso se trata de sinónimos, sino de conceptos diferenciados entre los que median cesuras insuperables. De una chica joven que quisiera ser actriz de teatro yo supondría, por ejemplo, que respondía al deseo (*Wunsch*) de obtener el aplauso del público, cosa que sólo estaría dispuesto a reconocer como legítima de percibir que en la base de tal deseo existe la necesidad (*Bedürfnis*) —indispensable para el arte dramático— de expresarse, de imitar a otros, etc. En términos toscos, la necesidad es más elemental, está más cerca de lo vital que el deseo, pero como ella misma es plástica y variable no es fácil delimitarla del deseo, deseo que, por su parte, puede remontarse a lo infinito, hasta el deseo de ser inmortal (ver Feuerbach).
6. — Ahora bien ¿qué ocurre cuando, de acuerdo con las

afirmaciones del Club de Roma, el desarrollo de la producción industrial llega a un punto en el que empieza a destruir la base natural de la existencia humana? Simplemente que a tenor de las premisas explicitadas más arriba, esa producción ha tenido precisamente que extraer y desencadenar de la estructura variable, plástica, de los impulsos humanos necesidades o deseos respecto de los que ya no cabe encontrar otra justificación —al igual que en lo relativo a la producción que les da satisfacción y que una y otra vez los genera—, que la de suscitar la destrucción de dicha base natural, es decir, de la biosfera y, con ella, del *Homo sapiens* mismo. Esta conclusión tiene que imponérsele a todo marxista que haya leído los *Elementos fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)* de Marx y que, además, reconozca los hallazgos comprobados de la ecología como una parte integrante del materialismo dialéctico.

7. — De ello se sigue que, en cuanto marxistas, nos encontramos ante la tarea de someter a revisión crítica —e incluso a desechar, al menos en una formulación más general— el objetivo que hasta el presente nos habíamos fijado, es decir, la voluntad de satisfacer en el comunismo todas las necesidades del hombre. Dicho con mayor exactitud: con el propósito de mantenerlo dentro de unos límites ecológicamente responsables, tenemos que establecer como premisa de nuestro programa de satisfacción de las necesidades humanas un inventario crítico y diferenciador del conjunto de las necesidades que han ido surgiendo en el hombre en el transcurso del proceso histórico y, en particular, las que nos ha legado la sociedad de clases con el consumo de lujo y de prestigio de sus capas dominantes y, sobre todo, la sociedad capitalista, con su caza desatada del beneficio con la lucha competitiva a ella inherente entre los capitales, con su presión para la apertura constante de nuevos merca-

dos. Habría que distinguir selectivamente entre las necesidades a conservar, asumibles como herencia cultural, así como, en casos concretos, las que habría incluso que suscitar y hasta incrementar, y aquéllas otras respecto de las que habría que des acostumar a la gente, en la medida de lo posible, mediante la reeducación y la convicción por la persuasión, pero en caso de necesidad también mediante rigurosas medidas coactivas, como puede ser la paralización de ramas enteras de la producción acompañada de curas de deshabitación de masas legalmente organizadas. Está claro que la premisa indiscutible de todo esto es que la propiedad social de todos los medios de producción sea administrada por el Estado proletario. Pero esto no basta. El Estado proletario ha de poseer, además, los medios de poder necesarios para controlar también el consumo de los individuos y de controlarlo de acuerdo con los criterios que le dicte la ecología.

8. — Resulta de gran ayuda en este sentido el hecho de que Marx, aún recogiendo en la *Crítica del programa de Gotha* la consigna de los antiguos comunistas, de los comunistas utópicos, "a cada uno según sus necesidades", vinculara su realización, en un sentido crucial, a la existencia de condiciones que implicaban la inculcación de nuevas necesidades y hábitos, con lo que venía a reconocer implícitamente el carácter plástico-variable de la estructura de los impulsos humanos. Antes de poder ser cumplida tal consigna, dice muy adecuadamente Marx, debería, entre otras cosas, haberse convertido el trabajo mismo en la primera necesidad vital del hombre. En la actualidad, y a la vista del estadio presente del desarrollo de las fuerzas productivas, yo relativizaría esto, pero sólo en la medida en que la primacía conferida a la necesidad del trabajo me parece muy propia de la época, de hace cien años (e incluso de algo después). En lo que, sin embargo, insistiría incondicionalmente es en

el postulado más general, más de principio que entraña esta formulación marxiana, a saber: en que para el comunismo es necesario conformar, y conformar por él mismo, las necesidades humanas. Y añadiría además: una conducta justa para con el medio ambiente, un uso ahorrativo de las materias primas y de la energía, un consumo consciente y ecológicamente responsable, la protección de la naturaleza, el repudio moral de todo derroche, etc. han de convertirse en la "primera necesidad humana" es decir en hábito obvio antes de que pueda siquiera pensarse en la realización de la fórmula "a cada uno según sus necesidades."

9. — En realidad, yo había previsto discutir con usted, en el marco de la séptima entrevista, todo un catálogo de las necesidades que hay que combatir clasificándolas como sigue: a) contrarias a la naturaleza, b) contrarias por autonomasia a la sociedad, c) antisocialistas, d) anticomunistas, e) combinaciones de unas u otras de estas categorías, incluyendo las eventuales formas intermedias entre ellas. Sólo para ello necesitaría ahora por lo menos 20 páginas, lo que me fatigaría excesivamente y, además, alargaría en exceso mi carta. Así pues, dejaré planteada la posible elaboración de un catálogo de esta naturaleza como un *desideratum* de la investigación marxista de las necesidades, limitandome a decir tan sólo unas palabras acerca de las "necesidades anticomunistas", que ya aparecieron marginalmente en una de las entrevistas. Se entiende por éstas lo siguiente: el socialismo, tal como lo concibe Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*, esto es, como un estadio inferior de la nueva sociedad y tal como se halla realizado en la actualidad en los 14 estados socialistas existentes, todavía admite la existencia de diferencias en cuanto a ingresos y privilegios como componente necesario del principio del rendimiento, del que no puede prescindir en su calidad de estímulo para el

proceso productivo. En el estadio superior al que se aspira, por el contrario, es decir, en el comunismo, la retribución a cada cual ya no tendrá que hacerse según su rendimiento, sino según sus necesidades. En condiciones socialistas es perfectamente normal que un individuo, que por su talento o por su esfuerzo, etc., rinda cuantitativamente y cualitativamente mucho a la sociedad, —mucho más de la media—, disponga por ejemplo de una casa de fin de semana situada en una parcela a la orilla de un lago. Ahora bien, ni siquiera en Finlandia, que es el país de los mil lagos, sería posible que este bien de consumo —por lo demás nada extravagante— fuera disfrutado por todos los miembros de la sociedad sin excepción. En consecuencia, también allí —y no digamos ya en otros países en los que no hay tantos lagos— ha de considerarse como *indisolublemente ligado al tránsito del socialismo al comunismo la renuncia a esta necesidad*. Este bien de consumo, este valor de uso, pasaría, consiguientemente, a ser visto como "anticomunista". Esto significa, yendo a los principios, que en cuanto se alcanza en una sociedad socialista un nivel productivo que permita garantizar para todos una vida humana digna, el tránsito a la fase superior, al comunismo, ha de abrirse, entre otras cosas, eliminando aquellos consumos de privilegio que en ninguna circunstancia podrían ser accesibles para todos. Y esto, a su vez, quiere decir que el comunismo, entre otras cosas, sólo puede realizarse a través de la lucha contra determinadas necesidades a las que el hombre se ha acostumbrado en el transcurso de la historia mundial con sus deseos, con sus nostalgias siempre orientados según el lujo de las capas en cada caso privilegiadas, necesidades que incluso en condiciones socialistas no han dejado de aparecer ante él como naturales y justas.

10. — Podría decirse de esta reflexión que hace un flaco servicio al comunismo. En cualquier caso, así lo juz-

garán quienes en el socialismo aún gozan de privilegios, y, desde luego, es natural que así lo vean las clases dominantes de la sociedad capitalista. A ello debo decir que, en el contexto del ejemplo seleccionado más arriba, de la parcela de fin de semana junto al lago, he excluido provisionalmente los argumentos ecológicos. Ahora bien, tan pronto como en la consideración se incluye asimismo a la naturaleza, resulta imposible excluir tales argumentos y, sobre todo, cuando se ponen a debate los lagos y las orillas de los lagos, sobre cuyos ecosistemas ejercen una acción asoladora la urbanización del terreno con parcelas y casas de fin de semana. En estas condiciones aparece como *la* salvación no ya la sociedad meramente socialista, sino la sociedad comunista, siempre que se presuponga que su estricto principio igualitario va a ser utilizado por el estado proletario para la represión de necesidades contrarias a la naturaleza (las que hemos traído a colación anticomunistas).

11. — Apéndice importante: la distinción entre necesidades naturales y artificiales no puede efectuarse en el hombre, ni siquiera en el caso de los pocos instintos residuales no específicos suyos.

Cualquier preparación usual del alimento, incluso la propia de la Edad de Piedra, por ejemplo, se sustrae a la subsunción en las meras categorías naturales y es ya, en esta medida, artificial. Y lo antiquísima que es la necesidad de volar por los aires lo demuestra la saga de Dédalo e Icaro. En consecuencia, de ninguna manera podemos tomar ni siquiera en consideración la idea de limitar las necesidades artificiales a costa de las naturales, las de reciente factura a costa de las seculares. Esto carecería, *a priori*, de sentido porque resultaría incompatible con la naturaleza humana. De lo que se trata es de algo diferente: de que las necesidades humanas, se las llame artificiales o naturales, sean de fecha reciente o antiquísima, se repriman o se satisfagan plenamente o incluso se estimulen en la medida en que lo demande la

conservación de la biosfera, y asimismo de la edificación de un orden social que, garantizando la igualdad de todos los hombres, —imprescindible a la larga—, sea capaz de realizar tal cosa.

Berlín, 3 de mayo 1975.

¿Quién fue Babeuf? Es fácil saberlo recurriendo a cualquier diccionario enciclopédico. Acerca del "babeufismo" como doctrina puede uno enterarse de la mejor manera por el más reciente *Philosophisches Wörterbuch* de la RDA, en dos tomos, editado por Manfred Burh y Georg Klaus, Berlín 1974. Iliá Ehrenburg y Ferdinand May han escrito novelas históricas sobre la "conspiración de los iguales" de Babeuf, de 1795/96, utilizando en ambos casos las memorias de su amigo Filippo Buonarotti. En Wagenbach, Berlín Occidental, aparecerá próximamente un libro que trata tanto de las afinidades como de las diferencias entre Babeuf y Marx en relación con sus principios de organización y su táctica política. En estas condiciones me parece aconsejable dejar al margen todos los datos históricos acerca de Babeuf que yo pensaba exponer en el marco de la séptima entrevista y limitarme a unas breves observaciones.

Babeuf intentó aportar, desde el principio, a la revolución francesa, tanto a su ideología como a su realización histórica, un concepto del comunismo agrario aprendido de Morelly, que era entonces prematuro y que, por tanto, estaba condenado al fracaso. Babeuf perteneció presumiblemente a la oposición de extrema izquierda a Robespierre; pero tras la caída de éste, en 1794, se sumó pronto a los perseguidos partidarios de Robespierre que hicieron retroceder el 9 de Termidor y que, contra la resistencia de la gran burguesía victoriosa, intentaron restablecer la democracia jacobina de 1793, es decir, la dictadura de la Convención dominada por el Comité de Salud Pública. Encerrados en prisión, los más decididos partidarios de este empeño se dieron cuenta de que había que movilizar y organizar a su favor a las capas populares más pobres y hambrientas y, en estas con-

diciones, el también prisionero Babeuf ganó sobre ellos, con sus amplios ideales comunistas, una gran influencia. El motivo: la dictadura de los jacobinos había fracasado por la contradicción que suponía proclamar, de un lado, la propiedad privada como un derecho humano inalienable e intentar, de otro lado, suprimir su consecuencia directa, la búsqueda capitalista del enriquecimiento individual, mediante decretos de prohibición y el terror. Con la exigencia de la prohibición de toda propiedad privada, Babeuf ofrecía la fórmula que prometía superar este dilema.

Parece que en aquel momento los republicanos puros, los herederos de Robespierre, Saint-Just y Marat, veían mayoritariamente en las consignas comunistas un simple medio para ganarse a las masas miserables, mientras que, por el contrario, Babeuf y sus fieles aspiraban a la vuelta a la constitución democrática de 1793 únicamente como punto de partida de un poder político orientado a la transformación gradual de las relaciones de propiedad con la meta final del comunismo. Las relaciones entre ambos grupos parecen haber sido, no obstante, más bien fluidas y, en cualquier caso, contaban como elemento de unión con la oposición común a los termidorianos, al Directorio de la gran burguesía, al que inmediatamente después de la amnistía conseguida en 1795 se empezó a combatir con intensidad y con un notable empuje de masas.

A la represión de sus actividades legales, Babeuf y sus camaradas respondieron con el paso a la lucha ilegal. Así se constituyó la "conspiración de los iguales". El levantamiento popular general que preparaban no se llevó, sin embargo, a cabo. Un traidor de entre sus propias filas entregó el plan del levantamiento al gobierno del Directorio, que hizo detener inmediatamente a las cabezas de la conspiración. Después de un largo proceso, Babeuf y algunos de sus más estrechos colaboradores en la conspiración fueron ejecutados en 1797, en tanto que los demás acusados fueron, en parte, deportados y, en parte, dejados en libertad por falta de pruebas.

Uno de los deportados era Buonarotti. Años después escribió, basándose en sus recuerdos, un libro acerca de la his-

toria y la doctrina de la conspiración de Babeuf. Publicado en 1828 en Bruselas, al principio mereció escasa atención, pero a partir de mediados de los años treinta encontró una gran audiencia en el joven movimiento obrero francés en proceso de formación, cuando éste estaba empezando a dejar de ir a remolque de la oposición republicana —pequeñoburguesa— a la monarquía de julio, así como entre los cartistas ingleses. Si la ejecución de Babeuf eliminó, por tanto, el último obstáculo revolucionario-plebeyo en el camino del despliegue del capitalismo en el continente europeo, cuatro decenios más tarde, el renacimiento temporal de sus ideas, con la mediación del viejo Buonarotti, inició la independización de la moderna lucha de clases proletaria, su emancipación política con respecto a la tutela liberal. Así pues, Babeuf está como precursor más cerca del marxismo que el socialismo utópico estrictamente burgués (Saint-Simon, Fourier), aun cuando siga siendo verdad que éste, por su riqueza de ideas, estimuló en una medida mucho mayor a Marx y Engels que el primitivo patrimonio ideológico que Buonarotti podía ofrecerles.

Berlín, 4 de mayo 1975.

Sólo esto con respecto a Babeuf. Volvamos ahora a la primera "herejía" que usted, Señor Duve, cree ver en mí. En nuestra última conversación me puso frente a ese pasaje del *Manifiesto Comunista* donde Marx y Engels acusan al comunismo de Babeuf de ser "por su contenido, necesariamente reaccionario", pues predica "un ascetismo general y un toco igualitarismo". A esto adjuntaba usted la observación de que quien, como yo, enarbola la consigna de "¡Vuelta a Babeuf!" es imposible que pretenda al mismo tiempo aparecer como un marxista ortodoxo.

En principio debo decirle que se pueden encontrar otros pasajes de Marx y Engels en los que hay valoraciones muy positivas acerca de Babeuf. En él, dicen en una ocasión, el comunismo "aparece por primera vez como expresión de un partido comunista auténticamente en acción". En

Babeuf ven a alguien que apoyándose en la experiencia práctica de la lucha popular, revolucionaria, se dio cuenta de que “con la eliminación de la cuestión social de la aristocracia y con la república no venía a solucionarse ninguna «cuestión social» en el sentido del proletariado.” No obstante, no quiero extenderme con estas y similares citas. Para ir al núcleo del problema, hay que centrarse en otro punto. La historia europea de las ideas incluye una línea en la tradición del pensamiento social que es, en última instancia, de origen gran-burgués. Se trata de una línea que lleva de Voltaire, pasando por Concordet, a Saint-Simon, y de éste y sus partidarios (Heine entre ellos) al marxismo. Se caracteriza esta tradición por una actitud favorable y afirmativa con respecto al progreso y ha estado en todo momento tan estrechamente ligada al ascenso de la producción industrial, a la que refleja, que incluso antes de la aparición de Marx y Engels empezó en parte a modificar, y en parte a sustituir por completo, el legado de Babeuf entre los trabajadores con consciencia de clase a medida que éstos se entendían a sí mismos como proletariado industrial moderno. Pienso, a este respecto, en la resonancia de la utopía de Cabet, en neobabeufistas como Dézamy y, por lo que a Alemania se refiere, en Weitling.

La herencia de ideas utópico-socialistas que arrancan de aquí fue primero reelaborada críticamente por Marx y Engels, que las sintetizaron luego con las aportaciones racionales de la historiografía de la época de la Restauración, de la dialéctica hegeliana, del materialismo de Feuerbach, de las teorías de la economía política inglesa clásica (Smith, Ricardo). E hicieron bien dándole a todo esto la primacía. Porque la industrialización estaba en aquella época a la orden del día, estaba “en su momento” y se trataba de asegurar al proletariado, en tanto que productor de los logros que había que agradecer a aquélla, *al menos* una parte de sus bendiciones. De permanecer condenado al ascetismo babeufiano, el proletariado hubiera quedado atezado en su miseria y en su penuria en vez de haber enviado, como Babeuf quería, a los ricos al diablo, tarea para la que en el siglo XIX faltaban aún todas las precondiciones.

Lo que ahora estamos viviendo, sin embargo, es, simplemente, que el progreso industrial, tanto en condiciones socialistas, como, sobre todo, en condiciones capitalistas, choca con barreras naturales inesquivables, lo que hace que el dominio de la línea de tradición volteriana en el marxismo, o al menos eso afirmo yo, deje de resultar conforme a las exigencias de la época. Y si en este contexto recuerdo a Babeuf es porque quiero verle reivindicado como el primer adepto del Jean-Jacques Rousseau joven de orientación comunista, de quien, en mi opinión, parte otra línea de tradición que va a ser en el futuro de más importancia para el marxismo que la de Voltaire, Condorcet y Saint-Simon. Es de origen preindustrial, campesino-pequeñoburguesa y desde un principio radical-democrática, pero democrática no en el sentido del sistema político pluralista de la burguesía, sino en el sentido del —altamente autoritario, extremadamente dictatorial— jacobinismo. Jacobinismo en relación con el cual acaso no convenga olvidar que su más glorioso representante, Robespierre, exactamente igual que su continuador comunista Babeuf, figuraba entre los más entusiastas roussonianos.

Rousseau era el gran antípoda de Voltaire. Y ¿por qué lo era? Podemos encontrar la respuesta en el *Diccionario filosófico* de Voltaire, donde se rechaza la filosofía de Rousseau afirmando de ella que es la de “un paria miserable cuyo deseo es que todos los ricos sean desvalijados por los pobres para que la unión fraternal de los hombres se realice más fácilmente.” Dado que el antagonismo de clase, articulado en este veredicto, es el núcleo del conflicto entre los dos grandes pensadores —como ocurre de hecho—, el marxismo, por mucho que reconozca la función históricamente progresiva de la riqueza burguesa en el muy siglo XVIII, no puede tomar abiertamente partido, aunque solo sea por su bien conocida preferencia por los “parias miserables”, por Voltaire contra Rousseau. Aunque tan lejos nunca ha llegado a ir, desde luego.

Ni siquiera en la valoración de la —aparentemente tan raccionaria— crítica roussoniana de la civilización. Sobre ésta Voltaire le escribió en 1755 a Rousseau, con referencia al

ejemplar dedicado que éste le había enviado del *Tratado acerca del origen y del fundamento de la desigualdad entre los hombres*: "Leyéndolo dan ganas de andar a cuatro patas. Sin embargo, dado que hace ya 60 años que abandoné este hábito, me es, por desgracia, imposible recuperarlo de nuevo, por lo que dejo esta postura tan natural a hombres que sean más aptos para ella que usted y que yo." Es una invectiva humorística contra la "vuelta a la naturaleza" roussoniana. Otros ilustrados interpretaban la misma consigna como si se tratara de la recomendación de que los hombres volvieran a alimentarse, como los jabalíes, de raíces y bellotas. Al igual que Voltaire, sin embargo, estaban en un error y hay que decir que le corresponde a la filosofía clásica alemana, lo mismo que al marxismo, que adoptó como punto de partida la plenitud de ésta en manos de Hegel y Feuerbach, el honor de haber penetrado con mayor profundidad en este punto. Con otras palabras, que sin perjuicio de sus muy fuertes afinidades con la tradición favorable a la civilización de raíz volteriana, no compartían aquella mala interpretación de las auténticas intenciones de Rousseau. Lo cual, creo yo, capacita nuevamente, cuando no fuerza, a los marxistas de hoy a relativizar también el juicio que se emite en el *Manifiesto Comunista* acerca de un Babeuf en la línea de Rousseau.

En una época en que con la eliminación del feudalismo estaba a la orden del día de la historia el dominio de la gran burguesía, Rousseau dio imperturbablemente expresión a los intereses de las capas populares pequeño-burguesas y plebeyas. Para él, por tanto, resultaba inaceptable la idea de un progreso uniforme, lineal, mejorador y favorecedor de la sociedad en su conjunto. La historia mundial le demostraba que la masa de los pobres había sido siempre oprimida por los ricos y poderosos. De aquí concluía que el proceso de la civilización sólo resultaba beneficioso a quienes poseyeran la suficiente riqueza como para estar en condiciones de apropiarse de los bienes materiales y espirituales en aumento y que esto, por las desigualdades no naturales que persistirían, tenía necesariamente que llevar a la difusión de la depravación moral de toda la sociedad. Así se conjugaba en él el

postulado democrático-plebeyo de igualdad con la crítica a la civilización, de resonancias conservadoras, inherentes a la "vuelta a la naturaleza". Sin embargo, Rousseau no entendía por ese regreso, en absoluto, tal como le imputaban los volterianos, la vuelta del hombre a alimentarse de bellotas y a desplazarse a cuatro patas. Rousseau pensaba algo distinto, algo que, bien mirado, tendría que relacionarse más bien con esta fórmula: "adelante hacia la naturaleza". Lo que él vislumbraba era una cultura que con sus medios —de los que ya no podía hacerse abstracción en la historia— restableciera a un nivel superior el estado natural de igualdad entre los hombres, su vida armónica en común, su felicidad en ello basada, su común sensibilidad moral. Y sus escritos tendían a darle esta clase de orientación tanto al desarrollo del todo social como al del individuo.

El primer pensador que comprendió esto fue Kant. Rousseau quería, escribe Kant en 1786, "resolver el difícil problema de cómo tiene que proceder la cultura para desarrollar las potencialidades y disposiciones de la humanidad, en tanto que moral, de forma coherente con su determinación, de tal modo que ésta no se oponga ya a aquélla en tanto que especie natural." En 1794 Fichte adoptó análoga posición en relación con el empeño de Rousseau. Para Rousseau, subrayaba, el "regreso" era en realidad "avance": "Para él ese abandonado estado natural es la meta última a la que ha de proyectarse finalmente la humanidad ahora depravada y deformada. Procede a hacer precisamente lo que nosotros hacemos: trabaja para conformar ulteriormente a la humanidad a su manera y para fomentar su avance en dirección a su meta suprema." Esto se dice en el escrito de Fichte *Über die Bestimmung des Gelehrten*. Y la filosofía de la historia propia de Fichte, expuesta en los *Grundzügen des gegenwärtigen Zeitalters* (1806) representa un intento único de traducir la herencia intelectual así entendida de Rousseau en su dimensión histórico-universal. La historia mundial enlaza, según este texto, con un estado natural paradisiaco y armónico en el que la razón, aun sin comprenderse a sí misma, domina necesariamente como un impulso ciego. De aquí se pasa a una segunda época en la que la autoconsciencia ini-

cial del individuo choca con la ley de la totalidad como si se tratase de un imperativo externo, pero al que aún se somete. Posteriormente, ambos entran en conflicto y se llega al rechazo, por parte del individuo, de toda autoridad. La razón parece perdida. Su ciego dominio ya se ha truncado; ya no reconocerá a ningún poder externo; sin embargo, aún no se ha alcanzado su dominio consciente querido y aceptado de modo universal. La humanidad vive en el "estadio de pecaminosidad consumada". Y solo a partir de él puede, con lo que se cierra el proceso, pasar la era del "arte de la razón" en la que nuevamente se recobra la armonía inicial, pero recuperada a través de la libertad, en tanto que obra consciente de los hombres, los cuales determinan de manera creadora y autónoma su vida de acuerdo con sus eternos fines naturales.

Berlín, 11 de mayo 1975.

He conservado la carta dirigida a usted durante una semana para no ceder a la tentación de alejarme tanto de nuestro tema de partida como para que, en lugar de una defensa de mi babeufismo, salga la historia de la recepción de Rousseau en Alemania. Permítame aún una pequeña sugerencia a mis colegas que se dedican a la historia de la filosofía, en el sentido de que sería de provecho para ellos examinar, partiendo de los *Grundzüge* de Fichte, si la versión hegeliana del proceso histórico que se consuma a sí mismo no procederá también del tronco roussonianiano.

Hay un elemento que así permite inferirlo: Engels, educado en la filosofía hegeliana, recomendaba y alababa sin vacilar la doctrina de Rousseau como ejemplo arquetípico de pensamiento histórico-dialéctico. Me remito al mejor conocedor de Rousseau de la RDA, Winfried Schröder, quien, en su introducción a los escritos juveniles de Rousseau (Leipzig 1965) escribe: "El paso decisivo de cara al descubrimiento de las tendencias dialécticas de la concepción de Rousseau, así como a la valoración de su importancia... puede que lo diera antes que nadie Friedrich Engels. El fue el primero en

mostrar con claridad como según Rousseau la sociedad civilizada se contruyó sobre las ruinas de las relaciones primitivas incapaces de seguir subsistiendo y cómo la negación de la sociedad civilizada inicial era la premisa de un orden social completo." Schröder pone de relieve la presencia en el *Antidühring* de muchas resonancias de Rousseau, seleccionando como la más destacada la siguiente, que reproduce literalmente: "Y así se transforma de nuevo la desigualdad en igualdad, pero no en la antigua igualdad natural de los hombres primitivos carentes de lenguaje, sino en la unidad superior del contrato social." La frase basta para poner de manifiesto que la comprensión de Rousseau por parte de Kant, Fichte y Hegel —más profunda que la de la ilustración— es recogida y ulteriormente desarrollada por el marxismo, pero recogida en base a aquella "negación de la negación" que equipara la meta final de la revolución proletaria con la tarea de restablecer el comunismo de los primitivos órdenes gentilicios a un nivel superior, completando un movimiento espiral de la historia mundial, preservando todos los logros de la sociedad de clase. También Marx y Engels eran, en este sentido, herederos y continuadores de Rousseau. Y hasta qué punto era fuerte, particularmente en Engels, la presencia del legado de Rousseau lo puede usted comprobar fácilmente en su libro acerca de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en concreto en el punto donde la necesaria decadencia de la sociedad gentilicia es, muy dialécticamente, lamentada como depravación moral del hombre *al mismo tiempo* que festejada como premisa necesaria para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas (en la época del esclavismo).

Babeuf no era tan difícil y complicado, ciertamente. Como teórico era, aún sin carecer de cierto talento publicístico, bastante primitivo. Y más primitivo aún, como un desierto desolado, era el pensamiento del verdadero ideólogo del partido de la "conspiración de los iguales", Sylvain Maréchal. Con respecto a Rousseau ambos procedían de una forma tan grosera, tan vulgarizadora, como en nuestro tiempo los ideólogos semi-púberes de la APO de los pasados años sesenta procedieron con respecto a los valiosos escritos de un

espíritu tan exigente como Herbert Marcuse.

Qué pérdida de nivel sufrió, de todos modos, la tradición roussoniana cuando los proletarios hambrientos, miserables, privados de toda formación, inclinados aún al ludismo, pasaron a descifrar trabajosamente la doctrina de salvación de su clase en el libro de Buonarrotti. En tales condiciones, de sutilezas como la dialéctica de la historia poco es ya lo que podía llegar. Así la crítica roussoniana a la civilización fue entendida en términos de llamada para la destrucción de las ciudades grandes, para el abatimiento de los palacios, para la desconfianza respecto del arte y la ciencia, para la prohibición de la educación superior, etc. Y esto justamente fue lo que apartó a Heine de los babeufistas y lo que llevó a su amigo Karl Marx a distanciarse enérgicamente de su ascetismo reaccionario y de su burdo igualitarismo. Hay que decir, no obstante, que en lo referente al punto decisivo, al punto más importante, Babeuf y su partido estaban por encima de su ídolo Rousseau: en tanto que portavoces de la clase obrera, ellos no abrigan ya reservas pequeño-burguesas para la propiedad privada; exigían sin ninguna clase de contemplaciones, con toda la claridad deseable, su abolición, en lo que también superaban al hasta entonces más importante ejecutor político del testamento de Rousseau: Robespierre. Ellos eran comunistas.

¿Qué puede significar después de todo esto, que en el presente nosotros, los marxistas, volvamos la mirada a nuestro antepasado Babeuf? Nada, excepto que sin abandonar nuestra meta final, el comunismo, tenemos que dedicar más atención a la tradición roussoniana, la cual, precisamente, desembocó por vez primera con Babeuf en una concepción comunista. De Rousseau, no obstante, podríamos aprender que el progreso civilizatorio empuja a los hombres al envilecimiento si no persiguen el objetivo de restablecer con sus medios la naturaleza para, albergados por ella, armónicamente reconciliados con ella, llevar una vida de concordia y de sentido común siempre presente. En su época Rousseau no pensaba esto, naturalmente, en términos ecológicos: ¿cómo hubiera podido hacerlo un hombre del siglo XVIII? El apuntaba a la virtud del ciudadano. Pero cuando nosotros, marxis-

tas de finales del siglo XX, siguiendo la profundamente lúcida sugestión de Kant y Fichte, interpretamos la "vuelta a la naturaleza" de Rousseau como un "adelante hacia la naturaleza" —y nada menos que Engels nos ha dado todos los elementos que nos permiten hacerlo— nos acercamos al Club de Roma, que tampoco sugiere a los hombres que se alimenten de bellotas y caminen a cuatro patas, sino que ha utilizado un producto que es el *non plus ultra* de la civilización, la computadora, para advertir al hombre que atienda a la naturaleza, que economice sus recursos, que articule armónicamente la existencia social con sus ecosistemas. Pero volviendo nuevamente, y con pocas palabras, a sus temores relativos a mi ortodoxia marxista: ésta consiente, en una perspectiva dialéctica, que no hay que conceder en todas las épocas y en todas las circunstancias la misma importancia a las mismas tesis. Y si en el siglo pasado la tradición Voltaire-Condorcet-Saint-Simon-Weitling se encontraba, justificadamente, más cerca del marxismo que la que partiendo de Rousseau enlaza con Robespierre y llega a Babeuf, hay que decir que entretanto el decurso de la historia, el desarrollo social, ha alterado de raíz esta proporción, si no es que la ha invertido completamente y sería cualquier cosa menos ortodoxo no tomar nota de este fenómeno. De falta de ortodoxia, por falta de orientación dialéctica, hay que hablar a propósito de los fetichistas del crecimiento, que aún creen posible hoy considerar nuestra dependencia de la naturaleza, enlazando con la inhibición de Voltaire, Condorcet y Saint-Simon, como una magnitud a despreciar. Ya Marx y Engels consideraban esta cuestión con menos despreocupación. Y cuánto más tendremos que tomar nosotros, los que vivimos en el presente, precisamente en serio esta problemática, en el supuesto, claro es, de que estemos en condiciones de pensar dialécticamente.

Berlín, 17 mayo 1975.

Aun cuando espero su visita para el martes, voy a enviarle por correo, como todas las demás, esta continuación de

nuestra correspondencia, no sea que vuelva a tardar 10 días en recibirla en Hamburgo, es decir, después de su regreso. Creo que ni siquiera en casos excepcionales deberíamos, tal como acordamos, cambiar los frecuentes retrasos postales por no se qué secretos o dísimulos de frontera.

En el último párrafo del pasado envío puse, en principio, abiertamente sobre la mesa las herejías que usted cree poder descubrir en relación con mi actitud respecto a la *Crítica del programa de Gotha*, de Marx. Pero solo en principio. No obstante, antes de concretar, al menos tentativamente, las cuestiones que hay que tomar aquí en consideración, quisiera corresponder a su deseo —expresado en nuestra última conversación— de explicar la diferencia entre los conceptos “socialismo” y “comunismo” en el sentido de su uso lingüístico por parte de la ortodoxia marxista-leninista, pero también de un modo tal que resulte accesible a los lectores no versados del Oeste.

Tenía la intención de proponerle situar nuestra discusión sobre este punto al principio de la séptima y última entrevista. Interrumpí, de todos modos, una primera elaboración porque me pareció excesivamente prolija. Y una segunda, más grave, no fue más allá de un esbozo sumario a causa de mi ataque cardíaco, y de mi imposibilidad provisional de trabajar. La segunda, más corta, le ruego que no la utilice en ningún sentido. La primera, más larga, quiero por el contrario, situarla a continuación de esta prosecución de la carta porque aquí aún puede, según creo, cumplir su papel. Desgraciadamente no vamos a poder redactar conjuntamente *este* fragmento de entrevista, lo que será una excepción. ¿Puedo rogarle, a pesar de todo, que deje *sus* preguntas tal como las he escrito yo de memoria, sin reformularlas usted mismo, por esta vez, en base a sus notas? A ambos nos interesa ahorrarnos otra sesión de redacción. Así pues, en esta ocasión puedo asegurarle que las palabras del entrevistador acaso no serán auténticas, tanto por el contenido como por el estilo, más que en casos excepcionales.

He aquí el fragmento de nuestra última entrevista en la versión correspondiente a un primer esbozo del que *sólo yo me hago responsable*:

*(Nueva versión de un fragmento del  
Capítulo VI,  
“El comunismo como solución”).*

DUVE: Para muchas personas de Occidente es motivo de irritación el hecho de que la Unión Soviética, China, Bulgaria, Yugoslavia, Cuba, Rumania y Checoslovaquia, a pesar de ser países regidos por comunistas, acostumbren a considerarse como un malentendido la más mínima suposición de ser países comunistas. En Albania, la RDA, la República Popular de Mongolia, Corea del Norte, Vietnam del Norte, Polonia y Hungría, los partidos que están en el poder se denominan, ciertamente, de otra manera. Pero sus miembros ponen igual énfasis en considerarse comunistas. En discursos de Honecker, por ejemplo, podría yo señalarle pasajes en los que se utiliza la fórmula “Nosotros, comunistas” con lo que se refiere a los miembros del SED. Sin embargo, la RDA no es, como ella misma dice, un país comunista, sino un país socialista. Igual ocurre en los demás estados enumerados arriba. Voy a asumir ahora una actitud completamente ingenua para forzarle a precisar su uso lingüístico planteándole esta pregunta: ¿por qué se llaman comunistas los comunistas?

HARICH: Se llaman comunistas los miembros de aquellos partidos que, en su momento, pertenecieron a la III Internacional, a la Internacional Comunista, abreviadamente Komintern, fundada después de la Primera Guerra Mundial.

DUVE: El orden social de un país, en el que uno de estos partidos ejerza el poder, no tiene por qué ser comunista.

HARICH: No. Un partido de éstos se desviaría incluso de la letra de la doctrina marxista de pensar, una vez en el poder, en la introducción inmediata y sin transición del comunismo

Marx ha hecho ver, en efecto en su *Crítica del programa de Gotha* que la nueva sociedad surgida de la revolución proletaria, antes de llegar a su perfección, el comunismo, tiene que recorrer una fase de desarrollo en la que si bien ya los medios de producción habrán pasado a ser propiedad social, la sociedad "conservará aún muchísimos vínculos en todos los sentidos: económico, moral, espiritual, con la matriz de la vieja sociedad de la que ha nacido". En relación con la distribución de los bienes materiales, Marx dice que en esta fase ha de estar aún en vigor el viejo derecho burgués, ese "derecho igual" para todos, que en realidad es "derecho desigual para un trabajo desigual". En la nueva sociedad se aplicaría por primera vez consecuentemente, de tal manera que "el principio y la praxis no se enfrentaran abiertamente", es decir, que ya no se quedase, como en el capitalismo, con la parte del león una clase de ociosos. "El derecho de los productores es *proporcional* al trabajo que han realizado; la igualdad consiste aquí en que el trabajo se mide según una misma escala. Unos individuos son física o psíquicamente superiores a los otros, de manera que pueden rendir más trabajo en el mismo tiempo o pueden estar trabajando durante un tiempo mayor. Y el trabajo, para servir de escala debe ser fijado por su duración o por su intensidad, pues en caso contrario dejaría de ser una escala. Este derecho igual es un derecho desigual para un trabajo desigual. No reconoce diferencias de clase, porque aquí cada individuo no es sino un trabajador igual que los demás, pero reconoce implícitamente como privilegios naturales la desigualdad individual de aptitudes y por tanto de capacidad laboral. *Se trata, por tanto, por su contenido, de un derecho de la desigualdad, igual que todo derecho.*" A partir de la *Crítica del programa de Gotha*, los partidarios de Marx llaman a la fase inferior de la nueva sociedad en la que estará en vigor este derecho, socialismo. Y como hasta el momento todavía no se ha superado en ninguno de los catorce estados de gobierno comunista que existen actualmente esta fase, resultaría equívoco hablar de ellos como si fueran países comunistas.

**DUVE:** Y ¿Cómo define Marx la segunda fase, la fase supe-

rior, el comunismo?

**HARICH:** "En la fase superior de la sociedad comunista", escribe, "cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, cuando el trabajo no sea sólo un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en sus banderas: *¡De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!*"

**DUVE:** Esta es la fórmula para el comunismo. La del socialismo reza: "*De cada cual según sus capacidades, a cada cual según su trabajo.*"

**HARICH:** Correcto.

**DUVE:** Pero Marx no denomina socialismo ni siquiera a la fase inferior. En cualquier caso no en la *Crítica del programa de Gotha*. En éste, antes bien, puede leerse: "De lo que aquí se trata es de una sociedad comunista (!) *desarrollada* no sobre su propia base, sino al revés, tal como acaba de salir de la sociedad capitalista." Y es de esta de la que Marx distingue la "fase superior de la sociedad comunista." Así pues, él llama comunistas a ambas fases.

**HARICH:** Exactamente. Nos encontramos aquí con una formulación con la que Marx quería expresar que no se trata de dos formaciones sociales diferentes, sino de dos fases sucesivas de la misma formación caracterizada duraderamente por la propiedad social sobre los medios de producción.

**DUVE:** ¡Según esto, la Unión Soviética debería llamarse: "Unión de las repúblicas comunistas-de-la-primera-fase soviética"!

**HARICH:** En realidad, sí. Sin embargo, ya en la vieja socialdemocracia, en los partidos de la II Internacional, se convino utilizar la denominación de "socialismo" para la fase inferior y la de "comunismo" para la fase superior. También nosotros, para no complicar innecesariamente nuestra entrevista, deberíamos atenernos a esta terminología, que se ha genera-

lizado y que, por lo demás, es asimismo aconsejable por el hecho de que la distribución de los bienes materiales de acuerdo con las necesidades ha sido considerada, y es considerada también por la mayor parte de las corrientes no marxistas del movimiento obrero como los babeufistas o los anarquistas (pienso en particular en Kropotkin), como el criterio del comunismo.

*DUVE:* De acuerdo con esto, los comunistas se llaman comunistas en función de la meta final, suprema a la que aspiran y que por el momento no ha sido alcanzada en ningún lugar, tampoco allí donde ellos se encuentran en el poder. ¿No es así?

*HARICH:* El comunismo es, en cualquier caso, su meta final, suprema. También es cierto que esta meta aún no se ha alcanzado en ningún sitio. Pero el hecho de que se llamen comunistas tiene otro motivo.

*DUVE:* ¿Cuál?

*HARICH:* Estar empeñados en la consecución del comunismo como meta final no es ningún rasgo *específico* de la III Internacional y de los partidos que han surgido de ella. La II Internacional, la socialista, aspiraba igualmente a idéntica meta final en la medida en que ya había hecho suya la *Crítica del programa de Gotha* de Marx. ¿Qué es lo que separaba a las dos fracciones del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, a bolcheviques y a mencheviques? Su primera divergencia vino a raíz de la formulación del estatuto del partido. Luego desarrollaron tácticas distintas en relación con la revolución rusa de 1905. Más adelante adoptaron actitudes diferentes ante la Primera Guerra Mundial y la revolución en que ésta desembocó. Sus divergencias, sin embargo, jamás afectaron, por muy importantes que fueran, a la meta final del partido. Por eso, cuando los bolcheviques empezaron a llamarse a partir de 1918 comunistas, el motivo no era que se hubiesen fijado una nueva meta final distinta a la de la vieja socialdemocracia rusa, sino que necesitaban un nombre nuevo para la III Internacional que acababan de crear y un nombre que no estuviese tan desprestigiado como el de la II Internacional, cuyos partidos había apoyado la política de guerra de las clases dominantes de sus países

respectivos.

*DUVE:* Entonces, de acuerdo con su meta final ¿también el antiguo SPD había sido un partido comunista?

*HARICH:* Lo fue a partir del momento en que aceptó y publicó la crítica dirigida por Marx a su programa de Gotha. El nombre del "Partido Comunista", sin embargo, se lo dió la Liga Espartaquista cuando a finales de 1918 y bajo la dirección de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg se disoció orgánicamente del USPD y se constituyó en partido independiente.

*DUVE:* ¿Por motivos también que no tenían nada que ver con la meta final?

*HARICH:* Por motivos que tenían que ver con la guerra que acababa de terminar y con las revoluciones en marcha en Rusia, Alemania y Hungría. La meta final del comunismo se debatía entonces entre el SPD, el USPD y el KPD en tan escasa medida como en Rusia entre los bolcheviques y los mencheviques. Aquí como allí eso era música celestial, de futuro, sobre la que no habían discusiones.

*DUVE:* Y entonces ¿por qué, en 1918 los bolcheviques, y siguiendo a estos, la Liga Espartaquista alemana, eligieron precisamente el nombre de "Partido Comunista"?

*HARICH:* Con ello volvían a enlazar con una tradición del movimiento obrero de la época anterior al marzo de 1848. Marx y Engels habían ingresado en 1847, respectivamente en Bruselas y en París, en la "Liga de los Justos", una unión revolucionaria de artesanos alemanes en el exilio, que poco después cambió de nombre y adoptó el de "Liga de los comunistas", para la que Marx y Engels redactaron a principios de 1848 su *Manifiesto Comunista*.

*DUVE:* ¿Acaso fue, al menos para este bautismo, la meta final un factor decisivo.

*HARICH:* No en el sentido de la *Crítica del programa de Gotha*, que sólo fue escrita 27 años después. Porque en el *Manifiesto* no se habla de las dos fases sucesivas que ha de atravesar la nueva sociedad. El "comunismo" era entonces más bien el sello distintivo del movimiento obrero revolucionario y eso porque éste había conducido sus luchas desde el final de los años treinta, concretamente en Francia,

bajo el signo de consignas comunistas, mientras que en aquel entonces por "socialismo" se entendía más bien el conjunto de proyectos de futuro políticamente inócuos de los utopistas y filántropos burgueses, que estaban muy lejos de la lucha de la clase obrera, cuando no incluso la rechazaban. "El comunismo no es para nosotros un estadio que haya de ser alcanzando", habían declarado Marx y Engels en 1845, en la *Ideología alemana*, "no es ningún ideal al que tenga que tender la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que supera la situación actual." Poco tiempo después, el historiador burgués del movimiento social en Francia, Lorenz von Stein, delimitó el mismo contenido histórico-social con la tesis según la cual el comunismo era "la concepción de toda una clase, la expresión de una situación en su conjunto", es decir, la concepción de la clase proletaria y la expresión de la situación en la que la sociedad burguesa iba entrando al ritmo de la industrialización progresiva y del desarrollo del antagonismo entre la burguesía y el proletariado. "Por eso carece de importancia", añadía V. Stein, "quererle dar al comunismo una definición doctrinaria. Se trata de un fenómeno y de una orientación de la época, el fenómeno y la orientación que primero ha puesto de manifiesto la contradicción de la sociedad industrial y que la ha llevado, al mismo tiempo, a la consciencia de ambas clases. Por tanto, no ha conocido un desarrollo lógico, sino que ha surgido históricamente; no es una teoría, sino un estado. Y por tanto no es la historia normal, sino sólo la historia interna de la sociedad la que puede explicar el surgimiento, la naturaleza y el contenido del comunismo."

*DUVE:* Esto suena como si en aquel entonces las ideas comunistas, sin haber sido elaboradas doctrinalmente por nadie, hubiesen surgido espontáneamente del seno mismo del primer y premarxista movimiento obrero.

*HARICH:* Las cosas no ocurrieron exactamente así. El primer movimiento obrero estaba, desde luego, en gran medida dispuesto a admitir este tipo de ideas. Su consciencia de clase tendía espontáneamente a esta dirección. Sin embargo, más o menos elaboradas, han existido doctrinas de carácter co-

munista que a partir de mediados de los años treinta eran acogidas unas tras otras ansiosamente y asumidas por aquel movimiento obrero. Y la más antigua de estas teorías fue el babeufismo, así llamado por el jacobino de izquierda y comunista Gracchus Babeuf.

\* \* \*

Hasta aquí el esbozo. Presenta, ciertamente, un par de solapamientos con los textos de mi carta, pero creo que aporta las precisiones terminológicas que usted deseaba y tiene, por lo demás, la ventaja de que sus citas de la *Crítica del programa de Gotha* me facilitan la tarea de pasar inmediatamente, sin más preámbulo, a la consideración de la más importante de las "herejías" que le hacen dudar a usted de mi fidelidad a Marx. (La identidad en cuanto a meta final entre comunistas y socialdemócratas, al menos el SPD, que por su parte dejó abiertamente de ser tal después, con el Programa de Bad Godesberg, y que evidentemente ya no existe, es cosa que solo menciono marginalmente. Pienso que usted coincidirá conmigo en este punto, si bien su valoración será distinta).

La palabra "herejía" salió de usted —seguro que aún lo recuerda— tan pronto como yo dije que querer realizar el comunismo sin ninguna transición, equivaldría a desviarse *de la letra* de la teoría marxista. Ahí saltó usted con la pregunta: "¿Sólo de la letra? ¿No también del espíritu?" A lo que yo repuse: "Del espíritu no en las condiciones que se dan hoy en los países altamente industrializados de Occidente."

Me reafirmo en lo dicho, ahora también, y añadido tan sólo que esta concepción no supone ninguna herejía por su carácter dialéctico y, en concreto, porque la *Crítica del programa de Gotha* fue escrita hace cien años y entonces Marx no podía tener idea de las transformaciones histórico-sociales que de entonces a hoy han ido teniendo lugar. Marx no imaginaba en 1875 la duración del período y el nivel al que las relaciones capitalistas de producción —si bien entre enormes catástrofes (guerras mundiales, crisis económicas mun-

diales, fascismos de todas clases) así como con tremendas consecuencias para los pueblos de Asia, Africa y América Latina— iban a ser capaces de hacer avanzar el desarrollo de las fuerzas productivas. Tampoco percibía claramente en 1875 que las masas proletarias eran principalmente consumidoras de productos agrarios y artesanales, estando aún por descubrir en tanto que clientes, en su consumo, de las industrias capitalistas; que estaban, en una palabra, por descubrir como mercado. Difícilmente hubiera podido, por tanto, prever el decurso concreto de la revolución proletario-socialista mundial, ni las concesiones económicas y sociales que la burguesía se ha visto obligada a hacer a la clase obrera tras el fracaso de sus dictaduras fascistas y en el marco de la coexistencia de su sistema capitalista con el campo socialista. Sin saber nada de todo esto —y sólo un daimon laplaciano, ni siquiera el más genial de los futurólogos, podría haberlo sabido— Marx partía en 1875 del nivel de la producción *entonces existente* y por eso aconsejaba que en el caso de una revolución eventualmente victoriosa, de *inmediato* y para que ésta no fuera demasiado pobre, se optara por aquella “fase inferior”, por el socialismo, justamente, con su principio del rendimiento, con su derecho aún burgués, con sus privilegios estimuladores de la producción, etc.

En el presente, Marx —de eso estoy convencido— no aconsejaría lo mismo, pues en las condiciones del nivel productivo actual sería, al menos en las regiones altamente industrializadas, innecesario. Y dado que su industria, dispone, en el nivel actual, de capacidad suficiente para suministrar al resto del mundo, también a las regiones subdesarrolladas, los necesarios productos industriales, Marx consideraría probablemente posible que fuera incluso la realización sin transiciones del comunismo a escala mundial el resultado inmediato de la victoria de la revolución proletaria en los EE.UU., Europa Occidental y el Japón. Ahora bien, también lanzaría por la borda la sociedad de la abundancia que él identificaba con el comunismo en el momento de redactar la *Crítica al programa de Gotha*. Esto es lo que permite concluir, al menos al principio, el que no sea solo el trabajo, sino también

la naturaleza lo que ha de reconocerse como fuente de la riqueza social. Si se proyecta esta objeción marxiana al programa de Gotha de 1875 a la problemática científico-histórica de cien años después, es decir, a nuestro presente, resulta imposible imaginarse a un Marx ignorante de los hallazgos de la ecología y dispuesto, en consecuencia, a echar caer en saco roto las advertencias del Club de Roma. Pero con esto mismo se dice a la vez que Marx no estaría ya hoy conforme con aquello de que “corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva”. Aspiraría, antes bien, al comunismo, aun cuando fuera al precio de una vuelta de Babeuf, en tanto que premisa decisiva para dar una solución a la crisis ecológica. La riqueza colectiva, en cualquier caso, tendría una cierta plenitud en un comunismo de esta naturaleza; más plenitud, desde luego, que la que Babeuf podía haber ofrecido en 1796 a los franceses caso de que hubiera triunfado su “conspiración de los iguales”, pero mayor también que la que hubieran estado en condiciones de distribuir en 1875 a los alemanes los redactores del programa de Gotha de haber eventualmente vencido a Bismarck.

Bien; queda la pequeña “herejía” marginal que usted había creído aún poder descubrirme: la “distribución justa” que yo no había ocultado postular en el curso de la entrevista, sin desconocer que precisamente en este mismo concepto fue descartado por Marx en la *Crítica del programa de Gotha* como una frase vacía. No puede usted olvidar que los lassalleanos entendían por “justa” algo diferente a lo que entiendo yo. Ellos entendían por “justa” una distribución en la que los productores obtuviesen el producto íntegro de su trabajo y Marx les enumera todo lo que, incluso con relaciones de propiedad socialistas, sin apropiación privada de la plusvalía, ha de ser deducido de ese producto para reproducción, para inversiones sociales, etc. Para mí, por el contrario, la “justicia”, sin que por mantener esta posición se me ocurra cuestionar ni una sílaba de la exposición de Marx a este respecto no es sino la igualdad en el sentido de Babeuf y ésta, en un sistema de distribución racionada basado en principios comunistas, no sería precisamente una frase vacía. Pero a este respecto se plantean todas las cuestiones de de-

talle que tan a menudo hemos perdido, por no decir desperdiciado, sobre todo en las pausas de las entrevistas, al mediodía, en torno a la mesa del comedor. Porque para unos es más importante el champagne, en tanto que para otros lo es el chocolate. ¿Cómo poner pues, en práctica la igualdad y al mismo tiempo tener en cuenta estas desigualdades? ¿Por medio de vales variables que permitan seleccionar bienes de uso de diferentes clases?

Y, en ausencia de estímulo material, ¿quién ha de realizar trabajos tan necesarios como molestos como, por ejemplo, la retirada de la basura? ¿Han de participar en ellos todos y cada uno, por turnos, digamos una semana cada cinco años? ¿O sería recomendable, establecer en un mundo comunista unificado que ya no conocería los ejércitos, un servicio laboral de corta duración, obligatorio para todos los jóvenes una vez terminada la escuela? ¿O bastarían las llamadas al sentido voluntario de sacrificio de los ciudadanos? Permítame, por favor, que no aborde esta clase de problemas ahora. Voy a ahorrármelos con una seguridad bastante sumaria: como los hombres no son burros, encontrarán en poco tiempo las soluciones prácticas óptimas para solucionarlos en su conjunto.

Berlín, 21 de mayo 1975.

¿Me deja que le diga una cosa con total sinceridad, Señor Duve? Si es así, permítame que le diga que por mucho que su tozudo socialdemocratismo me hubiera alterado ya los nervios, nunca tanto como en su visita de ayer. Por lo menos en tres ocasiones estuve a punto de tirarle a la cabeza todo el manuscrito que tenemos que corregir en común y dar por definitivamente finalizado y fracasado nuestro experimento de diálogo o de entrevista. Primero por la forma — en mi opinión — reveladora en que usted, fuera cual fuere el precio, se solidarizó con su amigo de partido (“da igual si del ala derecha o de la izquierda”) Hans-Jochen Vogel. ¿Qué es lo que nos ha reunido a usted y a mí por encima de todas las diferencias políticas? Yo pensaba: el temor a que la humanidad se encamine ella misma por el crecimiento económico a

corto o a largo plazo hacia su propia destrucción. En estas condiciones, Vogel previene ante el crecimiento cero recomendado por Forrester y Meadows, pero también por Mansholt, con la fundamentación de que traería problemas de distribución que sólo podrían ser resueltos violentamente mediante una transformación revolucionaria, en relación con la que no tiene ningún reparo en manifestar su rechazo profundo de las revoluciones. Yo, por mi parte, acojo esto con satisfacción para hacerles a los comunistas más simpático el Club de Roma poniendo el énfasis en el potencial revolucionario que encierra éste. ¿Qué hace usted? Explica que los temores de Vogel no carecen del todo de fundamento y añade que usted mismo está contra las revoluciones violentas, y a mi idea de estimular la revolución mundial mediante una protección ideal de la naturaleza y una solución modélica de los problemas de distribución por parte de los países de régimen comunista responde con la significativa indicación de que seguramente el resto del mundo no querrá saber nada de este género de estímulos. De pronto se me hizo la luz: exactamente igual que para su señor Vogel, también para usted es su llamado Socialismo Democrático, con sus reformas pacíficas, de las que nunca resulta nada, esas reformas cuyo único objetivo es impedir las revoluciones, más importante que la supervivencia de la humanidad. ¿Cómo voy a sustraerme, en semejantes condiciones, a la sospecha de que en el fondo usted sólo contribuye a dar a la publicidad mi crítica del crecimiento porque con ello espera, como desean sus superiores del partido, fomentar una nueva variante de actitud de oposición en el campo socialista? Tenga usted la entera seguridad de que *de eso, nada*. Hombres como Kapiza, Rytschkov, Medunin, etc. no son ninguna oposición y con ellos yo me solidarizo por completo en la convicción de que el mantenimiento de las estructuras políticas y de las relaciones de propiedad del campo socialista, así como el progreso de la revolución comunista mundial, son la premisa elemental para superar la crisis ecológica, para el control global sobre un crecimiento desbocado. Ahora bien, si sus reservas acerca del crecimiento son tan débiles e inconsecuentes que encuentran su primer límite ya en una solidaridad incondicional con el Señor Ministro Federal Vogel, es evidente que en el

futuro habrá que combatirle a usted también en tanto que soporte del fetichismo del crecimiento. Yo había visto en usted algo mejor: el estímulo y el organizador de la conciencia del problema ecológico en *toda* la izquierda, por encima de las barreras de partido, de Illich a Masnholt y Steffen hasta Kapiza, Rytschkov y Feodorov.

Segundo: me tendría que dar de bofetadas *a posteriori* por haberme dejado convencer por usted de renunciar, en su momento, a plantear un duro juicio crítico de los EE.UU. Entretanto he tenido ocasión de hojear otra vez su análoga entrevista con Sicco Mansholt y me he dado cuenta de que también él, que es, que quede bien claro, un destacado socialdemócrata, espera una contribución a la solución de los urgentes problemas planteados antes de Europa Occidental que de los EE.UU., porque allí le parece que faltan las *condiciones políticas previas* para ello. ¿A qué se refiere Mansholt? Naturalmente a la falta de un movimiento obrero político en los EE.UU. Y precisamente esto era lo que yo pensaba cuando en relación con las perspectivas de los E.E.U.U. le decía: "De esto no se mucho. Solo puedo confiar vagamente en las tradiciones de racionalidad, democratismo y de pronunciado sentido de la realidad inherentes a la historia americana. Quizá pueda ponerse en alguna reedición ecológicamente orientada del *New Deal* o algo similar. De los EE.UU. hay que temer lo peor. Son la potencia más destructiva del mundo, mortíferos para la biosfera por su consumo de materias primas y energía, por su poderío militar y, en ausencia de un movimiento obrero político digno de consideración, son también un peligro permanente para la paz del mundo. Posiblemente, Europa, Asia, Africa y Latinoamérica tendrán que verse obligadas a aislar paso a paso y mancomunadamente a este foco de pestilencia." Usted insistió en que esta opinión mía desapareciera de la sexta entrevista. Yo insisto ahora en que se quede *aquí*, en el contexto de mi carta final. La formulación "la potencia más destructiva del mundo", es, por lo demás, un plagio. Procede del ciudadano de los EE.UU. Herbert Marcuse. Vamos a ver si la *Rowolth Verlag* (\*)

(\*) La editorial alemano-occidental que publicó en 1975 la edición original de *¿Comunismo sin crecimiento?*

permite, en lo que se refiere a la garantía de la libertad de opinión, que le humille la potencia más destructiva del mundo. Está, en tercer lugar, la controversia que mantuvimos ayer sobre una cuestión que tiene muy poco que ver directamente con nuestro tema, pero que indirectamente sí guarda relación con él: Portugal. Usted mostraba su inquietud sobre las garantías a favor del pluralismo político en ese país, sobre la seguridad de que no se instalara allí, digamos, un régimen de democracia popular, y por ello expresaba toda su confianza en (el tan sospechoso para mí) Soares. *A posteriori* he recordado su agitación, su confusión sobre el destino que en su momento tuvo el gobierno de Allende en Chile. ¿Acaso no se hundió éste por su respeto al pluralismo? ¿Acaso no se hundió por su lealtad suicida hacia un sistema político que le obligaba, de un lado, a tolerar los *complots* que organizaba contra él una reacción ansiosa de sangre y, por otro, a asegurarse el favor de sectores miopes, políticamente aún confusos del proletariado, con alzas salariales poco aconsejables desde el punto de vista de la política económica? Y, sin embargo, Chile ha sido el primer intento digno de consideración que a lo largo de la historia se ha hecho para impulsar, con los métodos del socialismo democrático, una profunda transformación de las relaciones sociales. ¿No sería el momento de sacar las necesarias lecciones de esta experiencia? ¿Y no habría que desear, a la vista de la tragedia chilena, que en Portugal el poder de los militares progresistas y de los comunistas, que les apoyan con todos los medios a su alcance, consiga alejar de su pueblo un futuro tan sombrío, por mucho que para ello tengan que lanzarse por la borda las magnificencias del pluralismo?

La socialización de los medios de producción sólo puede lograrse, contra la inevitable resistencia de la burguesía, mediante la violación despótica del derecho de propiedad, para cuya puesta en práctica sólo está capacitada una dictadura revolucionaria apoyada en el proletariado. Esto también puede usted encontrarlo en la *Crítica del programa de Gotha*. De las frases que a ello se refieren no hay en la actualidad, cien años después, absolutamente *nada* que revisar. Al contrario, precisamente la crisis ecológica da hoy

más peso todavía a estas frases, porque va a exigir del comunismo medidas adicionales que van a ser necesariamente impopulares. Le recuerdo las necesidades adversas a la naturaleza y a la sociedad que habría que reprimir y a las que me he referido más arriba en mi prosecución epistolar del 29 de abril. ¿Cómo se las va a arreglar el pluralismo político una vez que ha demostrado ser incapaz en todo el mundo de quebrar el poder del capital? En el marco del sistema pluralista, los partidos lo único que pueden hacer es correr, de una elección libre y secreta a otra, tras miopes intereses parciales que no consienten en modo alguno que el poder político se concentre de manera efectiva, con amplitud de miras y continuidad, en los problemas globales y de futuro de la humanidad. ¿A qué aspira hoy el gobierno de Bonn? A la reanimación de la coyuntura. En el Club de Roma han dejado ya de pensar. Helmut Schmidt, el fetichista del crecimiento que está a su cabeza, seguro que además tiene predilección por la industria, ya que no hace otra cosa que limitar crecientemente unas medidas de protección al medio ambiente que, por otra parte, resultan ya de entrada insuficientes.

La izquierda —siempre— ha de defender el pluralismo contra los ataques autoritarios de la derecha. Ha de utilizarlo hasta donde sea posible para ampliar y fortalecer su propia influencia política. Pero en cuanto consiga el poder del Estado, bien sea por una vía pacífica bien a través de una revolución violenta, entonces, lo antes que se pueda, ¡fuera con este sistema y adelante con la democracia verdadera, la democracia originaria que fue instaurada por vez primera en Europa por los jacobinos dirigidos por Robespierre y que Babeuf quería restablecer con su "conspiración de los iguales"!

Temo, sin embargo, que en este punto es donde menos vamos a poder ponernos de acuerdo usted y yo. Con todo, las conversaciones con usted no han dejado de ser siempre estimulantes para mí y con frecuencia me han enriquecido. Y así, me despido de usted, a pesar de mi enfado por lo de ayer, con un saludo *muy cordial* y con el deseo de volver a verle pronto.

Wolfgang Harich

## A P É N D I C E

I

Berlín, 18 - III - 1976

Al Comité Central  
del Partido Socialista Unificado de Alemania

102 Berlín  
Marx-Engels Platz

*Asunto:* Proyecto de nuevo Programa del SED (*Neues Deutschland* de 14 de enero de 1976, pág. 3 y ss.).

Muy honorables señoras y señores:

Les ruego permitan que también yo, en tanto que ciudadano de la República Democrática Alemana que fue en una época militante del SED (\*) y que en la actualidad se considera simpatizante independiente del mismo, contribuya con una observación a la discusión que se está desarrollando en el presente en torno al Proyecto de nuevo Programa del partido. Lo que me anima especialmente a hacerlo es la resolución de la XVII sesión del Comité Central del SED, que contiene un llamamiento dirigido no sólo a los militantes y candidatos del partido, sino también a todos los demás ciudadanos de la RDA, para que estudien a fondo las resoluciones y mate-

(\*) *Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, Partido Socialista Unificado de Alemania (T.)

riales del XXV congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y los utilicen en la preparación del IX Congreso del SED.

Hace años que me ocupó muy intensivamente de los problemas —de importancia vital para la humanidad— de la ecología. Por eso me produjo una profunda satisfacción leer en el Informe central del Secretario General de PCUS, Leonid Ilitch Brezhnev, dirigido al XXV Congreso lo siguiente: "Los científicos soviéticos no pueden perder de vista los problemas de la protección del medio ambiente y de la demografía, *que se han agudizado en los últimos tiempos.*" Sin embargo, cuando se estudia desde una formación ecológica y con este postulado *in mente* el nuevo Proyecto de Programa del SED, se llega desgraciadamente a la conclusión de que el Proyecto adolece de contradicciones en todos los puntos en los que intenta compatibilizar la aprobación sin restricciones del crecimiento económico con la exigencia de preservar de la destrucción el medio ambiente natural, que es la base vital de cualquier existencia humana.

Esta contradicción aparece de la forma más evidente en un punto del apartado V, el titulado "Nuestra meta: el comunismo". Dice así: "Las necesidades materiales y espirituales de los hombres se desarrollarán continuamente en interrelación con los recursos materiales; sus capacidades, exigencias e inclinaciones individuales se caracterizarán por una mayor riqueza y diversidad. Su desarrollo y satisfacción *presuponen un crecimiento rápido de la producción y en lo relativo a la acción sobre el medio ambiente natural, la plena responsabilidad hacia las generaciones futuras.*" Quien conozca los resultados de la investigación ecológica internacional —y no en último término también la soviética— no puede dejar de manifestar ante esto que ya en un futuro próximo una cosa y otra van a dejar de ser compatibles. Un día no muy lejano, el partido, el movimiento obrero internacional en su conjunto, va a tener que elegir entre su responsabilidad hacia las generaciones futuras y la continuidad del crecimiento económico.

Para evitar malentendidos: esta afirmación no contiene en sí misma ningún rechazo de la línea, orientada en todo mo-

mento en favor del crecimiento, del partido en relación con el desarrollo de la economía de la RDA en los años 1976 a 1980. Nadie va a ser tan tonto como para pedir de la RDA que ella sólo y de hoy para mañana —o aunque sólo fuese en los próximos cinco años— se sustraiga a la tendencia general del desarrollo mundial. Esto sería algo imposible. Sí: es bastante probable que el campo socialista en su conjunto no pueda detener el crecimiento de sus capacidades económicas mientras se vea obligado a contener la presión del capitalismo —con su búsqueda del beneficio, su anarquía del mercado, su estímulo de necesidades adversas a la naturaleza y a la sociedad— con el que coexiste. Pero a lo que yo me opongo, sin embargo, es que se *inscriba como algo inamovible* en un *programa* de partido calculado para tener una validez a *largo plazo* y como un rasgo aparentemente definitivo y ya no sujeto a discusión de la futura sociedad comunista, el "rápido crecimiento económico", en lugar de contar, aun cuando no fuera sino como elemento a tomar en consideración, con la posibilidad (o, en mi opinión, incluso con la necesidad) de una situación homeostática global de la sociedad en el comunismo.

De hecho, las cuestiones ecológicas, demográficas, futurológicas, etc. relacionadas con ello son hoy por hoy de una actualidad creciente y precisamente entre los partidarios del marxismo se discuten de una manera tal que parece aconsejable, al proyectar nuevos programas de partido, no olvidarse de nada. ¿No sería mejor, vistas así las cosas, que el próximo IX Congreso sólo decidiese, salvo la adopción de la línea relativa al plan económico 1976-1980, declarar superadas y ya no válidas las tesis del programa del partido de 1963 relativas a la cuestión nacional y propusiera la aprobación de un programa nuevo y diferente en el plazo de los próximos dos o tres años en concordancia con las previsiones programáticas a largo plazo de los partidos hermanos del campo socialista y bajo consideración de los nuevos desafíos a que se enfrenta la humanidad, esto es, la universal crisis ecológica, la progresiva escasez de materias primas, la explosión demográfica, los problemas mundiales de alimentación, etc.?

Al mismo tiempo, pienso yo, el Congreso podría fijar los límites político-ideológicos no rebasables dentro de los cuales tendría que moverse la discusión científica partidista de todas las cuestiones decisivas, por ejemplo: reconocimiento de la necesidad de una dictadura revolucionaria basada en la clase obrera, de la propiedad social sobre todos los medios de producción, de la planificación económica socialista, de la integración creciente y permanentemente reforzada del campo socialista, de la responsabilidad global que se deriva del internacionalismo proletario, de la coordinación de los requerimientos ecológicos y económicos de acuerdo con los principios filosóficos del materialismo dialéctico, etc., etc., sin olvidar el poderío militar de la comunidad de estados socialistas.

Estoy convencido de que sólo entonces podría contarse con un Programa del SED libre de contradicciones, con un Programa que estuviese más a la altura de los tiempos que el proyecto actual y que no tuviera que ser abandonado, como el Programa de 1963, en el plazo de pocos años, en puntos esenciales (en cuanto a la escasa vigencia de aquel proyecto, baste con recordar la confederación de la RDA, la RFA y la ciudad libre de Berlín Occidental).

En la esperanza de que acepten la sinceridad y la buena disposición de mis consideraciones, sin ver en ellas ningún tipo de presunción, quedo con un atento saludo, suyo

Wolfgang Harich

(Publicado aquí por primera vez).

## II

*"...PLENA RESPONSABILIDAD HACIA LAS GENERACIONES FUTURAS". (\*)*

Wolfgang Harich, residente en la República Democrática Alemana, es hasta el presente el único filósofo marxista que ha concebido una síntesis entre los objetivos de la política comunista y los llamamientos del "Club de Roma". Tal es el tema de su libro *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el 'Club de Roma' (1975)*. A su autor le hemos preguntado qué expectativas abrigaba, en relación con sus posiciones, ante el inminente IX Congreso del SED. Para nuestra sorpresa, en el curso de la entrevista, nos proporcionó también informaciones acerca de acontecimientos que han tenido lugar en Occidente y que los medios de comunicación de masas han eludido también entre nosotros durante semanas. — Redacción del F.R.

*"FRANKFURTER RUNDSCHAU"*: El reciente Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética ha sido calificado por un crítico soviético del régimen, Roy Medvedev, como

(\*) Texto auténtico de una entrevista concedida por Wolfgang Harich al diario liberal de izquierda *Frankfurter Rundschau*, de la República Federal Alemana, en vísperas del IX Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania y que fue publicada por ese órgano de expresión inmediatamente después de la huelga del Sindicato de Papel y Artes Gráficas, que tuvo lugar por aquellos días, si bien con numerosas erratas tipográficas y de redacción, en el n.º 105 del 17 de mayo de 1976, pág. 9.

un acontecimiento rutinario históricamente irrelevante. ¿Cree usted que el inmediato IX Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania va a ser valorado de la misma manera?

*WOLFGANG HARICH:* Medvedev no tiene razón al menos en *un* punto. Los congresos tan poco espaciados en el tiempo que están teniendo lugar en esta ocasión en Europa Oriental, y también en Cuba, han de considerarse como un todo. De tal modo que la integración de la comunidad de estados socialistas unidos en torno a la Unión Soviética ha entrado ahora en una nueva fase. La palabra "rutinario", por consiguiente, está fuera de lugar. Y más aún en el caso del SED, que tiene la intención de adoptar un nuevo Programa.

*F.R.:* Sí, pero esto sólo obedece a que el SED quiere desprenderse ahora de sus tesis anteriores sobre la cuestión nacional. En su programa de 1963, por ejemplo, se hace una referencia a la reunificación de Alemania, para la que se propone como primer paso una confederación de los dos estados alemanes y de una ciudad libre de Berlín Occidental.

*HARICH:* Ciertamente; el curso de los acontecimientos se ha desviado, a este respecto, a consecuencia de la negativa de Occidente a aceptar las propuestas en este sentido de la RDA y de la Unión Soviética. Y ahora es el momento en el que el Partido ajusta su programa a las nuevas realidades jurídico-nacionales que, entre tanto, han surgido en el ámbito lingüístico alemán. Pero procede a ello en una situación caracterizada por la crisis ecológica universal. Y en la medida en que se plantea los problemas relacionados *con ella*, le cabe a su Proyecto de Programa jugar —de un modo tan involuntario como inevitable— un papel de pionero en el movimiento comunista mundial. Tome usted viejos programas, incluso alguno aún vigente, como el del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1962. No hallará en ellos nada que pueda ser comparable con la siguiente formulación: "Es necesario mantener y aprovechar racionalmente

la naturaleza en tanto que fuente inagotable de la vida, de la salud y del gozo y de la riqueza material, para que pueda servir a la vida segura y feliz de las generaciones futuras en la sociedad comunista." Y donde el documento enumera los rasgos del comunismo subraya de nuevo explícitamente que "en cuanto al medio ambiente natural" es preciso actuar conforme a "la plena responsabilidad hacia las generaciones futuras."

*F.R.:* ¿No sobrevalora usted esta clase de concesiones verbales al espíritu de la época? ¿Cuál va a ser su importancia en la práctica cuando por otra parte el mismo Programa se muestra favorable a un crecimiento económico ilimitado?

*HARICH:* Para la RDA es imposible sustraerse ella sola y de inmediato, o aunque sólo fuese en el curso de los próximos años, a las tendencias generales del desarrollo mundial, que en el Este y en el Oeste siguen orientadas al crecimiento económico. El Proyecto de Programa ajusta cuentas con esta situación y formula al mismo tiempo puntos de vista ecológicos. Por eso es —lo admito— contradictorio en ocasiones. Lo que resta por preguntarse es cuál de las dos tendencias en conflicto va a tener, en condiciones socialistas, las mayores posibilidades de imponerse. Mi convicción es esta: la responsabilidad hacia la supervivencia del *homo sapiens* saldrá aquí finalmente triunfante sobre el fetichismo del crecimiento.

*F.R.:* Usted ha apoyado hasta ahora esta afirmación siempre sólo en *posibilidades* inherentes a las estructuras de poder y de propiedad de los estados del bloque oriental. ¿Existen otros puntos de referencia, reales, para este optimismo?

*HARICH:* Antes que nada, la autoridad de Karl Marx. Cuando lassallianos y eisenachianos se fusionaron en 1875 en Gotha para constituir el Partido Socialista Obrero de Alemania, pusieron al principio de su programa común la siguiente frase: "El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura". Marx la declaró falsa. En su *Crítica del Programa de*

*Gotha* señala: "El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es tanto fuente de los valores de uso (y de estos se compone, desde luego, la riqueza material) como el trabajo, que no es por su parte sino la manifestación de una fuerza natural, la fuerza de trabajo humana." Es manifiesto que *esta* idea se amplía en los pasajes que acabo de citar del nuevo Proyecto de Programa del SED tomando en consideración además los grandes desafíos de nuestra época. Pero con ello el Partido pone en manos del número creciente de sus militantes que son conscientes de los problemas ecológicos un arma que asegura a éstos la superioridad en la controversia con los fetichistas del crecimiento.

*F.R.:* Según esto, usted confía en el dogmatismo de los comunistas.

*HARICH:* El "dogma", si así quiere denominarlo usted, va a ser terriblemente confirmado: confirmado por el metabolismo entre la naturaleza y la sociedad hoy perturbado en Europa como consecuencia de una industrialización sin límite. G.R. Taylor ha anunciado en su *Doomsdaybook* la presencia, en seis años, del peligro de terremotos artificiales, fabricados por la mano humana. Yo mismo, entre otros, he utilizado también esto como argumento en favor de un comunismo sin crecimiento. Y ¿qué estamos viviendo hoy, mientras mantenemos esta conversación? A la catástrofe sísmica de Udine le precedieron anteayer en todo el área sur de la Europa Central conmociones geotectónicas que pudieron notarse incluso en algunos distritos de la RDA, incluyendo a su capital, Berlín. Y ¿qué hubiera ocurrido si en las cercanías de Udine hubiesen estado instalados ya reactores atómicos? Si esto sigue así y no sólo por lo que hace a las catástrofes sísmicas, sino también en lo relativo a las catástrofes derivadas de las sequías, con grandes ciudades a las que falta el agua o que se ahogan en el *smog*, pronto los pronunciamientos relativos a la protección de la naturaleza van a acreditarse como la parte más importante del nuevo Programa del Partido.

*F.R.:* ¿Empieza a disolverse el mayoritario rechazo inicial de los comunistas respecto del "Club de Roma"? De ser así, es posible que tuviera usted razón.

*HARICH:* En la última reunión especial del "Club de Roma", que se celebró del 12 al 14 de abril de 1976 en los Estados Unidos de América, en Filadelfia, y que estuvo dedicada al tema "Nuevos horizontes para la humanidad", tomaron parte ya numerosos representantes de países socialistas de la Europa Oriental. No se trataba de *outsiders* ni tampoco estaba solamente Yugoslavia. Rumanía envió a su Ministro de Educación, Mircea Malitzka, así como al director de su Centro Internacional de Estudios del Futuro y del Desarrollo, Mihai C. Botez; Polonia, al representante del Presidente de la Comisión Estatal de Planificación, Jozef Pajestka, quien por lo demás se cuenta en la actualidad también, igual que con anterioridad el filósofo Adam Schaff, entre los miembros del "Club". De Hungría acudieron el director del Instituto de Cultura, Ivan Vitanyi así como, en tanto que delegado oficial de la Academia de las Ciencias de Budapest, Istvan Kiss. Pero no sólo esto: en la elaboración del quinto informe al "Club de Roma", *Global Goals for Global Societies*, por Ervin Laszlo y otros, van a tomar parte junto a los políticos y científicos mencionados, otros representantes del campo socialista en calidad de autores.

*F.R.:* ¿También de la Unión Soviética?

*HARICH:* La Unión Soviética está representada en el consejo directivo de las IFIAS (*International Federation of Institutes for Advanced Study*) por el Dr. Jermen Gvishiani, de Moscú. El presidente del IFIAS es uno de los dos copresidentes del "Club de Roma", el inglés Alexander King, mientras que el otro, Aurelio Peccei, pertenece al grupo de miembros permanentes del comité ejecutivo del IFIAS. Al margen de estas interrelaciones personales, han sido precisamente científicos soviéticos quienes hace apenas cuatro años abrieron el camino a la recepción de las ideas del "Club de Roma" en la parte socialista del mundo con la re-

alización en Moscú del simposio sobre "Hombre y medio ambiente".

*F.R.:* En el marco de la coexistencia pacífica de sistemas sociales diferentes, puede que esto no vaya más allá de la cooperación, por otra parte hoy usual, con el "enemigo de clase".

*HARICH:* Yo no he visto *jamás* en el "Club de Roma" un instrumento del enemigo de clase. Por el contrario, el enemigo de clase me parece que se encuentra detrás de las fuerzas políticas que en Occidente combaten dicha asociación. Desde hace mucho tiempo, la lucha de tales fuerzas contra el "Club" resulta cada vez más evidente, sobre todo en su intento de silenciar totalmente sus actividades. Repare únicamente en esto: con cuatro semanas de retraso usted, su diario, un gran órgano de expresión de difusión suprarregional, de la República Federal Alemana, se entera por boca de un ciudadano de la República Democrática Alemana de la celebración de esa reunión en Filadelfia. Y usted se entera, añado yo, gracias a materiales que le han sido pasados por amigos de Alemania Occidental tras su vuelta de los EE.UU. a este ciudadano de la RDA, o sea a mí, con el temeroso ruego de silenciar sus nombres. Añadamos que se trata de materiales oficiales de las sesiones, multicopiados, que fueron distribuidos en Filadelfia a los informadores de prensa de las más diversas tendencias sin ningún tipo de limitaciones. Aquí hay algo que no funciona en países que como los EE.UU. y la RFA no cesan por otra parte de propagar el "libre intercambio de opiniones e informaciones".

*F.R.:* Usted sospecha la existencia de maquinaciones por parte de poderosos intereses allí donde puede que lo que haya sea algo mucho más inocuo. Entre la mayor parte de la gente de prensa el "Club de Roma" es algo así como una imagen de anteayer, que ya se ha consumido.

*HARICH:* Si en esta "imagen" se jugara la vida o la muerte de la humanidad en su conjunto, la motivación señalada,

caso de ser realmente decisiva, sería todo menos inocua. Pero en lo relativo a las maquinaciones de los grupos de intereses, disponemos de una oferta mucho más masiva de pruebas. Lo que Sicco Mansholt predijo hace dos años, a saber, que los grandes empresarios ejercerían presión sobre el "Club de Roma" para que éste efectuase un giro de 180.º en la cuestión del crecimiento económico, es exactamente lo que está sucediendo hoy, y de modo cada vez más claro. En Filadelfia actuó como portavoz de este *lobby* superpoderoso nada menos que el Vicepresidente de los EE.UU., como se sabe un multimillonario. En el acto de recepción de los participantes en las sesiones, celebrado el 12 de abril de 1976 en el "Benjamín Franklin Memorial Hall", Mr. Nelson A. Rockefeller pronunció como "Keynote Speaker" (orador rector y principal) un discurso que no era sino una advertencia en relación con el primer informe al "Club de Roma", el estudio del MIT titulado *Los límites del crecimiento* y elaborado por Dennis y Donnella Meadows. Este estudio, señaló Rockefeller, no podía convertirse en un evangelio, había sido una provocación. El crecimiento económico sería imprescindible por los tiempos de los tiempos. Los peores enemigos del progreso, el bienestar y la libertad, demostraban ser en la actualidad los defensores de la naturaleza, etc. etc.

*F.R.:* ¿Dispone usted del texto de esas palabras de Rockefeller?

*HARICH:* Hablo de ellas reproduciendo fielmente lo que me ha sido referido sobre aquel discurso por personas de mi confianza que, como ya he dicho, no desean ser mencionadas. He intentado conseguir el texto sin éxito, de nuevo significativamente, pidiéndoselo a un diplomático americano al que conozco personalmente. Centros americanos de Berlín Occidental que han sido directamente contactados, han proporcionado sin embargo, a otros amigos míos un artículo de Nelson Rockefeller surgido de la misma situación contra el "Club de Roma" que bajo el título de *The Need of Growth*

— *the Human Equation* (\*) y en forma de resumen de agencia de prensa no contiene sino la sarta de sandeces que acabo de describir, todas ellas refutadas científicamente hace largísimo tiempo y con las que los fetichistas del crecimiento intentan una y otra vez cimentar sus posiciones. Rockefeller califica también aquí al estudio del MIT elaborado por los Meadows de “provocación” de la que no se puede hacer ningún evangelio y finaliza con estas frases:

*“We can and we must look not to dividing up a shrinking pie of goods and services, as envisaged by some of the doomsday prophets, but to expanding the pie for all to share in increasing amounts. It can be done. I have every confidence, that it will be done. I have total faith in the american people, utmost faith in the american future and in the future of mankind.” (\*\*)* Uno se horroriza cuando se da cuenta de que el país del que todavía hoy puede decirse que es el más poderoso del mundo está gobernado por hombres que piensan así. Porque apenas mejora nada el reciente discurso de Henry Kissinger en la reunión de la UNCTAD en Nairobi. Las Asambleas Plenarias Extraordinarias XVI y XVII de las Naciones Unidas se ocuparon de la necesidad de establecer un nuevo orden económico internacional más favorable que el actual a las pobres clases populares de los países subdesarrollados. Por iniciativa de Peccei, el “Club de Roma” organizó poco después un grupo internacional de consejeros gubernamentales, en su mayor parte científicos, con el fin de señalar y precisar las medidas concretas pertinentes para asegurar a los más pobres habitantes de la Tierra una vida digna de hombres. El representante de la República Popular de Polonia, Josef Pajestka, un subsecretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco y un intelectual mexi-

(\*) “La necesidad del crecimiento: la ecuación humana”.

(\*\*) “Podemos y tenemos que tender no a dividirnos una tarta cada vez menor de bienes y servicios, tal como proclaman algunos profetas del apocalipsis, sino a hacer más grande la tarta para todos, para consumir pedazos mayores. Esto es posible. Tengo confianza en que será posible. Tengo fe total en el pueblo americano, una fe extrema en el futuro americano y en el futuro de la humanidad.”

cano fueron encargados de esbozar la correspondiente “estrategia del cambio”. Sobre las conclusiones informó en Filadelfia el presidente de todo el grupo, Jan Tinbergen (Holanda). Sus propuestas, bajo el título *Reviewing the International Order* (\*) aparecerán previsiblemente en su versión definitiva en octubre de 1976 como cuarto informe al “Club de Roma”. Si se compara este “Proyecto RIO”, como Tinbergen lo resumió, con la exposición presentada por Kissinger en Nairobi con tornillo amenazador en torno a un “banco mundial de materias primas” y cosas similares, se hace patente una oposición de intenciones difícilmente superable. Repetidas veces se perfila con total claridad dónde y cómo discurren aquí los frentes de clase.

*F.R.:* De los materiales de Filadelfia de que dispone, ¿qué deduce? ¿Qué el “Club de Roma” resiste a la presión que se ejerce sobre él? O, por el contrario, ¿aparecerán síntomas de que empieza a ceder?

*HARICH:* En relación con esta cuestión espero poder formarme un juicio definitivo tras la lectura de los tres informes cuya publicación está aún pendiente. De momento sólo puedo decir que la presión del gran capital se concentra en dos puntos: en las conclusiones ecológicas —la primacía a la protección de la naturaleza ha de cerrarse bajo llave— y en la limitación del crecimiento. Desgraciadamente, es posible observar en relación con ambas cosas síntomas de un cierto retroceso, que por lo demás *podieron* iniciar cautamente ya Mesarović y Pestel con su consigna del llamado “crecimiento orgánico”, si bien un análisis cuidadoso del segundo informe al Club redactado por ellos, el estudio titulado *La humanidad en la encrucijada*, no parece contener en sí mismo aún el pretexto de un retroceso. De la disposición presente del quinto informe actualmente en preparación, *Global Goals for Global Societies* de Lazlo y otros, puede entretanto concluirse que en él la investigación de la orientación disparatada de las grandes sociedades del planeta (las sociedades industriales capitalistas de Occidente,

(\*) “Revisando el orden internacional.”

las socialistas del Este, en los países de Asia, del Cercano Oriente y Africa del Norte, de América Latina así como del Africa al sur del Sáhara) y de las organizaciones inter o multinacionales (como la ONU, el Consejo Mundial de las Iglesias, la Iglesia Católica, las corporaciones multinacionales) podría concluir con recomendaciones tendentes a lograr un "crecimiento económico seguro y selectivo", dejando a un lado la protección de la naturaleza. De llegar esto a confirmarse, cabría constatar un severo retroceso en relación con el estudio del MIT. Y por lo que se refiere a Tinbergen, las consideraciones ecológicas ya le han colocado a él mismo bastante lejos.

*F.R.:* Quizás estos cambios estén motivados precisamente porque ahora se producen con mayor frecuencia y facilidad contactos entre representantes del grupo de estados socialistas y el "Club de Roma".

*HARICH:* Tal especie no puedo ni quiero considerarla ni por un momento posible. En última instancia, el marxismo debe su surgimiento a la circunstancia de que Marx y Engels recogieron tranquilamente las aportaciones de importantes pensadores burgueses que resultaban incómodos a la burguesía, por lo que ésta los arrinconaba, y no sólo recogieron tales aportaciones, sino que los profundizaron y radicalizaron. Esto es así tanto en el caso de la dialéctica hegeliana como en el del materialismo de Feuerbach. Vale para la teoría del valor-trabajo de la economía política clásica como para el descubrimiento de la lucha de clases por los historiadores franceses de la época de la Restauración. En verdad vale también, y no en último término, para la idea misma de socialismo. Entonces, ¿por qué razón tendrían los marxistas que comportarse de manera distinta ante la idea tan simple, tan evidente, clara hasta la obviedad, de que es imposible que procesos exponenciales de crecimiento puedan tener lugar indefinidamente en el interior de un sistema finito?

*F.R.:* ¿Y si se revela que usted se hace ilusiones en el punto controvertido.

*HARICH:* Ya verá usted como no me hago ilusiones. Los comunistas harán todo cuanto esté a su alcance por salvar a la humanidad del final que ella misma está contribuyendo a prepararse. Y a los posibles desviacionistas a los que se les ocurriera, de la mano de Mr. Rockefeller, contribuir a enterrar el estudio del MIT elaborado por los Meadows, les denunciaría sin ninguna clase de vacilaciones como partidarios de la teoría de la convergencia, terminantemente condenada desde hace mucho tiempo por el Partido. Sí: demostraría que los encartados, proponían practicar —cosa aún peor— la convergencia en perjuicio de la sociedad socialista, a costa de sus recursos materiales.

*Addenda de Enero de 1978*

Pocas semanas después de la publicación de la entrevista anterior tenía ante mis ojos, en pruebas de imprenta, el tercer informe al "Club de Roma": *El final del despilfarro*, de Dennis Gabor y otros.

Los autores parten de que "dada la estructura del sistema económico mundial y de los modos predominantes de pensamiento, el crecimiento cero no es alcanzable y ni siquiera deseable." ¿Acaso concluyen de esto que hay que romper la estructura del sistema económico mundial y lograr hacer predominantes otros modos de pensamiento? ¡Oh, no! Se limitan a recomendar los océanos como lugares de emplazamiento de las centrales nucleares del tipo Incubador Rápido y proponen la sustitución de las vacas por antílopes, ya que éstos consumen menos agua. Esto no puede sorprender, ya que en su momento Dennis Gabor no fue capaz de escribir acerca del informe del MIT elaborado por los Meadows nada mejor que el siguiente comentario: "Prefiero una humanidad que sobrelleve su miseria llena de esperanza que con desesperación", y: "Me pronuncio a favor de la libertad del empresario para introducir innovaciones y a favor de la libertad de los autores para escribir lo que deseen. Y me pregunto si lo segundo es posible sin lo primero. Piensen ustedes que en la Unión Soviética no hay ninguna libertad económica, Alexander Soljenitzin no puede publicar ni una sola

línea." Las fuerzas de clase que han obligado al "Club de Roma" a dar un giro favorable al crecimiento económico deberían resultar, después de esto, evidentes. Únicamente cabe ahora preguntarse si en adelante Forrester y los Meadows van a poder seguir escribiendo lo que deseen.

### III

#### FINAL SIN CAMBIO\*

Herbert Gruhl en la encrucijada

*Comentario bibliográfico publicado en la revista mensual socialista de Hamburgo "Konkret", cuad. 11 (noviembre) 1976.*

Herbert Gruhl demuestra convincentemente que la humanidad está en trance de destruir la base natural de su propia existencia. No es el único que lo ha hecho. Pero Gruhl ha compilado la literatura disponible sobre el tema en tal cantidad y ha articulado panorámicamente y reproducido con tanta elocuencia la carga de argumentaciones contenida en aquélla, reproduciendo muchas citas pertinentemente seleccionadas, que quien lea este libro puede ahorrarse el trabajo de repasar bibliotecas enteras. Si a esto añadimos que, frente al dramatismo trepidante de su título, expresiones como

(\*) *Nota de la Redacción de "Konkret"*: Una "prórroga hasta después de las elecciones" pidió Wolfgang Harich a nuestra Redacción cuando ésta le solicitó una colaboración en *Konkret* sobre el *best-seller* de Herbert Gruhl *Ein Planet wird geplündert* [Se está saqueando un planeta] publicado por S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1975. "No quiero perjudicar a Gruhl durante la campaña electoral, ni entre los conservadores con mis alabanzas, ni en la izquierda con mis reservas". Una vez Gruhl, experto en problemas del medio ambiente de la fracción CDU/CSU desde 1969, han vuelto a ser elegido diputado al Bundestag de Bonn el 3 de octubre de 1976 por la circunscripción de la Baja Sajonia, su comentarista de la República Democrática Alemana cree que han prescrito los motivos de su deferencia.—

*Límites del crecimiento* (de Meadows y otros), *El final de la razón burguesa* (de Herbig), *Final o cambio* (de Eppler), así como *Comunismo sin crecimiento*, suenan realmente inócuas, se entienden las razones que han concurrido para hacer de este libro uno de los éxitos de librería más sensacionales de los últimos tiempos.

Ante este éxito podemos, al menos en principio, felicitar por la buena disposición, al autor, pero sobre todo a su público, a la sociedad, a todos nosotros. A partir de ahora les va a ser bastante más difícil a los fetichistas del crecimiento de cualquier tendencia —a los que Gruhl tilda de los “peores portadores de desgracias del mundo actual”— negar, encubrir, rebajar al alcance de los peligros que están poniendo en cuestión la continuidad de la vida en su conjunto sobre la Tierra. Y esto, así lo creo, es ahora lo principal. Pues sólo en la medida en que se extienda la consciencia de estos peligros van a poder movilizarse las contra-fuerzas susceptibles de poner freno al curso tan funesto que han tomado las cosas.

Claro que en el mismo Gruhl se echa a faltar la determinación de estas fuerzas, una mención por su propio nombre, ofrecerles una orientación. Gruhl advierte, acusa, pero no muestra ninguna salida. Por consiguiente, suscita entre el sector de lectores interesados en ecología e investigación futurológica que sólo hayan acudido a él una sensación de desconcierto, de paralizante pesimismo que bien pudiera, en oposición a sus propias intenciones, favorecer objetivamente la difusión de la irresponsable actitud consistente en proclamar: “después de nosotros, el diluvio”, por no mencionar actitudes como las de los cínicos cuyo gusto por el miedo a la catástrofe podría recibir un estímulo de sus profesías, al igual que recientemente de la película de terror *Tiburón*.

A todo esto viene a añadir confusión la circunstancia de que Gruhl, por descontado, pertenece a la CDU. De esta manera se les aporta a los más fanáticos fetichistas del crecimiento de entre los políticos conservadores de la República Federal Alemana, los Kohl, Strauss, Filbinger, Stoltenberg, Schleyer, etc., una falsa coartada. A Leisler-Kiep, el anzuelo cristiano-demócrata para amantes de una *Ostpolitik* razonable, y a los

señuelos para trabajadores que aún tengan confianza en la iglesia, se añade ahora un cebo ecológico propio de la CDU/CSU. Es algo que se echaba en falta.

¿Cree seriamente Gruhl que sus indudables motivaciones religiosas encuentran el marco más adecuado en el partido actualmente más reaccionario del gran capital sólo porque lleve entre sus siglas una “C” mayúscula? Probablemente. Pero eso no lo explica todo. Es cierto que le honra su autocaracterización como adversario airado de la economía de mercado. Sin embargo, detrás de esto cabe observar una preferencia regresiva por un tratamiento de tipo paternalista que en el pasado condujo a considerar la pequeña propiedad campesina y artesana como dones de la Creación y en función de la cual, por ejemplo, Gruhl no menciona aprobatoriamente a Jean Jacques Rousseau, cuya “vuelta a la naturaleza” debería salirle de alma, sino —ignorando esta famosa consigna— sólo lo trae a colación para vituperar su crítica al origen de la propiedad privada.

El mismo cuadro muestra el deficiente tratamiento dispensado a la problemática con el fin de arremeter contra las soluciones socialistas. Como si la “ley” no consistiese en el hecho de que, siendo ésta una agrupación indefensa de egoísmos individuales irrestrictos, el poder central socialista consigue realmente una coaligación de todos ellos en el interés coordinado del conjunto de los beneficiarios de un tipo completamente distinto de propiedad común.

No puede, por tanto, sorprender que Gruhl no tenga del marxismo sino ideas muy superficiales. La teoría del valor de Marx es, para él, completamente idéntica a la de Adam Smith. La distinción marxiana entre valor de cambio y valor de uso, que es de una importancia fundamental para la superación de la producción de mercancías, para el tránsito del socialismo al comunismo, le resulta, según parece, de todo punto desconocida. En especial el materialismo dialéctico con sus implicaciones ecológicas, es decir, la base filosófica del marxismo, es para Gruhl un libro cerrado bajo siete llaves. No es, consiguientemente, de extrañar que sitúe en un mismo plano *en cuanto a los principios* al capitalismo y al socialismo en base al dato *histórico-transitorio* de que en

la actualidad ambos practican el saqueo de la Tierra. Todo esto cuadra muy bien en el arsenal ideológico de un partido antisocialista como la CDU y son precisamente estos ingredientes ideológicos los que determinan el pesimismo sin salidas en que acaba resolviéndose la defensa, por lo demás valiosa, de nuestro saqueado y vejado planeta escrita por Gruhl.

Antes de la conclusión de su obra, Gruhl tuvo conocimiento de mi libro *Comunismo sin crecimiento* aparecido dos meses antes, en agosto de 1975. En la página 288 se refiere a él de pasada. Sin embargo, sorprendentemente, no figura en la bibliografía, págs. 371 y ss. Cabe preguntarse por qué no, pues en esa bibliografía encontramos relacionados no sólo libros, sino incluso artículos de revistas y de periódicos. ¿Acaso le supo mal a Gruhl encontrarse con argumentos que cuestionaban implícitamente sus desahogos contra el marxismo incluso antes incluso de que su trabajo hubiera visto la luz en letras de molde?

Lejos de mí, sin embargo, hacer lo propio. También me doy cuenta de que sería demasiado pedir de un diputado de la CDU que practicara la autocrítica a la vista de datos convincentes aportados por parte de un comunista. Pero lo que sí puede esperarse de Herbert Gruhl es que, como político de la oposición que ha resultado reelegido y apoyándose en un grupo parlamentario que se ha reforzado en las elecciones, se mantenga fiel a los principios que proclama en su libro no importa en qué condiciones y que se oponga a los fetichistas del crecimiento del gabinete social-liberal de Bonn. ¿Hará esto? Queremos creer que sí. Una tesis importante y actual de su *best-seller* reza: "La peor cosa que nos podría ocurrir a los hombres es que se reanudara el crecimiento general de la producción, porque la inminente caída en la catástrofe total sería tanto más pronunciada" (pág. 275). Esto fue escrito, como ya he dicho, en 1975, al comienzo de la recesión económica actual y es muy, muy cierto. Entretanto, en la campaña electoral todos los partidos de la República Federal Alemana han competido en asegurar que, confirmados en el gobierno o situados de nuevo en el poder, harían todo lo posible por conseguir exactamente la realización de

cosa tan fatal. Por tanto Gruhl tendría que estar ahora ase-diando sin pausa al Canciller Federal Helmut Schmidt (SPD), al Ministro de Economía Friedrichs (FDP) y al Ministro de Ciencia y Tecnología Matthöfer (SPD) señalándoles las graves consecuencias de la política de crecimiento económico preconizada y practicada por ellos, tarea en la cual podrían servirle como argumentos tangibles la sequía de este verano, que permite prever nefastas alteraciones climáticas, así como los terremotos cada vez más frecuentes en todas partes, la catástrofe del gas venenoso de Seveso, el inminente desequilibrio biológico de los ríos de Alemania Occidental, especialmente el Weser, y muchos otros elementos. Gruhl también tendría que arremeter contra el hecho escandaloso de que Peter Menke-Glückert (FDP), alto cargo en el Ministerio Federal del Interior, en Bonn, haya sido trasladado al departamento de Información y Deporte por el sólo hecho de haberse atrevido a tomarse demasiado en serio sus deberes en tanto que funcionario de rango más alto en Alemania Occidental encargado de la protección del medio ambiente.

Pero ¿qué ocurriría en el caso de que Gruhl, de acuerdo con lo anterior, y —por tomar de nuevo sus propias palabras— "en vez de cerrar los ojos, corriese el riesgo y arrastrase la enemistad de un medio conformista" (pág. 349)? Pues que no se enfrentaría tan sólo al gobierno. En su propio grupo parlamentario se encontraría completamente aislado. Una primera prefiguración de esta situación se la ha proporcionado ya su valiente pronunciamiento en contra del Programa Energético en el debate del *Bundestag* de Bonn el 22 de enero de 1976. Ya en aquella ocasión habló a última hora y ante una sala vacía. Todos se habían unido en contra suya. Nadie le tomó en serio.

No hay alternativa: el punto de apoyo en el que Herbert Gruhl tendría que situar la palanca para trasladar a la praxis sus advertencias se encuentra no sólo fuera del Parlamento de Bonn, sino fuera del sistema capitalista: en el interés elemental de las masas populares de ver aseguradas su propia existencia biológica y la supervivencia de sus propios hijos y nietos. Ganar a estas masas, con el arsenal de pruebas que aporta la economía y a partir de la experiencia que supone

el evidente aumento de las catástrofes naturales, e invocando la igualdad de todos para la realización de un comunismo homeostático, sin crecimiento: tal es la única salvación que puede concebirse.

*Addenda de enero de 1978*

En una carta dirigida a la revista *Konkret*, Herbert Gruhl explicaba que el libro *Comunismo sin crecimiento* no llegó a sus manos sino en la época en que estaba procediendo a corregir pruebas de su obra *Se está saqueando un planeta*, por lo que sólo pudo mencionarlo brevemente en una página en la que por razones de compaginación faltaban unas cuantas líneas. En 1977, preguntado por su papel de *outsider* sin perspectivas en el seno de la CDU, Gruhl repuso que, en su opinión, la fundación de un partido específicamente ecologista fracasaría por la razón de que un partido político ha de atender al conjunto de los problemas políticos y no sólo a los de la protección del medio ambiente. Mi opinión a este respecto es ésta: ya existe un partido tal; es el de los comunistas.

IV

*¿LÍMITES DEL CRECIMIENTO DE LA MISERIA?*

Un esbozo de futuro procedente del Tercer Mundo (\*)

*Comentario bibliográfico publicado en "Konkret", cuad. 7 julio 1977.*

El modelo de Bariloche no es una previsión basada en cálculos de tendencias. Antes bien, lo que hace es fijar, partiendo del artículo 25 de la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU, tales objetivos de desarrollo e investigar cuándo podrían ser alcanzados y mediante qué medidas políticas podrían alcanzarse. En alimentación y vivienda el objetivo es asegurar lo vitalmente necesario. Culturalmente, por el contrario, se apunta a soluciones óptimas. Y el indicador del progreso se sitúa en la expectativa individual de

(\*) *Nota de la Redacción de "Konkret"*: La Fundación Bariloche (Argentina) encargó a un grupo de trabajo dirigido por el geólogo economista Amílcar O. Herrera y el analista de sistemas Hugo D. Scolnik un modelo de futuro del mundo que tuviera en cuenta las necesidades básicas de las masas populares, al menos de los países subdesarrollados. La obra, concluida tras cinco años de trabajo, *¿Catástrofe o Nueva Sociedad?* se encuentra ahora disponible también en lengua alemana bajo el título *Grenze des Elends ("Límites de la miseria")*. Con un prólogo de Peter Menke-Gluckert, editada por S. Fischer, Frankfurt/Main, 1977. Para *Konkret*, comenta este libro un filósofo de la República Democrática Alemana que intenta desde hace años conseguir una fundamentación teórica a la síntesis, por él buscada, entre estrategia política revolucionaria e investigación del futuro de base ecológica. (Véase en particular el libro de Harich *¿Comunismo sin crecimiento?* (del que apareció una recesión firmada por Hans Magnus Enzensberger en *Konkret*, cuad. 9/1975).

vida. No en el producto social bruto, que incluye también en el cómputo aquellas inversiones que son inútiles y perjudiciales como, por ejemplo, las de publicidad.

Lo que proponen los autores ha sido previamente contrastado en cuanto a su realizabilidad en la perspectiva del análisis de sistemas. Dado que las pretensiones materiales especificadas en su evaluación son muy modestas —3.000 calorías y 100 gramos de proteínas por persona y día, 7 metros cuadrados de superficie de vivienda para cada uno— sus cálculos mediante ordenador daban como resultado que las necesidades de alimentación de la población mundial —en crecimiento explosivo— podrían satisfacerse aún a finales del presente siglo, mientras que el problema de la vivienda podría resolverse en América Latina hacia el año 2.000, en África en 2.010 y en Asia en 2.035. Más favorables parecen aún los plazos de la elevación, en las regiones mencionadas, de la expectativa media de la vida a los 68 años. El analfabetismo quedaría eliminado del último rincón del Tercer Mundo hacia el año 2.008.

Resulta importante en el modelo la primacía que concede a las transformaciones sociales pendientes en el mundo capitalista, tanto en su parte desarrollada como en la subdesarrollada. Por el contrario, al crecimiento económico y al progreso técnico se les confiere, con razón, una relevancia más reducida. Un parón tecnológico, se estima, no perjudicaría ya en los países industriales la satisfacción de las necesidades básicas. Sí que producirían, ciertamente, dificultades y retrasos en el Tercer Mundo. Pero tampoco en él tendrían por qué orientarse *en modo alguno* las innovaciones —aún indispensables— según los *criterios* de progreso *válidos hasta ahora*; menos aún si se piensa que tales criterios contribuyen a agrandar cada vez más la distancia entre pobres y ricos. A los tecnócratas y exportadores de capital camuflados de cooperadores al desarrollo, esta constatación les sienta como una bofetada.

No parece que le sienta mucho mejor, a primera vista, al fetichismo del crecimiento. Pues la síntesis del 9.º capítulo en el que se considera la "realidad material de la sociedad propuesta", dice: la liberación de los pueblos de la miseria y de

los sufrimientos inútiles, caso de que tuviera que alcanzarse subsistiendo la estructura actual de la sociedad sólo a través del crecimiento económico, tardaría en llegar al menos dos generaciones y consumiría, además, de tres a cinco veces más recursos materiales.

La demostración de este aserto es allegada por los autores sobre la base de los incrementos dispares que serían necesarios en las regiones industrializadas para la satisfacción de las necesidades elementales de todos entre 1980 y el cambio de milenio. En los EE.UU. ascendería a 5,3 puntos; en Europa Occidental a 5,7; en Japón a 5,9; mientras que, aparte del actual desnivel Este-Oeste, a causa de la distribución más equilibrada de la renta que caracteriza al socialismo, en la Unión Soviética ascendería sólo a 4,1 y en las repúblicas populares del Este de Europa menos: sólo el 3,4. El *record* trágico en cuanto a necesidad de desarrollo así calculada se lo lleva significativamente con 12,8 puntos la Sudáfrica del *apartheid*, que *supera* el 11,8 de los otros estados africanos, por lo demás mucho más atrasados. En una palabra: *la exigencia decisiva es la igualdad*.

Hasta aquí, bien. Sin embargo, ¿cómo llegan a considerarse realmente posibles procesos sociales que además de un consumo aún mayor de recursos han de alargarse, de acuerdo con los plazos fijados en la obra, al menos (!) durante dos generaciones antes de llegar finalmente al objetivo propuesto? Cualquier investigación futurológica que pueda considerarse sería sabe que, en tales condiciones, el *homo sapiens* condena a la extinción, antes de llegar al término del proceso, a la vida sobre la Tierra y, con ello, a sí mismo en tanto que especie biológica. Quien no quiera darse por enterado de esto no tiene más que tomar en consideración los peligros mortales del agotamiento de las materias primas y de la destrucción del medio ambiente.

Y justo aquí se sitúa el fallo fundamental del modelo de Bariloche: en cuanto entra en los problemas del aprovisionamiento de materias primas, de la sobrecarga del medio ambiente y del suministro de energía, procede con ilusiones y optimismos dignos de un Herman Kahn y de los demás charlatanes de su Hudson-Institute. Allí como aquí encontra-

mos idéntica inconsciencia ecológica, las mismas frases huecas en torno a unas reservas "prácticamente" inagotables. Hay también, naturalmente, un juicio lleno de alabanzas de la energía nuclear, que es "prácticamente" tan limpia, tan segura y de la que cabe esperar "una contribución esencial a la elevación del nivel de vida de grandes grupos atrasados." La única barrera física que reconoce el modelo es el previsible agotamiento hacia mediados del siglo XXI de la tierra cultivable en Asia, déficit éste cuya amenaza se rebaja de importancia con la observación acerca de la supuestamente posible disponibilidad de reservas de tierra en otros lugares.

Proceder a una refutación punto por punto de los aspectos decisivos sería una tarea que excedería el marco propio de la presente recensión. Sería, además, supérfluo: hace tiempo que *han sido ya* refutados y no sólo por Jay W. Forrester y el matrimonio Dennis y Donella Meadows, contra quienes Herrera y Scolnik polemizan de un modo extremadamente injusto e incluso a veces calumnioso, sino más a fondo aún por Jost Herbig, Herbert Gruhl y recientemente Frank Haenschke, por no mencionar sino a los más importantes autores de advertencias, de los más diversos colores políticos además, de la RFA. Pero dos ejemplos escogidos pueden, sin embargo, bastar aquí para demostrar a qué extremos de absurdo llegan los investigadores de Bariloche en su prevención frente a ideas poco gratas para ellos.

Operan seriamente en la suposición de que las materias primas de un sistema finito, como la Tierra y la biosfera, serían inagotables por el mero hecho de que su consumo no haría sino integrarlas en nuevas composiciones químicas, por lo que no dejarían, así, de ser "partes integrantes de nuestro planeta". Uno ya ve ante sí a las industrias de reciclaje siguiendo la lógica de este cuento de la lechera y extrayendo para nuestras necesidades de consumo el mercurio de los cadáveres de los peces envenenados en las costas de Japón y de Suecia o recomponiendo a partir de las partículas que contaminan el aire y las cenizas que proliferan, briquetas susceptibles de nueva utilización.

Literalmente con la boca abierta se queda uno ante el

programa propuesto para evitar alteraciones climáticas catastróficas: a la vista de los síntomas que parecen anunciar la cercanía de una nueva Era Glaciar se propone, sin más, que "para contrarrestar el enfriamiento natural de la atmósfera", deberíamos "aumentar todo lo posible la contaminación térmica." Es una lástima que cuando la última Era Glaciar los autores de las pinturas de Altamira no contasen aún con escapes térmicos derivados de la energía nuclear. Entonces, en vez de haber pintado llenos de frío un mamut cogido en una trampa, habrían expuesto paisajes veraniegos en museos superclimatizados.

A estas perlas hay que añadir algunas contradicciones lógicas. Contradicciones que vienen a descomponer un cuadro ya de por sí evidentemente deteriorado, disonante. Voy a señalar tan sólo la de contenido más trascendente, el despropósito relacionado con el síndrome de la sobrepoblación.

En la página 21 se dice que el crecimiento de la población sólo (!) puede contenerse mediante la mejor satisfacción de las necesidades básicas. En la página 123, sin embargo, se pone en duda que esta tesis, extrapolada de la experiencia de los países desarrollados, vaya a revalidarse en el caso de la industrialización de las regiones hoy subdesarrolladas, pues existirían "signos claros en el sentido de que no va a ser éste el caso". Y de acuerdo con la página 130 no puede concluirse que los resultados de una política orientada a la mejora económica no vayan a ser superados de nuevo por un crecimiento demográfico más que proporcional.

¿Qué hay que pensar? ¿A qué hay que atenerse a la vista de un programa que establece la previsión de que en los escasos decenios de su vigencia va a producirse un incremento de las masas humanas hasta alcanzar los 15.000 millones? De acuerdo con el convencimiento muy bien fundamentado de Paul E. Ehrlich, la Tierra no está en condiciones de soportar ni siquiera la mitad de esa cifra.

Y, sin embargo, los autores del modelo de Bariloche se sitúan en posiciones cuasi socialistas. Ellos mismos son oriundos del Tercer Mundo y se manifiestan como apasionados defensores de todos los pobres que en él sufren las plagas

del hambre, la enfermedad, la suciedad y la miseria, quienes, como se sabe, constituyen la mayor parte de la humanidad hoy viviente. En su propia patria, la cada vez más fascitizada Argentina, sus voces han sido brutalmente acalladas, o bien, a la vista de los peligros que corrían sus vidas, han tenido que exiliarse. Su libro no pudo publicarse en su país de origen. En estas condiciones, acoger las ideas que ellos presentaron con el rechazo de una crítica acerba o incluso devorar satíricamente sus menudillos, una vez trituradas, parece chocar con todas las reglas de la solidaridad de la izquierda.

Pero ¿cómo no hacerlo, si estos amigos, que merecen por otra parte nuestra mayor consideración, infringen inmediatamente a su propia y justa causa daños mucho mayores con equivocaciones que en las luchas de clases que tienen por escenario los estados industriales capitalistas benefician a los intereses de la reacción? Esto es justamente lo que hacen, me parece, al establecer una contraposición entre las agudas catástrofes inherentes a la miseria del Tercer Mundo y las advertencias respecto de las catástrofes en el medio ambiente y de la progresiva escasez de materias primas tal como figuran en el primer informe al "Club de Roma". Esa contraposición no es tal. Carece de cualquier base real, a no ser que se la quiera reducir a la clara incompreensión que supondría tratar a un afectado de quemaduras de tercer grado con las precauciones apropiadas para otro dañado de severas congelaciones. Ambos males podrían devenir mortales.

Luchar en las metrópolis capitalistas contra la destrucción del medio ambiente y el despilfarro de energía y materias primas quiere decir ofrecer a la marcha hacia el suicidio emprendida por la humanidad una resistencia tal que gracias a ella sea imposible una recuperación capitalista de la crisis estructural del presente, recuperación que, caso de llevarse a cabo, no haría sino reforzar el poder de la gran burguesía, concretamente el poder de sus grandes corporaciones multinacionales a costa de la base natural de la sociedad y en perjuicio de los pueblos subdesarrollados. La desorientación y el sofocamiento de la conciencia de los problemas ecoló-

gicos se convierte en estas condiciones en un eslabón fundamental de la estrategia de autoafirmación del capital. Johannes Gross, que es posiblemente el publicista más agudo entre los conservadores de la República Federal, así como redactor-jefe de una revista que se llama, muy adecuadamente, *Capital*, ha manifestado recientemente que las naciones industriales occidentales deberían "desprenderse del cansancio en cuanto al progreso civilizatorio" para evitar verse relegadas a un segundo término por el Tercer Mundo, que se encuentra bien lejos de aquél. De permitir la izquierda que el pensamiento del Sr. Gross y análogos hiciera mella entre sus filas, es muy posible que lejos de hacerse en sentido comunista con la crisis actual, se viese manipulada y sometida a una nueva dominación. ¿No será que la edición en lengua alemana del modelo de Bariloche ha sido pensada, sin el conocimiento de sus autores y en oposición clara a sus intenciones, para jugar digamos el papel de instrumento de infiltración ideológica?

Hay algo que induce a pensar en este sentido. La editorial ha puesto a la traducción un título tremendamente ambiguo que excluye el concepto —evidentemente sospechoso— de "Nueva Sociedad" y subraya en cambio la contraposición con los "límites del crecimiento" de los Meadows (del que entretanto ha tenido que distanciarse, por su parte, el "Club de Roma" ante la presión orquestada, en Filadelfia, por el Vicepresidente de los EE.UU., Nelson A. Rockefeller, de la ya excesivamente fuerte crisis industrial). Por otra parte, la presentación del libro tiende, a la vista de la influencia de masas que ha ejercido en la RFA el compendio de admoniciones de Casandra político-ecológicas que representa el libro de Herbert Gruhl *Se está saqueando un planeta*, no sólo a imitar a éste de acuerdo con intereses mercantiles y de promoción, sino también a llevarlo, en cuanto al contenido, al absurdo. Con todo esto se sugiere a los lectores favorables a las ideas socialistas y dispuestos a tomar partido por los más pobres de entre los pobres de Latinoamérica, África y Asia, que son ellos mismos culpables por su propia orientación y se les invita a tomar distancias respecto de los partidarios de la protección de la naturaleza y los críticos del

crecimiento. El tercer capítulo, suministra la argumentación —dicho sea con perdón— “científicamente” necesaria.

La sospecha se convierte en certeza cuando se comprueba que el promotor de la empresa, a la que provee además de un prólogo encomiástico, es un alto cargo del Ministerio Federal del Interior de Bonn perteneciente al F.D.P. (\*). En ese mismo Ministerio fue anteriormente responsable de la protección del medio ambiente Peter Menke-Glückert. Entonces se dedicaba a distribuir consuelo entre los empresarios utilizando el típico lenguaje de la apologética liberal del capitalismo, asegurándoles que “no tenían por qué preocuparse del problema del medio ambiente”, pues ya entonces “el mercado de la protección del medio ambiente (era) uno de los mercados más expansivos”; “la protección del medio ambiente se ha convertido en un nuevo artículo de mercado”. Pero incluso desde esta óptica Menke-Glückert se tomó demasiado en serio su cometido. Así se llegó a que el gobierno le relevase de sus deberes, pero confiándole al mismo tiempo, con elevación de su rango y de su remuneración como funcionario, el control de la política deportiva y de medios de comunicación. Por lo visto el intento de corrupción ha sido rentable. Ahora el amigo de los empresarios Menke-Glückert pone el sello de calidad de ser “consecuentemente socialista” (pág. 9) a un libro al que los socialistas han demostrado colectivamente en Why!, Brokdorf, Grohnde, Calcar, etc. que pueden —y tienen— que asegurar la no verdad de que “para el futuro las fuentes de energía de mayor relevancia van a ser las sustancias nucleares” (pág. 77), “más limpias que las convencionales (dejando al margen la posibilidad de accidentes)” (pág. 79).

El también miembro del F.D.P. y Ministro del Interior, Maihofer, a cuyas órdenes está el Sr. Merke-Glückert, ha demostrado claramente esa limpieza del uso de la energía nuclear, dicho sea de paso, ordenando la instalación de escuchas telefónicas con el objeto de espiar a un físico, el Dr. Traube, sólo porque éste tenía entre sus amistades a gente de izquierda. Sin embargo, los autores del modelo de Bari-

(\*) *Freiheitliche Deutsche Partei*, Partido Liberal Alemán (T.)

loche manifiestan explícitamente su solaridad con la izquierda de los países industriales (pág. 48). En estas condiciones ¿bastará el caso Traube para dejarlos un tanto perplejos? Si no es así, entonces no estaría nada mal que reflexionasen sobre el hecho de que precisamente ese Ministro de Bonn situado por encima de Menke-Glückert no para de adoptar nuevas medidas de seguridad, como, por ejemplo, la de favorecer la cooperación del servicio secreto bajo sus órdenes, el llamado “Departamento Federal para la Protección de la Constitución”, con los espías, torturadores y verdugos organizados en la Savak (\*) al servicio de uno de los déspotas más sangrientos de nuestro tiempo, Su Majestad el Sha Reza Pahlevi, en la persecución de los intelectuales socialistas persas.

Este es el aspecto que muestra la ayuda al desarrollo impartida por los fetichistas del crecimiento desde los países del capital. Prefiere modelos como el persa, el brasileño, el de Sudáfrica. Se ajusta bien al chiste de Brecht: “¡Reich und reich gesellt sich gern!” (\*\*). Naturalmente que los investigadores de Bariloche no *quieren* tener nada que ver con ella, ya que se consideran parte de los pobres. Sin embargo, permacerán prisioneros de ella mientras no abandonen su eufemística visión del dilema universal de las materias primas, la energía y el medio ambiente, dilema con el que sólo puede acabar un comunismo homeostático, sin crecimiento, que ponga en práctica medidas rigurosas y globales de racionamiento.

¿Y quién podría luchar por él desde una perspectiva ecológica en los países industrializados sino la única fuerza que se halla también dispuesta y decidida a practicar en ellos una auténtica solidaridad con el Tercer Mundo?

(\*) Servicio secreto. (T.)

(\*\*) Juego de palabras: “Imperio y rico casan muy bien.” (T.)

## V

*SOBRE EL DEBATE EN TORNO A LAS CENTRALES  
NUCLEARES*

Entrevista concedida al EXTRA-Dients, Berlín Occidental,  
1977.

*EXTRA-Dienst:* ¿Qué opinión le merece el debate que se está desarrollando actualmente en la República Federal Alemana en torno a la construcción de centrales nucleares?

*WOLFGANG HARICH:* Ya en mi libro *Comunismo sin crecimiento*, publicado en 1975, me pronuncié en términos absolutos contra la construcción de centrales nucleares. Entonces pude hacerme eco del juicio competente, tanto desde el punto de vista científico especializado como político, emitido por un gran investigador americano, el Profesor Linus Pauling, quien ha sido distinguido con el Premio Nobel de Química, el Premio Internacional Lenin de la Paz y el Premio Nobel de la Paz. Nada ha cambiado en mi pensamiento, desde entonces, sobre este problema. Al contrario, más bien se ha reafirmado entretanto gracias a una gran cantidad de argumentos nuevos que debo, entre otras cosas, a esta reciente discusión. Y a este respecto me parece de particular actualidad la referencia a los peligros adicionales que se derivan de las catástrofes sísmicas que con tanta frecuencia vienen produciéndose últimamente. Estas son, como ya lo demostró en 1970 Gordon Rattray Taylor, propiamente excrecencias de la civilización industrial, es decir, que son obra, en última instancia, de la propia mano del hombre, y van a agravar en

todo caso los riesgos asociados a cualquier utilización de la energía nuclear. A esto hay que añadir que *también* en relación con las centrales nucleares no puede perderse nunca de vista la agresividad siempre presente del imperialismo, lo que desgraciadamente impide excluir por completo la idea de la posibilidad de complicaciones militares en Europa, por no hablar de un fenómeno actual bastante reciente como es el terrorismo internacional.

*ED:* A la vista de las necesidades crecientes de energía de todas las sociedades industriales, ¿considera usted que hay alternativas a la energía que puede obtenerse de la ficción nuclear?

*HARICH:* Hay que lanzar resueltamente por la borda el dogma de la necesidad creciente de energía, que en realidad refleja sólo el imperativo dominante en el capitalismo de valorización del capital y de reproducción ampliada. Pues las reservas de carbón van a durar, desde luego, más que las de petróleo, gas natural o incluso uranio, que están cercanas a su agotamiento, si bien las centrales térmicas que utilizan carbón sobrecargan la atmósfera, como toda combustión de materiales fósiles, con sustancias nocivas, en concreto el dióxido de carbono. Hasta el presente no se ha desarrollado una tecnología apta para el aprovechamiento de la fusión nuclear. Si en algún momento fuera puesta a punto en las próximas décadas, suscitaría nuevos e imprevisibles riesgos en cuanto a la seguridad. Punzar los depósitos calóricos acumulados en el interior de la Tierra significaría probablemente suscitar numerosas reacciones sísmicas en cadena. Y todas estas fuentes de energía tienen en común la promoción segura, por el uso de los mismos, de alteraciones climáticas insospechadas, con el horizonte final de la muerte térmica general. Sobre este aspecto llamé por vez primera la atención en la República Democrática Alemana, a principios de 1973, Robert Döpel (Ilmenau) con su brillante ensayo *Sobre las barreras geofísicas de la producción industrial de energía*. Independientemente de Döpel, Klaus Michael Meyer-Abich (Essen) llegó en la República Federal Alemana

poco después al mismo resultado en su artículo titulado *Los límites ecológicos del crecimiento económico tradicional*. Las conclusiones de ambos reflejan en último término una misma e inobjetable ley natural: la segunda ley de la termodinámica. A mi modo de ver, lo que más vale la pena estimular es el aprovechamiento de la energía solar, sobre todo a efectos de calefacción de edificios. Más que problemático es, sin embargo, que sea posible aprovechar alguna vez a gran escala tecnológica esta fuente de energía, que es la más respetuosa con el medio ambiente.

*ED:* Esto que usted dice no es precisamente optimista.

*HARICH:* ¿Cómo que no? Nos queda la alternativa más racional y de mayor perspectiva a la larga: ahorrar energía por todos los medios, a todo precio, *también* al precio de una vida material más simple, más modesta, que renuncie a un despilfarro absurdo. Claro que la cosa no puede equivaler a que después de que la burguesía se ha beneficiado del derroche, sean ahora los trabajadores los que vuelvan a encarrilarlo todo mediante sacrificios. El tránsito al necesario nuevo modo de vida que precisamos presupone el derrocamiento y la expropiación de las clases dominantes. Este tránsito sólo es posible en base a una justicia social absoluta, con garantía de la igualdad de todos, en condiciones de un comunismo homeostático, sin crecimiento, una perspectiva que no puede inspirar temor a una persona de izquierda, por lo que en esta medida resulta extremadamente optimista.

*E.D.:* Carl Friedrich von Weizsäcker ha manifestado en su última obra, *Wege in der Gefahr\** (Munich, 1977), que cualquier prognosis o exigencia que se desvíe del crecimiento ilimitado de la economía, supondría demandar una ruptura radical con 200 años de historia económica y tecnológica. Usted parece propugnar una ruptura de este género. ¿Acaso

(\*) "Caminos hacia el peligro".

no podría equipararse también con el fin de la civilización moderna?

*HARICH:* La ruptura liquidaría, con seguridad, todos los *aspectos negativos* de la civilización moderna. Pero ¿supondría por ello también el fin de toda *cultura* humana? A esto Döpel contesta con cierto sarcasmo, en el ensayo que acabo de citar, que habría que calcular cuántos kilowatios/hora fueron necesarios para crear la cultura de la época de Goethe y Beethoven. Y añade Döpel: "Nadie querrá afirmar, a buen seguro, que el gasto incrementado de energía a lo largo de los últimos cien años sólo ha comportado cosas positivas, sea cual sea el aspecto a que se haga referencia, cultural o aún biológico. Pero con frecuencia parece que precisamente esa montaña de brillantes chucherías que circundan cotidianamente sobre todo a los hombres del hemisferio occidental no actúe justamente sino cegando los ojos de los hombres ante el ámbito entero de los valores y finalidades interiores."

*E.D.:* ¿Cree usted que los millones de personas que pasan hambre, a las que falta lo más necesario, van a estar dispuestas a darse por satisfechas con los "valores interiores"?

*HARICH:* Naturalmente que no. Por eso es por lo que no se trata de propugnar simplemente un frenazo del crecimiento con mantenimiento de las relaciones de propiedad y de las normas de distribución existentes, sino más bien un *comunismo* sin crecimiento, en el marco del cual la satisfacción de las necesidades *elementales* de todos constituya una evidencia trivial.

*E.D.:* ¿Y quién va a luchar por ese objetivo?

*HARICH:* La lucha empieza precisamente a desarrollarse ahora ante nuestros ojos. Su forma germinal, su estadio inicial se encuentra, si bien manifestándose aún sólo esporádicamente, localmente disgregado, lastrado por todas las carencias de la mera espontaneidad, en el movimiento de las iniciativas civiles contra los reactores atómicos, los residuos

atómicos y la instalación de nuevas centrales térmicas. El imperativo que constituye para los hombres su propia supervivencia, así como ver asegurada la existencia biológica de su descendencia, impulsa adelante esta lucha y le confiere una fuerza irresistible. Cada vez hay más gente que empieza a descubrir que el aire puro, el agua limpia y una naturaleza no destrozada son más importantes para la vida que todas esas "brillantes chucherías", como las llama Döpel. Y la vocación por los valores interiores tal como se anuncia, si bien aún con confusión, en la ola de nostalgia que vivimos, será el efecto de acompañamiento histórico-cultural. Así, yo afirmo: nada es hoy más conforme a la época que esta consigna de Rousseau: "¡Vuelta a la naturaleza!". Queda por puntualizar que Rousseau no fue un romántico pasadista, no fue un obstacurrista, un reaccionario, sino un precursor espiritual del jacobinismo, un eminente pensador revolucionario, por lo que en realidad esa consigna suya debería transformarse, para permanecer fiel a su sentido, así: ¡"Adelante a la naturaleza!"

*E.D.:* En la República Federal Alemana y en Berlín Occidental los comunistas, e incluso los socialistas, apenas han tenido posibilidades hasta ahora. ¿Cree usted sinceramente que esta situación cambiaría si ahora hicieran suya también su propuesta de introducir el racionamiento y propugnar el ascetismo? ¿Acaso por el contrario no les favorecerá más, entre las masas como a toda la izquierda, la propuesta de un programa atractivo desde los puntos de vista económico y socio-político?

*HARICH:* Hoy lo que está en juego es asegurar la vida en nuestro planeta y con ello también la continuidad del *homo sapiens*. Todo aquel que recomiende continuar o incluso aumentar el actual despilfarro de energía es, por lo tanto, lo sepa o no, cómplice de un complot genocida universal contra las generaciones futuras, contra sus propios hijos y nietos. Desde esta consideración yo creo que a la gente que se aferra a las soluciones llamadas atractivas hay que hacerle esta pregunta: ¿Cómo? ¿Exigís que aún quede algo para vosotros caso de que tengáis la fortuna de salvar las vi-

das de vuestros hijos e hijas? ¿No os morís de vergüenza caso de cobrar consciencia de ello? Pero todo esto, lo admito, es demasiado moralista y no cuenta con una formulación excesivamente política, y este es el error que cometí, sin duda, en 1974/75 en la elaboración de mi libro sobre estas cuestiones, *Comunismo sin crecimiento*. Lo que allí yo llamaba, de manera para algunos chocante, "ascetismo", habría sido mejor propagarlo como un conjunto de facilidades y amenidades.

*E.D.:* En la medida en que eso sea posible.

*HARICH:* Es perfectamente posible en muchos sentidos. La renuncia a la glotonería, por ejemplo, puede ser definida y recomendada *positivamente*, sin mentiras y sin ningún estúpido truco táctico, como un régimen de alimentación sano, dada la reducción de calorías. Exactamente igual ocurre, punto por punto, con el consumo energético. Un ejemplo a este respecto: científicos de la Bulgaria socialista han llegado hace poco a la conclusión de que en los países industriales la gente pasa del 80 al 85 por ciento de su tiempo en condiciones de temperatura "superconfortables", es decir a temperaturas de 18 a 20 grados Celsius, que determinan una expulsión excesiva de oxígeno del organismo, afectando negativamente al corazón y al sistema renal con la consecuencia de una mayor incidencia de la mayor parte de las enfermedades de la civilización, de una decreciente productividad laboral y de una esperanza de vida más corta. El racionamiento estricto de la energía puede, consiguientemente, ser un medio para una atención más adecuada de la salud y contribuir al bienestar corporal, por lo que puede cooperar con un comunismo sin crecimiento para ahorrar innecesarios padecimientos físicos. Pero no quiero decir tampoco con esto, desde luego, que el tránsito a él vaya a suponer para todo el mundo y de inmediato la experimentación de un puro gozo. El Sócrates de los Diálogos de Platón sabía muy bien que iba a hacerse realmente popular entre los atenienses señalando la verdad de que el médico les procuraba más bienestar que el cocinero.

*E.D.:* Puede que venga de aquí su preferencia por las estructuras de poder del socialismo centralista y autoritario: las necesita para una especie de dictadura pedagógica. ¿Es usted consciente de que este aspecto de su concepción ha chocado en el Este con el rechazo más completo entre los partidarios de una liberalización del sistema, habiéndole perjudicado asimismo en Occidente incluso entre autores que por lo demás comparten sus premisas ecológicas y su crítica del crecimiento? Carl Amery, por ejemplo, le reprocha menosprecio de las libertades y derechos individuales. Afirma que usted es "por decirlo con cautela, más que un amigo de los hombres, un amante del orden", que adjuntaría "el eterno gendarme a la eterna barra de pan". Amery titula el apartado de su libro *Natur als Politik* [\*] (1976) dedicado a sus reflexiones del siguiente modo: "Stalin, eterno convidado de piedra en las mesas de la humanidad". ¿Qué tiene usted que decir?

*HARICH:* Esa clase de denuestos no van a hacer, de ninguna manera, que me abstenga de saludar en la persona de Carl Amery a un aliado —aunque desgraciadamente inconsecuentemente— en la lucha contra el fetichismo del crecimiento. Pero por lo que se refiere a los derechos y libertades, he de decir que en el presente no están amenazados en modo alguno por el racionamiento de algunos valores de uso, sino más bien por el convulsivo intento de la gran burguesía de eternizar con la ayuda de la energía nuclear el capitalismo del desperdicio tan beneficioso para ella. Piense usted en las denodadas acciones del Presidente de Schleswig-Holstein, el Sr. Stoltenberg (CDU), contra los manifestantes antinucleares en Brokdorf o en la agresión a la intimidad a que sometieron con sus escuchas telefónicas los llamados defensores de la constitución de la RFA al Sr. Traube. Piense usted también en que la República Federal Alemana, tan orgullosa como está de su "orden constitucional liberal-democrático", no se abstiene de suministrar reactores nucleares a países como Brasil, Sudáfrica e Irán, siendo la garantía de tan floreciente negocio, en el último de los casos mencionados, un acuerdo entre la "Protección

de la Constitución" y la tristemente célebre Savak, el servicio secreto del Sha, dirigido contra los estudiantes persas. Piénselo bien: en un gobierno bajo dirección socialdemócrata, el intelectual liberal Maihofer entrega como Ministro Federal del Interior, a jóvenes intelectuales persas a los hombres de confianza de Reza Pahlevi para que su colega de gabinete Friderich, también de la F.D.P., pueda dar seguridades de que todo va bien en la economía, de que el crecimiento está garantizado. Pero a dónde podrían acabar llegando las cosas lo ha mostrado recientemente el futurólogo austríaco de fama mundial Robert Jungk en sus aterradoras reflexiones acerca del Estado Atómico, ese nuevo "Reich de los mil años" (pero que de acuerdo con la vida media del plutonio tendría que durar unos 50.000 años). Díganos de pasada que si la RFA piensa construir 240 reactores atómicos, eso significa que en su densamente poblado territorio van a haber más tarde o más temprano unas 240 zonas exentas de democracia.

*E.D.:* Carl Amery estaría seguramente de acuerdo con usted en todo esto. Pero no ha refutado con estas manifestaciones, sin embargo, su acusación de que es usted un estalinista incorregible.

*HARICH:* Constituye una falsa generalización y es la expresión de un pensamiento ahistórico esa descalificación de todo régimen autoritario-centralista como "estalinista". Sería lo mismo que meter en el mismo saco a Stalin y a sus mortales enemigos, los dictadores fascistas que él derrotó, así como también a los muy sabios y bondadosos déspotas como, por ejemplo, el José del Antiguo Testamento o Enrique IV de Francia. Stalin puso en pie con el primer plan quinquenal en la Unión Soviética —por motivos entonces comprensibles, por lo demás— un proceso de industrialización brutalmente forzado bajo la preeminencia del desarrollo de la gran industria; y para estimular ese proceso estableció toda una jerarquía de privilegios relacionados con el rendimiento. Al poder centralizado y autoritario de un comunismo homeostático mundial, por el contrario, le corresponderá la tarea de

conseguir el tránsito de la reproducción ampliada a la reproducción simple, acabando con el crecimiento económico y eliminando al mismo tiempo todas las diferencias de renta entre los grupos humanos así como los desniveles de bienestar entre países y continentes. Así se conformará finalmente un estado de cosas armónico e idílico a escala universal con la protección de la naturaleza como deber humano supremo, con amplios espacios libres más allá del tiempo de trabajo extremadamente reducido que le corresponderá a cada persona y con un pleno gozo de vivir gracias a una creatividad lúdica, emancipada de la constricción económica.

*E.D.:* En otras palabras: el paraíso.

*HARICH:* El paraíso es un mito. Sin embargo, no hay duda de que plantea muy serias dificultades el intento de conciliar su figuración con la imagen de las máquinas lavaplatos y los aviones supersónicos, de las chimeneas de fábrica expulsando densas columnas de humo y de los parkings repletos de automóviles.

*E.D.:* Queda por ver cómo se las arregla usted para conciliar sus sueños con la pretensión de ser marxista. Desde siempre, el marxismo ha tenido su base de clase entre los obreros industriales. Sin embargo, parece fuera de dudas, cuanto menos, que usted se encuentra en oposición a grandes sectores del movimiento sindical. Recientemente el hasta ahora más combativo de los sindicatos, el de la construcción, se ha pronunciado en contra de las iniciativas civiles y a favor de la construcción de nuevas centrales nucleares y térmicas, en el marco de la lucha por el mantenimiento de los puestos de trabajo.

*HARICH:* Los puestos de trabajo no son un fin en sí mismo. También Hitler procuró puestos de trabajo... con su armamentismo bélico. Los sindicatos tienen el deber de luchar por el sustento de sus afiliados y, por tanto, por su ocupación más conveniente. No hacen honor a su compromiso de clase cuando en una miope complicidad con el gran

capital se dedican a defender, sin más consideraciones, tecnologías y productos adversos a la vida.

*E.D.:* Sus concepciones podrían hacerle entrar igualmente en conflicto con las fuerzas dirigentes de los países socialistas. Por mucho que usted se identifique con la autoridad y la disciplina, de nada sirve: su pronunciamiento en favor de un comunismo *sin crecimiento* le convierte en un disidente.

*HARICH:* Cuanto más de cerca conozco los contenidos de la "crítica del régimen" tal como la desarrollan los disidentes que recientemente se han manifestado en Helsinki, la verdad es que no puedo evitar, ya que me he dedicado intensamente a la ecología y a la futurología, exhalar un involuntario y profundo suspiro: ¡también a mí me gustaría tener las preocupaciones de esta gente! Pero su vaciedad, me parece, va a hacer que en breve plazo estén acabados en tanto que aliados de la burguesía de Occidente. Entonces comenzará la búsqueda de aliados nuevos, aún no utilizados, la búsqueda de disidentes de un nuevo tipo. Pero esto nunca pasaría de ser un intento dirigido a un objetivo imposible si aquello de que se tratara es de abarcar realmente a comunistas conscientes de la problemática ecológica, comprometidos con la conservación y protección de los recursos naturales. Porque es demasiado evidente *dónde* tendrá que abrirse decisivamente paso un ahorro global de energía y materias primas, la protección radical de la naturaleza: allí donde hace ya mucho tiempo que se desarrollan bajo el látigo de la maximización de los beneficios los más duros procesos de consumo y despilfarro contra la base natural de la sociedad humana: en Norteamérica, en Europa Occidental, en Japón. Las maniobras demagógicas que intenten desviar de este objetivo están condenadas de antemano al fracaso. No habrá atracción de eco-disidentes.

*E.D.:* ¿Con esto quiere usted justificar cautamente su negativa a protestar contra la instalación de centrales nucleares en los países socialistas y entre ellos en la RDA?

*HARICH:* Yo soy enemigo de las centrales nucleares *en to-*

*das partes y sea cual sea* el orden social. Pero esto no me impide ver las cosas en sus proporciones reales. El semanario de Hamburgo *Der Spiegel* ha iniciado recientemente, en el curso de su meritoria campaña de clarificación contra la energía nuclear, un primer intento —evidentemente dictado por los intereses de la clase de la burguesía— de provocar una desviación a este respecto. En un mismo número de la revista, *Der Spiegel* reproducía en la página 16 la calumnia lanzada por el servicio secreto de Bonn en el sentido de que las iniciativas civiles en pro de la defensa del medio ambiente que se estaban desarrollando en la República Federal estaban financiadas por la RDA y luego en las páginas 98 a 100 incluía un informe sobre los proyectos nucleares de la URSS. Pero la cosa no dio los frutos apetecidos. Pues en el segundo artículo se tuvo que notificar que en esos momentos, mientras la RFA producía ya 6.200 megawattios a partir de la energía nuclear, la URSS sólo estaba produciendo por el mismo procedimiento 3.800 megawattios. Si se toma en consideración la diferencia de población así como de extensión del territorio de ambos países se llega lógicamente a la conclusión de que los manifestantes de Wyhl y Brokdorf no tenían ni el más mínimo motivo para dejarse embaucar por consignas antisoviéticas.

*E.D.:* En el artículo del *Spiegel* a que usted hace referencia se dice también que en la Unión Soviética el Profesor Piotr Kapitza ha manifestado sus reservas contra la construcción de centrales nucleares. ¿Se solidariza usted con este científico? ¿Le parece correcto su punto de vista?

*HARICH:* Evidentemente. Pero quisiera advertirle que Kapitza es todo menos un disidente. Es el decano de la física soviética, goza de la más alta y amplia consideración y es miembro del presidium de la Academia de las Ciencias moscovita. Y ha expresado con frecuencia y sin reservas su convicción de que sólo el socialismo representa la garantía de poder atajar a tiempo y convenientemente los grandes peligros a los que hoy se enfrenta la humanidad.

(Entrevista realizada para *EXTRA-Dienst* por Rolf Uessler.).

## VI

### TRES CARTAS A «DIE WELTBÜHNE»

*sobre un artículo del Profesor Dr. Klaus Fuchs, director del Instituto de investigaciones físicas, nucleares y de la materia de la Academia de las Ciencias de la República Democrática Alemana.*

A la redacción de *Weltbühne*,  
a la atención del Sr. Redactor-Jefe Peter Theek  
1056 Berlín, Postschliessfach 8

Bad Esler, 1 de noviembre 1977.

Muy Sr. mío:

Por la presente le ruego tenga a bien incluir en uno de los próximos números de *Weltbühne* la siguiente carta a los lectores:

"Klaus Fuchs escribe literalmente en su artículo "¿'Furias del progreso'?" (*Die Weltbühne*, 41, 11-X-1977, pag. 1.285 y s.) que en la RFA los adversarios de las centrales nucleares no tienen nada que objetar contra la bomba de neutrones. Ante esta afirmación cabe decir que o bien Fuchs no sabe de lo que habla o es autor de una mentira lisa y llana. Dejando a un lado que su afirmación podría refutarse fácilmente con el ejemplo de la revista de Hamburgo *Der Spiegel*, la verdad es que entraña una tremenda difamación contra el Partido Comunista Alemán, que ha participado activamente en la lucha contra la construcción de centrales nucleares en la RFA al

mismo tiempo que se ha pronunciado con la mayor decisión contra la bomba de neutrones. Por lo tanto, hay que esperar que el Sr. Fuchs rectifique públicamente o, al menos, que la redacción de *Weltbühne* tome severas distancias en relación con las dos primeras frases del artículo mencionado."

Con saludos cordiales,  
Wolfgang Harich

A la redacción de *Weltbühne*,  
a la atención del Sr. Redactor-Jefe Peter Theek  
1056 Berlín, Postschliessfach 8

Berlín, 2 de diciembre 1977.

Muy Sr. mío:

No me ha convencido en absoluto la argumentación con que usted justifica en su escrito de 4 del XI de 1977 la no publicación de mi carta a los lectores fechada el 1 del XI de 1977 sobre el artículo de Klaus Fuchs aparecido en *Weltbühne*, núm. 41 de fecha 11-X-1977. Dice usted que del paréntesis de la segunda frase de Fuchs ("que son también tan necesarios para la 'defensa' del alabado Occidente contra el comunismo") se desprende con suficiente claridad que la afirmación de Fuchs no puede tener como destinatario en modo alguno al Partido Comunista Alemán, ya que éste no puede incluirse seriamente entre los "defensores" de Occidente contra el comunismo. De hecho este paréntesis agrava mucho más la cosa, en el mejor caso por inconsciencia y en el peor por perfidia. Pues si realmente fuese cierto que los adversarios de las centrales nucleares en la RFA, tal y como supone Fuchs, no tienen nada que objetar contra la bomba de neutrones porque les parecía necesaria también para la "defensa" del alabado Occidente, entonces lógicamente este reproche se haría extensivo en toda su dimensión también al DKP (\*), ya que éste se cuenta igualmente entre los adversarios de las centrales nucleares.

(\*) Partido Comunista Alemán (T.)

Al no incluir en mi carta a los lectores el contenido textual del paréntesis, limitándome a señalar que Fuchs había escrito *literalmente* tal cosa, había querido renunciar a un género de asperezas polémicas que, por lo demás, habría estado aquí completamente en su lugar. Al referirse usted, muy estimado Sr. Theek, al contenido de este paréntesis, suscita un agravamiento de mi polémica contra Fuchs, giro éste que yo no me había propuesto. Por lo demás, hay que tomar buena nota de la existencia de alguna que otra razón para no estar, en general, demasiado seguros en relación con la actitud de los comunistas europeo-occidentales ante la "defensa" de Occidente. Me permito recordarle la aceptación de la OTAN por parte del llamado eurocomunismo. En relación con estas cuestiones y en el marco de las tomas de posición al respecto por gentes como Carrillo, Berlinguer, etc. (Berlinguer, por ejemplo, llegó a observar en 1976 que se sentía protegido por la OTAN para no correr la misma suerte que Dubček), sólo puede inducir a la confusión que en nuestros órganos de prensa aparezcan formulaciones que asimilen también, directa o indirectamente, el DKP a posiciones análogas. Y esto es exactamente lo que sucede en las frases de Fuchs objeto de mi protesta.

Usted escribe luego que Fuchs se refería, sin asomo posible de dudas, a "aquellas campañas de orientación burguesa en la RFA" que "realizan, ciertamente, grandes acciones de masas contra las centrales nucleares de su propio país, pero sin embargo se inquietan bien poco por las armas de aniquilación de masas que amenazan a la humanidad y que apuntan sobre todo contra las fuerzas progresistas del mundo". A este respecto puedo permitirme preguntarle: ¿Cuándo y dónde, Sr. Theek, han tenido lugar tales "campañas de orientación burguesa" precisamente en un país en el que todos los partidos no comunistas, desde la CDU/CSU (aquí con la única excepción del Sr. Gruhl) hasta la abrumadora mayoría del SPD, se han pronunciado *en favor* de la construcción de centrales nucleares? Y ¿qué le autoriza a usted además —y no sólo al Sr. Fuchs— a formular la suposición totalmente aventurada de que quienes emprenden

en la RFA acciones masivas contra las centrales nucleares se "inquietan bien poco" por las armas de aniquilación de masas?

Demuestre usted, por favor, su afirmación con citas comprobables o con pruebas irrefutables del mismo peso o no tendré más remedio que ver también en usted a un difamador. Que los campesinos manifestantes en Whyll o en Brokdorf no pertenecen al proletariado es algo que está bastante claro. Pero forman parte de un amplio movimiento *popular* en defensa de la vida, en defensa del derecho a la existencia de las generaciones futuras, movimiento al que apoyan, en tanto que vanguardia del proletariado, los comunistas, y esto basta para poder hablar de difamación cuando alguien dice de su campaña que es "de orientación burguesa" y establece una contraposición entre ésta y la lucha contra la bomba de neutrones.

Usted aduce luego que Fuchs se refiere en su artículo al "bosque de periódicos de la República Federal", deduciendo de aquí que está haciendo alusión "claramente, a la prensa casi sin excepción anticomunista y al servicio del *establishment* de la República Federal". Pues a mí no me parece que sea tan clara esa yuxtaposición de conceptos "casi sin excepción". Hay órganos de expresión como por ejemplo *Konkret* y *Extra-Dienst* que no son anticomunistas y que combaten tanto las centrales nucleares como la bomba de neutrones. Y está también el acusadamente anticomunista *Spiegel* que se opone igualmente a las centrales nucleares y a la bomba de neutrones (de la forma más contundente en el ensayo al respecto escrito por el gran estudioso de cuestiones militares, hombre progresista y amante de la paz, Horst Afheldt, situado en las antípodas de belicistas como Adelbert Weinstein o el Conde Baudissin). Y hay periódicos que se sitúan aún más a la derecha de *Der Spiegel*, como *Die Welt*, el *Frankfurter Allgemeine* o incluso el *Bayernkurier* en los que justamente se propugna la construcción de las centrales nucleares y de la bomba de neutrones. Por tanto, y a la vista de todas estas diferencias, cuando Fuchs se refiere sumariamente al "bosque de periódicos de la República Federal", lo que está haciendo es encubrir el hecho de que sus

puntos de vista en relación con el problema de las centrales nucleares no se diferencian en absoluto del de la prensa de Springer y el FAZ ni del de políticos de Bonn como Franz Josef Strauss, Helmut Kohl, Hans Dietrich Genscher, Helmut Schmidt y los mismos Hans Matthöfer, Werner Maihofer, etc.

En la respuesta que me ha enviado usted, por otra parte, supone a los lectores de *Weltbühne* un grado de información que les permitiría estar en condiciones de no malentender el paso en cuestión del artículo de Fuchs. Pero ¿cómo es eso posible, realmente? El consumo de los productos de prensa de la República Federal no está en general permitido, y por buenos motivos desde luego, en la RDA. Pero entre nosotros hay personas que pueden permitirse no atender a esta prohibición y otras que sin estar autorizadas a ello no hacen ocasionalmente caso de ella. ¿No resulta cínico, en estas condiciones, que el redactor-jefe de *Weltbühne* incluya sencillamente a sus lectores en una u otra categoría y les atribuya por esta causa una capacidad de juicio superior al resto de la población y deduzca de ello la inocuidad de las mentiras que pueden figurar en su publicación? Pues así es, y no de otra forma, como se conduce usted, Sr. Theek.

Estaría bien que reflexionase sobre mis objeciones a su argumentación y que en consecuencia rectificase su decisión. Tras mi vuelta del periodo de cura en Bad Elster he empleado imprevistamente un par de semanas para poder comprobar si aquellas dos frases problemáticas del artículo del Sr. Fuchs publicado en *Weltbühne* no eran, sencillamente, sino un lapsus casual al que no había que darle mayor importancia o bien se trataba de que tales frases eran la expresión de una orientación de principio determinante de que Fuchs esté intentando asegurar mediante mentiras intencionadas, mediante la desorientación consciente de la opinión pública de nuestro país, una utilización de la física nuclear por él representada que constituye una amenaza para la vida y para el futuro. Sólo ahora he llegado a una conclusión como resultado de la correspondiente investigación. A saber: he encontrado un artículo publicado por Fuchs en colaboración con Günter Schumann, de la Escuela Superior de

Ingeniería de Zittau, bajo el título "La importancia de la energía nuclear en la cobertura de las necesidades futuras de energía", en el núm. 5, año 27, de la revista *Energietechnik*, mayo 1977, págs. 185 ss. Las ideas explicitadas en este artículo me parecen tan peligrosas para todos que no puedo por menos que reafirmarme en mi deseo expresado el 1 de noviembre de 1977 de ver publicada mi respuesta al colaborador de *Weltbühne* Fuchs. Y como en *Weltbühne* no hay demasiados precedentes de publicación de cartas a los lectores referidas a artículos aparecidos mucho antes, quisiera rogarle nuevamente y del modo más encarecido, que inserte cuanto antes y *sin ningún cambio* en *Weltbühne* la nota a los lectores que incluía la carta que le envié desde Bad Elster el 1 de noviembre de 1977.

Con saludos cordiales  
Wolfgang Harich.

Al Editor de *Weltbühne*  
A la atención *personal* del Sr. Profesor Dr. Hermmann  
Budzislawski  
1193 Berlín, Am Treptower Park 21

Berlín, 24 de enero 1978

Muy honrado y estimado Hermann Budzislawski:  
Le ruego tenga comprensión por el hecho de que me permita dirigirme en esta ocasión a usted personalmente.  
Al comienzo de un artículo escrito por Klaus Fuchs para *Weltbühne* y publicado por la revista en su número 41, de 11-X-1977, págs. 1.285 y ss., él —Fuchs— insertó las siguientes frases: "Las 'furias del progreso' conjuran de nuevo en el bosque de periódicos de la República Federal. Su momento de quejas se dirige no, por ejemplo, contra la bomba de neutrones —que tan necesaria es para la 'defensa' del alabado Occidente contra el comunismo—, sino contra las centrales nucleares: la mayor furia se ha desatado contra la 'energía nuclear'." Estas dos frases incluyen, como se ve claramente, la afirmación —falsa se coja por donde se

coja— de los enemigos de la construcción de centrales nucleares en la RFA, entre los que se cuenta también como es sabido el Partido Comunista Alemán, no tienen nada que objetar a la bomba de neutrones, a la que considerarían más bien un arma necesaria para la 'defensa' de Occidente contra el comunismo.

Indignado ante la idea expresada por Fuchs envié a la redacción de *Weltbühne*, a la atención del Sr. redactor-jefe Theek, el 1-XI-1977 una carta a los lectores referida al artículo que acabo de citar, con el ruego de su inserción en uno de los números inmediatos de la revista. El Sr. Theek rechazó la publicación de mi carta en un escrito de respuesta fechado el 4-XI-1977 aduciendo motivos que no me convencieron en absoluto. Como para entonces me encontraba precisamente en un periodo de cura y como además quería cerciorarme respecto del punto de vista defendido por el Sr. Fuchs en sus publicaciones científicas acerca del tema en discusión, la construcción de centrales nucleares, no pude responder a los argumentos aducidos por el Sr. Theek sino el 2-XII-1977. A esta segunda comunicación, el Sr. Theek me replicó el 12-XII-1977 como sigue: "La desmesura que caracteriza en un modo poco agradable su carta del 2 de diciembre de 1977 hace evidentemente imposible proseguir una discusión objetiva sobre las cuestiones planteadas por usted a debate. Por lo demás, renuncio a proseguir nuestro intercambio epistolar una vez que usted se ha creído en el derecho de apostrofarme como mentiroso y difamador potencial. Peter Theek."

Mi ruego a usted, en tanto que editor de *Weltbühne*, consiste en la demanda de que revise la mencionada correspondencia cruzada entre el Sr. Theek y yo y juzgue la posibilidad de una inserción de mi carta a los lectores de fecha 1-XI-1977. Que en mi escrito de 2-XII se contienen algunos extremos fuera de lugar motivados por la indignación es algo que hoy, tras una consideración más meditada de su texto literal, no tengo más remedio que admitir autocriticamente y estoy dispuesto a presentar, en este sentido, mis disculpas al Sr. Theek. Sin embargo, sigo estando convencido de haber refutado punto por punto su argumen-

tación tal como figura en su carta de 4-XI-1977 y me parece que si ahora toma como pretexto mis asperezas polémicas e incluso —lo admito— las inconveniencias que pudieron incluir para interrumpir sin más la controversia conmigo sin entrar siquiera a considerar el contenido concreto de mis objeciones, eso no dice precisamente mucho de la firmeza del fundamento de su posición. Pero sobre todo creo que bajo ninguna circunstancia deberíamos dejar pasar la tesis, que el Sr. Fuchs ha sacado por primera vez a la luz en este mundo, en el sentido de que la actitud hacia la bomba de neutrones de quienes en la RFA se oponen a las centrales nucleares es de indiferencia e incluso positiva. Esto es sencillamente falso y cuando una falsedad de este tipo queda sin respuesta, se producen daños políticos. Yo, por mi parte, no estoy dispuesto a tolerar una acusación de este género contra el movimiento popular que en la República Federal se opone a la construcción de centrales nucleares. Mi propósito, así lo creo, gana importancia y actualidad por el hecho de que en la misma revista de Hamburgo, *Der Spiegel*, que entre finales de 1977 y comienzos de 1978 se dejó arrastrar a una de las más repugnantes y hostiles provocaciones contra la República Democrática Alemana de que se tiene noticia, se manifestó poco antes el portavoz de la camarilla de los disidentes de la Unión Soviética, el físico Andrei Sajarov, también en calidad de enemigo de quienes en la RFA luchan contra las centrales nucleares; véase el artículo al respecto de Sajarov en el número 52, año 31, de *Der Spiegel*, 19 de diciembre de 1977, págs. 93 a 96. Significativamente, este archirrenegado al servicio de los intereses de la burguesía americana-europea-japonesa, plantea en esta ocasión la cuestión de si "las campañas contra el desarrollo de la energía nuclear" que pueden observarse actualmente en los países capitalistas "tienen su origen en la URSS u otros países de la Europa Oriental." Ciertamente que no se atreve a afirmarlo positivamente. Pero no lo es menos que llega a señalar como hipótesis: "Si es así, entonces lo que no habría que hacer es reforzar esta campaña contribuyendo a la difusión de los prejuicios antiatómicos y a la incompreensión de la necesidad de la energía nuclear." (*loc. cit.*, pág.

96). Lo que en Sajarov parece figurar como mera hipótesis pudo encontrarse tiempo atrás como hecho aparentemente comprobado en el mismo *Der Spiegel*, en un número anterior de ese mismo año. ¿Y de qué turbia fuente sacó en aquella ocasión la noticia en cuestión *Der Spiegel*, desautorizando así su propia crítica anti-atómica, reduciéndola a mera demagogia? Pues en un despacho de la Agencia Federal de Prensa de la RFA, la misma chapucera cocina en la que, según *Neues Deutschland*, se coció a fin de año el panfleto anti-RDA titulado "Ruptura en el SED". Las iniciativas civiles en favor de la protección del medio ambiente en la RFA, se dijo entonces en *Der Spiegel*, estaban financiados, según una información de la Agencia Federal de Prensa, por la RDA.

En estas condiciones, Klaus Fuchs tendrá que avenirse a que se le pregunte si no se apodera de él un escalofrío de sobresalto al darse cuenta de la clase de compañía que tiene en su antipatía hacia los defensores del medio ambiente de la República Federal así como en su actitud favorable en relación con las centrales nucleares. Acusa a personas que luchan por la continuidad de la vida sobre la Tierra de ser partidarias de la bomba neutrones al mismo tiempo que la Agencia Federal de Prensa y el traidor Sajarov recomiendan que se persiga a esas mismas personas, entre ellas los miembros del DKP, en base a una teoría propia de agentes inventada de cabo a rabo. Y ¿qué ocurre con la justificación, dicho sea con perdón, "científica" de las posiciones que mantienen Fuchs y Sajarov en la cuestión de las centrales nucleares? En esto ambos coinciden plenamente. Basta con comparar lo que Sajarov manifiesta en *Der Spiegel* 52/1977, pág. 93, sobre los "incubadores acelerados" con lo que Fuchs y Günter Schumann tienen que decir sobre el mismo tema en la revista de la DDR *Energietechnik*, cuaderno 5/1977, págs. 185 y ss. Yo no soy físico. Pero que tanto lo uno como lo otro es en parte científicamente insostenible y en parte muy discutible, resulta fácilmente demostrable a partir de las publicaciones de valiosos especialistas de una orientación política inobjetablemente progresista. El mismo decano de la física soviética, el vicepresidente de la Acade-

mía de las Ciencias de la URSS, Piotr Kapitza, un hombre alejado años-luz de cualquier sospecha de connivencia con la disidencia, no ha dejado de manifestar sus advertencias en relación con el denominado "aprovechamiento pacífico" de la energía atómica.

Confío en que todo esto bastará para dar que pensar a la redacción de *Weltbühne*. Y tengo plena confianza en que usted, muy estimado Hermann Budzislawski, no dudará en estimular y en colaborar en la correspondiente revisión en el seno de la redacción y, en este sentido, en manifestar su apoyo a la inserción sin cambios de mi carta a los lectores de 1-XI-1977.

Con todo mi afecto y con la expresión de mi máxima consideración hacia su vida de lucha y hacia su brillante carrera periodística, atentamente,

Su Wolfgang Harich

(Las tres cartas anteriores se publican aquí por primera vez.).

## VII

### *MENSAJE DE SALUTACION A LA CONFERENCIA SOBRE "¿UNA POLITICA SOCIALISTA DE PROTECCION AL MEDIO AMBIENTE?"*

Organizada por los Jóvenes Socialistas en Frankfurt/Main  
del 28-X al 6 - XI - 1977.

Queridos amigos:

A través de Hainer Halberstadt, a quien ruego transmitan mi saludo, ha llegado a mí su invitación. Se la agradezco de todo corazón y deseo, con toda solidaridad y plena simpatía, que su Conferencia constituya un éxito. ¡Ojalá promueva la convergencia y la disposición a actuar en común entre todos los afectados! ¡Ojalá deje sentir sus efectos en amplios círculos de la República Federal Alemana y más allá de sus fronteras!

Desgraciadamente, no voy a poder estar en condiciones de cumplir con su invitación. El éxito de una operación cardíaca a la que tuve que someterme hace dos años depende de que pase por dos curas de una intensidad creciente. Y precisamente la segunda cura, en Bad Elster, concertada hace largo tiempo, voy a tener que practicarla en los días de su Conferencia. Pero quizá pueda serles de alguna utilidad, de todos modos, trasladando al papel las siguientes ideas y autorizándoles a leerlas ante las Conferencias y someterlas allí a discusión, así como a publicarlas en el periódico o revista que ustedes juzguen apropiado.

Su Conferencia va a tratar el tema "¿Una política socialista de protección al medio ambiente?" y ustedes han previsto a

la yuxtaposición de estos dos conceptos de unos signos de interrogación. A mí me gustaría ver en ese mismo lugar tres grandes e imperativos signos de exclamación así como, al mismo tiempo, someter a debate la idea de si no sería mejor hablar de "comunistas" en vez de "socialistas".

Les ruego que no interpreten esto erróneamente. Estoy muy lejos de considerar la política de medio ambiente como un monopolio de los *partidos* comunistas, por mucho que desee que éstos no se dejen superar por nadie en este terreno. Tampoco quiero limitar la política de medio ambiente a aquellos países que en Occidente se acostumbra a denominar con inexactitud "comunistas" sólo porque son gobernados por comunistas. Una limitación de este género significaría en realidad que la izquierda que lucha en condiciones capitalistas en favor de la transformación socialista de las actuales relaciones de producción y de propiedad no tendría que ocuparse de las cuestiones del medio ambiente o sólo tendría que hacerlo en un segundo o tercer término, algo así como si se tratase de un escenario bélico secundario. Lo cierto, en mi convicción, es lo contrario.

No: cuando traigo a colación en el presente contexto el comunismo, me estoy refiriendo a algo diferente. Los rasgos que constituyen en conjunto una ordenación socialista de la sociedad —a saber: la supresión del pluralismo político en favor de la dictadura del proletariado, la socialización de los medios de producción y la planificación global de la economía— mejoran extraordinariamente en comparación con el capitalismo las posibilidades de lograr un uso racional y ahorrativo de los recursos de materias primas así como medidas eficaces de protección del medio ambiente. Que estas posibilidades *objetivas* se aprovechen óptimamente —o aunque sólo sea medianamente bien— ya en los países hoy socialistas, es una cuestión debatida de la que no me quiero ocupar detenidamente aquí. Sintetizando mis propias impresiones diré solamente que en ellos se ha hecho y se hace ya algo positivo, pero que deja aún mucho que desear.

Pero sea como sea en cada lugar en concreto, hay algo cierto: el socialismo no basta *en sus propios principios* ni de lejos para conjurar decisivamente la catástrofe de las mate-

rias primas y el síndrome del medio ambiente. Esto sólo será posible en esa segunda fase superior de desarrollo de la sociedad que hasta el presente no se ha alcanzado aún en ningún lugar: justamente, en el comunismo. Y ¿por qué? Porque sólo el comunismo puede acabar con todos los mecanismos de mercado, arrebatar a los valores de uso en su conjunto su forma de mercancías y regular la distribución de los bienes materiales de acuerdo con el principio de la igualdad. El socialismo sólo puede crear la base para ello, nada menos, pero tampoco nada más.

La actualidad de la realización del comunismo no se deriva hoy de ninguna clase de buen deseo del género de que todos deberían ser igualmente libres. Se deriva de la universal crisis ecológica que enfrenta a toda la humanidad con la posibilidad de llegar en el plazo de pocos decenios, y aunque no estalle la tan temible guerra nuclear, a su total autodestrucción. La ciencia más avanzada de nuestra época, la investigación futuroológica de base ecológica, que enlaza armónicamente con la imagen del mundo que es propia del materialismo dialéctico e histórico y que fue tempranamente anticipada por Karl Marx y Friedrich Engels en una serie de manifestaciones esporádicas, ha aportado pruebas irrefutables a este respecto. Sólo mediante una reorientación radical de las necesidades humanas y de las producciones que las suscitan y satisfacen podrá evitarse tal fatalidad. Se trata de una reorientación que se suele presentar demasiado fácil siempre que se pretende pintarla con rasgos atractivos cuando se habla de una mayor calidad de vida sin añadir que no vamos a tener más remedio que prescindir de numerosos bienes de consumo que hoy casi nos parecen elementos evidentes e insustituibles.

La circulación individual con automóviles, el uso de la mayor parte de utensilios domésticos consumidores de energía eléctrica, la variación de las modas en el vestido y en el mobiliario, el turismo de masas en aviones, pero también la proporción actual de carne y de grasas animales en nuestra alimentación son algunas cosas entre otras muchas que van a tener que desaparecer muy pronto y para siempre de nuestra vida, de la civilización de las regiones industrializa-

das del hemisferio norte. En caso contrario condenaríamos a la totalidad de los niños que actualmente viven entre nosotros —por no hablar de las generaciones (en plural) futuras— a una hecatombe total que se iría consumando día a día en una perspectiva de crueldad inimaginable, con lo que el hombre en tanto que especie biológica habría exhalado su último aliento. Quien no se lo quiera creer, que lea los dos primeros informes al "Club de Roma", así como el *Doomsdaybook* de Gordon Rattray Taylor; *Se está saqueando un planeta* de Herbert Gruhl e *Imagen de un mundo sin ilusiones* de Gottfried Gummerer y que intente refutar los argumentos en ellos contenidos.

Y para reconocer que con la paralización de las ramas de producción que determinaría la renuncia —vitalmente necesaria— a aquellos consumos el capitalismo sufriría un colapso, no se necesita ser marxista. Sería algo evidente sólo para cualquiera que se limitase a calcular las consecuencias derivadas de la suspensión, ecológicamente urgente, de la producción de automóviles en países como los EE.UU. y la RFA. Pero no es sólo esto: *ninguna* sociedad, sea cual sea su estructura, estará dispuesta a aceptar aquellas renuncias en pro de la subsistencia biológica del *homo sapiens* mientras una parte de sus miembros estén dispensados de ellas, es decir: mientras reine la desigualdad.

El establecimiento de la plena igualdad de todos estos es el sentido y el contenido, precisamente, del comunismo. Por el contrario, en su etapa anterior, en el socialismo, rige aún lo que Marx expuso en 1875 en la *Crítica del programa de Gotha*, a saber: "El derecho *igual* es aquí aún —según el principio— derecho burgués... Este derecho *igual* es derecho desigual para un trabajo que es desigual. No conoce diferencias de clase porque cada uno es sólo un trabajador como los demás, pero conoce tácitamente la desigualdad de aptitudes personales y por tanto de rendimiento de los trabajadores como privilegios naturales. Es por tanto un derecho de la desigualdad..." Aquí, queridos amigos, tienen ustedes la legitimación marxista de las diferencias de renta y de los privilegios que subsisten hoy aún en los países socialistas. Ciertamente es también que del mismo escrito de Marx

se deriva *asimismo* que no pueden ser algo eterno, definitivo.

La cuestión es *dónde* ha de iniciarse primero el tránsito al comunismo. Un pensamiento adialético, esquematizador, se apresuraría a responder: "Naturalmente, allí donde por primera vez en la historia pudo vencer y afirmar su poder la revolución proletaria-socialista: en la Unión Soviética." Apenas nadie ha reparado en que la máxima autoridad estatal soviética, el Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, *no piensa así*. Comentando la nueva constitución de la URSS, Leonid Ilich Brezhnev manifestó literalmente hace poco que en el país de la Revolución de Octubre, la realización del comunismo aún se demoraría dos generaciones después de aquel evento, durante cierto tiempo. Sólo paso a paso y aprovechando las posibilidades abiertas por el socialismo desarrollado podría avanzarse hacia esa transición, si bien el futuro señalado no estaba muy alejado del ámbito definido por el presente. Y añadía Brezhnev: "En países que dispongan en el momento de la victoria de la revolución socialista de fuerzas productivas altamente desarrolladas, la situación será diferente." Esto quiere decir: en tales países la toma del poder por la clase obrera y la realización del comunismo podrán sucederse más rápidamente que en la Unión Soviética.

Yo creo que cualquier persona de izquierda de Norteamérica, Europa Occidental y Japón haría bien en reflexionar detenidamente sobre estas manifestaciones de L.I. Brezhnev y en pensar qué tipo de conclusiones teóricas y prácticas pueden deducirse de ellas en relación con la lucha de clases en su propio país. Y en tales reflexiones debería incluir un elemento al que Brezhnev no hizo alusión, a diferencia de otras ocasiones, en las palabras mencionadas, a saber: la crisis ecológica. La crisis ecológica hace que en las regiones completamente dominadas por el capital, a las que hay que atribuir el máximo derroche de materias primas y energía y la mayor sobrecarga del medio ambiente, la reducción del proceso de tránsito de la revolución al comunismo acabado sea una cuestión de vida o muerte y ello no sólo para los propios países afectados, sino

para todos nosotros y sobre todo para toda la generación joven hoy en crecimiento en el planeta, es decir, para la generación en favor de cuyos intereses luchan también ustedes, jóvenes socialistas de la RFA. *Este* es el motivo por el cual abogo porque en su Conferencia se hable de política *comunista* de medio ambiente y porque, como ya he dicho, se eliminen los signos de interrogación en su formulación. Hace ya cierto tiempo, en 1974/75, expresé ideas análogas y entretanto he avanzado mucho incluso en la cuestión de plantear la posibilidad de un salto a partir de la fase inferior, meramente socialista, en las metrópolis altamente industrializadas del capital. A una pregunta al respecto formulada por Freimut Duve, el socialdemócrata tan meritoriamente comprometido en la difusión de la consciencia de la problemática político-ecológica en la RFA, respondía entonces, por ejemplo: “La historia mundial, considerada por Lenin como un desarrollo desigual, no presupone una sucesión estricta de fases. Pues procesos breves que en una parte del mundo han durado decenios se reducen en otra a un par de semanas.” Bien, “un par de semanas” sería posiblemente, a juzgar por el discurso de Brezhnev, un plazo demasiado breve. También en los países con un nivel muy elevado de las fuerzas productivas, decía Brezhnev, se plantearía tras la revolución proletaria victoriosa “la necesidad de solucionar tareas tan complicadas para la edificación del socialismo maduro como el dominio de la difícil ciencia de la organización del conjunto de la vida social sobre bases socialistas y en especial la ciencia de la planificación y de la dirección de la economía, así como la formación de una consciencia socialista entre los ciudadanos.” Y Brezhnev concluía de lo expuesto: “Sean cuales fueren las condiciones específicas de los países que vayan a construir el socialismo, la etapa de su consumación sobre su propia base, la etapa de la sociedad socialista madura y desarrollada aparece como un eslabón necesario de la cadena de transformaciones sociales, como una fase de desarrollo comparativamente prolongada en el camino que conduce del capitalismo al comunismo.” “Comparativamente prolongada” es evidentemente un concepto elástico. Con todos los respetos debidos me permito

preguntar: “¿Bastan 25 años?” Este es concretamente el lapso de tiempo que ha transcurrido desde que se tomó en una Conferencia del Partido Socialista Unificado de Alemania la resolución de proceder sistemáticamente y planificadamente a la construcción del socialismo en la República Democrática Alemana toda vez que esta República tenía ya tres años de existencia y que había concluido en ella ya la revolución democrática-antifascista. Ya entonces, era 1952, el primer Estado obrero y campesino en suelo alemán disponía de unas fuerzas productivas comparativamente muy superiores a las de Rusia en el momento de la revolución de octubre. Aún hoy cuenta con una productividad del trabajo superior a la de la URSS. Y en el tiempo transcurrido, la RDA ha aprendido a dominar, qué duda cabe, la organización del conjunto de la vida social sobre bases socialistas, especialmente la dirección y planificación de la economía y se ha ocupado asimismo de la formación de una consciencia socialista entre sus ciudadanos. He ahí por qué se me hizo de inmediato evidente e irreprimible —puede rectificárseme en algún punto si me equivoco— tras la lectura del discurso histórico pronunciado por Brezhnev ante el Soviet Supremo de la URSS el 4 de octubre de 1977 la siguiente conclusión: entre los países de Europa, hoy el más maduro, e incluso más que maduro, para el tránsito al comunismo es mi patria socialista, la RDA.

En relación con todo esto aparecen hoy ante mí con una nueva luz ciertas peculiaridades de nuestra literatura: una y otra vez la fuerza creativa de autores de la RDA, tanto en otras muy alabadas como muy discutidas, se ha ocupado de caracteres y personalidades pertenecientes al pueblo llano que, ya fuese tras la liberación del fascismo, en 1945, o en una época temprana de la transformación socialista, querían “introducir el comunismo” de inmediato. Esto es así tanto en la *Frau Linz* de Helmut Baiert como en *Kipper Bauch* de Volker Braun. Es así, también, en los dramas más recientes de nuestro más importante poeta vivo, Peter Hacks; en su pieza *Die Sorgen und die Macht* igual que en su *Moritz Tasow*. Y el complemento de esto lo encontramos, por un lado, en el rechazo a la mentalidad del ciudadano socialista

fijado a la idea de bienestar en la novela de Günter de Bruyn *Buridans Esel* y, por otro, en la crítica de Ulrich Plenzdorf a las normas de conducta de la sociedad de rendimiento. En una reflexión más meditada y en un examen más detenido se me ocurrirían, con seguridad, otros ejemplos en el mismo sentido. ¿Encontramos aquí —pregunto yo trastocando unas célebres palabras de Marx— que la idea tiende a la realidad porque antes la realidad tendió a la idea? Y en nuestra literatura teórica de los últimos años se encuentran ejemplos análogos. Si se me permite por un momento ser lo suficientemente presuntuoso como para insertarme a mí mismo en este contexto, diría que no me parece ningún azar que la idea de hacer frente a la universal crisis ecológica por medio de un comunismo sin crecimiento, homeostático, no se haya concebido en ningún otro lugar que precisamente en el ámbito de la RDA. Nosotros contamos como ya he dicho, con fuerzas productivas altamente desarrolladas. Pero viviendo en la parte más adelantada hacia Europa Occidental de la comunidad de estados socialistas, observamos también cómo las fuerzas productivas muy desarrolladas pueden llegar precisamente, como en su momento lo previó Marx en *La Ideología alemana*, a convertirse en fuerzas destructivas. De la forma más manifiesta lo observamos en el país vecino, que habla la misma lengua materna que nosotros, en la RFA. Y no deseamos que esta transformación destructiva de las fuerzas productivas se prolongue en nosotros en la competición económica con Occidente y a través de la cooperación con él.

Tampoco lo desea, como es patente, nuestra fuerza políticamente dirigente, el partido marxista-leninista de la clase obrera, el SED. ¿Cómo si no se habría impuesto a sí mismo, y por tanto a todos los órganos directores de nuestra economía, la obligación —tal como figura en el nuevo Programa aprobado en 1976 en el IX Congreso, lo que constituye un elemento pionero en la historia de la totalidad de los programas de partido que hasta ahora se ha dado el movimiento proletario-revolucionario internacional— de utilizar los recursos naturales sólo desde la plena conciencia de la responsabilidad hacia las generaciones futuras?

Es seguro que sin una acogida seriamente preocupada de los resultados de la investigación futuroológica de base ecológica, no se habría incluido el paso en cuestión en el Programa de 1976. Y ¿qué se sigue de él teóricamente, con una lógica imperativa? Y ¿qué se seguirá también prácticamente a la larga o a la corta? ¡La prioridad de la política de medio ambiente sobre la prosecución del crecimiento económico! Y esto, naturalmente, de acuerdo con la del carácter de clase de nuestro Estado, bajo el signo del tránsito al comunismo. Un síntoma muy prometedor en este sentido es para mí el modo como se ha empezado a reaccionar en las esferas estatales ante la escasez y el encarecimiento del petróleo. A la mayor parte de los funcionarios del partido, del Estado y de la economía se les ha retirado recientemente —Erich Honecker se refirió a ello en su discurso de apertura del curso escolar del partido 1977/78— los coches oficiales y a los pocos a los que se les ha permitido conservarlos, se les ha prohibido rigurosamente su utilización para cualquier clase de desplazamientos de carácter privado. Así, yo mismo fui hace poco testigo de cómo un ministro que tiene su residencia en Köpenick, barrio alejado del casco urbano de Berlín, que fue a ver a unos amigos suyos residentes en el centro de la ciudad trasladándose a casa de éstos con el metropolitano, cuando ya entrada la noche y pasado el último autobús quiso regresar a su casa, tuvo que caminar durante media hora hasta la estación de metro más cercana. Mi comentario ante esto es: así *tiene* que ser. Así *será*. Sí: hasta aquí se *ha* llegado ya. Observemos, aunque sólo ya al margen, que el paseo nocturno y el aire seguro que fueron saludables para la circulación del ministro.

Sin embargo, es una lástima que este tipo de medidas sólo se consideren entre nosotros, hasta el momento, como consecuencias incómodas de un inevitable régimen de austeridad, en lugar de celebrarlas como primeros pasos en el camino del comunismo y de estar orgullosos de la facilidad con que es posible eliminar los privilegios de los situados arriba en nuestro sistema y en una capa dirigente en la que todavía dan el tono los estoicos luchadores, acostumbrados a la renuncia, de la resistencia antifascista. Con todo, este

reproche de escasa autocomprensión puede que no sea tan grave si se piensa que las palabras de Marx "No lo saben, pero lo hacen" no contienen necesariamente una censura.

Lo que es seguro es que en el mundo finito en el que vivimos, con recursos limitados de materias primas y energía, en el que los ciclos naturales no pueden sobrecargarse ilimitadamente, nuestra meta final, la igualdad comunista para todos, sólo podrá conseguirse mediante una *igualación hacia abajo*. Y como resultado secundario de este proceso, se solucionarán por sí mismos los problemas de la deformación burocrática y del carrerismo de la misma manera que el grano se separa de la paja. Pues un aparato comunista en el que desde el punto de vista material no valga ya la pena ascender, quedará reservado exclusivamente a quienes estén consagrados al servicio altruista, desinteresado y pleno a la buena causa, a la comunidad, a la patria, a la clase obrera internacional.

En relación con todo esto, la conexión entre la consciencia de la problemática ecológica y política entre la izquierda ha de convertirse en la clave para la solución de todos los problemas que son ahora cuestiones o, utilizando una expresión de Lenin, ha de convertirse en el "eslabón principal de la cadena". Y esto, tanto entre nosotros como entre ustedes. De lo que se trata ahora para ustedes en el Oeste, es, sobre todo, bajo el signo de la lucha por el mantenimiento de la vida sobre la Tierra y por la supervivencia del *homo sapiens*, de *cerrarle a la burguesía el camino de una salida capitalista a la crisis actual*, dado que todos sus esfuerzos van encaminados a lograr una reactivación de la coyuntura económica y la expansión. Si estos esfuerzos fracasaran ante la resistencia organizada de los defensores de izquierda de la naturaleza, entonces la única alternativa que quedaría en la RFA, como en toda Europa Occidental, sería tan solo el comunismo sin crecimiento, homeostático.

Con lo que quiero decir que ni las manifestaciones de Brezhnev que antes he citado ni lo que me ha parecido posible exponer en relación con las perspectivas de la RDA ha de inducirles a ustedes a adoptar una actitud de espera pasiva en lo que se refiere a la situación de la RFA. La formula-

ción de Brezhnev era de un tono muy amplio y general. Para agotar plenamente toda su latente fecundidad es preciso especificarla para cada país en concreto. Tomen ustedes por ejemplo, en el extremo sudoccidental de nuestro viejo continente, la problemática de España. En aquel país se ha dado, inaugurado aún en 1959 por Franco, un proceso acelerado de industrialización que dura ya 18 años, lo que permite hablar con toda justicia de España como de un país en el que las fuerzas productivas han alcanzado un alto nivel de desarrollo en el sentido de Brezhnev. Pero ¿a qué precio se ha conseguido esto? Al precio de los más agudos desajustes sociales, que no van a poder solucionarse ya por la vía de una ulterior expansión económica, porque la naturaleza sobrecargada supone un límite en este sentido. De aquí yo concluyo que en España está madurando una revolución social y ecológica combinada como no se ha conocido nunca antes, una revolución que confluirá en último término también en el comunismo sin crecimiento, homeostático, por el que hay que luchar a escala universal.

Una vez que esta revolución se haya impuesto en España y en la RDA ¿qué consecuencias tendrán que extraer de ello las fuerzas progresivas de los países situados entre estos dos? ¿Qué consecuencias tendrán que extraer estas fuerzas en la RFA? Y ¿Cómo deberá entonces rezar finalmente en la Unión Soviética la exégesis de aquella sibilina alusión de Brezhnev según la cual "el futuro no está muy alejado del ámbito definido por el presente"? ¡Preguntas sobre preguntas! La respuesta la dará justamente el futuro. Y la respuesta será tanto más correcta y el futuro será tanto más digno de los hombres cuanto más firmemente se unifique, se haga una sola cosa, la voluntad dirigida a una acción superadora del sistema existente, a una acción anticapitalista, con la consciencia de la problemática ecológica, con la lucha que surge por todas partes en defensa de las bases naturales de la existencia humana. Por tanto, una vez más, les digo: mucho éxito para su Conferencia, que tendría que hacer y planear todo lo imaginable para fortalecer o establecer esa unión allí donde, de momento, aún no exista.

Con afectuosos saludos su  
Wolfgang Harich

## VIII.— EUROPA, EL COMUNISMO ESPAÑOL ACTUAL Y LA REVOLUCION ECOLOGICO-SOCIAL\*

\* Entrevista realizada por Rolf Uessler por encargo de la revista MATERIALES.

*Una idea central de su último libro, «¿Comunismo sin crecimiento?», tiene que ver con la afirmación de que en la actualidad la realización directa, sin transición, del comunismo es tan posible como necesaria. Usted la tiene por posible a causa del estadio alcanzado por las fuerzas productivas. Por necesaria porque, atendiendo a la crisis ecológica de acuerdo con el diagnóstico de los dos primeros informes al «Club de Roma» la humanidad, según su opinión, sólo puede sobrevivir bajo las condiciones de un orden social comunista. ¿Resulta válida esa actualidad inmediata del comunismo que Vd. señala también para España?*

Es válida en principio para todos y cada uno de los pueblos y países de la tierra, aunque para cada uno de ellos lo sea en una medida distinta. La iniciativa deberá partir del proletariado con consciencia de clase de las regiones industrializadas del hemisferio norte de la tierra para propagarse luego en el llamado Tercer Mundo, en los países subdesarrollados de África, Asia y América Latina. España pertenece a los países industrializados del hemisferio norte. España tiene un proletariado con un elevado grado de consciencia de clase y un movimiento obrero de gran tradición, templado en la

lucha contra el fascismo. En España coinciden los sufrimientos y los horrores —apenas superados todavía— de casi cuarenta años de opresión fascista con los efectos de un proceso de industrialización a toda máquina desarrollado de un modo extraordinariamente rápido en la última década, un proceso de consecuencias sociales y ecológicas mucho más catastróficas de lo encontrable en cualquier otra parte de Europa. A la luz de todo ello, creo que puede afirmarse que España está no sólo sobradamente madura para la realización inmediata del comunismo, sino que, sobre la base de sus condiciones internas, está precisamente llamada a convertirse en el detonante de esta evolución en toda Europa Occidental. El que el país desempeñe el papel que objetivamente le corresponde depende, sin embargo, como es natural, de la estrategia y la táctica de su Partido Comunista.

*Tengo la impresión de que usted espera del Partido Comunista de España una política de precipitación aventurerista.*

Los que tienden a la aventura y a la precipitación son los anarquistas, a la crítica de cuya impaciencia revolucionaria he dedicado, por cierto, un libro entero.

*Con mayor motivo debería, pues, comprender lo que está sucediendo en España. Se trata, ante todo, de asegurar los derechos y libertades paulatinamente alcanzados desde el final de 1975 por el pueblo español frente a los embates restauradores de la derecha —cuyo peligro no ha remitido aún en modo alguno—.*

Ni por un instante pueden los comunistas españoles permitirse el riesgo de perder de vista ese peligro. Pero tampoco deberían sobrevalorarlo hasta el punto de descuidar los irresueltos problemas económicos, sociales y ecológicos de su patria y la correspondiente necesidad de elaborar una toma de posición clara sobre los mismos en el sentido de los intereses de los trabajadores, campesinos e intelectuales españoles. Un socialdemócrata austríaco, Günther Nenning, escribió en abril de este mismo año, bajo el título «España no es

Portugal», lo siguiente: «Los valerosos veteranos antifascistas que afirman moviendo la cabeza "vuelve el fascismo, también la otra vez empezó con bombas y atentados", se equivocan. Afortunadamente, entre la situación actual y la de los años treinta media una notable diferencia: la inestable y rezagada España se encontraba entonces en una Europa en crisis cuyos capitalistas pretendían salvarse en el abrazo fascista... Hoy, en cambio, España es un país industrial en igual estadio de desarrollo que cualquier país del Mercado Común, situado en una Europa ciertamente no exenta de crisis pero sólidamente parlamentaria, esto es, en una Europa de democrática mezcla capitalista-socialista. Ayer le sopló la tormenta fascista en la cara; hoy puede contrarrestarla con el viento en contra de los Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea. De ahí lo inadecuado de la comparación con Portugal... En España la línea evolutiva no tiende hacia la izquierda. Va, por el contrario, en la dirección de una democracia parlamentaria. Se trata de una diferencia gigantesca que interesa a los EE.UU. y a la C.E.E., dado que esa es la forma política que necesita el actual desarrollo capitalista. El fascismo fósil, en cambio, es lo más opuesto y fastidioso a sus intereses». Así, pues, si un socialdemócrata de la tranquila y adormecida Austria reconoce esa realidad, habrá que empezar a cuestionarse que sea tarea de los comunistas españoles hacer precisamente aquello «que necesita el actual desarrollo capitalista».

*Por mi parte, sin embargo, insisto en lo anterior: lo que la situación actual impone es contribuir a asegurar la democratización política que se está llevando a cabo en España, impulsarla tanto cuanto sea posible, y, como tarea inmediata, conseguir una Constitución óptima. Si a la vista de esas circunstancias sigue usted abogando por una subversión socialista de las relaciones de producción y de propiedad no tendré otro remedio que reprocharle que quiera precipitar inadmisiblemente una evolución que no ha hecho otra cosa que empezar. Sin olvidar que usted todavía va más lejos, dado que incluso pretende ir más allá del socialismo con su propuesta de un comunismo de realización inmediata para el*

*que, en mi opinión, faltan todos los presupuestos materiales. Por todo ello no puedo menos de considerarlo como un sector de izquierda marginal.*

Hay tres cosas que decir a este respecto. En primer lugar, yo no soy en absoluto contrario a, sino decididamente partidario de que los comunistas españoles traten de ampliar y realizar la democracia en su país, de que la protejan frente a las amenazas restauradoras y autoritarias de la derecha y de que aprovechen cualquier posibilidad que hasta esa democracia burguesa-formal pueda brindarles para multiplicar y robustecer su propia influencia sobre el Estado y la sociedad. Cometerían, sin embargo, un error si olvidan que esa democracia pluralista tiene también carencias imputables a su misma esencia: construye a los políticos de todos los partidos a competir por una popularidad barata y a convertirse en servidores de deseos particulares de tipo coyuntural en vez de atender a los intereses a largo plazo, duraderos, del conjunto de la población. Por eso tal democracia no es, propiamente, lo que su nombre indica, a saber, dominio popular, sino, por el contrario, sólo una forma —evidentemente más flexible y moderna que el fascismo— de dominio de capas privilegiadas, a *cuyos* particulares deseos coyunturales sirve a la perfección, como es natural. A costa, obvio es decirlo, de las masas populares y —vista la cosa desde un punto de vista ecológico— sin consideración de los estragos irreparables que sufrirá la próxima generación, si es que, en general, aún puede hablarse de próxima generación. En segundo lugar: es perfectamente posible hacer lo uno sin olvidarse de lo otro. Cabe luchar por la democratización del sistema existente y esforzarse, a un tiempo, por conseguir que la clase obrera, los pobres, los oprimidos y los explotados, los trabajadores todos, el pueblo entero, vean claramente la racionalidad y la oportunidad de las soluciones comunistas. Única y exclusivamente con las cuales se podrán llevar a cabo las grandes tareas presentes y futuras —de mayor envergadura aún— de la entera humanidad, incluida la nación española. Y, finalmente, en tercer lugar, he de añadir que para *el* comunismo en el que yo pienso no faltan en absolu-

to los presupuestos materiales en España. No estoy pensando en un comunismo de la abundancia, sino en uno que excluye un ulterior crecimiento demográfico y económico, un comunismo de racionamiento de los bienes de uso que, bajo una radical nivelación de las diferencias de renta existentes, garantice la igualitaria liberación de las necesidades elementales de todos los miembros de la sociedad y sintonice armónicamente con el mantenimiento y la fortificación de nuestra base natural actualmente amenazada de muerte: la biosfera.

*Tanto más grave: con ello pone usted al descubierto su rechazo del bienestar material.*

Rechazo un bienestar suicida, sí señor. Lo que sin embargo no rechazo —pues desgraciadamente aún tengo que desear su llegada— es alimentación, vestido y vivienda satisfactorios para las masas populares, asistencia óptima de su salud, elevación de su nivel de instrucción, liberación de su ansia por una naturaleza no destruida, vida feliz, hogareña seguridad, infancia protegida, alegre juventud, madurez plena, fecunda conversación, caprichosa creatividad, libertad de producción artística, abolición de sus constricciones y de la persecución encarnizada del trabajo, abolición del *stress* y de la alarma. ¿Acaso no son valores esos por los que merezca la pena luchar? Esos valores hallan un fundamento estable en un comunismo sin crecimiento. Este barrería, por de pronto, a los ricos, a las sanguijuelas, a los parásitos y a su lucrativo consumo despilfarrador y destructor del medio ambiente. Lo mismo haría con la quimera de que sea ese consumo lucrativo algo al alcance de todos. Una producción industrial y agrícola que intentase convertir en realidad planetaria esa ilusión conduciría en un plazo muy breve a la liquidación de toda vida sobre la tierra y, con ello, a la autoliquidación del hombre como especie biológica. La más progresiva ciencia positiva de nuestros días, la investigación del futuro ecológicamente basamentada —que resulta ya impensable al margen del materialismo dialéctico e histórico—, ha probado eso con argumentos que aún aguardan la refutación del apolo-

ta capitalista y del pseudomarxista fetichista del crecimiento.

*¿Acaso no está comprometido el comunismo —con o sin crecimiento— por las circunstancias que se dan en los países en que ya domina, particularmente por las circunstancias imperantes en la Unión Soviética y en la comunidad de Estados de la Europa Oriental por ella dirigida, incluida su Patria, la R.D.A.?*

Juzgar con justicia esos países, criticar sin piedad sus indiscutibles errores —apreciando a un tiempo como es debido sus conquistas, silenciadas y caricaturizadas por los ideólogos burgueses y socialdemócratas de Occidente, por los escritores a sueldo del capital— es algo nada exento de fundamento de por sí. Pero, en cualquier caso, sea cual sea el balance final, no puede olvidarse que ninguno de esos países ha realizado todavía el comunismo, sino que se encuentran más bien en la etapa del *socialismo*; sólo están gobernados por partidos cuyo *objetivo final* es el comunismo. Y puesto que éste no se da realmente en ellos difícilmente puede estar comprometido por nada real ya existente.

*No quiero polemizar con usted sobre palabras. El que en la Unión Soviética y en las Repúblicas Populares de Europa Oriental el comunismo aún esté pendiente —ya sea un comunismo de la abundancia, ya uno del racionamiento, como cree usted necesario—, sólo significa que esos países se aferran a un «socialismo real» como se complacen en calificarlo sus Gobiernos. Este es precisamente el que resulta inaceptable para los pueblos del resto de Europa, incluidas sus clases obreras, por dos motivos fundamentales: en primer lugar, lo ha deformado la coexistencia con el capitalismo que amenaza a los países socialistas, contra el cual deben éstos mantenerse y que, de cuando en cuando, les contagia también sus enfermedades...*

Lleva usted toda la razón en este extremo. Pero esa precaria situación sólo podrá superarse con una transformación socialista-comunista victoriosa en Occidente, la cual no está

en absoluto implicada por la unilateral deformación del único modelo existente de socialismo que han propagado desde siempre los propagandistas de la burguesía.

*No me ha dejado usted hablar. El «socialismo real» también nos resulta inadmisibile por una segunda razón: arrastra las lacras del atraso, completamente insuficiente desde un punto de vista histórico, de Rusia. El que esto sea comprensible considerado históricamente no quiere decir que lo haga más simpático. Y dado que en el uso habitual que del lenguaje se hace en Occidente se tiende a llamar «comunismo» a ese «socialismo real» maculado por el viejo atraso ruso, los Partidos Comunistas de Europa Occidental —y entre ellos el P.C.E.— se han visto obligados a tomar distancias. Renunciarían de otro modo a las tradiciones de libertades democráticas de sus pueblos. Así se explica el surgimiento del «eurocomunismo» tal como —del modo más acentuado— viene a representarlo el secretario general del P.C.E., camarada Santiago Carrillo.*

El atrado ruso tiene que ser revaluado por completo en nuestros días. En la época de la crisis ecológica, en efecto, ese atraso no puede significar ya en modo alguno un inconveniente, sino una ventaja. A ese atraso tiene que agradecer la Unión Soviética sus poderosos recursos de materias primas aún por explotar, su gigantescas reservas —relativamente intactas todavía— de zonas forestales y de agua dulce, sin olvidar tampoco la relativamente poco deteriorada capacidad de su población para sobrellevar las privaciones. Si a eso agregamos las relaciones de propiedad del socialismo, con la planificación económica que de ellas se deriva, y sus estructuras políticas de poder —estructuras que, cuanto más autoritarias son, más impopulares resultan, pero más realizables hacen medidas de todo punto necesarias—, se vuelve uno consciente de que en un planeta finito como el nuestro, con recursos agotables de materias primas, con ciclos naturales sobrecargados, con zonas desérticas en extensión creciente, le sería dado a la Unión Soviética el representar para el viejo Continente europeo el papel de una salvadora Arca de Noé. En vistas de lo cual, la Unión So-

viética no podría inflingirse a sí misma un daño añadido mayor que el de prestar oídos a los cantos de sirena que le aconsejan la liberalización de su sistema. Lo que le conviene es algo completamente distinto: fuerzas militares ventajosas como segura defensa de sus riquezas, una vida modesta y sencilla de sus masas populares que les permita hacer economía de esas riquezas, esto es, hablando propiamente, una vida sencilla de los pueblos que estén en su ámbito de influencia y, en consecuencia, guerra sin cuartel en el plano de la lucha de clases ideológica contra las normas de consumo de la sociedad capitalista del despilfarro, máximo aprovechamiento de las ventajas del sistema socialista para la solución ejemplar de los problemas ecológicos y, aún con todo, sólida integración del conjunto de la comunidad de Estados socialistas y orientación de sus políticas económica, social y cultural en el sentido de una y la misma tarea capital global, a saber: el mantenimiento de la vida en el planeta, la salvación de la raza humana de la autolesión final.

*Estoy convencido de que esto haría aún menos atractivo el socialismo soviético y europeo-oriental para Occidente. Los eurocomunistas se verían de este modo obligados a tomar aún más claras distancias respecto de los «partidos hermanos» orientales.*

Discrepo por completo. Cuanto más sufrirán los pueblos de Occidente los efectos del desperdicio de materias primas y de la destrucción de la Naturaleza practicados en sus países, tanto más se les clarificará el dominio de la razón ecológica sobre base comunista como la única salida. En lo que concierne al distanciamiento emprendido por los llamados eurocomunistas, se trata sencillamente de algo miope y torpe. He utilizado antes la comparación con el Arca de Noé. ¿Acaso sería aconsejable distanciarse de Noé poco antes del estallido del diluvio universal? Presumible, resultaría más sensato buscar su amistad.

*Ahora su argumentación se hace cínica. Hasta el presente*

*ha valido la dependencia de los comunistas en relación con la Unión Soviética de los padres e hijos de la Revolución de Octubre y en relación con el pueblo que derrotó al fascismo hitleriano haciendo un colosal sacrificio de innumerables víctimas que perdieron vida y hacienda.*

Comparto totalmente esas impresiones. Pero no creo que sea perjudicial el apoyarlas adicionalmente en una consciencia realista de los intereses, en un cálculo racional de los objetivos.

*Si esa consciencia y ese cálculo tanto se relacionan con la crisis ecológica, como usted y muchos otros —particularmente también investigadores burgueses del futuro— creen, ¿cómo se explica el que la Unión Soviética y su ámbito de influencia no tomen decididamente la iniciativa de un «comunismo sin crecimiento» como el que usted propugna?*

¡Pues no sé qué contestar! No excluyo el que se pudiera tomar aquí la iniciativa. Los países socialistas están *estructuralmente* en las mejores condiciones para hacerlo. Pero debido precisamente a las riquezas de la Unión Soviética no se les hace tan necesaria todavía —considerando la cosa desde una óptica ecológica y desde el punto de vista del problema de las materias primas— la detención de su crecimiento como en Occidente, el cual, por lo demás, con su consumismo suicida contribuye también a azuzar la codicia económica de las masas en los países socialistas, sometiendo a presión con ello a sus respectivos Gobiernos. Tampoco hay que excluir el que el comunismo sin crecimiento, homeostático, acabe triunfando de entrada en Occidente, si nos atenemos a la crisis coyuntural, estructural y de medio ambiente por la que atraviesa. Pero podría no salir victorioso en parte alguna, en cuyo caso Oriente, Occidente y, por añadidura, el Tercer Mundo, se verían abocados a una rivalidad económica desenfundada entre ellos que les llevaría a la autoliquidación.

*Antes ha indicado usted que España le parece el país más*

*apropiado para servir de avanzada en Occidente de ese «comunismo sin crecimiento, homeostático». ¿Podría fundamentar eso con más detalle.?*

Lo fundamentaré con unas citas de una revista alemana-occidental que está muy por encima de toda sospecha de simpatías procomunistas. En el *Spiegel* del 13 de julio de 1977 (págs. 112 y ss.) puede usted leer lo siguiente: que en España hay cientos de miles —casi un millón— de viviendas vacías porque resultan demasiado caras para el ciudadano medio; que en las nuevas fábricas surgidas de la noche a la mañana faltan las mas elementales medidas de seguridad, razón por la cual España detenta el récord europeo de accidentes laborales; que los precios suben mucho más rápidamente que los salarios, de modo que el hiato entre pobres y ricos no ha decrecido como consecuencia del despegue industrial, sino que ha crecido; que los ingresos no bastan sin ocupaciones paralelas u horas extraordinarias, con lo que prevalecen jornadas laborales de 14 y hasta 16 horas; que en la periferia de las grandes ciudades se concentran gigantescos barrios bajos formados en parte de barracas y chozas de uralita, en parte de altos bloques de pisos, semejantes a casernas y de repugnante aspecto, etc., etc.

*¿Está usted seguro de que no se trata de exageraciones alevosas?*

Absolutamente seguro. El *Spiegel* menciona estos hechos sólo de pasada en un artículo titulado «El milagro español» en el que se glorifica y se saluda entusiásticamente a la «revolución sin violencia» que ha acontecido en España después de la muerte de Franco. El *Spiegel* está más bien inclinado a embellecer las circunstancias que describe. Pero ¿qué significan esas precariedades? Respuesta: la precipitada industrialización que Franco inició en 1959 no ha conseguido superar las contradicciones sociales entonces vigentes, ni tan siquiera atemperarlas, sino que las ha radicalizado tan enormemente que podemos hablar de la paradoja de un *capitalismo temprano tardíamente nacido*. ¡Tenga usted presente tan

sólo lo que significan en un país europeo de las postrimerías del siglo XX jornadas laborales de catorce y hasta de dieciséis horas;

*¿Infiere de ello que estamos en vísperas de una Revolución social en España?*

En vísperas de una Revolución completamente de nuevo tipo. Pues ese temprano capitalismo español actual ha nacido, como queda dicho, tarde, demasiado tarde: ha nacido en una época en la que el crecimiento económico está por lo general empezando a tropezar con sus últimas e insuperables barreras naturales, de modo que sus contradicciones sociales no pueden estallar ya por el camino de una ulterior expansión económica. Prueba de ello son las sombrías consecuencias ecológicas que esa industrialización ha producido asimismo en España: Madrid alcanza —de nuevo según el *Spiegel*— el más elevado grado de contaminación atmosférica de todas las ciudades europeas del Este y del Oeste. La naturaleza ha sido devastada en España como en ningún otro país del mundo, ya con las nuevas industrias del norte, ya con los «paraísos» para vacaciones levantados de golpe en las costas mediterráneas que, por lo demás, con su progresista paisaje hormigonado, muy pronto dejarán de atraer a extranjeros portadores de divisas. Y ese destino le aguarda precisamente a un pueblo cuya en otro tiempo exuberante vegetación patria fue devastada ya por el pillaje de los moros y convertida poco más o menos en secas estepas sin esperanza. De esta combinación de precariedades *sociales y ecológicas* infiero que España va al encuentro de una *Revolución social y ecológica combinada* como no se conoce todavía en la historia universal. Y si los comunistas españoles consiguen unir bajo su dirección el movimiento social de tendencia igualitaria con el movimiento ecológico (que no debería contentarse ya con luchar por los hijos y los hijos de los hijos, sino por la actual generación adulta, por el mantenimiento —o sea, por el restablecimiento— de las más elementales condiciones de vida— el aire que respiramos, el agua que bebemos, etc.—), entonces esa Revolu-

ción se hará irresistible y en el más corto plazo y por el camino menos doloroso conseguirá el primer modelo real de comunismo sin crecimiento, homeostático, que requiere el conjunto de la civilización industrializada en cuya época se hallan Norteamérica, Europa Occidental y Japón, pero también la Unión Soviética, la R.D.A. y el resto de los países socialistas industrializados.

*No consigo ver la configuración de tal evolución. Más bien creo que España habrá de resolver sus problemas con la entrada en la C.E.E.*

Eso intenta precisamente la burguesía española. Las mismas capas privilegiadas que hasta hace todavía poco tiempo necesitaban del fascismo de Franco, han tirado, justamente con este objetivo, por el camino de la democratización política que esperan resulte presentable para el sistema pluralista-democrático de la C.E.E. Pero eso no solucionará a la larga ni los problemas de España ni los de la C.E.E. En casi todos los países europeos occidentales pertenecientes a la C.E.E. se agudizan ya las mismas contradicciones sociales y ecológicas que agobian a España. Piense usted en la inflación, en el paro obrero creciente, en la falta de perspectivas para la juventud, en la destructora colonización del paisaje, en la muerte biológica de las aguas continentales, en la infestación de la atmósfera, en el empeoramiento del clima, etc. La *Revolución social y ecológica combinada* está madurando en toda Europa Occidental sobre la base de idénticas precariedades principales que las que se dan en España, país en el que, a causa del síndrome anacrónico-paradójico de un capitalismo temprano tardíamente nacido, se pondrán al orden del día de un modo todavía más craso y en un *tempo* aún más rápido. Por eso los estadistas de los países de la C.E.E. y los euroburócratas de Bruselas adoptan una posición tan tarda y unas inclinaciones tan mezcladas. Verían con gusto el crecimiento de la extensión geográfica y del poderío de la C.E.E. que supondría la incorporación de la península ibérica. Les vendría bien controlar con mecanismos de dominio político el comercio exterior y los movimientos

de capital españoles para poder subordinarlos a los intereses de los monopolios capitalistas de los países más avanzados de la C.E.E. Pero, enfermos como están, les arreda la perspectiva de acostarse en la misma cama con un nuevo paciente agregado cuyas propias dolencias —producidas por infección fuera de la C.E.E.— se encuentran en una fase de mayor gravedad.

*¿Y no encontrarían alivio las dolencias españolas en una cama compartida con la C.E.E.?*

Quizá en algún que otro ámbito particular pero de un modo muy pasajero y con un alcance muy reducido. En los demás ámbitos, en los ámbitos vitales, el estado del paciente no haría sino empeorar. Quiero recordarle —por mencionar un ejemplo entre muchos otros— la política agraria de la C.E.E. Conduciría a la disminución de la calidad de los medios de vida producidos por la agricultura española. El campesino español no podría producir ya tomates, vino, naranjas, jerez, según las propias normas de calidad, sino sólo según medidas establecidas por la euroburocracia de Bruselas en la que prevalecen las agriculturas competitivas con España.

*¿Es, pues, usted de la opinión de que la entrada en la C.E.E. a la que aspira el Gobierno Suárez contradice los intereses de España?*

Puedo contestarle lo que conviene a los intereses económicos de España con las palabras que el socialista griego Andreas Papandreou pronunció recientemente en el encuentro socialista de Malta: «Harían bien los Estados del sur de Europa en no entrar en la C.E.E. y, en caso de que sean ya miembros de la misma, en preparar su salida. La C.E.E. es el Mercado Común del capital monopolista, y ser miembro de la misma significa a la larga ser dependiente de él». Al margen ya de Papandreou, le invito a prestar atención al más eminente conocedor y analista de la C.E.E.: el liberal-radical noruego Johan Galtung, director del «Instituto internacional para la investigación de la paz» en Oslo. En el

libro *A Superpower in the making* ha mostrado convincentemente lo que propiamente es la C.E.E.: un amotinamiento de viejas potencias coloniales —monárquicas en su mayoría, por añadidura— que pretenden invertir el sentido de la rueda de la historia en la medida en que, luego de que sus antiguas zonas coloniales destronaran su predominio político de antaño, explotan aún más radicalmente a éstas de un modo neocolonialista y por medio de tratados de asociación y similares, y en la medida en que proyectan sobre ellas un nuevo constreñimiento en la forma de una dependencia tan indirecta como inextricable. Según refiere Galtung, la C.E.E. evoluciona en el sentido de una superpotencia análoga a los EE.UU. con tendencia a rebasarlos. Se comporta de un modo crecientemente hostil en relación a los Estados del Tercer Mundo y es incapaz al mismo tiempo de resolver sus problemas sociales en el plano interno, así como de transformar su política económica del crecimiento cuantitativo, destructor del medio ambiente, desperdiciadora de materias primas, en una política de mejora cualitativa de la vida. Por eso esta nueva superpotencia, que nada ha tenido en el pasado que aprender de los grandes imperios históricos, carecerá de consistencia y estabilidad. Literalmente: «La C.E.E., en la medida en que desempeña su papel en el mundo, no es el comienzo de una nueva era, sino el final de una vieja. [...] También el imperio mundial de la C.E.E. será con toda probabilidad efímero, aún más efímero que el imperio de los E.E.U.U.». Lo que de todos modos Galtung no menciona, y que me gustaría añadir a mí, es la circunstancia del peligro mundial que planea por encima de los países de la C.E.E. y de sus pueblos por culpa de las ambiciones de política exterior del Estado miembro de la C.E.E. de mayor riqueza social, económicamente más fuerte y geográficamente más expuesto, es decir, de la República Federal Alemana. Y ese peligro no es otro que el de la confrontación armada con el llamado bloque oriental, con el Pacto de Varsovia, hecho a partir del cual entraríamos en la tercera guerra mundial.

*Creo que está viendo usted aquí fantasmas. Ese peligro está bien conjurado desde que la R.F.A., conducida políticamente*

*por la coalición social-liberal, ha reconocido en celebrados tratados la inviolabilidad de las fronteras formadas en Europa después de la Segunda Guerra Mundial y desde que, sobre la base de esos tratados, se han establecido relaciones diplomáticas normales entre la R.F.A., por un lado, y la R.D.A., Checoslovaquia y Polonia, por el otro.*

Esos tratados estaban desvalorizados desde el principio —y siguen estándolo— por una serie de reservas a las que ha sabido agarrarse la diplomacia de la R.F.A. Por ejemplo: contienen un paso según el cual los anteriores tratados entre la R.F.A. y sus compañeros de la O.T.A.N., señaladamente el Tratado de París de 1954, no pierden vigencia en ninguno de sus puntos. Eso significa nada menos que los EE.UU., Gran Bretaña y Francia siguen obligados, en relación a su compañero de alianza, a actuar en favor del restablecimiento del antiguo imperio alemán con las fronteras de 1937 y con un orden interno capitalista análogo al de la R.F.A. La R.F.A. ha reclamado terminantemente los derechos resultantes de ello —después de haber firmado los nuevos acuerdos con sus vecinos del Este— en un añadido expresivamente llamado «Cartas para la unidad alemana». Ni de lejos piensa hoy la R.F.A. en reconocer las fronteras de la R.D.A. como fronteras estatales en el sentido del derecho de los pueblos ni en admitir siquiera que la R.D.A. tiene un pueblo propio con unos ciudadanos propios estatalmente constituidos.

*¿Insinúa usted que la nueva política oriental y alemana inducida por la coalición social-liberal de Bonn a principios de los años sesenta ha sido un mero fraude?*

No me refería a un fraude *consciente*. Pero me parece ineludible la distinción entre *intenciones subjetivas* y *resultados objetivos*. Los socialdemócratas alemanes han intentado asegurar la paz en Europa y dar facilidades al sostenimiento de relaciones humanas entre los alemanes en su dividido país. La parte de la burguesía que está detrás de los liberales se ha dejado llevar por la ambición de ampliar con la nueva política oriental el margen de maniobra de la política exterior

de la R.F.A. Uno y otro objetivo podían ser alcanzados sólo sobre la base del reconocimiento —hasta cierto punto— de las realidades existentes en Europa. Hasta aquí las intenciones *subjetivas*. *Objetivamente*, la coalición social-liberal ha despertado con ello la falsa impresión de que el imperialismo alemán ha dejado de ser agresivo, cosa necesaria para adormecer la resistencia de los pueblos europeos a la asociación política de sus Estados con la C.E.E., en la que, naturalmente, el miembro más fuerte en lo que hace a volumen de población, capacidad económica y potencia militar, es decir, la R.F.A., desempeñará el papel dirigente. Ahora, esa fase de integración de la C.E.E. está culminado. Ahora, las elecciones directas al Parlamento europeo son ya inminentes y habrán de posibilitar la anulación por mayoría y el aislamiento de las poderosas fuerzas de izquierda italianas y francesas. Ahora Gran Bretaña y Francia deberán apresurarse a integrar sus fuerzas atómicas militares en un ejército conjunto de la nueva superpotencia, y el generalato germano-occidental les usurpará el derecho a participar en las decisiones sobre el uso de tan terribles armas. ¿Acaso es casual que los alemanes occidentales se acuerden de nuevo, precisamente en esta situación, de las «cualidades positivas» de Hitler? ¿Y qué ocurrirá si los social-liberales pierden en Bonn su magra mayoría parlamentaria? Pues que la C.D.U.-C.S.U. llegará de nuevo al poder y revitalizará sus viejos pero nunca abandonados irredentismo y revanchismo en contra de la R.D.A. y de los países socialistas de la Europa del Este, y las puertas traseras jurídico-formales abiertas por los social-liberales en los tratados con el Este servirán de pretexto para ello. Recuerde usted que a pesar de mantenerse España neutral en la Segunda Guerra Mundial, Franco creó una «división azul», bajo el mando del General Muñoz Grandes, que puso a la disposición de Hitler para su demente y criminal expedición militar contra la Unión Soviética. Como miembro de la C.E.E. España se arriesga a ser terminantemente reclamada por la R.F.A. para su guerra de reconquista de la zona alemana oriental. El ejército español se vería en tal caso convertido en varias «divisiones azules». Sólo que esta vez no escaparía España, como en 1945, con un

«ojo azul», sino que se vería obligada a compartir por completo el destino de la C.E.E., incluida la eventualidad de la extinción por explosión atómica.

*¿Excluye usted, pues, el que la C.E.E. pueda emprender globalmente el camino del socialismo conjurando con ello los peligros que según su concepción se ciernen sobre el mundo?*

No lo excluyo en absoluto. Pero el requisito más importante de ello lo constituiría el que los partidos de izquierda, y a su cabeza los comunistas, lucharan contra la entrada de sus países en la C.E.E. —o por la salida de los mismos— poniendo inequívocamente en evidencia aquellos peligros y, sobre todo, el que se esforzaran por impedir la constitución de la Comunidad en una unidad política. Pues sólo así —en la medida en que esos peligros pasaran de ser posibilidades amenazantes a más tangible realidad— aparecerá la izquierda antes las masas populares como la única fuerza que, habiendo prevenido contra tales peligros, se hace acreedora de confianza, como la única a la que se le puede presumir la suficiente decisión y energía como para imprimir todavía al curso fatal de las cosas un rumbo positivo.

*¿Juzgaría usted, pues, como errada una política que optara por y apoyara la asociación y la ampliación de la C.E.E. así como la formación de sus instituciones políticas con el objetivo de dar a esa superpotencia —luego de tomar cuerpo— un contenido socialista?*

Completamente errada para la clase obrera, pero muy acertada, en cambio, para el gran capital, que no puede tener un interés mayor que el de que los obreros se le sometan con la cabeza llena de ilusiones socialistas.

*Sin embargo, la perseveración en su aislamiento es el peor consejo que podría seguir España.*

España tiene varias alternativas a su integración en la

O.T.A.N. y en la C.E.E. Si emprende el camino socialista-comunista encontrará el apoyo y el sostén de la Unión Soviética y de las Repúblicas Populares del Este europeo y de Cuba. Pero también podría, además, agregarse como Yugoslavia a la Comunidad de Estados no alineados. Otra alternativa imaginable sería la que he elaborado Papandreou para todos los países del sur de Europa, del norte de Africa y del Oriente próximo: esos países deberían plantear conjuntamente sus relaciones con la C.E.E. bajo unas condiciones que garantizaran la preservación de su autonomía económica. Y esas condiciones no son otras que las siguientes: planificación económica nacional; control soberano de su comercio exterior; común unión de las fuerzas para resistir al sistema de precios internacional que les expolia de su riqueza (y eso implica la lucha contra instituciones como el Banco Mundial y el *International Monetary Fund*); coordinación de los planes de inversión y de la política comercial de todos los países mediterráneos para el bien de toda la región y con el objetivo de un mercado común mediterráneo o, mejor aún, de una comunidad económica mediterránea; creación de un gran centro comunitario para el desarrollo de tecnologías que fueran de utilidad y adecuadas para los específicos intereses de los países de la zona mediterránea y que, por medio de una informada asignación, detuviera las infiltraciones de capital occidental en sus economías nacionales.

*Pero Papandreou ha añadido también en Malta que la premisa necesaria para la realización de esas condiciones sería una transformación socialista de la sociedad.*

No veo en ello inconveniente alguno. A diferencia de Papandreou yo abogo evidentemente por subordinar el entero complejo de sus propuestas a los puntos de vista de la defensa de la naturaleza, esto es, a la ecología y al comercio más ahorrativo y moderado posible en los recursos en materias primas de la zona mediterránea. No bastaría el socialismo para acometer esa subordinación. Se haría más bien necesario un comunismo sin crecimiento, homeostático.

*A la luz de esas reflexiones ¿qué juicio le merece el último libro del camarada Santiago Carrillo «Eurocomunismo» y Estado?*

Yo soy un ciudadano independiente, sin partido, de la R.D.A., país aliado de la Unión Soviética que mantiene relaciones diplomáticas con España. Como tal, considero que sería poco delicado por mi parte el manifestarme sobre un libro del secretario general del Partido Comunista de España que ha merecido duras críticas de parte de la Unión Soviética y en el que ésta no resulta menos duramente criticada.

*Pero el camarada Carrillo ha escrito evidentemente su libro como individuo privado y no en calidad de dirigente de partido. Quería propiciar una discusión, según confiesa, en la que él podría estar equivocado, razón por la cual solicita del lector tomas de posición críticas. Resulta por otra parte demasiado exagerado decir que el libro ha sido «criticado por la Unión Soviética». Hasta el momento, sólo la redacción de una revista soviética Novoye Vremya (Tiempos Nuevos), ha incidido críticamente en determinados puntos del libro. De ello no puede, pues, concluirse que los PP.CC. soviético y español se hayan inmiscuido mutuamente en sus asuntos internos. Y siendo usted por añadidura un ciudadano sin partido, su juicio sobre el libro no afectará a los intereses de ninguno de los dos partidos, ni a los de la S.E.D., ni mucho menos a los de la R.D.A.*

Está bien, no quiero andarme con rodeos en ninguna de sus preguntas. Ya he fundamentado antes por qué considero insensatos los distanciamientos respecto de la Unión Soviética. Señalado esto, conviene decir lo siguiente: la crítica de Carrillo a la U.R.S.S. pasa completamente por alto las más urgentes tareas de su propio partido y los presentes problemas de la clase obrera española. Por otra parte, también desearía, como es natural, que los comunistas soviéticos comprendieran que estarían en condiciones de responder a esas críticas con menor irritación y mayor serenidad y más segura salvaguardia de su destino y de su crédito si no callaran pudorosamente determinadas circunstancias —por lo

demás, sobradamente conocidas— y se decidieran a aplicar la metodología marxista al análisis crítico de su propia historia de partido.

*¿Acaso el camarada Carrillo no contribuye substancialmente a hacerle plausible al partido soviético la necesidad de una reflexión de este tipo?*

Al contrario: lo hace todo más difícil de lo que es porque Carrillo se revela en los planos teórico e histórico como un ignorante fabulador que cae, por añadidura, en grotescas contradicciones.

*Haga el favor de probar sus afirmaciones. De lo contrario, eso sería un denuesto.*

Podría llenar todo un cuaderno con ejemplos que apoyarían mis afirmaciones. He aquí uno que desafía al conocimiento histórico humano: Carrillo afirma (pág. 163): «En el año 1945 los comunistas están participando con ministros en todos los gobiernos de Europa Occidental, salvo los de Gran Bretaña y la R.F.A.». También Portugal y España pertenecen a Europa Occidental. Yo pregunto: ¿Había en los gobiernos de Salazar y de Franco en 1945 ministros comunistas? ¿Existía, además, en 1945 la R.F.A.? ¿Acaso no fue fundada la R.F.A. en 1949, luego de que toda Alemania hubiera sido puesta bajo control del Consejo aliado de Berlín? ¿Y no estaban después de 1945 las tres zonas delimitadas de Alemania cuyo territorio sumado coincide con el de la actual R.F.A. articuladas en países de cuyos Gobiernos —exactamente igual que en Francia y en Italia— también formaron parte hasta 1947 ministros comunistas? Figúrese: tal comprometedor deslíz se le escapa a un hombre que desde su más temprana juventud (secretario general de las juventudes socialistas de España a los 18 años) ha seguido y ha participado plenamente en los acontecimientos internacionales de la época, a un autor que vivió el final de la Segunda Guerra Mundial con veintinueve años y que en la época de la fundación de la R.F.A. contaba 33 años.

*Pero el reproche de ignorancia en el plano teórico que usted dirige al camarada Carrillo me parece injustificado por el hecho de que él mismo confiesa ser meramente un político que no entiende gran cosa de teoría.*

Debería en tal caso callarse y no, por ejemplo, acotar desdudadamente *El Estado y la Revolución* de Lenin con incompetentes comentarios que manifiestan una general incompreensión de ese escrito clásico del marxismo. En las páginas 112-115 Carrillo se aventura a afirmar que la prognosis leniniana de la extinción de la democracia ha «conducido a los discípulos de Lenin —incluidos durante un tiempo nosotros mismos— a subestimar el valor de la democracia y a pasar por alto ejemplos visibles de su vulneración, y esto sin referirme ya a las aberraciones monstruosas del estalinismo». Efectivamente, Lenin predice en *El Estado y la Revolución* que el Estado, en *cualquiera* de sus formas —*también* en la de la democracia, en la que la mayoría ha subordinado siempre a la minoría— se extinguirá dando paso a una situación social libre de *cualquier* subordinación siendo, por tanto, sustituido por una situación de absoluta inesencialidad del dominio como la que los anarquistas querrían conseguir de inmediato.

*Según creo saber, también usted en su escrito Comunismo sin crecimiento se pronuncia por el abandono de la doctrina de la «extinción del Estado» a la que caracteriza como una inactual supervivencia de ideas anarquistas.*

Lleva usted razón. Pero esta es una cuestión completamente distinta. Yo he llegado a la convicción de que en el mundo finito, limitado, en el que vivimos no es ya posible el comunismo de la abundancia por motivos ecológicos, y ese comunismo constituía precisamente, según la concepción marxista clásica, la condición necesaria para que el Estado se extinguiera. Sin embargo, Lenin creyó todavía en la realizabilidad de un comunismo de la abundancia de ese tipo y por eso consideró posible una medida de libertad individual para la que ni siquiera la democracia, con la subordinación en ella imperante de la minoría a la mayoría, ofrecía espacio al-

guno. ¿Y cómo argumenta Carrillo? Pues echa la cuenta de la teoría de Lenin según la cual la democracia no puede resultar nada último, definitivo, a causa de las limitaciones a que somete a las libertades individuales, para cargarla en el haber de la ulterior y mucho más aguda limitación —por no decir liquidación— de las libertades democráticas en el estalinismo. Con esta lógica, Carrillo podría llegar a suponer que un hombre cuya mujer no es ya lo suficientemente hermosa y joven desea otra que sea aún más desagradable y vieja. ¡Qué estúpido y diletante malentendido! Por no atender al hecho de que habría que esperar de un dirigente comunista *español* el que, dadas las especiales tradiciones del movimiento obrero del país, tuviera noticia de la problemática anarquista en lo que hace a la controversia respecto de la extinción del Estado, incluida su forma democrática. ¡Nada de ello se encuentra en Santiago Carrillo! O tome usted el paso en el que se presume que Marx y Engels habrían visto en el proletariado a la *única* clase revolucionaria, para añadir luego que eso no es así en nuestros días y que existen otras clases revolucionarias (pág. 57). No ha oído nunca por lo visto el hombre que Engels había manifestado su esperanza de que estallara una revolución proletaria a partir de una nueva sublevación campesina; que Marx y Engels hablaron en el *Manifiesto Comunista* de los ideólogos burgueses que en tiempos de crisis se pasan al proletariado (porque «han llegado a la comprensión teórica del movimiento histórico global»); que fue Lasalle quien contrapuso el proletariado a todo el resto del pueblo considerado como «una masa reaccionaria», mientras que los marxistas han rechazado desde siempre esta concepción. Y luego todas esas contradicciones en las que cae Carrillo. Se remite, por un lado, a Emile Vandervelde quien, como presidente de la Segunda Internacional, consintió en que muchas de las conquistas sociales y políticas de la clase obrera del Occidente fueran deudoras del impacto que la victoria de la Revolución rusa había producido en la burguesía de sus respectivos países: partiendo de ello, por otro lado, deriva en la misma página (pág. 172) la conclusión de que resulta inaceptable el considerar la relación con la Unión Soviética como la piedra de toque del in-

ternacionalismo proletario. Luego, se lamenta (pág. 218) de que los camaradas checoslovacos no le permitieran a Dubcek en 1968 «proseguir su experiencia», después de descubrir un poco antes (pág. 212) precisamente el fundamento decisivo por el que la RSCH hubiera evolucionado por el camino de la llamada «Primavera de Praga» hacia la restauración del capitalismo en el plano interno, acabando, en lo que hace a política exterior, por debilitar peligrosamente al Pacto de Varsovia y, por ende, vinculándose a las potencias occidentales. Si, excepcionalmente, esto *no* fuera una contradicción la cosa resultaría más grave, pues significaría que Carrillo habría estimado esa evolución como esencialmente correcta y digna de ser celebrada.

*Cuanto más nos adentramos en el tema menos puedo evitar la sensación de que usted utiliza demagógicamente las faltas de formación y las insuficiencias de un funcionario de origen obrero o, si lo prefiere, las incongruencias lógicas de su pensamiento, para desacreditar su concepción política. Las faltas aisladas de su escrito vituperadas por usted apenas tienen que ver con la substancia de esa concepción.*

Tienen que ver muy centralmente con ella. Difícilmente podría Carrillo llevar a cabo sin la falta de lógica que le es propia la obra de arte de presentarse como el más consecuente crítico del estalinismo planteando su actual concepción como expresión de una postura democrático-socialista desde siempre mantenida por el P.C. de España, cuando en realidad no hace sino seguir el curso derechista con el que Stalin, precisamente, tuteló en los años treinta la política de Frente Popular.

*¿Cómo hay que entender eso?*

Muy sencillo. Uno de los errores más cargados de consecuencias de Stalin radicó, como es harto sabido, en el trasplante esquemático a la política de la Internacional Comunista (Komintern) de la lucha —por entonces completamente necesaria— que, en el plano interno de la U.S. se

desarrollaba contra los derechistas agrupados en torno a Bujarín a finales de los años veinte. Ese error fue corregido en el VII Congreso mundial de la Komintern, aunque demasiado tarde para la fatalidad de Alemania, país en el que las conclusiones del VI Congreso mundial habían profundizado innecesariamente el hiato existente entre comunistas y socialdemócratas de modo que no se consiguió formar un Frente Popular capaz de oponerse al fascismo ascendente, con lo que se facilitó la toma del poder por parte de Hitler con todas sus atroces consecuencias. El VII Congreso mundial creó unos presupuestos decididamente más adecuados para la lucha contra el fascismo, pero al precio de un nuevo error igualmente cargado de secuelas: el Frente Popular que se preconizaba a partir de ese momento con todas las fuerzas democráticas y antifascistas se contentaba, allí donde tenía éxito —y este fue el caso, sobre todo, de Francia—, con la defensa de la democracia burguesa, pluralista, del Occidente y no permitía evolucionar en el sentido de una transformación proletaria-socialista. ¿Por qué no? Porque Stalin esperaba de este modo convertir a las clases dominantes de Inglaterra y Francia en aliados contra Hitler, construyendo con su ayuda un sistema de seguridad colectiva en Europa capaz de frenar la agresión proyectada por la Alemania hitleriana y, si llegara el caso, capaz de rodearla militarmente. Que eso no fue sino un colosal error de estimación de las correlaciones de fuerzas de clase operantes por entonces en Europa se vio más tarde, en 1938, cuando Inglaterra, Francia y la Italia fascista de Mussolini cedieron de común acuerdo y sin resistencia en Munich a Checoslovaquia, rompiendo así el pacto a que se había llegado con la Unión Soviética. (Por lo demás, Hitler hubiera sido en aquellos momentos derrocado de inmediato por su propio generalato, en caso de estallar una guerra.) Sólo sobre la base de esos errores de cálculo estalinianos resultan comprensibles tanto la curiosamente democrática Constitución estalinista de la U.R.S.S. en 1936 como los procesos preventivos de Moscú coetáneos de la misma, procesos con los que Stalin intentó circunspectamente desembarazarse de toda oposición potencial que hubiera podido atacar su política de contención y

sofocación artificiales de las fuerzas revolucionarias del proletariado europeo-occidental (política emprendida luego de haber contribuido ya en 1927 a la derrota de los trabajadores ingleses y de la Revolución China). Resultan obvios, por otro lado, la intensidad con que los procesos de Moscú desorientaron al Frente Popular europeo-occidental y el grado de desasistimiento en el que debieron de sumirle.

*Me parece que se aparta usted totalmente de nuestro tema. ¿Qué tiene que ver todo eso con el actual concepto de eurocomunismo de Carrillo? Basta con explicar que los órganos centrales de dirección del movimiento comunista mundial —como la Komintern o, luego, la Kominform— no se han preservado y que cada partido comunista y obrero debe de estar en el ilimitado derecho de elaborar sus estrategia y su táctica de manera completamente autónoma e independiente de acuerdo con las necesidades de la clase obrera de su país.*

Pero eso no lo niega ya nadie: en este punto están todos unánimemente de acuerdo, incluidos el P.C.U.S. y la S.E.D. Pero yo me refiero ahora a otro punto que por fuerza ha de tenerse en cuenta si lo que se pretende es enjuiciar objetivamente el libro de Carrillo «Eurocomunismo» y Estado. Carrillo discute también —marginalmente— con la historia del P.C. de España. Y, en el marco que establece, dirige una crítica avanzada, correcta y feliz, a un aspecto determinado de los errores de la política de Frente Popular de los años treinta, a saber: su condena (pág. 145-146) de las diferencias de opinión entre los comunistas franceses —bajo Thorez— y la Komintern —tutelada por Stalin—, y su opinión según la cual el P.C.F. hubiera debido participar, como quería Thorez, en el Gobierno de Frente Popular en París. Pero luego Carrillo hace un giro repentino de 180° —cosa que le permite su falta de lógica— e interpreta la análoga experiencia frente populista española (pág. 141 y ss. y especialmente 152 y ss.), igualmente ordenada por Stalin como una moderación democrático-burguesa del Frente Popular, como una prueba histórica —supuestamente laudable— de

que el P.C. de España ha sido ya un celoso guardián de la democracia pluralista y de que tiene la intención de seguirlo siendo en el futuro. De un modo totalmente desenvuelto y sin decir ya una palabra crítica al respecto cita a este propósito Carrillo la carta de Stalin, Molotov y Voroschilov del 21 de diciembre de 1936 a Largo Caballero para añadir la afirmación de que él mismo y muchos de sus camaradas tuvieron con ello la posibilidad de tomarse la vía aquí indicada plenamente en serio, una vía «que luego vino a corroborar más o menos acabadamente el XX Congreso del P.C.U.S., y que corresponde a nuestra concepción de marcha al socialismo con democracia». Y al final del correspondiente capítulo llega a la conclusión de que «nuestra política en el período de Frente Popular encerraba ya en embrión la concepción de una marcha al socialismo con democracia, con pluripartidismo, parlamento, libertad para la oposición. [...] Por consiguiente, no sólo en un análisis marxista de la realidad concreta de hoy, sino en los rasgos de lo que fue una experiencia propia, vivida no sin contradicciones, extraemos nosotros actualmente las razones del socialismo democrático que propugnamos para nuestros país».

*Si le entiendo bien usted pretende denunciar ese socialismo democrático como algo precisamente estalinista.*

La noción de “estalinismo” es tan nebulosa, equívoca y está tan cargada de emociones que apenas la uso y, aún y así, de mala gana. Lo que quiero decir es que hay una tradición soviética de desinterés por las transformaciones radicales en Europa Occidental, una tradición que irrumpe con la moderación imprimida a la política de Frente Popular de los años treinta, que sigue en 1947 con la dimisión sin resistencia de los ministros comunistas franceses e italianos de los Gobiernos de postguerra y, según mi convicción, que ha determinado también el encasquillamiento de la dirección del P.C.F. y de la C.G.T. durante los sucesos de París en mayo-junio de 1968. Me pregunto qué uso quiere conferirle cada dirección de los P.P.C.C. a su plena independencia tan insistentemente proclamada por ellos en la conferencia cumbre de

Berlín de los partidos comunistas y obreros en 1976. En el caso de Carrillo la respuesta sólo puede ser la siguiente: Carrillo hace de esa independencia —reclamada sintomáticamente sobre la base de la moderación oportunista-derecha-estalinista de la política de Frente Popular de los años treinta— un uso procapitalista.

*Pero esta vez en contra de las intenciones de la Unión Soviética. ¿Por qué si no se habría atacado desde Novoye Vremya al libro de Carrillo?*

Se equivoca usted. Lea con cuidado y entre líneas el artículo. La redacción de *Novoye Vremya* protesta, como es natural, contra el asalto realizado por Carrillo al orden interno y a la política de la Unión Soviética. Registra con disgusto, como es natural, tales empresas de Santiago Carrillo, empresas que afectan directamente a los intereses de política exterior y militares de la U.R.S.S., así como su pronunciamiento —altamente sospechoso, por cierto— en favor de la entrada de España en la O.T.A.N. Por lo demás, en el artículo se dice lo siguiente: «Los problemas tratados en el libro podrían subdividirse, hablando en términos generales, en dos grupos. Al primer grupo pertenecerían las cuestiones de estrategia y de táctica con las que se enfrenta la lucha de los comunistas europeo-occidentales. Encontramos aquí, en efecto, problemas interesantes y serios, cuyo estudio constituye una obligación inmediata de los comunistas. En la medida en que esos problemas son complicados y multilaterales, y tienen que ver tanto con la teoría como con la práctica, reviste un gran valor el que también los representantes de los diversos partidos comunistas intercambien opiniones respecto de ellos. Pero en esta ocasión prescindiremos de esos problemas, que constituyen por sí mismos un tema aparte».

*¿Quiere usted decir con ello que la Unión Soviética practica ahora también, como en las anteriores ocasiones por usted evocadas (1937, 1947, 1968), una política de atemperamiento y sofocación de las aspiraciones revolucionarias de Europa*

*Occidental y que el caramada Carrillo no es sino un ejecutor de esa política soviética?*

No afirmo eso. No querría llegar tan lejos. En lo que concierne a la Unión Soviética como Estado, ésta trata a España como a una potencia soberana sin mezclarse en sus asuntos internos. Y el P.C.U.S. se atiene a los acuerdos de la Conferencia de Berlín de los partidos comunistas y obreros de junio de 1976 y, en consecuencia, no adopta posición alguna respecto de la concepción táctico-estratégica que Carrillo recomienda al P.C. de España para su lucha por la realización del socialismo en su propio país. Pero el que Carrillo piense en aprovecharse de la autonomía y la independencia del P.C. de España para inducirlo a un curso oportunista-derechista y procapitalista orientado según sus proyectos le trae sin cuidado al P.C.U.S. Quizá no le entusiasme la idea, pero tampoco tiene mucho en contra.

*¿Y cómo concibe usted esa indiferencia?*

Por un derrotismo que sólo puedo explicarme atendiendo al siguiente factor: el P.C.U.S. no cree ya en la atractividad de su propio modelo de socialismo, pues está aún inmerso en una concepción fetichista del crecimiento que le hace pasar por alto y no comprender la superioridad de su modelo en lo que hace a la realización de una política económica y social primariamente orientada de acuerdo con la ecología (política que también en la Unión Soviética habría de desembocar en un comunismo sin crecimiento, homeostático). Así, el P.C.U.S. se limita a rechazar los ataques eurocomunistas a su sistema y excluye de su crítica los problemas táctico-estratégicos de los comunistas europeo-occidentales que, como escribe *Novoye Vremya*, «constituyen por sí mismos un tema aparte».

*Y esos son precisamente los problemas que usted no excluiría.*

En primer lugar, vistas las preguntas que usted me hace, no

*puedo* excluirlos en absoluto. En segundo lugar, yo me considero libre de aquel derrotismo, puesto que mi creencia en la superioridad del modelo soviético de socialismo se ha hecho inquebrantable desde que he aprendido a no considerarlo ya desde el punto de vista de la —por la otra parte, obselta— competencia económica entre el Este y el Oeste, sino a juzgarlo, ante todo, según las posibilidades que ofrece su estructura para sobreponerse a la crisis ecológica, para el mantenimiento de la vida en nuestro planeta, para la salvación de la humanidad de la autolesión final. Por lo demás, tampoco necesito yo excluir aquellos problemas estratégico-tácticos, pues no hablo en nombre de partido alguno, ni europeo-oriental ni europeo-occidental. Usted mismo acaba de certificar mi posición de espectador marginal, lo que deja fuera de lugar el reproche de que intento «inmiscuirne».

*Claro que intenta usted inmiscuirse. Aunque eso puede dejar a los camaradas españoles tan indiferentes como la toma de postura de Novoye Vremya. Posiblemente también su posición respecto de la concepción estratégico-táctica del camarada Carrillo. ¿Qué opina de ella?*

Rechazo esa concepción, porque, vista la situación de maduración revolucionaria que se da en España, condicionada como estará por la conjugación de un capitalismo temprano tardíamente nacido y de la crisis ecológica, conduce a convertir a la clase obrera española en un apéndice de la burguesía liberal y a España entera en un apéndice explotado, perjudicado, de la nueva superpotencia llamada «Comunidad Europea». El método de Carrillo, que consiste en dar a esa concepción falsa y funesta una apariencia aceptable, me parece además soslayar con su retórica sobre cuestiones de democratización —una democratización en el sentido del pluralismo occidental, procapitalista— los más urgentes problemas económicos, sociales y ecológicos de España cuyo análisis objetivo, marxista, llevaría a reconocer en el comunismo la única salida posible.

*Me parecen reproches muy masivos éstos. ¿Con qué apoya-*

*turas cuenta su afirmación de que el camarada Carrillo piensa convertir a la clase obrera española en un apéndice de la burguesía liberal?*

Si se contempla (pág. 71 y ss.) cómo y con qué objetivos deben luchar según Carrillo los comunistas por la democratización del aparato de Estado, se encuentra uno exclusivamente con un catálogo de recomendaciones a la clase dominante, con consejos para que sean más flexibles con los explotados y los oprimidos de lo que los fascistas de Franco solían ser. Si hay que aducir pasos demostrativos de eso, he ahí algunos: Según él, los gobernantes deben habituarse a «ver manifestaciones reivindicativas y a recibir en sus despachos a las comisiones que éstas designen para discutir con ellos». Tienen que habituarse «a dialogar con el pueblo, a escucharle y a rectificar incluso sus decisiones». O uno más hermoso todavía: «¡Qué los patronos negocien con los obreros directamente; que dejen a un lado la arrogancia que les proporciona saber que pueden imponer sus dictados con el apoyo de la fuerza pública! Si en algún caso no pueden ceder a lo que se les pide (sic), que lo demuestren a los trabajadores a través de un sistema de negociación que permita a éstos conocer en todo momento, claramente, el estado de las finanzas de cada empresa». Dicho en otras palabras: la burguesía española ha de someterse a una escolarización de *management* que le permita comprender las exigencias de los obreros. Análogas preocupaciones manifiesta Carrillo en lo que hace al cuerpo español de oficiales (pág. 81 y ss.). Para la desazón de éstos («apenas estarían hoy en condiciones de movilizarse con rapidez») guarda Carrillo profunda compasión. Habría oficiales, según refiere, «alejados del estado de ánimo que se conoce en términos castrenses por la "interior satisfacción"». La frustración de esos pobres oficiales, su desasosiego, «sólo es mitigado por la idea de que España no está realmente amenazada». Uno no puede menos de pensar: ¡menuda desgracia!

*¡Acaso preferiría usted que los comunistas españoles abandonaran a sí mismos a los militares de su país renunciando*

*a tomar posición respecto de sus cambiantes problemas?*

De ningún modo. Pero habría tomas de posición mejores que la del ejército alemán-occidental con su «caudillaje interno» o la de los «ciudadanos en uniforme» creada en otro tiempo por el General von Baudissin. ¿Por qué no suelta Carrillo una palabra acerca del papel desempeñado por los oficiales progresistas en Egipto, en Perú, en Portugal, en Etiopía? ¿Por qué se calla respecto de los nuevos conceptos de defensa, útiles a la afirmación de la paz mundial, del General Spanocchi en Austria, del Mayor Brossollet en Francia y del más genial teórico militar desde Clausewitz, Horst Afheldt, en la R.F.A.? La respuesta puede usted encontrarla en el mismo Carrillo (pág. 82): «No se trata aquí de instrumentalizar al ejército en otra dirección política de la que ha seguido». También Franco ha establecido esa dirección seguida hasta ahora. Lo único que debe cambiar de ella, a lo que se ve, habrá de servir para una más efectiva articulación del ejército español con las fuerzas armadas de la O.T.A.N. Creo que con eso ya basta.

*Su evaluación me parece exageradamente negativa. Pero dejémoslo: el espacio para la reproducción de nuestro diálogo no es ilimitado. ¿Cómo puede usted llegar a la monstruosa imputación según la cual el camarada Carrillo quiere convertir a España en un «apéndice explotado, perjudicado» de la C.E.E.?*

La entrada de España en la C.E.E. ha sido multitud de veces avalada *expressis verbis* por él mismo.

*Ciertamente. Pero jamás como miembro perjudicado de la C.E.E.*

No hay que ser marxista para admitir que el perjuicio le resultaría a España del papel dominante de algunos miembros de la C.E.E. tales como la R.F.A., Gran Bretaña, Francia, Bélgica, etc. Recuerde las citas de Papandreou acerca de la C.E.E. que he traído antes a colación. Y por si esto no bastara podría, de todos mo-

dos, invocar las siguientes palabras de Santiago Carrillo, quien reclama (pág. 135) que la «inversión de capitales extranjeros y el funcionamiento de las multinacionales en nuestro país no sean obstaculizados. Por consiguiente, el capital extranjero aquí va a extraer una plusvalía, va a hacer beneficios».

*Usted sustrae aquí algo importante: precisamente en esos pasos Carrillo puede evocar el ejemplo de los países socialistas y, de hecho, así lo hace. Ahí están sus indicaciones sobre la política de comercio exterior de la U.R.S.S., de China, de Rumanía, Yugoslavia, Polonia... así como sobre los tratados por los que se intenta llegar a un acuerdo de mutua cooperación económica (Comecon o C.A.E.M.) con la C.E.E.*

No quiero «sustraerlo» en absoluto, y no podría ser yo partidario de un comunismo sin crecimiento, homeostático, si no afrontara críticamente estos hechos. Para decirlo abiertamente: en mi opinión, la cooperación de los países socialistas con las metrópolis del capital va demasiado lejos. Nuestro endeudamiento exterior con Occidente, nuestra exhuberancia de divisas, nuestra producción con licencia de mercancías de marca occidental, la mayor parte de las veces superfluas, inútiles y a menudo también nocivas para el medio ambiente, me resultan solemnemente odiosas. Pero los efectos negativos de esos fenómenos están todavía limitados en el caso de los países socialistas por el poder estatal de los trabajadores y los campesinos bajo dirección marxista-leninista y por el monopolio estatal del comercio exterior. ¿Quién defendería, en cambio, a España del perjuicio causado por la superpotencia capitalista de la C.E.E. y de la explotación de su población trabajadora por los consorcios multinacionales si los comunistas españoles hicieran suya la concepción política de Carrillo que prevee una democracia pluralista con libertades ilimitadas hasta para los más modestos reaccionarios y — luego de que una de sus tareas actuales pase por un compromiso con el ejército existente —, además, el respeto de la iniciativa privada y capitalista de empresa, así como de la economía de mercado?

*El camarada Carrillo habla expresamente de una «España democrática y socialista».*

Sí, pero la describe en los términos y con las características que acabo de contar. Y las *palabras* «democrática» y «socialista» son baratas de adquirir, como es bien sabido. ¿O acaso no se presenta Helmut Schmidt como «democrático» y «socialista»?

*Pasa usted por alto la circunstancia de que el camarada Carrillo fundamenta su concepción sobre la del estadio dado de las fuerzas productivas. Evidentemente, usted no ha dicho nada sobre ello. ¿O sí?*

Ya me he manifestado al respecto al comienzo de nuestra conversación. Más exactamente: usted mismo ha evocado e interpretado mis ideas acerca de ello, en la medida en que éstas aclaraban satisfactoriamente mi posición: *dado el estadio alcanzado por las fuerzas productivas*, creo que es posible y necesaria una realización sin transición del comunismo.

*En tal caso comparte una premisa del camarada Carrillo, pero niega el resultado e infiere uno opuesto. ¿Cómo es eso?*

Carrillo comparte con los estalinistas tan denostados por él la predilección apasionada y religiosa por las fuerzas productivas en sí, idolatra admiradamente la eficacia del capitalismo monopolista moderno, cuyos «aspectos positivos» preservaría con gusto en el socialismo, e ignora las advertencias de la ecología, de la que se desprende que precisamente esa eficiencia que lo ha estimulado todo hasta ahora nos llevará espectacularmente a la ruina. Lea usted si no cómo sabe enaltecer Carrillo «el desarrollo energético, con conquistas como la energía nuclear» (pág. 59); cómo con la ayuda de éstas y análogas «fuerzas productivas», desenmascaradas tiempo ha como fuerzas destructivas, quiere «acabar con el hambre y la miseria en todo el mundo y ayudar a los países subdesarrollados a superar rápidamente su atraso histórico» (pág. 59); cómo presta atención (pág. 65) a la posibilidad apuntada por el *Manifiesto Comunista del* «común hundimiento de las clases en pugna», pero sólo en el caso de la guerra atómica — ante cuya amenaza, nosotros, los revolucionarios, tendríamos que echar por la borda «las ideas del pasado

acerca de la Revolución»—, sin pensar en la autoliquidación latente ya en las «fuerzas productivas» plenamente desarrolladas, y en circunstancias pacíficas, a causa del agotamiento de los recursos de materias primas y de la destrucción del medio ambiente. Cuando Carrillo entona su himno a las «fuerzas productivas» uno cree estar oyendo al terceto cantor de Herman Kahn, Robert McNamara y Hans Martin Schleyer.

*La variante de «eurocomunismo» avalada por Carrillo no pocas veces ha sido descrita —ya encomiásticamente, ya reprobatoriamente— como una socialdemocratización del P.C. Sin embargo, el camarada Carrillo lo ha rechazado terminantemente. ¿Qué juicio le merece eso?*

Cuando Carrillo distingue su posición de la socialdemocracia (pág. 132, especialmente) se manifiesta muy brevemente y, esa brevedad, no pasa tampoco de lugares comunes muy abstractos y nada explicativos. En cambio, cuando ejemplifica su noción de eurocomunismo recita amplia y detalladamente las ideas consideradas típicas y viejas de los socialdemócratas de derechas. Carrillo se comporta aquí de un modo análogo a Wolf Biermann — diplomáticamente admitido por él en el P.C.E. —, cuyas tan sucintas como nebulosas declaraciones amorosas dirigidas a la R.D.A. preceden regularmente a las voluptuosas y pintorescas exposiciones de sus errores. Carrillo es un socialdemócrata de derechas con un ralo pigmento protector comunista. «Rabanillo», lo hubiera llamado nuestro gran satírico Kurt Tucholsky: «rojo por fuera y blanco por dentro».

*Juzgando así a este hombre, ¿cómo se explica, pues, que la vanguardia con consciencia de clase del proletariado español lo haya elegido secretario general de su partido marxista?*

Sólo puedo explicármelo atendiendo a la constelación excepcional que representan casi cuatro décadas de ilegalidad y emigración, con sus correspondientes congresos aclamatorios de partido. Y en la medida en que Carrillo se ha revela-

do tanto en su oportunismo de derecha procedente de los años treinta, cuanto en su deificación de las fuerzas productivas, como un discípulo de Stalin, es de temer que haya aprendido a dominar, utilizando el aparato de funcionarios, los trucos y las artimañas desarrolladas por Stalin para manipular a la base del partido. Pero si no consiguiera contenerla, entonces la maduración de la clase obrera española —que no ha podido todavía en absoluto articularse— y el vínculo de clase de su partido marxista-leninista darían lugar a un fenómeno verdaderamente asombroso que habría que celebrar entusiásticamente.

*¿Desea añadir algo más a las respuestas que ha dado a mis preguntas?*

Yo vivo en la Friedenstrasse, en el barrio berlinés de Friedrichshain. Exactamente en frente de mi vivienda hay un monumento que el Gobierno de la R.D.A. encargó a nuestros mejores escultores erigir a la memoria de los 3.000 alemanes antifascistas, activos en las filas de las gloriosas Brigadas Internacionales, que entre 1936 y 1939 perdieron sus vidas en los campos de batalla y en las trincheras de la guerra civil española luchando contra el fascismo español, alemán e italiano. Yo sé que no hay lugar conmemorativo comparable alguno en ningún país de la C.E.E. a la que tan ávido de asociarse está el Gobierno Suárez —apoyado en este punto por Carrillo—. Lo último que podría encontrarse en la R.F.A. es un monumento de este tipo: ocurre más bien que los antiguos soldados de la Legión Cóndor, los bombardeadores de Guernica, son allí los que resultan conmemorados y recompensados con espléndidas pensiones. Y creo que ninguno de aquellos 3.000 muertos conmemorados en el territorio de la capital de la R.D.A. hubiera podido soñar jamás en vida que el renacimiento de la democracia española vería un día a un revisionista y antisoviético del estilo de Santiago Carrillo en la cúspide del Partido Comunista de España. Ojalá pase esto como un episodio corto y vergonzoso.

## IX.— LA MUJER EN EL APOCALIPSIS. NOTA SOBRE FEMINISMO Y ECOLOGIA

Si yo pudiera decidir sobre la emisión religiosa semanal "Das Wort zum Sonntag" (La palabra del domingo) de la televisión alemana-occidental, permitiría tan sólo el tratamiento de un único paso bíblico, en el tiempo destinado al cual habrían de alternarse indefinidamente teólogos católicos y protestantes. Los sacerdotes deberían hablar, con todo el énfasis de que dispusieran, una y otra vez acerca del capítulo 12, versículo 4, de la revelación del apóstol Juan: "Y el dragón se paró delante de la mujer que estaba para parir, a fin de devorar a su hijo cuando hubiese parido".

De ser ministro de educación en alguna parte, consideraría como una de mis más acuciantes obligaciones la de convencer a los profesores de literatura de que, entre las poesías alemanas clásicas, ninguna puede decirnos tanto en nuestros días como la poesía *Würde der Frauen* ("Dignidad de las mujeres") de Friedrich Schiller; presuponiendo, claro es, que comprendamos las características esenciales de la masculinidad tal como están simbolizadas en el tetrámetro trocáico de las estrofas segunda, cuarta, sexta y octava: todo lo laceraante, martilleante, agresivo, dinámico, infatigablemente activo —sin olvidar tampoco "el altanero derecho de los fuertes", encomiado ya milenios antes que Friedrich Nietzsche por los antiguos sofistas— que, cual principio dracónico, decididamente malvado y enemigo de la vida, nos amenaza a todos con una aniquilación cercana.

Mejor aún si mi talento en la reseña y, sobre todo, mis finanzas, alcanzarán para ayudar a algunos autores a conseguir la gloria del *bestseller*. Mi elección recaería en la francesa Françoise d'Eaubonne (nacida en 1920) y en el ruso soviético Valentín Grigorievitch Rasputín (año 1937), oriundo de la aldea siberiano-oriental Ust-Uda. Y, puesto que las formulaciones teóricas de una y las obras narrativas del otro se iluminan mutuamente, resaltaría yo a través de *spots* publicitarios cotidianos, en anuncios de página entera y sobre columnas propagandísticas completas, lo siguiente: que nada puede decirse, ni hay conversación alguna posible acerca de ningún problema actual relevante sin la previa lectura de ambos. Pero propiamente relevante sólo lo es un problema, a saber: ¿cómo conseguirá el *homo*, es decir, el hombre, sin demora *llegar a ser* lo suficientemente *sapiens*, es decir, sabio, como para preservar de la destrucción la vida sobre la tierra, preservándose con ello a sí mismo como especie biológica?

Es de presumir que el *homo*, es decir, el varón<sup>1</sup>, no es capaz del regreso que ello requiere. Allí donde, para "*afirmar la felicidad*", actúa, se esfuerza, crea, se aplica, arrebaña, apuesta y se arriesga se ve arrastrado a "*la vida hostil*" —por decirlo todo ello con el aún reputado poema schilleriano *Lied von der Glocke* (Canción de la campana)—, En pocas palabras: allí donde se abandona a la senda, ruinosa para todos, de contemplar las "infinitas dádivas" "manar caudalosamente" a partir de muy limitados recursos. "Los espacios crecen" —en un espacio que se encoje—. "Se ensancha la casa" —en un paisaje devastado—.

Bien puede decirse a continuación: "Para transconversar a la humanidad del *mañana* hay que extirpar de nuestro planeta al varón de nuestros días. Pues, si la sociedad varonil prolonga su existencia, mañana dejará de haber humanidad. La mujer está llamada, como nadie, a la pronta solución del

<sup>(1)</sup> La lengua alemana distingue entre el hombre genéricamente indefinido (*Mensch*) y el hombre masculinamente afirmado en el género (*Mann*). Este último se traduce aquí siempre por "varón". (N. del T.).

problema ecológico —como expendedora de vida en la que las fuerzas del futuro se preparan y realizan—."

Esa idea es iluminadora actualmente en varios puntos, y estimula a la lectura de las reflexiones que Herbert Marcuse ha dedicado al tema *Naturaleza y Revolución*. Ernest Bornemann debería haber desembocado en la misma idea en su monumental trabajo sobre el patriarcado. Hubiera hecho bien Günther Gass en anteponerla a su *Butt* como lema. Pero la síntesis, sobre la base de ese concepto, de la emancipación total de la mujer con el ecologismo consecuente no se halla ni aquí, ni allá, ni acullá, sino, precisamente, en el ensayo de Françoise d'Eaubonne *Le féminisme ou la mort* (Feminismo o muerte), editado en alemán en 1975.

¿Y Rasputín? El ha descubierto la paradigmática esencia femenina, a la que habrían de alentar aquellas iniciativas salvadoras de la vida, en la aldeana cotidianidad de Siberia. Desde que conozco a la vieja moribunda de su narración "El último plazo", y, sobre todo, a Nastjona, la mujer de Andrei fiel e incondicionalmente enamorada hasta la muerte del desertor sin esperanza perdido de su novela *Ama y no olvidas*, sólo se me ocurre comparar tal genial refiguración del carácter femenino con la de Shakespeare y Goethe, y acaso con la de Lev Tolstoi. En el firmamento de la "sagrada literatura rusa", como la llamó el admirador de Tolstoi Thomas Mann, ha surgido una nueva estrella. Y una estrella que, en las tinieblas del ya despuntante apocalipsis, dirige esperanzadamente su haz luminoso a la mujer como *aún posible* portadora de salvación, como *aún imaginable* cruce de maternidad y Penthesilea, alias santa Georgina, capaz de imponerse al dragón que acecha impaciente para devorarlo al por nacer.

Ust-Uda está hoy en el fondo del pantano de Brastk. Fue reconstruido en otra parte con idéntico nombre —mas nombre es eco y es humo—. Allí fue Valentín Grigorievitch a la escuela, mientras su familia se trasladó a otra aldea, igualmente sumergida entretanto. Luego, la aldea Matjora de su

más juvenil prosa épica tampoco dió cuerpo jamás a valores morales sustitutivos, sino que conservó los procedentes del antiguo modo natural de vida. El autor depende de esos valores. Vería complacido su realizada preservación en la sociedad socialista y tendencialmente comunista de la U.R.S.S. Pero las aguas de la Angara, apenas remansadas, amenazan con sumergirlos para siempre, porque explotación y transformación de Siberia significan también exigencia de emprender la "Despedida de Matjora". Es típico de Rasputín el que en la nostálgica elegía así titulada, con su poética aclaración de tal despedida, le resulte aún más fructíferamente madurado el carácter femenino de las mujeres. Matjora es como decir madre, *homo* decir *fémína*.

Valores surgidos de un modo de vida próximo a la naturaleza, diría yo. No sin circunspección: pues el dragón llamado civilización industrial no es menos hostil a toda base natural de la humana existencia que la moral arcáicamente conservada. "¿Por qué muere la tierra?", se preguntaba recientemente, a propósito de los repetidos terremotos de 1976/77, la revista soviética *Komunist Tadshikistana*, y expresaba la opinión de que, entre otros factores, podría desde luego "actuar la construcción de grandes depósitos hidráulicos como una especie de disolvente" que "desencadenara fuerzas desastrosas".

Bien cierto. Precisamente así lo vió también Gordon Rattray Taylor en la sección "La producción de terremotos" de su *Doomsdaybook*, y exactamente igual que los periodistas soviético-tadshikistanos especialistas en cuestiones científico-técnicas, llamaba éste asimismo la atención sobre la más rotunda prueba catastrófica de este estilo conocida por entonces: el terremoto de 1967 en la India, directamente causado por el pantano de Koyna. Mas evocar a G.R. Taylor significa dirigirse a aquel síndrome ecológico hacia el que Françoise d'Eaubonne intentaba orientar el movimiento feminista. ¿Es Rasputín consciente de todo ello, lo es hasta el punto de describir a su modo la misma trayectoria?

En una entrevista concedida en 1976 a la revista soviética *Voprosy literatury* (Cuestiones de literatura), no tiene reparos el poeta en declarar que, más que las ominosas construcciones de gran envergadura, le fascinan de Siberia las aldeas y aldeillas esparcidas por una vastedad poco menos que infinita y los hombres en ella asentados, "que llevan un estilo de vida medido, de mucho tiempo invariado". A él le mueve, sobre todo, el lago Baikal. Rasputín llama al agua dulce "lo más valioso", y al conservarla "nuestra mayor tarea". Del mismo modo, reclama una escrupulosa protección de la mayestática Angara y del bosque siberiano, y añade de modo crítico, revelándose manifiestamente como un defensor del medio ambiente: "Deja aún mucho que desear este extremadamente importante asunto". Que su obra narrativa está colmada de conciencia ecológica es, desde luego, cosa fuera de discusión.

Pero ¿por qué le encadenan al prójimo, de preferencia, las figuras de las sencillas mujeres? Ellas adquieren perfil —responderá— "gracias a su capacidad de sacrificio, a su buen corazón, a su capacidad para comprender a los demás". Gozan de "admirable sensibilidad para la desgracia ajena". Y, aludiendo veladamente al sujeto de "El último plazo": "Me sorprende especialmente la serena "relación de las mujeres ancianas con la muerte, a la que ven como algo de todo punto natural".

Se trata de una sentencia profunda, que no puede menos de sorprender como confesión de un —subrayado, evidentemente— *varón*. Precisamente los varones, las culturas varonilmente maculadas, no quieren de ningún modo recordar su inexplicable pertenencia al ciclo natural de la vida y la muerte. En la medida en que sojuzgan a la naturaleza, figurándose que se sobreponen a sus leyes, eliminan el conocimiento de que venimos de ella y a ella pertenecemos; en tanto que la mujer, por el contrario, como débil criatura asimismo sojuzgada, acepta —y *debe* de aceptar— compartir el *status* de la naturaleza. Sin duda con una entrega que puede conducir a una revuelta tanto más radical, tanto más brusca y

salvaje, cuanto más apreciable sea la aniquilación de todo lo natural por la *hybris*<sup>2</sup> de la masculinidad.

Es improbable que la d'Éaubonne y Rasputín hayan oído uno de otro. A la vista está que su argumentación se sirve en cada caso de categorías heterogéneas. Pero tanto más impresiona la común substancia de sus concepciones. Tanto más fácilmente se desprende la explicación de ella, no de influencias ideológicas, sino del creciente estado defensivo de alarma de todos los contemporáneos conscientes y sensibles frente a los mismos peligros globales.

La conservación media de la vida de los actuales europeos se estima de acuerdo con los plazos que la investigación del futuro ecológicamente basamentada ha puesto para el fin de la humanidad en caso de que las actuales tendencias a la superpoblación, al agotamiento de las materias primas, a la destrucción del medio ambiente, no sean detenidas. Se echa de ver que protestar en nombre de los por nacer es ya un eufemismo, porque los posiblemente últimos hombres, pendiendo de delgados hilos como está sobre sus cabezas la espada de Damocles de una inconcebiblemente sombría aniquilación total, aprendemos ya a corretearnos, a hurgar en castillos de arena, a llevar mochilas escolares.

¿Quién está llamado a prescindir para su salvación de todo lo de algún modo supérfluo, y a llevar a cabo todo lo necesario, a no abandonar nada, pero absolutamente nada, de lo necesario? También los padres podrían ser capaces de vida. En las madres, empero, en las mujeres en general, se halla más auténticamente anclada esa vida: precisamente, fuera de aquel ciclo natural tranquilamente soportado como dato y presupuesto, resulta aún menos concebible la defensa con uñas y dientes de la en mala hora amenazada vida que la

(<sup>2</sup>) Los helenismos son mucho más frecuentes en la lengua alemana que en la castellana. Por eso, por ejemplo, la expresión "comunismo homeostático", tan repetidamente utilizada por Harich, resulta mucho menos chocante en alemán que en castellano. En el caso que ocupa a la presente nota, la voz griega *hybris* (soberbia) está normalmente incorporada al uso del alemán culto. (N. del T.).

serenidad frente a la propia muerte, la cual, por añadidura, contribuye aún en beneficio del comportamiento heroico.

Recomiendo reflexionar desde este punto de vista sobre el actual fenómeno del terrorismo. Colmado con consciencia ecológica, éste maduraría hasta convertirse en movimiento de masas: en un movimiento de masas, evidentemente, que, en vez de practicar el terror individual carente de sentido —reventando, por ejemplo, los neumáticos de los automóviles estacionados, o saboteando el comercio con *sprays*—, descabezara sin más a los que amenazan con destruir la protección de ozono de la estratosfera, y, en general, al suicida *instrumentarium* de nuestra mal dirigida civilización.

Sería de todo punto insensato denegar al movimiento feminista la maternidad con el argumento de que este movimiento lucha por el derecho de acabar con la vida incipiente. Las feministas quieren conseguir para el niño deseado protección y cuidados óptimos, pero, a la vez —según esta casi jardineril lógica—, deben de ahorrarle al niño indeseado una negligencia inevitable bajo las imperantes condiciones sociales. Por lo demás —y este punto es un punto central del libro de la d'Éaubonne—, precisamente la anticoncepción, y, si es preciso, la interrupción del embarazo, sirven al mantenimiento de la vida en la medida en que la presión demográfica representa quizás —con toda seguridad, según Paul R. Ehrlich— el factor más peligroso de la crisis ecológica.

Nada insensata resulta, en cambio, la argumentación vertida en las siguientes cuestiones — que hay que tomarse en serio desde ya—: ¿Por qué hay que estirpar de nuestro mundo *al varón*? ¿Por qué no al capitalismo y, en caso de que ello no baste, a la cancerígena sociedad industrial en general, cualesquiera que sean las relaciones de producción bajo las que se pueda desarrollar? ¿Y por qué no han de luchar en ese sentido varones y mujeres conjuntamente, unidos por los intereses de clase, o por transcendentales intereses de la entera humanidad, en vez de separados por características de género, o incluso posiblemente enfrentados por mor de

ellas? ¿No resulta acaso manifiestamente beneficioso un varón como Rasputín frente a mujeres del estilo de Golda Meir, con cuya pretendida humanidad podrían los árabes componer un poema, o incluso frente a Indira Gandhi, que declaró la guerra al Pakistán y ordenó la experimentación con bombas atómicas?

Va de suyo que no se trata de justipreciar a individuos sueltos. Tampoco la teoría de la lucha de clases despachó desdeñosamente a los hijos de la burguesía Marx y Engels, ni recomendó fundirse en un abrazo con el esquirof de inobjetable origen proletario. En la controversia hacen más bien al caso, y casi exclusivamente, las totalidades sociales y los principios en ellas dominantes. Bajo ciertas circunstancias, las mujeres pueden convertirse, en efecto, en los más dolorosos exponentes de la sociedad varonilmente normada (especialmente sobre la base de la emancipación individual: lo que, por lo demás, vale hasta ahora también para las feministas terroristas en la medida en que malinterpretan la auténticamente masculina pretensión y actitud del frío asesinato como expresión de equiparación). Asimismo, y viceversa, no pocos hombres aislados llegan a poner en cuestión sin reservas a la sociedad varonil. Vistas así las cosas, el autoencapsulamiento de los grupos feministas y su relucencia frente a cualesquiera contactos con representantes del género masculino configuran, a lo sumo, un estadio arcáico de ese movimiento, al que los primeros —como es natural manifiestamente vibrantes— comienzos de la autoarticulación femenina intentan mantener libre la perturbación. En estadios más maduros, con una más desarrollada soberanía de los participantes, ese aspecto será rebasado.

Dicho esto, no por ello deja de ser la sociedad varonil como totalidad algo eminentemente real. Ella echa sus raíces en la historia mucho antes de la venida del capitalismo, y no se extinguirá sino bastante tiempo después de la superación de éste, ni en absoluto lo hará automáticamente. El socialismo proporciona simplemente el fundamento para ello. Primero deberá ser realizado el comunismo, el cual, no ya de acuer-

do con la producción, sino con las necesidades, regulará de modo nuevo el consumo. Y en primer lugar, el comunismo planteará la retracción en un estadio más elevado —como “negación de la negación”— de la sociedad primitiva, que, por decirlo con Bachofen, Morgan, Engels y recientemente Bornemann, está maternalmente constituida.

Con todo, Herbert Marcuse —cuya *Naturaleza y Revolución* conceptúa felizmente a la “productividad destructiva” como característica del predominio varonil— nada quiere saber de renovación del matriarcado. Así, nos dice, no se superaría el dominio, sino que se perpetuaría, puesto que “hasta la imagen de la mujer como madre sería represiva”. Bien cierto, en efecto. Pero: todas las viejas y venerables quimeras acerca de la absoluta carencia de represión, de la falta de dominio, de la extinción del Estado, y semejantes, han caducado para siempre en nuestro finito planeta de limitados recursos, de no ilimitadamente cargables ciclos naturales. De modo que jamás podrá darse aquí un estado de abundancia capaz de satisfacer todas las necesidades. Y quien quiera experimentar hasta qué punto pueden las humanas necesidades llegar a aumentar no tiene más que echar una ojeada a la bóveda verde de Augusto el fuerte o escudriñar en el estilo de vida de *playboys à la* Gunther Sachs cargados de millones.

Por penitencia de nuestro ocaso, y como única alternativa a él, sólo un comunismo homeostático, sin crecimiento, en sintonía con la conversación de la biosfera, está aún en condiciones de reproducir lo imprescindible para la vida y de repartirlo en raciones iguales entre los individuos. Para lo cual se hacen necesarias instancias autoritarias, y represivas, si así se quiere llamárselas, sabias, estrictas y justas. Más, como instancias matriarcales, ofrecerán protección y cobertura a la feminización universal de la sociedad, la cual garantizará a cada uno —de acuerdo con módulos actuales— más que una existencia digna de ser vivida.

A través de milenios de opresión del propio ser, ha aprendi-

do la mujer a sortear el poder omnímodo y a defender a los débiles. En ella se encarnan la promesa de la paz y el fin de la explotación y de la violencia. Nunca ha dejado de estar en una relación atenta y conservadora con la naturaleza, jamás se ha salido de sus ciclos crecientemente violados por la actividad productiva. Y así, por miramiento con la naturaleza, el trabajo en el orden femenino-comunista se reducirá a las funciones más imprescindibles, luego de desarrollar ampliamente los primitivos modelos de todos los reciclajes en las siempre recurrentes actividades de quitar el polvo, lavar los platos, tender la ropa... Los objetos de uso durarán muchas generaciones, el *stress* y el encarnizado acosamiento darán paso a los relajantes placeres amorosos, el resto del día estará colmado de caprichosa creatividad, sólo en los ámbitos musicales, poéticos y plásticos quedarán rescolados de competición, la ternura ocupará el lugar de la actividad productiva.

Nadie tiene ya más que esperar. Pero lo que resta por esperar es mucho y es suficientemente valioso, y luchar por ello merece la pena.

*Este texto vale sólo como añadido a la edición castellana del Comunismo sin crecimiento, y con esta ocasión envío mi más caluroso y fraternal saludo al Partido de Pasionaria.*

Berlín, capital de R.D.A.  
Febrero de 1978.

Títulos publicados:

1. Enrico Berlinguer.  
**AUSTERIDAD.**  
*(Introducción de Julio Segura).*  
110 págs. 160 ptas.
2. Karl Marx.  
**CRITICA DEL PROGRAMA DE GOTHA.**  
132 págs. 140 ptas.
3. Pietro Ingrao, Norberto Bobbio, Palmiro Togliatti, y otros.  
**GRAMSCI Y EL «EUROCOMUNISMO».**  
240 págs. 250 ptas.
4. Wolfgang Fritz Haug.  
**INTRODUCCION A LA LECTURA DE «EL CAPITAL».**  
296 págs. 300 ptas.
5. Jacobo Muñoz.  
**LECTURAS DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA.**  
316 págs. 300 ptas.
6. Roland Jaccard.  
**EL EXILIO INTERIOR.**  
*La civilización esquizoide.*  
172 págs. 230 ptas.
8. Miguel Morey (Ed.), Conversaciones con Michel Foucault.  
**SEXO, PODER, VERDAD.**  
280 págs. 290 ptas.
10. Francisco Fernández Buey.  
**ENSAYOS SOBRE GRAN**